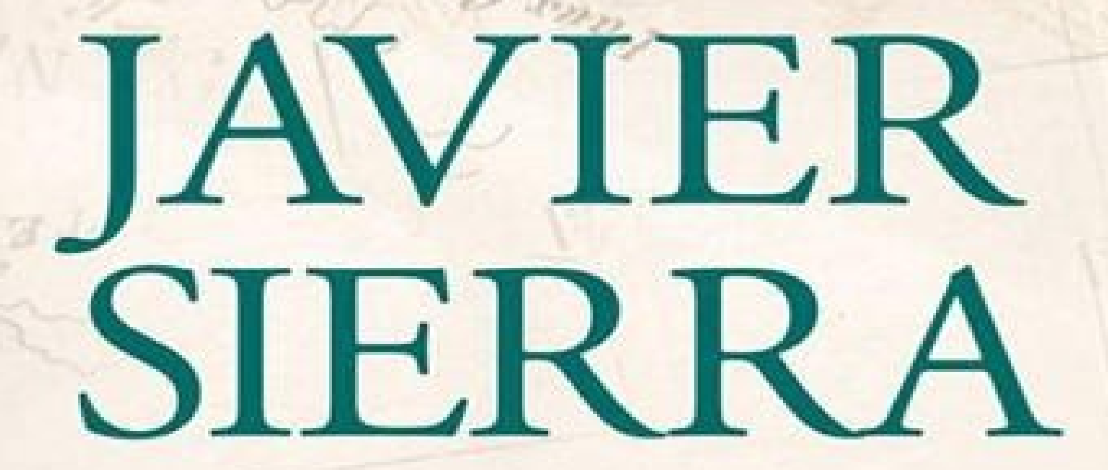


JAVIER SIERRA

LA RUTA PROHIBIDA

Y OTROS ENIGMAS DE LA HISTORIA

Planeta

¿Y si Colón hubiera pisado América por primera vez siete años antes de su «viaje oficial»? ¿Y si algunas de las reliquias más importantes del Templo de Salomón estuvieran hoy en poder del Vaticano? ¿Qué sucedería si descubriéramos que Las Meninas de Velázquez ocultan un oscuro secreto astrológico? ¿O que no fue la Virgen quien se apareció en Fátima?

El autor que ha cautivado a millones de lectores en todo el mundo repasa algunos hitos de esa Historia que todos creíamos conocer y nos sorprende con misterios que llevan siglos aguardando a ser desvelados. Sierra comparte con el lector su investigación, sus fuentes muchas veces inaccesibles y otras desconocidas, y hace de La ruta prohibida una obra inigualable.



Javier Sierra

La ruta prohibida

ePUB v1.3

Mezki 01.12.11

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: agosto de 2007
Depósito Legal: M. 29.135-2007
ISBN: 978-84-08-08271-2
Composición: Foinsa-Ediflim, S. L.
Impresión y encuadernación: Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

A mis padres, que jamás me prohibieron transitar por ruta alguna.
Y a Eva, que ahora las recorre conmigo.

INTRODUCCIÓN

Por qué escribo este libro

La Santa Sión, la «madre de todas las iglesias», estaba en mi destino aquella mañana de mayo. De eso ya no albergaba duda alguna. Hacía más de una década que no pisaba Jerusalén y haber llegado precisamente allí, sorteando el dédalo de sus callejuelas estrechas y empinadas, me las había despejado todas. Sin embargo, estar de pie frente a un santuario tan antiguo me hacia sentir raro, intranquilo. Una placa verde que rezaba *Tumba del rey David* en tres idiomas tenia la culpa. Me había hecho recordar que tras las paredes encaladas de Has Zyyon se escondía la fuente de la que había manado *La cena secreta*.

¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Por qué no había visto ninguna indicación, señal en el mapa de mano ni aviso que me anticipara aquel encuentro?

Dos años habían pasado desde que diera por terminada la investigación para esa novela publicada hoy en cuarenta países y, sin embargo, saberme así, de repente, tan cerca de la habitación en la que empezó todo me producía escalofríos. Los cruzados habían bautizado esa estancia como la «sala de los misterios».[1]

Creían que era una especie de imán para los que buscaban iluminar su alma. Y estaba a punto de creérmelo.

—¿Va todo bien, Javier?

El suave acento de la escritora cubana Zoé Valdés me recordó que no estaba

solo. La miré de reojo. Tenerla a mi lado, plantada frente al descuidado patio de aquel edificio del barrio judío, no hizo sino aumentar mi inquietud. ¿Qué hacia ella allí? Por suerte, mi turbación duró poco. Su compañía tenía una explicación. Casualmente los dos nos habíamos conocido en la orilla opuesta del Mediterráneo, en Torrevieja, en septiembre de 2004, durante el fallo de su importante premio anual de novela. En aquella ocasión ambos habíamos presentado obras a concurso. Ella lo ganó con una fábula de inspiración china titulada La eternidad del instante, mientras que mi Cena secreta quedaba finalista con una historia que había nacido a sólo unos pasos de donde ahora nos encontrábamos. Era el destino. ¡Debía de serlo!.

Ver a Zoé junto a mi, vestida de blanco inmaculado como Leonardo da Vinci, y a punto de entrar conmigo en uno de los sanctasanctórums más apreciados de la cristiandad, se me antojaba la más extraña de las coincidencias.

—¿Estás bien? —insistió.

Creo que no le respondí. Los dos acabábamos de escaparnos de un congreso de escritores y traductores que en esos días celebraba el vigésimo aniversario del establecimiento de relaciones diplomáticas entre España e Israel. Necesitábamos tomar aire, despegarnos de la paternal vigilancia de las autoridades hebreas y vagar a nuestro antojo por las calles de la ciudad vieja. Nuestra fuga nos había llevado justo a la puerta de atrás de la iglesia de Nuestra Señora del Monte Sión. Y aquello, ahora estaba seguro, no podía ser por azar.

—¡Ya sé lo que te pasa!. —Una sonrisa franca iluminó el rostro de Zoé al leer el cartel verde—. ¡Aquí está el lugar en el que se celebró la última Cena! ¡Justo encima de la tumba del rey David!

Un familiar escalofrío cruzó en zigzag mi espalda. Si. Era el destino. Zoé estaba en lo cierto.

Allí mismo, en la cresta del cerro de Sión, aguardaba lo poco que aún queda de una iglesia cruzada y de cierta sala adjunta en la que, según la tradición, Jesús celebró su banquete de despedida. Mi amiga cubana observó mi reacción, incapaz de resolverme dos pequeños interrogantes: ¿qué hacíamos precisamente allí los dos?. ¿Era casual que Zoé, a la que consideraba de algún modo la madrina de La cena secreta, estuviera a mi lado en Jerusalén para ver por primera vez ese recinto?.

Le recordé entonces que el monte Sión había sido el lugar que inspiró a

Leonardo la obra cumbre de su carrera, La última Cena. Y aunque el genio toscano jamás puso un pie en ese enlosado, lo cierto es que lo recreó hasta en sus más pequeños detalles. Da Vinci se lo imaginó a su aire, sin pensar por un instante que la habitación de la última Cena aún estaba en pie en el siglo XV. Despreocupado, obró el milagro de hacer creer a generaciones enteras de cristianos que el *cenacolo* era una estancia rectangular, con tres ventanas y techo plano y de paredes cubiertas por bellos tapices…

Pero semejante visión, como era de esperar, no coincidía en nada con aquella *verdad* histórica.

¡Qué importaba!

Zoé ascendió con frenesí los escalones que conducían al interior de la Santa Sión, como si todavía tuviera tiempo de admirar las lenguas de fuego que también allí dicen que iluminaron el entendimiento de los Doce. Por desgracia, un solo vistazo bastó para mudarle el rostro. Su ilusión se evaporó de golpe. Estábamos en una sala vacía, de aspecto gótico; un escueto rectángulo de techo abovedado sostenido por viejas columnas de mármol, sin nada que delatara la solemnidad que plasmara en su obra el sabio más célebre del Renacimiento. En el muro sur, el nicho practicado en la mampostería indicaba que la estancia había sido utilizada como mezquita. Y una inscripción en árabe lo confirmaba: estaba fechada sólo veintisiete años después de que Leonardo terminara de pintar para la familia Sforza *La última Cena*, y recordaba que el sultán otomano Sulcimán el Magnífico había conquistado aquel lugar para el culto islámico. En el colmo de las paradojas, un piso más abajo descansaba la supuesta tumba del rey David. Aquella que anunciara el letrero que Zoé, y yo habíamos dejado atrás.

—¡Esto es Jerusalén en estado puro…! —murmuraba un sacerdote católico unos pasos más allá, dirigiéndose a un grupo de peregrinos en perfecto español —. Judios, musulmanes y cristianos veneran todos las mismas piedras. Aunque ellas —advirtió muy serio— no son importantes. Su valor descansa en lo que representan, no en lo que son.

Nos quedamos un rato más al fresco, apoyados en una de las columnas de la sala. Ni dejándonos llevar por la imaginación más desbocada hubiera sido posible identificar ese recinto con el comedor del siglo I en el que cenaron Jesús y sus discípulos. Tuve una sensación parecida cuando estudié el mural de Leonardo. La suya era una sala conventual, una mera prolongación del refectorio

del monasterio de Santa Maria delle Grazie recreada para dar sensación de familiaridad a la mirada del visitante, pero carente de valor documental alguno.

—¿Sabes qué pienso? —murmuró Zoé: en cuanto el sacerdote abandonó el recinto seguido de sus parroquianos. Me encogí de hombros aguardando su propia respuesta. Que deberías escribir un libro en el que explicaras qué ocurrió de verdad en lugares como éste. Despejarías el origen de tus novelas y nos ayudarías a saber qué hay de ficción y de verdad en ellas.

La miré sorprendido.

—¿El origen de mis novelas?.

—¡Pues claro!

Una franca sonrisa iluminó su rostro de luna antes de continuar:

—Sin ir más lejos, me gustaría saber cómo debió ser la verdadera habitación en la que se celebró la última Cena. Y de paso averiguar qué hay de cierto en los libros, lugares y personajes que citas en tus tramas.

Me quedé en silencio un minuto, pensando en aquello.

No era una mala idea. Sobre todo, naciendo a la sombra de la «sala de los misterios».

—Está bien —asentí. Estaba a punto de poner a prueba, una vez más, la perseverancia de la *fuerza oculta* que nos había conducido hasta allí—. Vamos a dejar que el destino lo decida. ¿Qué te parece?.

Dije aquello sin dar demasiada importancia a esas palabras y, desde luego, sin saber lo que se me estaba viniendo encima.

Sólo una hora más tarde —¡una hora!—, mientras Zoé y yo deshacíamos nuestros pasos y poníamos rumbo a la explanada del Muro de las Lamentaciones, esa *fuerza* a la que acababa de invocar terminó de hacer su trabajo. Ocurrió mientras buscábamos un lugar en el que refugiarnos del sol y tomarnos un refresco. Una llamada al teléfono móvil, de España, de Manuel Llorente, responsable de cultura del diario *El Mundo*, iba a darme un extraño espaldarazo. Hablando con el, surgió Lina idea que inmediatamente comprendí que era el libro que buscaba.

Al escucharme, a Zoé se le iluminó el rostro.

—Ahí lo tienes —aplaudió—. ¡Ahora si!. ¡Ya no puedes escapar a tu destino!.

Aquel día, en efecto, supe que este libro iba a ver la luz. Que se adelantaría a

otros muchos proyectos y que serviría a mis lectores como *mapa de letras* para adentrarse en el peculiar universo de mis obsesiones históricas. Muchas —bueno es reconocerlo— nacen de la incomprensión de aquel niño que adoraba sus clases de geografía e historia, incluso las de religión, pero que siempre hacía preguntas de más a sus pacientes profesores. «¿Cómo se tardó tanto en descubrir América, si ya los romanos tenían barcos capaces de cruzar el Atlántico?». «¿Sigue sin saberse nada de las diez tribus perdidas de Israel que menciona la Biblia?». «¿Por qué no estudiamos las apariciones de Fátima en clase, si fueron tan importantes?».

Las respuestas insatisfactorias que recibí a cuestiones como aquéllas me juramentaron para buscarlas por mis medios.

Sé, además, que fue entonces cuando pedí a esa fuerza oculta, invisible, de la que un día hablaré como se merece, que me alertara siempre que hubiera una de esas respuestas cerca. Y lo ha hecho. A veces, clarificándome de un solo golpe de timón un viejo misterio; otras, las más, sembrando la semilla de enigmas a los que antes o después deberé enfrentarme como se merecen. Y algunas, como aquella mañana de mayo en Jerusalén, llevándome confiado hasta la puerta misma de un escenario histórico.

Este libro es, pues, fruto de todos esos empujones del destino. A él, y a mi curiosidad, se lo debo todo.

PRIMER DESTINO: AMÉRICA.

Cristóbal Colón no descubrió América: la redescubrió.

Thor Heyerdam, Las expediciones Ra.[2]

CAPÍTULO 1

La ruta prohibida

Tuve que leer dos veces aquella frase para convencerme de que era real. Me froté los ojos, incrédulo, y le eché un tercer vistazo. ¿Cómo era posible que en cinco siglos nadie hubiera reparado en aquello?. Frente a mí, en el corredor izquierdo de la imponente basílica de San Pedro, en Roma, el monumento funerario de Inocencio VIII mostraba orgulloso una inscripción profundamente anacrónica: *Novi orbis suo aevo inventi gloria*. «Suya es la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo».

Aquello era un sinsentido de proporciones colosales.

Inocencio VIII, genovés, de nombre secular Giovanni Battista Cybo, dirigió el rumbo de la Iglesia entre 1484 y finales de julio de 1492. Falleció de fuertes dolores abdominales y fiebres *una semana antes* de que Cristóbal Colón zarpara del puerto de Palos, el 3 de agosto de aquel año. Así pues, ¿cómo era posible que su epitafio, inscrito en mármol negro y expuesto a los ojos de todo el mundo, asegurara que el mérito del descubrimiento de América fue suyo?.

Ahí, definitivamente, había un misterio para mí. El mismo destino que me había burlado en Jerusalén había vuelto a ponerme tras una buena pista.

Esta vez llegué a ella gracias a los buenos oficios de Ruggero Marino, un periodista de Il Tempo de Roma que en 1997 publicó un librito titulado Cristoforo Colombo e il Papa tradito[3] Marino, un lombardo afable y comunicativo, se obsesionó tanto con aquel aparente anacronismo que compartió

sus pesquisas con cuantos quisieran escucharlo. Y yo, naturalmente, fui uno de ellos.

No estábamos ante un enigma cualquiera, sino frente a uno inscrito en la tumba funeraria de un papa. Un misterio que, curiosamente, alberga otro más grabado en la misma losa sepulcral. En efecto: bajo la estatua triunfante del pontífice se lee también *Obit an. D. ni MCDXCIII*. «Muerto en el año del Señor de 1493».

¿1493?

Pero ¿no murió Inocencio VIII en el verano de 1492?. ¿Estaba ante otro de esos inexplicables malentendidos históricos que tanto me exasperan?. ¿O tal vez, como parecía más plausible, ante un desliz intencionado?. Y de ser así, ¿con qué objetivo se incluyó un error como ése ante los ojos de todo el mundo?.

De algo estaba seguro: en 1493 ya era papa el español Alejandro VI, Rodrigo Borgia, y su gobierno impulsó como ninguno las aspiraciones de los Reyes Católicos en América, ¿Quién, entonces, y por qué, quiso borrar un hecho así del lugar de eterno descanso de su predecesor en el Trono de Pedro?.

La cruzada secreta

—Tal vez el misterio de esa tumba, y de paso, del que rodeó la empresa de Cristóbal Colón, se entienda mejor si se estudian las obsesiones del papa Cybo.

Ruggero Marino, con quien me reuní por última vez en febrero de 2006 en Madrid, no dejó que le preguntara por las angustias pontificias. Comenzó a desglosarme sus descubrimientos con el entusiasmo de un colegial:

—En el verano de 1490 —me explicó—, Inocencio VIII estaba preocupado por el imparable avance de los musulmanes en el Mediterráneo. Constantinopla había caído en sus manos en 1453. Aquello fue una catástrofe para la cristiandad, que no se detuvo allí, En 1480, mucho más cerca de Roma, en Otranto, en el «tacón» de Italia, los turcos habían degollado a ochocientos cristianos en una playa. Había que poner freno a esos avances, y la única fórmula eficaz era armar una cruzada que neutralizase al enemigo y reconquistase Tierra Santa.

—Pero en 1490 no se organizó ninguna cruzada —objeté, consultando mis cronologías del siglo XV.

—En realidad, sí hubo una… aunque fracasó antes de ponerse en marcha.

Ruggero Marino, muy serio, añadió:

—Lo que pocos recuerdan es que el papa Inocencio diseñó un plan que dividía Europa en tres grandes ejércitos. Uno a cargo de los Estados Pontificios, otro que agruparía a Hungría, Germania y Polonia, y un tercero con el concurso de España, Francia e Inglaterra. Pero la inesperada muerte del rey de Hungría echó al traste el proyecto justo antes de reunir a las tropas.

Según me explicó Marino aquella tarde, pese a aquel contratiempo Inocencio no abandonó jamás su propósito, y ocupó sus siguientes dos años en organizar las finanzas con las que poner en marcha su reconquista de Jerusalén. Necesitaba oro, y en grandes cantidades, Pero ¿de dónde iba a sacarlo?. ¿Y con la ayuda de quién?.

Es en ese escenario en el que aparece el futuro Almirante de la Mar Océana. Según apunta Marino en su último ensayo *Cristóbal Colón, el último de los templarios*,[4] el Papa acudió a otro genovés para recaudar las finanzas necesarias con las que pagar su cruzada. Un genovés, como él, imbuido de su mismo espíritu mesiánico, y convencido de servir a un propósito superior.

—En el ambiente de la época flotaba la idea de que el inminente Año Jubileo de 1500 sería el momento perfecto para tomar los Santos Lugares. Y es probable que Inocencio viera en Colón al hombre perfecto para semejante empresa —me aseguró Marino.

De acuerdo con su tesis, el papa Cybo, el mismo que había dado el nombre de «católicos» a los reyes de Castilla y Aragón, fue quien abrió a Colón el camino hasta los monarcas españoles y favoreció la hazaña del Descubrimiento.

—Visto así —añadió—, el epitafio de Inocencio VIII cobra pleno sentido. ¿No crees?.

Ruggero Marino sonrió pícaro. Estaba a punto, de saber que el italiano aún se guardaba un as en la manga:

—Sé que lo que voy a decirte es polémico —advirtió—. Pero creo poder demostrar que la razón por la que el papa confió en Colón para este empeño, fue porque ambos estaban emparentados. Colón pudo ser un hijo ilegítimo de Cybo.

La sorpresa me paralizó.

—Varios elementos apuntan en esa dirección. Por ejemplo, el desconcertante parecido físico que existe entre ciertos retratos antiguos de Colón y los poquísimos del papa Inocencio que conservamos. Además, este papa fue de ascendencia judía, sobrino de sarracena y de abuela musulmana. De ser descendiente suyo, Colón tuvo, sin duda, fundados motivos para ocultar sus raíces, como así hizo.

Y añadió:

—Esto también explica por qué embarcaron tantos genoveses en el primer viaje de Colón. Y por qué bautizaron como Cuba la primera tierra que pisaron. Aunque parezca de origen indígena, ese vocablo deriva de Cybo, el apellido secular del Papa que a su vez procede de Cubos o Cubus.

Las profecías de Colón

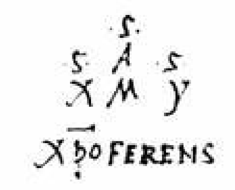
—Entonces, ¿en qué quedó el proyecto de cruzada del papa Cybo? —acerté a preguntarle, atónito ante sus revelaciones.

—La respuesta debes buscarla en la Biblioteca Colombina, en Sevilla. Allí se conserva el único libro de puño y letra de Colón que ha llegado a nuestras manos: su *Libro de profecías*. Investígalo.

Lo confieso. Aquel desapacible atardecer de febrero, sentados frente a un café hirviendo en un bar del centro de Madrid, Ruggero Marino abrió ante mi una auténtica caja de Pandora. Comprobé que, en efecto, la Biblioteca Colombina, que se encuentra dentro de los Archivos de la catedral de Sevilla, custodia aún hoy esa joya bibliográfica encuadernada en pergamino, de 70 hojas —originalmente fueron 84—, escrita por el mismísimo Cristóbal Colón. Su contenido, además, despejó algunas de mis dudas. Una de sus primeras frases definía el propósito del libro y daba la razón a la visión «cruzada» de Marino:

Comienza el libro o colección de autoridades, dichos, sentencias y profecías acerca de la recuperación de la Santa Ciudad y del monte de Dios, Sión, y acerca de la invención y conversión de las islas de la India y de todas las gentes y naciones, a nuestros reyes hispanos.

Este texto, que inexplicablemente no se publicaría hasta 1984, y que aún hoy es muy difícil de encontrar en librerías, esboza un retrato del Almirante inédito. O mejor aún: su autorretrato como cruzado. Su *Libro de las profecías* desgrana el perfil de un hombre erudito, un fanático coleccionista de citas bíblicas que según él prefiguraban su propia gesta, y un perfecto convencido de la importante misión que el destino había puesto en sus manos. Quizá por eso firmó todas sus cartas con el misterioso anagrama «Christo Ferens», que es la forma grecolatina de Cristóbal, y que significa «Portador de Cristo». Y, quizá también, llevado por ese espíritu de conquista, fue por eso que cosió tres enormes cruces templarias en los velámenes de las naos de su primer viaje. ¿O eso se debió a que los misteriosos caballeros de la cruz paté fueron los primeros en informar a Roma de la existencia de las nuevas tierras americanas, allá por el siglo XIII?.



La misteriosa firma de Colón.

—Sea como fuere —me explicó Ruggero, que conocía tan bien como yo los rumores que hablaban de templarios en América—, Colón zarpó de las playas onubenses sintiéndose tan cruzado como aquellos caballeros del Temple que se hicieron con el corazón de Jerusalén tres siglos antes.

Mi encuentro con él me dejó una sola duda. Un interrogante enorme y de graves consecuencias históricas: ¿de dónde sacaron entonces Colón y el papa Cybo la certeza de que más allá de las Columnas de Hércules iban a encontrar la ruta hacia el oro que necesitaban?. ¿De los templarios?. ¿Acaso de navegantes judíos, como han especulado otros?.

La búsqueda de una respuesta a esa incógnita terminaría llevándome muy lejos. Y mi primera parada iba a ser a orillas de la vieja Constantinopla.

CAPÍTULO 2

El mapa del fin del mundo

Fue en agosto de 1998 cuando puse pie en Estambul con el Firme propósito de investigar la historia de uno de los mapas más curiosos del mundo. Mi objetivo era un portulano de cinco siglos de antigüedad que, de aceptarse lo que contaban sus inscripciones, nos obligaría a reconsiderar cómo se produjo el descubrimiento de América.

El atlas en cuestión, fechado en 1513 y dibujado sobre una piel curtida de gacela de apenas 90x65 centímetros, todavía describe en detalle las costas atlánticas de España y Portugal, el cuerno de África, y buena parte de Centro y Sudamérica. Pese a que también incluye los perfiles de islas como las Maldivas, que no se cartografiarían hasta 1592, o marca el nacimiento del rió Amazonas en los Andes, circunstancia ignorada a comienzos del siglo XVI, ésos son, realmente, los menores de sus enigmas.

Hoy, tan misteriosa «carta de marear» es, además, razonablemente famosa. Novelas como *El origen perdido*, de Matilde Asensi,[5] la convirtieron en un icono popular a principios de esta década, y yo mismo me ocupé de ella en un trabajo anterior, *En busca de la Edad de Oro*.[6] Sin embargo, pese a mi insistencia en que ese mapa esconde una pieza importante de la historia del Descubrimiento de América, pocos saben que fue pergeñada por un navegante turco llamado Muhiddin Piri lbn Aji Mehmet, más conocido como Almirante Piri o Piri Reis, y concebida como un regalo para el entonces sultán otomano de

Egipto.

Piri Reis nació en la actual Gallipoli, el puerto más famoso de Turquía en el siglo XVI. Sus astilleros eran la envidia de Europa. Allí se fabricaban los mejores barcos del momento, y desde la Edad Media disponía de una magnífica área residencial para los capitanes de las grandes flotas. En su juventud, Piri recorrió desde allí todas las costas del Mediterráneo y del Egeo, incluidas las españolas, levantando acta precisa de cuanto encontró a su paso. Ayudó a su tio Kernal Reis a evacuar a los musulmanes expulsados de Granada por los Reyes Católicos, y participó con él en decenas de asaltos a barcos cristianos.

Además, fue un magnífico cartógrafo. Un dibujante agudo y excepcional que tenía una obsesión particular: en sus mapas siempre anotaba cuanta información útil pudiera recabar durante sus escaramuzas de corsario. De hecho, fue así como concibió su obra *Bahriye* («De la Navegación»), un libro de 209 capítulos e ilustrado con 215 mapas, que abarca desde Dardanelos a Gibraltar, y en el que ofreció detalles de tanta precisión que sirvieron a los navegantes turcos durante siglos.

Pese a todo, ninguno de aquellos mapas alcanzaría en nuestros días la fama del atlas que regaló al sultán de Egipto. Hoy se lo considera una auténtica gloria nacional turca. Aparece en los billetes de 10 liras nuevas (unos 4,7 euros); varias paredes en Estambul lo reproducen en piedra o azulejo, y con frecuencia ilustra los carteles publicitarios de las oficinas de turismo del país. Tanta fama se la debe a Mustafá Kemal Atatürk, padre de la moderna y laica Turquía, ya que fue durante su mandato cuando se encontró el mapa —o mejor, la mitad occidental del mismo— entre los escombros de los entonces abandonados palacios del Topkapi.

De hecho, en 1929, Atatürk «adoptó» como propio aquel descubrimiento y lo convirtió en uno de los símbolos de su emergente república. Y tuvo éxito: no hay libro de mapas que aborde la cartografía del Nuevo Mundo que no lo incluya en un lugar de honor. Y con toda lógica. Mucho antes de que los cartógrafos europeos se ocuparan de dibujar los detalles de América, un turco lo había hecho con una precisión asombrosa. La cuestión es ¿cómo lo hizo?.

Por increíble que parezca, un documento tan manido como este mapa todavía

esconde una bomba de relojería para los americanistas. Piri Reis, el hombre que lo pintó, se cuidó mucho de contar la historia de su atlas en el largo texto que escribió sobre el perfil continental americano. Allí, cerca de la actual Cuba, insertó una frase explosiva:

Estas costas reciben el nombre de playas de las Antillas. Fueron descubiertas en el año 890 del calendario árabe, y se cuenta que un genovés infiel, de nombre Qulünbü (Colón), fue quien halló estos lugares.

La dinamita había quedado a la vista de todos, aunque casi nadie se ha fijado en ella hasta ahora: aquel «año 890 del calendario árabe» es una fecha anacrónica. Otra más en la curiosa historia secreta del Descubrimiento. Se corresponde con el año 1485 del calendario cristiano. Y en 1485 faltaban siete años para que un europeo pusiera pie al otro lado del Atlántico. ¿Estamos, pues, ante un error del cartógrafo turco?. ¿Se equivocó Piri Reis al adelantar la fecha del Descubrimiento?.

Algo me decía que allí, como en el epitafio del papa Inocencio VIII, no había error alguno.

«Nadie lo ha visto desde la época de Atatürk»

Cuando llegué al Topkapi y pedi ver el mapa original, mi sorpresa fue mayúscula: pese a que todos los catálogos consultados afirmaban que «el Piri Reis» estaba en ese recinto, el atlas no se mostraba en ninguna de sus vitrinas. Era ridículo. ¿Por qué su signatura, R 1633, era de dominio público y el mapa, en cambio, no?. Enseguida concerté una entrevista con la directora de sus museos, la doctora Filiz Cagman, que no tardó en excusarse por no poder complacerme.

—La petición que usted nos hace es en extremo insólita —dijo.[7]

«¿Insólita?. ¿Era insólito querer admirar un mapa así?. Callé. Cagman no quiso explicarme por qué un mapa tan célebre estaba archivado y respondió con evasivas a mis preguntas. Me dijo que el documento se encontraba en un estado de conservación muy frágil y que nadie lo había visto en décadas.

Desconfié.

No entendía por qué trataba a ese mapa como si fuera un secreto de Estado. Ni siquiera cuando en 1998 se anunció su exhibición en el Pabellón de Turquía de la Exposición Universal de Lisboa, en 1998, las autoridades cumplieron con el compromiso de mostrarlo. ¿Qué les preocupaba?. ¿Y por qué Cagman lo protegía con ese celo, rozando incluso los limites de la cortesía?.

Mi necesidad de comprobar que el atlas decía «año 890», y no otra cosa, creció más que nunca. Y aquella vez abandoné el Topkapi sabiendo que no iba a parar hasta conseguirlo.

Durante los meses siguientes, planté batalla burocrática para ver con mis propios ojos el dichoso documento náutico. Al fin, en octubre de 2002, regresé a Estambul con las credenciales necesarias. ¿Lo conseguiría esta vez?.

Recordé aquella frase de Napoleón cuando dijo que «la victoria es siempre del más perseverante», y apreté mis pasos hacia el familiar despacho de la directora de los Palacios del Topkapi. Qué ironía. Cuando ya creí vencidos todos los obstáculos, la asistente de la doctora Cagman, la señora Göksen, me prohibió el paso… ¡otra vez!. Estaba ya a pocos metros del mapa, pero las autoridades turcas habían decidido ponérmelo aún un poco más difícil.

—Nadie lo ha visto desde la época de Atatürk —me dijo muy seria, recurriendo a un argumento ya familiar—, y yo no tengo autoridad para mostrárselo.

—¿Entonces?.

—Le podemos facilitar una fotografía profesional del mapa, silo desea.

Me encendí. Tras varias gestiones con los gabinetes de los ministros de Cultura y Turismo, Y mis airadas protestas por aquella tornadura de pelo, al fin llegó la orden que abriría el camíno hacia el atlas de Piri Reis. El 17 de octubre de 2002, a las diez de la mañana en punto, una de las conservadoras del Palacio me acompañó por fin hasta la Biblioteca.

Fue mi gran momento.

Con pompa, la funcionaria extrajo de un cajón de madera un trozo de piel ilustrado de casi un metro de largo, protegido apenas por una hoja de papel cebolla y un cartón. Era un mapa de colores vivísimos. Y, a primera vista, en un envidiable estado de conservación. Ninguna de las reproducciones que había consultado antes tenia aquel brillo: los blancos refulgían sobre el cuero; las

líneas trazadas por el almirante Piri desde las dos rosas de los vientos de la carta casi estaban frescas.

—*One pboto only* —una foto nada más, me dijeron. Fue la última concesión de las autoridades. Tal vez por las molestias. Así que decidí aprovecharla.

Con paciencia, armé mi cámara digital sobre el trípode, la dispuse sobre la mesa en la que estaba extendido el mapa, y mientras simulaba que preparaba la óptica, accioné el dispositivo de grabación de vídeo que llevaba inserto mi sofisticado equipo. No deseaba perderme ni un solo detalle de aquello. Además, era consciente de que aquel registro digital no causaría ni el más mínimo daño a aquella piel de cinco siglos de antigüedad y podría darme mucha información en el futuro.

—¿Por qué no exponen esta maravilla? —pregunté mientras mi cámara lo grababa todo.

La conservadora, sin perder la sonrisa, se encogió de hombros.

—¿Y cómo es que puede comprarse una reproducción del mapa en la tienda de recuerdos de ahí fuera, y nadie desde los años cincuenta ha podido contemplar esta joya de la cartografía?.

Nuevo silencio. Aquel mapa parecía recién salido de la mesa de un pintor. Los rigores del tiempo no habían hecho mella en él. La obsesión de las autoridades turcas por esconderlo se me hacia más incomprensible a cada minuto.

¿Puede leer turco antiguo? —pregunté tratando de acallar mi desconcierto.

Al fin, la funcionaria asintió orgullosa.

—¿Qué dice aquí?.

Ella, solícita, echó un vistazo al inicio de la inscripción más larga del mapa, y luego dijo:

—Año 890 del calendario árabe… Tal vez 896. No está muy claro. Pero ciertamente parece 890.

—¿Y sabe lo que eso significa?.

—Sí —dijo—. Es una fecha. O 1485, o 1491.

Suspiré. ¡Ahí estaba el gran enigma de este mapa!. Uno aún mayor que las especulaciones sobre el perfil de la Antártida sin hielos que se adivina en la parte inferior del mismo, o el dibujo de guanacos —una especie de ciervo autóctona

de Chile y Argentina— todavía no descubiertos por los españoles en 1513.

El esfuerzo había valido la pena. Allí, en efecto, se escondía un gran misterio. Uno más en esta cadena de anacronismos que me había propuesto investigar.

Fue al seguir leyendo el resto de la inscripción del mapa, cuando descubrí que Piri Reis había elaborado su carta de América gracias a las informaciones proporcionadas por un prisionero español que había acompañado a Cristóbal Colón en sus tres primeros viajes. Y fue éste quien le facilitó todos los detalles y el mismo que le habló de cierta carta (un *protomapa*, debiera decir) que el Almirante llevó consigo para su empresa.

Pero ¿por qué erró el prisionero al dar la fecha del primer viaje de Colón al Nuevo Mundo?.

¿O es que quizá no lo hizo?.

Para Ruggero Marino, el presunto desliz del atlas de Piri Reis demuestra que Cristóbal Colón pudo haber hecho un «viaje secreto», de exploración, a América, siete años antes de su travesía oficial. Ese viaje, según el autor de Cristóbal Colón, el último de los templarios, se hizo poco después de que el futuro Almirante descubriera que el rey Juan II de Portugal lo había traicionado.

Y me explico: por aquel entonces, Colón trataba de convencer a la Corona portuguesa de la existencia de ricas tierras allende las Columnas de Hércules. Nadie pareció hacerle caso, pero el rey portugués, a sus espaldas, envió Mare Tenebrossum adentro a un capitán de Madeira llamado Domingo de Arco para que explorara esas supuestas tierras. A finales de 1484, Arco había fracasado en su empeño, pero las noticias de su intentona llegaron a oídos de Colón. Y éste, enojado, desapareció de la corte del rey Juan para no dejarse ver de nuevo hasta un año más tarde, en 1486, inclinado ante el trono de los Reyes Católicos.

¿Visitó Colón América en ese «tiempo perdido»?. ¿Tiene razón el mapa de Piri Reis al marcar la fecha de su primer viaje en el «año oscuro» de 1485?. ¿Fue gracias a ese *protoviaje* por lo que Colón siempre estuvo convencido del éxito de su empresa?.

No por casualidad, en torno a esas mismas fechas nació otro desconcertante rumor. Según varias relaciones publicadas a partir de 1574,[8] unos diez años antes del primer viaje oficial de Colón, un capitán llamado Alonso Sánchez de Huelva fue arrastrado por una tormenta hasta las costas americanas. El tal

Alonso, que debla conducir su embarcación de Vizcaya a Inglaterra, sufrió un golpe de mar que quebró su timón y lo arrojó contra una tierra ignota, lejos de España, habitada por indígenas que le tomaron por un dios. Sánchez enseguida intuyó que se había tropezado con algo grande. Trató de reconstruir su periplo en los diarios de a bordo al tiempo que ordenó a sus hombres que reconstruyeran su nave y se prepararan para el regreso. Cuando todo estuvo listo, pusieron rumbo a casa cayendo en otra desgraciada travesía. Atracaron en la Gomera casi a punto de naufragar. Y allí fueron atendidos por los hombres de Inés de Peraza, condesa de la isla.

Pero lo mejor aún estaba por llegar.

Según la crónica que Juan López de Velasco hizo de estos hechos a finales del XVI, la casualidad quiso que conociera a Colón. Alonso Sánchez, extenuado, murió en brazos del futuro Almirante, legándole in extremis el mapa de su travesta y el relato completo de sus desventuras.

¿Fue ése el «mapa madre» que guió a Colón y, años más tarde, al propio Piri Reis?.

Las misteriosas fuentes de Piri Reis

La doctora Afet Afetinan, hija adoptiva de Atatürk y la estudiosa que más tiempo ha pasado junto al atlas hoy conservado en el Topkapi, sostuvo en uno de sus informes algo que siempre me ha dado que pensar. Llegó a la conclusión de que Piri Reis consultó no menos de treinta y cuatro mapas antes de elaborar el suyo. «Veinte de éstos —escribió Afetinan—, no tienen fecha. Sólo ocho fueron dibujados por musulmanes, de los que dos copias están en Estambul: uno de ellos fue diseñado por Ibrahim de Tunis (1413), ahora en la Librería del Palacio Topkapi, y el otro por Ibrahim de Trablus (1460), ahora en el Museo Naval de Estambul». Y añadió: «Cuatro de estos mapas eran nuevos, dibujados por portugueses, otro árabe señala el océano índico, los mares de China y algunas partes de África; y otro era de Cristóbal Colón, del hemisferio sur».[9]

Por desgracia, desconocemos el paradero de los más importantes. Entre ellos el del propio Colón, o el presunto de Sánchez de Huelva, cuya memoria apenas pervive hoy en oscuro busto en la onubense plaza del Doce de Octubre. Por culpa de esa seria laguna documental, llevo años obligándome a examinar otros

viejos mapas. Algunos tan controvertidos como el que describiré en las páginas que siguen.

CAPÍTULO 3

Operación Vinlandia

La última vez que la ciencia —que no la Historia, por lo general más cobarde— puso en jaque la originalidad de la aventura de Colón fue en el verano de 2002. Y en aquella ocasión la culpa la tuvo un minúsculo isótopo radiactivo.

Fue un artículo publicado en la revista científica norteamericana *Radiocarbon*[10] el que desencadenó una de las reacciones en cadena más extrañas que recuerdo. Aquel texto de siete páginas recogía los esfuerzos del doctor Garman Harbottle y de los Laboratorios Nacionales Brookhaven de Arizona por datar mediante el método del carbono-14 un rudimentario atlas, tal vez de principios del siglo XV, que mostraba un perfil costero parcial del continente americano.

Harbottle, desde luego, no se había fijado en un documento cualquiera. Se trataba de una pieza bien conocida por los americanistas. La llamaban «mapa de Vinlandia» y desde hacía medio siglo era motivo de escándalo para la comunidad científica. Había sus razones. De creer lo que se deducía de ese pergamino de 27,8x41 centímetros, ese mapa fue confeccionado en la primera mitad del siglo XV por un cartógrafo europeo anónimo gracias a informaciones de origen nórdico nacidas al amparo de la gesta de cierto héroe vikingo conocido como Eirik Thorvaldsson, el Rojo, descendiente de Leif Eiriksson, y del que dicen que alcanzó América desde Groenlandia alrededor del año 1000.

¿Estábamos, pues, ante la prueba definitiva de que Colón no fue el primer

occidental en pisar el Nuevo Mundo?. ¿Era ése el «mapa madre» del que bebió el genovés antes de hacerse a la mar para culminar su gesta?. Una inscripción extraída del propio pergamino así lo sugiere:

Por voluntad de Dios, después de un largo viaje desde la isla de Groenlandia al mediodía, hacia las tierras más distantes del mar occidental, navegando hacia el sur entre hielos, los compañeros Bjarni [Byarnus] y Leif Eiriksson [Leiphus Erissonius] descubrieron una nueva tierra, muy fértil y que incluso tenía vides, por lo que llamaron a esta isla Vinlandia. Eric [Henricus], legado de la sede apostólica y del obispo de Groenlandia y sus regiones vecinas, llegó a esta tierra vasta y rica, en nombre de Dios Todopoderoso, en el último año de nuestro amado padre Pascal, permaneció largo tiempo tanto en verano como en invierno. y después regresó hacia el noreste rumbo a Groenlandia, donde se sometió con humilde obediencia a la voluntad de sus superiores.[11]

había, pues, que salir de dudas.

¿Era la alusión a esa «isla Vinlandia» la primera referencia histórica conocida al Nuevo Mundo?. Tras no pocas demoras, la. Universidad de Yale, propietaria del «tesoro» desde 1965, decidió que la medición del carbono-14 sería la mejor opción para aclarar la cuestión de una vez por todas.

Desde mediados del siglo pasado ese isótopo llamado C-14 es la vía más fiable para datar huesos, telas, papeles o maderas —material orgánico, en suma — de menos de sesenta mil años de antigüedad. El «mapa de Vinlandia» entraba, por tanto, de lleno en semejante categoría. Había llegado la hora de fechar esa pieza utilizando un método «infalible».

El doctor Harbottle me lo dejó así de claro:

—Si no se han hecho antes estos análisis ha sido porque, hasta los años setenta, cuando la datación miniaturizada por carbono-14 fue inventada, se tendría que haber sacrificado un gran pedazo del mapa, unas cincuenta veces mayor que nuestra muestra. Pero en los setenta, en Brookhaven miniaturizamos el proceso utilizando sólo pequeños fragmentos. Poco después se inventó el espectrómetro del acelerador de masas y se hizo posible la datación usando tan sólo muestras miligrámicas.[12]

Todo empezó, pues, cuando científicos de los Laboratorios Nacionales

Brookhaven y el Instituto Smithsoniano desgajaron en febrero de 1995 una fina tira de apenas veintiocho miligramos de peso del mapa en cuestión, y la enviaron al acelerador de partículas de la Universidad de Arizona. Allí les llevó algún tiempo descontaminar la muestra y prepararla para su datación. Todos sabían lo que se traían entre manos: «Sí el mapa resultara auténtico —dijeron entonces los expertos—, estaríamos ante la primera representación cartográfica de Norteamérica y su fecha sería importante para establecer la historia del conocimiento europeo de las tierras que bordean el Atlántico Norte occidental». Y añadieron: «También reabriría la profunda cuestión de si Colón accedió o no a ese conocimiento».[13]

Tenían razón. La conclusión del acelerador, hecha pública a finales de julio de 2002, pareció llamada a revolucionar la historia oficial del Descubrimiento. Según la cifra dada por el carbono-14, aquel mapa fue confeccionado en el año 1434 de nuestra era, con un error de once años arriba o abajo. Estábamos, si todo se confirmaba, ante el primer mapa conocido del Nuevo Mundo, diseñado más de seis décadas antes de que Cristóbal Colón zarpara desde Palos de la Frontera rumbo a lo desconocido y casi ochenta años antes de que Piri Reís dibujara su propio atlas.

¿Por qué casi nadie había querido enterarse de esto?. A la luz de aquellos datos, ¿no debíamos apresurarnos todos a corregir nuestros manuales escolares?. Los expertos que consulté en aquellos días, recelaron.

Pronto comprendería sus razones…

La conspiración vikinga

Fue así como me tropecé con una historia que no me resisto a contar.

—¿El mapa de Vinlandia?. Ten cuidado —me advirtió en Sevilla el escritor Juan Eslava Galán, que años atrás había escrito ya sobre esta cuestión—. Vas a meterte en un avispero lleno de oscuros intereses. No te Res de nadie.

Juan tenía razón. No tuve más que echar un vistazo a la historia del hallazgo de este mapa para darme cuenta de ello. Por ejemplo, la fecha que se eligió para presentarlo por primera vez al mundo fue escogida con toda la mala intención. Fue el 12 de octubre de 1965, día de la Hispanidad, cuando tres expertos de la Universidad de Yale y del Museo Británico de Londres presentaron la prueba de

que los vikingos habían descubierto América cuatro siglos antes que Colón.[14] Si lo que buscaban era que los españoles se tragasen el orgullo de la gesta colombina, casi lo consiguen. Y es que, a la vista de aquella revelación, muchos historiadores palidecieron: lo que esgrimían como si fuera un arma de destrucción masiva era un mapamundi dibujado sobre pergamino y fechado al menos cincuenta años antes del descubrimiento oficial del Nuevo Mundo. En él se distinguía una *Vinilanda Insula* cuyos perfiles costeros se correspondían con Terranova y la península del Labrador. Hasta la bahía de Hudson estaba delimitada, y muy cerca se adivinaba el perfil puntiagudo de Groenlandia. No había duda: aquella isla Vinlandia era el primer boceto conocido de las costas del actual Canadá.

Según anunciaron aquel remoto mes de octubre Raleigh A. Skelton, responsable de mapas del Museo Británico, George D. Painter, a cargo de los incunables de la misma institución, y Thomas E. Marston, conservador de manuscritos medievales y renacentistas de la Universidad de Yale, estábamos ante «el primer mapa de América tal y como fue diseñado por los navegantes nórdicos que la descubrieron».[15]

A este lado del Atlántico, las reacciones a aquella afirmación no se hicieron esperar.

En España, Torcuato Luca de Tena publicó un memorable artículo en el diario *ABC* en el que se apresuró a tildarlo todo de fraude. «Se me hacía muy arduo entender que pudieran dibujarse unas costas siglos después de haber sido halladas y después perdidas —escribió—. Pero más fuerte aún era mi argumento de que los vikingos no conocían el sextante, ni la brújula, ni el astrolabio, instrumentos imprescindibles para dibujar cartas marinas».[16]

Química contra historia

Ante la avalancha de críticas llegadas desde toda Europa, la Universidad de Yale encargó nuevos análisis que despejaran cualquier duda sobre la antigüedad de *su* mapa. Comisionó un primer examen químico al profesor Walter McCrone quien concluyó, para sorpresa de todos, que la polémica isla de Vinlandia había sido dibujada con una tinta que contenta un pigmento sólo sintetizado a partir de los

años veinte del siglo pasado.

¿Era el mapa un fraude?.

Aunque McCrone, prudente, no encontró evidencias de quién pudo haber sido su falsificador, otros aventuraron incluso el nombre de un sospechoso. Juan Eslava Galán apuntó que «el más probable parece ser un profesor yugoslavo experto en derecho canónico, el doctor Luka Zelic, que había fallecido en 1922». Según él, Zelic acometió su tarea para «probar una peregrina teoría suya que se obstinaba en exponer en congresos internacionales católicos sin que nadie le hiciera demasiado caso: América había sido evangelizada por vikingos católicos antes de la llegada de Colón».[17]

Pero no acabaron ahí las críticas. Muy pronto emergió otro argumento más, Y es que el texto latino inscrito junto a la «isla» decía algo profundamente antihistórico: «Por deseo de Dios, después de un largo viaje desde la isla de Groenlandia al sur hacia las partes más distantes del mar occidental, navegando entre los hielos, los compañeros Bjarni y Leif Eiriksson descubrieron una nueva tierra, extremadamente fértil y que tenía incluso vides, por lo que la llamaron Vinlandia».

A Luca de Tena le faltó tiempo para arremeter contra la legitimidad de aquella prueba, argumentando que el término Vinlandia —«país de las vides»— era un *imposible cronológico*. A fin de cuentas, las primeras cepas sólo llegaron a América de manos de los primeros colonos europeos, mucho después incluso de 1492 y la gesta colombina.

Tanta precisión y debate, a la postre, importó muy poco en Canadá, donde durante el año 2000 se celebraron las fiestas del milenio de la llegada de vikingos a sus costas. Y lo hicieron construyendo una flota de trece réplicas de embarcaciones de la época, capitaneadas por cierto Gunnar Marel Eggerston, descendiente directo del mismísimo Eiriksson.

Tampoco en la Universidad de Yale se rindieron nunca. El juicio de McCrone debla ser revisado. Y así, pese a que ante las primeras dudas retiraron el mapa de sus vitrinas, y aunque la conferencia científica de 1966 sobre su validez tampoco alcanzó conclusiones definitivas, el prestigioso claustro continuó defendiéndolo tras el «caso Vinlandia». Tenían una poderosa razón para ello: aquel pergamino había sido donado a esa institución por Paul A. Mellon, un rico filántropo que lo había adquirido por un millón de dólares de

1958 a un anticuario de Connecticut que, a su vez, se había hecho con la pieza en Ginebra. El mapa iba acompañado de un cuaderno de viajes manuscrito de cierto fraile llamado Juan Plano Carpini, titulado Relación de tártaros, y que poca o nula luz arrojaba sobre el verdadero origen del mapa y su sorprendente contenido.

¿Iban a tirar un millón de dólares a la basura?.

Así las cosas, en 1987 Yale puso el mapa en manos del Departamento de Física de la Universidad de California para que lo analizaran con un método nuevo, no dañino, que usaba haces de protones. Éstos consiguieron al fin identificar los elementos presentes en la tinta, y según sus conclusiones «las cantidades de titanio presentes en el mapa lo convierten en una pieza auténticamente medieval, similar a una Biblia de Gutenberge.[18]

Lo curioso es que según el doctor T. A. Cahill, el responsable de estas nuevas pruebas, el titanio aparecía en cantidades muy pequeñas y no justificaba en absoluto que el mapa estuviera bajo la sospecha de fraude.

Al fin la Universidad de Yale había encontrado la excusa para volver a desempolvar su pieza más polémica. En 1996, coincidiendo con otra conferencia internacional sobre el mapa, sus responsables lo aseguraron en algo más de dieciocho millones de euros —hoy su valor se calcula ya en veintidós— y lo protegieron como si fueran las mismísimas joyas de la Corona británica. Desde entonces han vuelto a recuperar su fe en Vinlandia.

La tinta es la clave

Tanta protección, sin embargo, todavía no ha servido para certificar su autenticidad. Ni siquiera ahora, tras la última datación del carbono-14.

Una oportuna «casualidad» quiso que la revista norteamericana Analytical Chemistry publicase en agosto de 2002, un mes después del articulo de Radiocarbon, las últimas pruebas químicas de la tinta con la que se dibujó el mapa. Utilizando un potente espectroscopio Raman, capaz de determinar los componentes de la tinta, los doctores Robin Clark y Catherine Brown de Londres volvieron a extender la sombra del fraude sobre Vinlandia. Ambos trabajaron sobre la pieza original, a la que aplicaron un láser para «leer» su estructura molecular. De las líneas de colores que emergieron, y que son una especie de «huella digital» química de los componentes internos del trazo del dibujo, surgió un color amarillo dominante. Este tono probaba, a ojos de los expertos, la existencia de anatase, la forma menos común de dióxido de titanio que existe en la Naturaleza y que ya había hallado el doctor Walter McCrone tres décadas antes. El problema es que el anatase no se sintetizó hasta 1923, por lo que Clark y Brown concluyeron una vez más que el dibujo del mapa —que no el soporte de papel, que probablemente sea del siglo XV— pudo haber sido hecho en pleno siglo XX.

En Estados Unidos se desató una pequeña guerra entre laboratorios por culpa de este asunto. Tanto el resultado del carbono-14 como el de las pruebas *Raman* se hicieron públicos el 29 de julio de 2002, en una coincidencia de fechas casi sin precedentes. Y ambos esgrimieron análisis sólidos y solventes. Clark y Brown, por ejemplo, explicaron en su trabajo que antes de la invención de la imprenta, lo normal era que las tintas tuvieran grandes cantidades de carbono, pero este elemento no fue hallado en el mapa. No obstante, admitieron que las «huellas amarillas» son comunes en manuscritos medievales y que un falsificador hábil pudo haber recurrido al *anatase* para enmascarar su acción a los expertos, «Las espectrografías Raman no necesariamente distinguen entre *anatase* sintético o mineral —me reconoció el doctor Clark en un correo electrónico aquel verano—, pero el trabajo de McCrone si lo hizo».[19]

¿Y ahora qué?.

La coincidencia en la publicación de los análisis químicos de Londres y los del carbono-14 de Estados Unidos no pasó de ser, para el doctor Clark, «una curiosa coincidencia, especialmente porque de la datación por radiocarbono viene hablándose desde hace muchos años». Y aunque me admitió que el pergamino puede ser, en efecto, de 1434, insinuó que «cualquier falsificador competente podría haber obtenido pergamino viejo, fácil de conseguir en Europa, y dibujar el mapa sobre él».

Por otra parte, el químico Garman Harbottle, responsable del proyecto que ha fechado el mapa de Vinlandia, admitió en su informe final que «aunque la datación resultante no prueba en sí misma que el mapa sea auténtico, se trata de una importante nueva evidencia que debe ser considerada por aquellos que argumentan que el mapa es un fraude sin mérito cartográfico».[20]

La polémica me hizo sonreír. En realidad, no se necesitaba ningún mapa para probar que Colón no fue el primer occidental que pisó América. Yo mismo había reunido un buen puñado de pistas materiales, tangibles, que apuntaban en esa dirección. Indicios sorprendentes que todavía hoy cuelgan en las vitrinas de algunos museos abiertos al público.

¿Se fijarán algún día en ellos los historiadores?.

CAPÍTULO 4

¿Llegaron los templarios a América?

Tardé varios minutos en reaccionar. Durante un instante perdí la noción del tiempo, incapaz de recordar si estaba en Europa o, como creía, en el corazón de los Andes.

No era para menos.

Colgada en un expositor del Museo Nacional de Arqueología de La Paz, en Bolivia, la pequeña estatua de un hombre barbado —los indios del altiplano son, como se sabe, lampiños— y con una cruz griega en relieve esculpida en el pecho, acababa de regalarme una mirada desafiante. Era una estatua de bulto, de no más de 30 centímetros de alzada, esculpida en andesita gris y de tosca factura, que representaba a un varón cubierto por una especie de capucha, cejas pobladas y perilla, que apenas destacaba del resto de objetos de la sala. De no saberme en tierras americanas, hubiera creído que estaba frente a alguna burda talla románica elaborada en Francia o España. La talla de un templario.

Deshice mi bolsa de cámaras frente a la vitrina, buscando el mejor modo de retratarla. Mientras lo hacía, una certeza fue ganando posiciones en mi cerebro: aquel monolito estaba fuera de lugar. *Debía* de estarlo. Los objetos expuestos junto a él pertenecían a un período muy anterior a la llegada de los primeros españoles a Bolivia. Y, que se admita, nadie con aspecto de monje había pasado por el altiplano antes del siglo XVI.

«Entonces, ¿qué hago yo aquí?», pareció susurrar la Figura entre dientes.

Tras obtener una rápida serie de diapositivas, rezando por no alertar a los vigilantes con mi flash, me dirigí al director del museo para hacerle unas cuantas preguntas. Cuando éste me acompañó de nuevo frente al «monje burlón›, para saber de qué le estaba hablando, sus palabras no hicieron sino confirmar mis temores.

—No, no —me atajó—. No se trata de una escultura posterior a la llegada de los conquistadores. No es colonial. Es una pieza precolombina, de la cultura tiahuanaco, descubierta en 1957 cerca de La Paz. En Carabuco.

—¿Y cómo es posible que antes de la conquista alguien tallara algo así, tan… cristiano?.

El director, perplejo, se encogió de hombros.

—Tenga usted en cuenta —dijo al fin— que la cruz es un elemento común en las culturas andinas.

El funcionario tenía razón. Veinticuatro horas antes de mi visita al Museo Nacional de Arqueología había recorrido a pie buena parte del perímetro protegido de Tiahuanaco.[21] Se trata de las ruinas más imponentes de los Andes, hoy miserablemente sepultadas bajo toneladas de escombros y esparcidas en una llanura a 70 kilómetros de la capital, que sobrecoge con sólo mirarla.

En uno de los escasos recintos puestos al descubierto por los arqueólogos, uno al que llaman *Kalasasaya* o «Templete Semisubterráneo», se alza un monolito diez veces mayor que la figurilla de Carabuco. El coloso presenta varios rasgos comunes con mi pequeño «monje». Las mismas cejas pobladas en forma de T, los mismos ojos redondos, idéntica boca y, sobre todo, la misma atípica e «imposible» cara barbuda. Un detalle más las vinculaba: ninguna de las dos figuras mostraba sus pies, bien porque sus escultores no quisieron o no supieron esculpírselos, bien porque ambos vestían ropas largas o túnicas, que los cubrían de arriba abajo.

El gigante de Tiahuanaco fue desenterrado por Wendelle C. Bennett en 1932, y ya en su primer informe arqueológico fue descrito como el retrato de un hombre barbudo. El ídolo número quince, como se le conoció antes de ser bautizado como Kon Tiki[22] presentaba además cinco dedos en cada mano. Detalle significativo si se tiene en cuenta que sus «colegas» pétreos de ojos cuadrados que hoy se levantan a pocos metros de él, tan sólo muestran cuatro.

Una característica de los dioses, sin duda.

Entonces, si no me enfrentaba a una representación mitológica, ¿quién fue el «barbudo» que inspiró los retratos de Carabuco y Tiahuanaco?. ¿Estaba ante el retrato de algún ilustre visitante?… ¿Tal vez uno vestido con ropas talares europeas?.

Aquellas dudas me condujeron a un camino que entonces ni siquiera imaginaba. En cuestión de semanas, apilé decenas de piezas de un fenomenal rompecabezas histórico. Descubrí a todo un elenco de autores que defendían que esas representaciones probaban que mucho antes de Colón desembarcaron en América una o varias órdenes religiosas, caballeros templarios e incluso apóstoles bíblicos que recorrieron el continente de norte a sur… ¡predicando!.

¿Eran las teorías de un grupo de chiflados?. ¿O tal vez tras sus tesis se escondía algo digno de ser investigado?.

El enigma de los protoevangelizadores

El hombre que abrió el camino a semejantes ideas fue Jacques de Mahieu, un economista francoargentino autor de varias obras consagradas a demostrar que vikingos primero y templarios después, explotaron las ricas minas de plata del Nuevo Mundo. Lo cierto es que nadie le había prestado demasiada atención hasta la aparición en escena del mapa de Vinlandia.

Según De Mahieu, los primeros colonos europeos dejaron sus huellas en explotaciones mineras de todo el continente. Ése fue el caso de los vikingos que extrajeron plata de Santos y Parnaiba, en Brasil, y la intercambiaron con los templarios durante los siglos XII y XIII. Para De Mahieu eso explicaba por qué los caballeros de los mantos blancos establecieron el puerto principal de su flota en La Rochelle (Francia), en pleno océano Atlántico, y no en Marsella o en cualquier otro fondeadero del Mediterráneo, que era el gran mar comercial de su tiempo. Y también cómo se las ingeniaron para inundar Europa occidental «con una moneda de plata cuyo origen ha permanecido siempre en el misterio, pero que la tradición popular de Normandía situaba más allá del océano. En buena lógica se impone una conclusión —escribió—: el Temple importaba la plata de América».[23]

¿Fue, pues, uno de esos templarios el modelo que inspiró la figurilla barbuda de Carabuco?.

Al trabajar sobre una leyenda prehispánica paraguaya, De Mahieu me puso tras otra interesante pista. A decir suyo, la divinidad barbuda local que culturizó Paraguay hacia el año 1250 de nuestra era, y a la que los indios describieron como un varón vestido con hábitos blancos, fue un monje cristiano. A él se deben, asegura, topónimos geográficos tan importantes como Santa Cruz de la Sierra en Bolivia donde se conoció a aquel extranjero con el sobrenombre de Gnupa. Un personaje que, por cierto, también pasó por Carabuco, el pueblo del «monje» de piedra.

Pero las sorpresas no terminaron ahí. A mi regreso de Bolivia, visité el santuario de Loyola, en Guipúzcoa, sede de una importante biblioteca que alberga más de treinta mil volúmenes de los siglos XV al XVIII. Mientras

examinaba en sus fondos ciertas cartas que san Ignacio intercambio con su compañero de andanzas Francisco de Borja, accedí a un extraño volumen, *Historia y magia natural*,[24] escrito por el jesuita gaditano Hernando Castrillo en 1692. En su capítulo diecisiete, bajo un epígrafe titulado *Si la noticia de la fe ha llegado a los fines de la América*, el buen padre aportaba datos que, casi milagrosamente, casaban con la historia de «mi» monje boliviano.

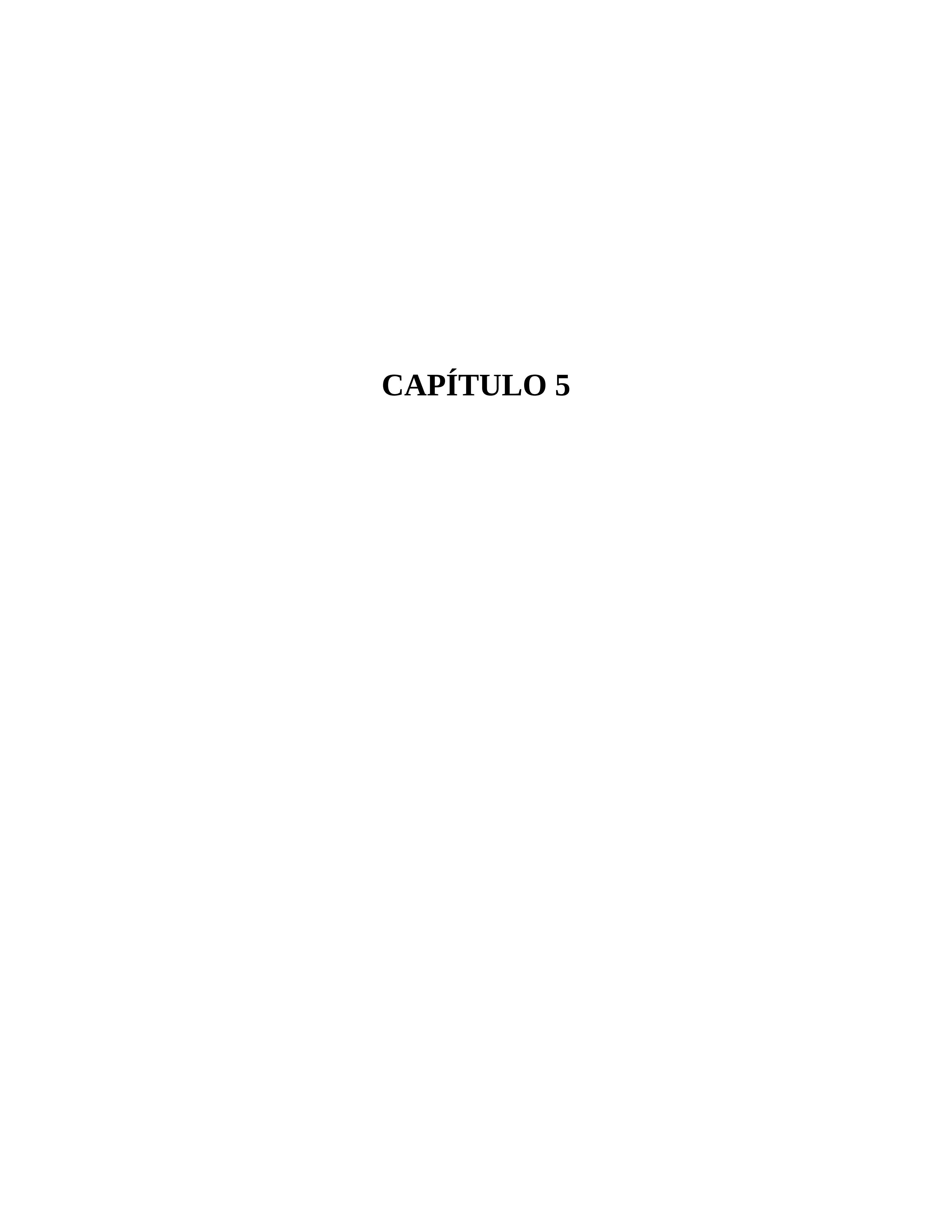
Con aplomo temerario, Castrillo afirmaba que algunos apóstoles de Jesús, fieles a su mandato de extender la noticia de la redención por todo el mundo, se aplicaron tanto en su tarea que llegaron incluso a las costas de América. De su épico relato se desprende, además, que el verdadero héroe de aquella saga fue el apóstol escéptico Tomás. Al parecer, avergonzado por haber metido sus dedos en las llagas del Mesías desconfiando de su resurrección, Tomás huyó a Paraguay donde no sólo se dio a conocer como Pay Zumé, sino que anunció a los indígenas la llegada de los jesuitas… ¡quince siglos antes de fundarse la orden!.

Tan descarada propaganda a punto estuvo de hacerme cerrar el libro. Por suerte, me contuve: entre tanto despropósito, su obra incluía también datos dignos de consideración. Refería, por ejemplo, el relato de un indio bautizado como don Fernando, de 120 años de edad, que en 1600 relató a los jesuitas cómo sus antepasados conocieron a «un hombre de grande estatura, vestido casi al modo y traje de ellos, blanco, que predicaba dando voces que adorasen a un solo Dios, y reprendía los vicios, y que llevaba consigo una cruz, la cual levantó en el pueblo llamado Carabuco, y que a su vista enmudecieron los ídolos y no dieron más respuesta».[25]

Como aquellos ídolos, también yo me quedé sin habla: ¡Carabuco!. ¡Otra vez!.

Aquellas cuatro sílabas habían resonado en mis oídos en dos lugares diametralmente opuestos del globo, separados por más de 11.000 kilómetros entre si, en cuestión de un mes. ¿había visto en La Paz el retrato —tal vez el único de su especie— del «monje blanco» que predicó a los antepasados de don Fernando?. ¿Tal vez el de ese Pay Zumé descrito por De Mahieu?.

Y de no ser ninguno de los dos, ¿a quién quiso retratar el anónimo artista que esculpió el monje del boliviano Museo Nacional de Arqueología?.



CAPÍTULO 5

Los viracochas

Aquella pregunta que vagó en mi mente durante semanas, tenía una respuesta. Era una contestación tan simple como enigmática, que había que encontrar en las crónicas de los primeros conquistadores: el monje de Carabuco era un viracocha. Un hombre blanco venido de ultramar mucho antes de 1492.

Ese dato se escondía en un sorprendente ensayo de Pierre Honoré,[26] un estudioso obsesionado por despejar algunos de los puntos más oscuros que nos legaron los primeros cronistas de Indias.

Honoré había prestado atención a algunas descripciones antiguas, como esta que Pizarro hizo de los incas al poco de establecer contacto con ellos en 1533:

> La clase dirigente del imperio del Perú era de piel clara y pelo rubio oscuro, algo así como el color del trigo maduro. Los grandes señores y las damas eran en su mayoría blancos como los españoles. En aquel país encontré a una india con su crío que tenía la piel tan blanca que apenas hubiera podido distinguírsela de la gente blanca y rubia. De ellos se decía que eran hijos de los dioses.[27]

¿Quiénes fueron esos hombres blancos de los Andes, que dominaron el lugar mucho antes del desembarco de Pizarro?. ¿De dónde habían salido?. ¿Fue por ellos que los incas tomaron por dioses a los primeros españoles que vieron, ¿Estaba en ese parecido la razón por la que se sometieron con tan poca resistencia a los recién llegados?.

Los encuentros con hombres blancos en la América precolombina no se dieron sólo en Perú. Incluso Colón describió en sus diarios a esos indios «tan blancos como podían ser en España»[28] y se asombró del parecido que tenían con algunos de sus compatriotas. ¿Se trataba de los remotos descendientes de alguna familia perdida hace siglos?.

En Perú, a Pizarro y los suyos los llamaron *viracochas*[29] y los incas los agasajaron como si fueran dioses. Lo que al principio fue tomado como una fórmula de cortesía, pronto reveló su verdadero significado: la indumentaria, el porte y el color de la piel de los recién llegados recordaba a aquellos nativos el paso del dios culturizador Viracocha, cuyo culto se extendía entonces a lo largo

de todo el Imperio del Sol.

A este respecto, y según explicó el cronista Garcilaso de la Vega «el Inca» en sus *Comentarios reales*, tiempo antes del desembarco de Pizarro, bajo el gobierno de Yáhuar Huácac; (1350-1410 d. J.C.), se produjo un hecho singular. El soberano inca, alertado por las señales que auguraban un negro final para el Tahuantinsuyu o gobierno imperial inca, decidió no sumar más conquistas a sus dominios. Su primogénito, un guerrero joven y temerario que ocuparía el trono como octavo rey inca, se opuso a aquella decisión ganándose su destierro a las fincas de pastoreo del monarca. Su castigo duró sólo tres años, al término de los cuales el príncipe regresó a Cuzco relatando algo que él mismo tuvo ocasión de presenciar y que sobrecogió a toda la corte:

Sólo, Señor, sabrás que, estando yo recostado hoy a mediodía (no sabré certificarte si despierto o dormido) debajo de una gran peña de las que hay en los pasos de Chita, donde por tu mandato apaciento las ovejas de Nuestro Padre el Sol, se me puso delante *un hombre extraño en hábito, y en figura diferente de la nuestra, porque tenía barbas en la cara de más de un palmo y el vestido largo y suelto que le cubría hasta los pies*[30] [la cursiva es mía].

Aquel extraño se identificó como Viracocha y le previno de que la desunión de las diferentes provincias del Tahuantinsuyu conseguirían hacer caer el señorío de Cuzco. Al margen del vaticinio de «Viracocha Inca», lo que más me llamó la atención fue la descripción física del visitante.

En un estudio de ese relato conducido por la historiadora mexicana María Luisa Rivera, se apuntaba a que ese Viracocha «pudo ser un náufrago, ya que son famosos los viajes que navegantes italianos, portugueses, españoles y holandeses hicieron en la Edad Media y parte de la moderna por las costas africanas». La estudiosa añadía que el «náufrago» en cuestión «habría informado al sacerdocio y, en particular, al joven futuro Inca de la existencia de otra remota cultura y le habría explicado, asimismo, ciertos aspectos fundamentales de la misma».[31]

La idea del navegante varado, aunque poderosa, pronto se me hizo insuficiente. ¿Un solo náufrago predicando en Cuzco, en Carabuco o en Paraguay?. ¿Un entregado cristiano dispuesto a convertir a pie a medio imperio

andino?.

Quien haya visitado las sierras de Cuzco sabe que esa tarea es imposible para un solo hombre. No. Si de europeos se trataba, detrás de tanto «Viracocha barbudo» debía de existir toda una organización… Tal vez toda una tribu.

CAPÍTULO 6

La tribu más perdida

Ésta es una de esas historias que merece la pena ser contada.

Cuando los españoles llegamos a América, lo hicimos con la cabeza llena de sueños. Algunos conquistadores ávidos de aventuras creyeron haber descubierto en ella el paraíso terrenal. Otros buscaron, entre sus manglares y cerros, los restos de El Dorado, las siete ciudades de oro de Cibola o la fuente de la eterna juventud. Y los más doctos, los que arribaron al Nuevo Mundo con la cabeza más fría, pronto se ocuparon de urdir teorías para explicar cómo era posible que aquellas tierras estuvieran pobladas por culturas tan desarrolladas, con pequeñas familias integradas por hombres y mujeres de piel blanca y aspecto occidental.

Fray Bartolomé de las Casas, *El Apóstol de los Indios*, fue el primero en poner sus sospechas por escrito: aparte de los blancos, aquellos indios de nariz aguileña, pelo moreno, que no reconocían a Jesús como el mesías… ¿no podrían ser descendientes de alguna de las diez tribus perdidas de Israel de las que hablaba la Biblia?.

Ahí nació un mito.

La búsqueda de esas tribus es equiparable a la *quête* del Santo Grial, del Arca de la Alianza o del Preste Juan. Fábulas de raigambre bíblica que estimularon la imaginación colectiva de Occidente durante siglos. Las crónicas de Indias están llenas de referencias a esos judíos perdidos, Juan de Torquemada llega incluso a poner en boca de Las Casas que el topónimo de Cuba procedía de

la palabra hebrea «casco». O que el rió Yuna, el segundo más importante que cruza la actual República Dominicana, tomó su nombre indígena del profeta Jonás. Otros, como el obispo Diego de Landa que recogió sus propias teorías en su Relación de cosas del Yucatán (1566), abundan en tesis parecidas, e impelieron a frailes como Diego Durán a decir que los aztecas descendían de alguna de las tribus judías perdidas, pero que con el tiempo derivaron sus sacrificios de carneros a Yahvé a sus rituales de muerte para humanos.

עביכ,

Tantos sueños, claro, llenaron mi cabeza de torpes ideas sobre lo que ocurrió en América antes del desembarco de Colón en 1492. Y empecé a ver —como Simon Wisenthal, el célebre *cazanazis* judío— extrañas coincidencias por todas partes. ¿Recibió Colón información del Nuevo Mundo de las comunidades hebreas que acababan de expulsar los Reyes Católicos de España?. ¿Conocían esos expulsados la existencia de tierras en ultramar?. ¿Fue casual que el último día de permanencia de los judíos en la península Ibérica fuera el 2 de agosto de 1492, veinticuatro horas antes de que Colón zarpara del puerto de Palos hacia el Nuevo Mundo?.

Una roca judía en Nuevo México

En marzo de 1994, justo antes de visitar Bolivia, me detuve dos semanas en Nuevo México con aquel galimatías hirviendo en la cabeza. Había oído el rumor de que, en medio del desierto, a unos 30 kilómetros de un pueblo llamado Los Lunas, existía una roca que me demostraría que, en efecto, una de las tribus perdidas de Israel había puesto pie en América mucho antes que los españoles. En aquella época no existía aún Internet, y el único modo que tenía de comprobar aquella información era presentándome en el lugar. No lo dudé ni un minuto.

No puedo decir que dar con ella resultara sencillo. La «roca de las inscripciones», como hoy la llaman los lugareños, es una piedra de 70 toneladas que descansa en la vertiente más escarpa da de una solitaria loma rojiza. Cuando la encontré, no estaba señalada por ningún indicador. No aparecía en los mapas.

En ningún restaurante de carretera o gasolinera habían oído hablar de ella. Y lo único que tenía claro era que me estaba adentrando en una propiedad privada, sin permiso, con el sol a punto de desaparecer tras el horizonte, en busca de algo que no sabía si iba a poder encontrar. Pero el riesgo, como casi siempre, mereció la pena.

Apenas la tuve frente a mis ojos, comprendí por qué aquella roca llevaba años levantando ampollas entre ciertos historiadores. Se sabe que está ahí al menos desde 1800, cuando los indios llamaban al lugar «el barranco de las escrituras extrañas». Sus apenas 2 metros cuadrados de superficie todavía exhiben un texto de nueve líneas y 214 caracteres de origen semítico. Y eso era lo extraño. Me encontraba a un palmo de una mezcla arcaica, a mitad de camino de los alfabetos fenicio, cananita y hebreo, que había dejado de usarse hacia el año 1000 a. J.C. Pero qué hacia *eso* allí?. ¿Databa la inscripción de esa época?. ¿Y quién pudo haberla grabado con tanta meticulosidad en una piedra en medio de ninguna parte?.

El primer científico que recorrió el mismo sendero de polvo que acababa de dejar atrás, llegó en 1949. Fue el doctor Robert H. Pfeifer, del Museo Semítico de la Universidad de Harvard. Él copió y tradujo por primera vez aquellas misteriosas letras. Y regresó a su despacho embargado por la sorpresa: según él, esas nueve líneas contenían ¡un resumen de los diez mandamientos que Moisés recibió de Yahvé en el desierto del Sinaí, a más de 15.000 kilómetros de distancia de Los Lunas!.

Tras Pfeifer, Frank Hibben, profesor de antropología de la Universidad de Nuevo México, también trató de explicar cómo pudo llegar algo así en la ribera de uno de los afluentes del río Grande: probablemente, dijo, aquellos trazos fueron esculpidos en roca por alguna de las peregrinaciones mormonas de finales del siglo XIX. Por ese incluían fragmentos del *Talmud* hebreo. usados por éstos en aquel tiempo.

Sin embargo, su explicación no satisfizo a casi nadie y enseguida estalló la polémica. Analistas mormones de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días venidos de Utah ex profeso, desecharon la hipótesis de la peregrinación mormona. Concluyeron que aquellos trazos parecían demasiado frescos. Ignoraban que para cuando ellos llegaron, éstos habían sido repasados una y mil veces por estudiosos y exploradores para la obtención de placas

fotográficas nítidas de los signos. Una práctica nefasta aún vigente en 1994, cuando yo mismo visité el lugar.

¿Hebreo o navajo?

En 1964, la historia de la «roca de las inscripciones» atrajo a un juez de Alburquerque llamado Robert La Follette. La ciudad más importante de Nuevo México se encuentra a tan sólo 45 kilómetros de la piedra, así que no te fue demasiado gravoso retomar el asunto y tratar de traducir los signos… una vez más, Tras determinar que la mayoría eran de origen fenicio, asignó a cada uno un valor fonético que dio como resultado un texto que se asemejaba mucho al dialecto original empleado por los indios navajo.

Fue un primer paso.

LaFollette ignoraba que ya en 1607, el gran inquisidor dominico fray Gregorio Garcia, en su obra *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, sugirió que los fenicios habían influido en la lengua y las costumbres de los pueblos nativos americanos. Según fray García, éstos fueron consumados navegantes y mantuvieron su desembarco en aquellas tierras rodeado del más impenetrable de los secretos. Y como él, cronistas como Gómara, Alonso de Zamora o jerónimo de Mendieta concluyeron que los indios hablaban, en efecto, una especie de «hebreo corrupto». ¿Era, pues, la lengua navajo un vestigio perdido del idioma de Abraham?.

El juez LaFollette lo consultó con un intérprete navajo. El resultado de sus averiguaciones no hizo sino echar más leña al fuego: según él, la roca no contenía texto religioso alguno, sino la crónica puntual de un viaje épico realizado en tiempos precolombinos. Ver en la roca de Los Lunas una especie de «mapa de Vinlandia» pétreo enseguida chocó contra algunos grupos de creyentes que ya habían sacralizado la roca. Y por desgracia para ellos, su tesis pronto se vio respaldada por Dixie L. Perkins, experta traductora de textos cuneiformes latinos y griegos que no tardó en subrayar el origen greco-fenicio del texto… y su contenido laico.

Tras detectar algunas peculiaridades gramaticales características de la zona mediterránea de Chipre, alrededor del siglo IV a. J.C., la señora Perkins se centró en un cuidadoso proceso de traducción que culminó en una versión épica

de aquellos grabados. «He venido a este lugar para quedarme», comienza diciendo la roca, para proseguir con el relato de un marino de educación griega llamado Zakymeros, que llegó al corazón de Nuevo México remontando el río Grande.

Ignorada por la Historia

Ha pasado mucho tiempo desde que hinqué mis rodillas frente a la «roca de las inscripciones» para examinar sus letras, y aún no deja de sorprenderme la pavorosa indiferencia que han mostrado los medios académicos ante esa «pieza». Abandonada a su suerte en una región infestada de yacimientos arqueológicos indios, la «roca del misterio» sigue perdida, sin señalizar ni proteger, en medio de un mar de arenas y montañas pedregosas.

Tal vez los responsables de ese desaguisado sean quienes la tacharon de simple falsificación. Sin embargo, como hizo notar Jack Kutz,[32] uno de los pocos «historiadores» que hoy se interesan por la roca, no es probable que en 1880 nadie hubiera grabado unos signos así en aquella dura y remota piedra basáltica, haciendo alarde de una escritura desaparecida hace más de dos mil años y corriendo el riesgo de que su pequeña obra de arte no se encontrara jamás.

Pero ¿de qué me sorprendo?. ¿Acaso la Historia —con su inmerecida H mayúscula— se ha ocupado alguna vez de los «pequeños» indicios?.

SEGUNDO DESTINO: METÁFORAS CÓSMICAS.

Ahora sabemos que la astrología dotó a los hombres de una *lingua franca* a lo largo de los siglos. Pero es esencial que admitamos también que, en un principio, la astrología necesitó de conocimientos astronómicos.

Giorgio Di Santillana y Hertha Von Dechend, Hamlet`s Mill[33]

CAPÍTULO 7

El código perdido de *La Ilíada*

Me centraré en otra de esas «pequeñeces».

Hace mucho, mucho tiempo, cuando pocos hombres conocían la escritura y no existían los libros tal como los conocemos hoy, los reinos griegos del Sur se movilizaron como jamás lo habían hecho antes. Un formidable ejército de guerreros pertrechados de impresionantes máquinas de guerra viajó desde el Mediterráneo hasta las riberas del mar Negro para sitiar la ciudad de Troya. Aquellos soldados la llamaban Ilión.

La suya era una misión de honor. Y su gesta seria recogida por un sabio hasta entonces desconocido en un poema de ciento cincuenta mil palabras, que durante los cuatrocientos años siguientes sólo se transmitió de boca a oído.

No debió de ser fácil para los discípulos de Homero memorizar los 24 cantos del maestro. En sus 15.690 versos se describía cómo la bella Helena, esposa del rey Menelao de Esparta, fue secuestrada por Paris, hijo del rey de Troya, y llevada cautiva hasta su ciudad. Los espartanos, ultrajados, armaron sus poderosas tropas para una guerra sin cuartel que enfrentaría a 45 regimientos griegos y troyanos. Homero describió sus combates con todo lujo de detalles, inmortalizando los nombres de no menos de seiscientos cincuenta guerreros, a los que retrató con trazos certeros y coloristas.

Los historiadores consideraron su Ilíada una mera leyenda hasta que en 1869 el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann descubrió los restos de varias

ciudades, unas sobre las otras, bajo una colina cercana a Hissarlik, en la actual Turquía. Su hallazgo dio a la Historia una lección fundamental: no había que desestimar nunca, por insignificante que pareciera, la información contenida en un mito.

La Troya cósmica

Justo eso debió de pensar una joven aficionada a la astronomía llamada Edna Johnston Leigh, cuando en 1943 comenzó a leer *La Ilíada*. Trece años antes, en 1930, el hijo de un granjero de Kansas vecino suyo, Clyde Tombaugh, se convirtió en una celebridad internacional al descubrir el planeta enano Plutón. Nació así una vocación que Edna se llevó al Reino Unido cuando se casó con un piloto de la RAE Cada Fin de semana, Edita dejaba su piso de Londres para viajar a Bolton, cerca de Manchester, y reunirse allí con la familia de su marido. En sus horas de tren, leía a Homero. Y un día, inesperadamente, algo la sobresaltó.

En el libro segundo de *La Ilíada*, Homero describía de forma pormenorizada los 45 regimientos griegos que asediaron Troya. Era una enumeración pesada, que rompía el ritmo del relato, pero que para el poeta parecía fundamental. De repente, Edna recordó otra de sus lecturas clásicas: un poema de Aratus, discípulo de Platón que hacia el 270 a. J.C., redactó un texto titulado *Phaenomena*. En él, Aratus enumeraba las 45 constelaciones conocidas del firmamento. ¿45?.

¿Como los regimientos en combate?.

¿Era aquello una mera coincidencia?.

¿Y si había tropezado con algo importante?.

¿Acaso un código astronómico oculto?.

Al remover libros y artículos de viejas revistas, Edna supo que la sospecha de que la Ilíada encerraba alguna información en clave era muy antigua. Varios traductores de Homero al inglés habían hecho públicas sus dudas al respecto. Alexander Pope, por ejemplo, en el prefacio a su versión de 1715, ya insinuaba que existían «innumerables conocimientos, secretos de la naturaleza y de la filosofía»[34] encerrados en sus páginas. Incluso en pleno siglo XX, W. F. Jackson Knight, en un ensayo sobre las múltiples lecturas que ofrecía la epopeya

de Homero, afirmaba que sus alegorías ocultaban por fuerza una ciencia y una filosofía de elevado nivel, basada en las técnicas griegas de observación de la naturaleza.[35]

¿A qué ciencia se referían?.

Edna Johnston creyó que era astronomía.

El trabajo para demostrarlo le llevó toda la vida, hasta su muerte en 1991. Por suerte, su hija Florence y su yerno Kenneth Wood rescataron sus notas y publicaron en 1999 un ensayo en el que pusieron orden a sus descubrimientos. Florence, profesora de matemáticas, recordaba vagamente los viajes de su madre a Grecia y Delfos al terminar la segunda guerra mundial, y su obsesión por aquellos 45 ejércitos griegos equiparables a constelaciones.

Pero aquello fue sólo el principio.

Edna Johnston determinó que bajo el texto homérico subyacía un código astronómico mucho más complejo. Así, cuando Homero citaba a guerreros por su nombre, en realidad se estaba refiriendo a estrellas destacadas del firmamento. Bajo esa óptica, Aquiles terminó siendo una metáfora que enmascaraba a Sitio, en la constelación del Can Mayor; Odiseo, la estrella Arturo en la del Boyero; Menelao, el de la cabellera bermeja, se asimilaba a Antares, la estrella roja de Escorpio; o Agamenón, el rey que levantó la célebre puerta de los leones de Micenas, a la estrella Regulo, de Leo. De hecho, cada una de las acciones de esos hombres —desde su irrupción en escena hasta su muerte— podía seguirse a través del movimiento de las estrellas en el Firmamento nocturno griego. ¡Y aquello ya no eran meras coincidencias!.

El drama está ahí arriba

La técnica desarrollada por Edna Johnston era ingeniosa: cada vez que descubría en La Ilíada una frase digna de ser interpretada astronómicamente, abría una ficha y comprobaba en los catálogos estelares si se produjo alguna vez un acontecimiento similar. Fue así como tropezó con algo inesperado: Homero —y con él, toda la civilización griega conocía sin duda un movimiento de la Tierra llamado precesión.

Debo detenerme a explicar esto: todos sabemos que la Tierra se mueve alrededor del Sol describiendo dos movimientos muy conocidos. Uno, el de

rotación, es el que desarrolla sobre su propio eje completando una vuelta completa cada veinticuatro horas y dando lugar al fenómeno del día y la noche. Y otro, de traslación, en el que el planeta consuma una órbita alrededor del Sol cada trescientos sesenta y cinco días y da pie a los años. Sin embargo, tuvieron que pasar siglos antes de que se descubriera un tercer movimiento, más complejo, oculto, llamado precesión. Éste se produce porque el eje de la Tierra no es exactamente una línea vertical, recta, sino que está inclinado unos 23 grados respecto al plano, y hace que nuestro mundo dé vueltas en el Universo como si fuera una peonza. Esa inclinación provoca que las estrellas no estén tampoco fijas en el firmamento, sino que cada cierto tiempo desaparecen en el horizonte para volver a reaparecer, completando un largo ciclo de idas y venidas de 25.776 años.

Según Edna Johnston, Homero lo sabía. Y escribió su *Ilíada* para transmitir el drama del cambio de cielos que experimentó el mundo antiguo, entre el cuarto y el octavo milenio antes de Cristo. En especial, el relevo producido en las llamadas «constelaciones helíacas». Esto es, aquellas que nuestros antepasados contemplaban justo antes del nacimiento del Sol en sus solsticios o equinoccios.

Aquellas estrellas, fundamentales para determinar el inicio de las estaciones, eran objeto de especial veneración en el pasado. Si algo cambiaba en los cielos, supuestamente inmutables, era lógico que cundiera la alarma. Y Homero disfrazó esa preocupación en su épica.

La forma que el autor de La Ilíada tuvo de introducir sus observaciones respecto a la «desaparición» y surgimiento de nuevas estrellas helíacas fue mediante el relato de la muerte o victoria de un guerrero. Así, si Menelao de Escorpio era atacado por Pandaro de Sagitario, y éste moría en la refriega, quería decir que la constelación de Escorpio había sustituido a la de Sagitario en el amanecer de los equinoccios, Lo curioso es que eso, en efecto, sucedió. Pero no hacia el 800 a. J.C., cuando se compuso La Ilíada, sino hacia el 4400 a. J.C.

¿Tuvo Homero acceso a archivos astronómicos tan remotos?.

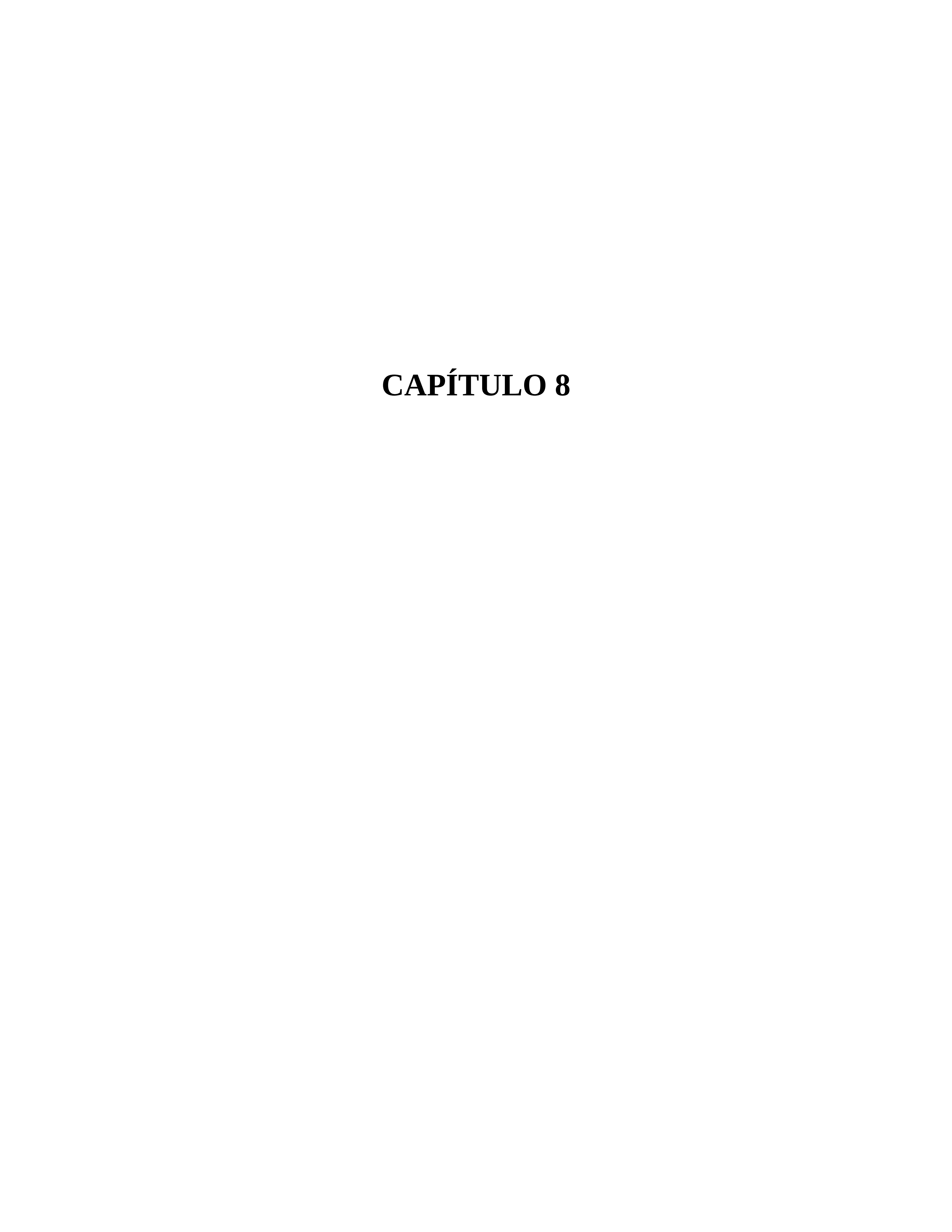
Más llamativa aún es la metáfora del regreso de Aquiles al campo de batalla. Para Johnston, sin duda era el reflejo de algo impactante: la reaparición de la estrella más brillante del firmamento, Sitio, ¡en el 8700 a. J.C.!. Ese astro había desaparecido por culpa de la precesión hacia el 15000 a. J.C.

¿Cómo se hizo Homero con esos datos?.

Aunque los arqueólogos han desenterrado ya la Troya histórica, no han dado todavía con los restos de la guerra descrita por el poeta. Tal vez no ocurriera nunca. Homero comenzó a describirla en su décimo año y su libro termina sin dar cuenta de la caída de la ciudad. Si todo fuera una gran metáfora cósmica, se entendería al fin esa falta de evidencias arqueológicas. La «guerra de Troya» sólo existió en los cielos.

Sin embargo, aunque esta teoría se admitiese, quedaría sin resolver el misterio de cómo llegaron unas observaciones astronómicas tan remotas a oídos del más grande poeta griego de todos los tiempos.

Y eso sí que es un misterio.



CAPÍTULO 8

Las puertas templarias

Que nadie crea que las metáforas cósmicas terminaron en tiempos de Homero. De hecho, toda nuestra cultura está sembrada de ellas. Y rastrearlas se ha convertido en una de mis obsesiones.

Los lectores de mis novelas saben ya que mi favorita se gestó en la Europa de las cruzadas. Y como todo enigma que se precie, éste también nació al calor de una serie de dudas razonables. Por ejemplo: ¿acaso puede una locura mística colectiva explicar por qué en menos de dos siglos, y sólo en Francia, se construyeron 2.136 abadías románicas?.[36] ¿O por qué en ese mismo país se gesto, como de la nada, un nuevo estilo arquitectónico más sutil, matemático y bello que los precedentes, con el que se levantaron nada menos que 96 catedrales?. ¿De dónde salieron tantos y tan bien formados constructores?.

Los enigmas que rodean la aparición del arte gótico —esa suerte de *art-got* de piedra manejado sólo por un puñado de maestros surgieron durante la construcción del primero de sus templos: la catedral de Chartres. Ésta se terminó de levantar en el año 1220. Fue la única del nuevo estilo edificada de un tirón, la única en la que nunca faltó ni mano de obra, ni' arquitectos, ni dinero. Y todo en una ciudad que a principios del siglo XIII jamás superó los quince mil habitantes.

Sin embargo, hasta una fecha tan reciente como 1965 tantas incógnitas parecían no haber llamado la atención de nadie.

Ese año un escritor francés llamado Louis Charpentier se detuvo en esta ciudad ubicada a noventa kilómetros al sudoeste de París, y se dio de bruces con el misterio. Era 21 de junio. Aquel día un grupo de vecinos se arremolinaba en un rincón de la nave derecha del templo, a la espera de un prodigio. «Quédese», le dijeron. «Aquí va a ocurrir algo».

¡Y vaya si ocurrió!.

A las doce en punto, el primer rayo del sol de mediodía atravesó un pequeño orificio circular practicado en el vitral de San Apolinar e iluminó la única piedra del enlosado que parecía fuera de lugar. El haz de luz, blanco inmaculado, marcaba así, con solemnidad, el inicio del verano en el que Estados Unidos comenzó a bombardear Vietnam.

Hoy, cuatro décadas más tarde, el prodigio astronómico sigue repitiéndose con puntualidad y es toda una atracción turística.

Ese «milagro de la luz» sobrecogió tanto a Charpentier que se prometió recoger en un solo libro sus numerosos misterios. Acababa de descubrir que aquel templo no sólo se diseñó como un reducto para el espíritu; también era un reloj de precisión.

El enigma de la catedral de Chartres se publicó al año siguiente, convirtiéndose en un clásico de la *Historia oculta* que todavía se reedita. De hecho, basta leerlo para comprobar que el prodigio luminoso presenciado por Charpentier fue sólo un pretexto para dar a conocer sus teorías sobre el arte gótico.

Yo mismo he visto varios de esos «milagros de la luz» en otros recintos sagrados europeos. Sin ir más lejos, cada equinoccio de primavera o de otoño, un rayo de sol del mediodía ilumina durante ocho minutos un capitel de la ermita de San Juan de Ortega, en el Camino de Santiago burgalés. El altorrelieve alumbrado muestra la misteriosa fecundación de la Virgen, y recoge el momento en el que otro «rayo divino», uno similar al que Fra Angélico inmortalizó en su célebre tabla *La Anunciación*, encintó a María. Un rayo que, gracias al «primitivo» arquitecto del lugar, aún cobra vida año tras año impactando sobre Nuestra Señora y marcando a su vez el cambio de estación.

Charpentier sabía bien que iglesias Y catedrales actuaron como calendarios durante la Edad Media. Fueron marcadores de fiestas y cosechas para un tiempo en el que no existía un modo mejor de medir el tiempo. Y esa práctica se extendió hasta el siglo XVIII, con la popularización de los relojes mecánicos en las torres de las iglesias. Curiosamente, la misma fecha en la que, según algunos estudiosos, se «ajustó» el «reloj solar» de Chartres.[37]

En efecto: el célebre «milagro de la luz» que tanto sorprendió a Charpentier, y que cientos de visitantes siguen celebrando cada solsticio de verano por todo lo alto, no fue pergeñado en el año 1220, sino en 1701. Yo mismo caí en la trampa de Charpentier al creerlo parte de la sabiduría oculta del medioevo.[38] *Mea culpa*. Hoy sabemos que durante el primer año de siglo XVIII el entonces canónigo de la catedral, Claude Estienne, mandó perforar el vitral de San Apolinar para instalar ese llamativo «meridiano» astronómico. No sabemos con qué propósito lo hizo. Tal vez quiso honrar la memoria de los constructores

originales de Chartres, hábiles astrónomos como los de San Juan de Ortega. Pero lo cierto es que con el tiempo, y por influencia de la entusiasta pero poco informada descripción que hiciera Louis Charpentier en su libro, aquel *milagroso* marcador de solsticios se tomó por un logro medieval ajeno a las posibilidades tecnológicas de la época.

Más tarde, el archivero diocesano de Chartres y máximo experto en sus vidrieras, el centenario Yves Delaporte (1879-1979), irritado por las oleadas de peregrinos que acudían cada 21 de junio a «su» templo, llegó a decir del *prodigio* que «no era más interesante que ver llegar el tren de Paris a Mans a los andenes de Chartres a la hora prevista en los horarios de la estación».[39]

Pero Delaporte no fue justo con Charpentier y sus seguidores. El archivero olvidó mencionar que antes de la moderna ejecución de ese truco luminoso, los canteros de los siglos XII y XIII alcanzaron otras proezas científicas admirables. Tal vez incluso de mayor calado que la curiosidad del agujero practicado en un vitral para anunciar la llegada del buen tiempo.

Chartres fue diseñada, de eso estoy seguro, como una metáfora cósmica. Y siempre he estado dispuesto, contra viento y marea, contra las descalificaciones de los críticos a Charpentier y a sus ideas, a reunir todos los indicios que lo prueben.

El primer templo a la Virgen

Veamos uno de ellos: Chartres fue levantada hacia 1220 y consagrada de inmediato a Nuestra Señora. Su proyecto supuso toda una revolución para la época. Y el artífice no fue otro que Bernardo de Claraval,[40] el impulsor de la Orden del Temple y principal ideólogo de los cambios que en ese momento se introdujeron en Europa.

Fue así como el culto a la Virgen cobró un protagonismo inédito en la historia del cristianismo. Sólo en el condado de Champaña, bajo control del conde Hugo, señor a su vez de los primeros templarios, se erigieron un conjunto de catedrales cuya disposición sobre el mapa recordaba la forma del rombo central de la constelación de Virgo. Se trataba, sin duda, de un tributo simbólico, invisible a ojos de los no iniciados en ese *secreto*, a la Virgen. Y Charpentier, fiel a su estilo, subrayó el problema con una precisión quirúrgica: «Si

superponemos a las estrellas los nombres de las ciudades donde se hallaban esas catedrales, la *Espiga de la Virgen* (estrella *Spica*) sería Reims; *Gamma*, Chartres; *Zeta*, Amiens; *Epsilon*, Bayeux… En las estrellas menores encontramos Évreux, Étampes, Laon, todas las ciudades con Nuestra Señora de la buena época».[41]

Para Charpentier, la «buena época» fue la de los primeros templos góticos, de formas sencillas y puras. Apareció en escena sin grandes pretensiones hacia 1130 y rápidamente alcanzó su apogeo. «Lo extraordinario», escribió, «es que, de pronto, se encuentra a bastantes maestros de obras, artesanos y constructores para emprender, en menos de cien años, más de ochenta inmensos monumentos».[42] Ésa fue la buena época. Pero se apagaría siglo y medio más tarde —y con ella los maestros que la impulsaron—, dando paso a un gótico recargado y ajeno a la pureza de formas y espíritu del original.

El problema, claro, me fascinó. ¿Cómo era posible que en plena Edad Media un grupo de constructores decidiera marcar sobre una superficie de 33.600 kilómetros cuadrados, parecida al Principado de Asturias, el perfil de una constelación?. ¿Y para qué?. Obsesionado por lo que estaba descubriendo, recogí cuanta información pude y terminé escribiendo una novela que titulé Las puertas templarias, para explicarme del mejor modo posible semejante enigma.

Para ser justo, tampoco aquí le encajaron todas las piezas a Charpentier. Varias estrellas importantes de Virgo —como *Beta Virginis*— quedaban sin correspondencia catedralicia. Sin embargo, y pese a esos desajustes menores, lo que más me sorprendió fue descubrir que esa obsesión por imitar el cielo sobre la Tierra era muy antigua… ¡y en absoluto cristiana!.

Otro ejemplo bastará para demostrarlo: en la frontera entre Armenia y Turquía, el pueblo de los yezidis —hoy en peligro de extinción por las persecuciones a las que viene siendo sometido por el islamismo integrista— sostiene que en el pasado existieron siete torres, construidas sobre Níger, Sudán, los Urales, el Turkestán, Liberia, Irak y Siria, cuya disposición imitaba a la Osa Mayor. Según ellos, marcaban importantes lugares de poder, verdaderas puertas de acceso de las «energías satánicas» a la Tierra. Por desgracia, no queda mucho de estas construcciones y resulta imposible comprobar si su distribución sobre Asia y África recordaba o no la forma de esa constelación. Pero lo importante para ellos nunca fue el prodigio de ingeniería y orientación que una obra así

supondría, sino que, en palabras del historiador francés Michel Lamy, «se suponía que estas torres estaban situadas en unos lugares en los que la comunicación con las fuerzas subterráneas era posible».[43]

¿Pretendieron eso los constructores de catedrales?. ¿Abrir puertas de acceso a una realidad trascendente?.

Se da además la significativa circunstancia de que, siglos antes, los antiguos egipcios pusieron en práctica exactamente la misma idea. Creyeron que su país era un reflejo perfecto del cielo, acuñando así la máxima hermética de «así como es arriba es abajo». En realidad, el término «hermético» se acuñó después, pero recoge fielmente la pasión de los antiguos por edificar «reflejos» del firmamento nocturno. Fueron los griegos quienes bautizaron como Hermes Trismegisto al dios Toth egipcio, el responsable del conocimiento; aquel que, según la tradición, explicó a los habitantes del Nilo que su país era tina suerte de eco de las maravillas que contemplaban en su negra bóveda celeste.

De hecho, una de las teorías más populares para explicar la orientación de las pirámides es que éstas imitaban, como las catedrales harían más tarde, la situación de ciertas estrellas del firmamento nocturno. Pero no la de unas estrellas cualesquiera, sino aquellas llamadas por sus milenarios textos religiosos *El Duat*. Bajo ese nombre se conoció en Egipto a los tres astros que integran el cinturón de Orión —nosotros las llamamos «las tres Marías»—. Los egipcios creían que eran la puerta simbólica por la que el faraón accedía a los reinos del más allá. Las pirámides, por tanto, fueron «modelos» en piedra de esa entrada; lugares de iniciación en los que el gobernante de Egipto se preparaba para el viaje más importante de su existencia: el de su muerte.

¿Inspiraron tan remotas creencias a los constructores de las catedrales francesas?.

Cristianismo egipcio

Christian Jacq, egiptólogo y novelista de reputación internacional, es también autor de varios libros sobre el significado oculto de las catedrales. En algunos de ellos subraya las nada sutiles conexiones que existen entre la fe de los faraortes y la que alimentó a los diseñadores de los primeros templos góticos. Los de la «buena época», que diría Charpentier. Esas coincidencias van desde los pequeños detalles hasta el significado profundo de ciertos ritos. Jacq enunció varios, muy evidentes. «En los papiros egipcios —escribió— se dibujaba con tinta roja los primeros jeroglíficos de un capítulo. Encontramos la misma práctica en las obras litúrgicas cristianas de las que conocemos las "rúbricas", es decir "las rojas".[44] Y si a detalles así le sumamos los evidentes paralelismos iconográficos existentes entre las estatuas de Isis y el niño Horus en el regazo, con las de María y el pequeño Jesús (la típica Virgen románica, vaya), o la coincidencia entre el «Juicio Final» pintado en papiros egipcios con aquellos representados en los frontis de todas las catedrales góticas, incluyendo las españolas de Burgos o León, los paralelismos con Egipto se hacen insalvables.

Hubo —y he aquí el gran misterio— una tradición que relacionó el culto a las estrellas con la veneración a diosas femeninas, que nació junto al Nilo y que impregnó la cristianísima Edad Media europea. Conociendo este dato, tal vez ahora sí podamos resolver este viejo enigma, extraído de un texto de inspiración egipcia conocido como *Tabula smaragdina*:

Cielo arriba,
cielo abajo;
estrellas arriba,
estrellas abajo;
todo lo que está encima, debajo se muestra.
Feliz aquel que el acertijo resuelva.[45]

¿Alguien se atreve?

CAPÍTULO 9

La ascensión de Chartres

He estado muchas veces en Chartres. Me gustan sus calles empinadas, sus restaurantes al aire libre, sus casas señoriales y, sobre todo, merodear alrededor de su imponente catedral. La vida allí es muy diferente a la de París. Y aunque Chartres supera ya los cuarenta mil habitantes, su ritmo vital todavía parece el de un pueblo. La mayoría de sus vecinos se conocen, se saludan por la calle y están al día de lo que hace cada familia. Si alguien quisiera pasar desapercibido allí, la capital del departamento de Eure-et-Loire sería uno de los peores sitios del mundo para hacerlo.

Ni que decir tiene que ésa, desde luego, no era mi intención. jamás me incomodó saberme vigilado desde los visillos de las casas que rodean la catedral. Ni la de sentir la mirada de todo un bar en la nuca. Y aquella tarde de verano de 2004 no estaba dispuesto a perder esa despreocupación. Almorcé en La Reine de Saba, un confortable restaurante emplazado a pocos metros del pórtico sur del templo, con la intención de pasar las siguientes dos horas de sol en su interior fresco y oscuro. El camarero me miraba de reojo. Ya me había visto allí antes cargado de mapas y croquis extraños. Esa vez llevaba conmigo mi fiel cuaderno de notas con los versos de la *Tabula smaragdina* bien anotados en él. ¿Qué mejor lugar que la primera catedral gótica de Francia, reflejo terrestre tal vez de la estrella *Gamma Virginis*, para tratar de resolverlos?, pensé.

Cielo arriba,
cielo abajo;
estrellas arriba,
estrellas abajo;
todo lo que está encima, debajo se muestra.
Feliz aquel que el acertijo resuelva.

A las dos de la tarde mi «objetivo» estaba casi desierto. La gran obra del obispo Fulberto, el visionario del año 1000 que diseñó aquellos muros sobre los restos de un santuario pagano, impresionaba de veras. Él fue quien levantó sus dos torres antes incluso de erigir la catedral. Las alzó a una treintena de metros de la primitiva iglesia, en torno al año 1134. Eran descomunales. La torre norte, la más alta, alcanza los 112 metros de altura, mientras que la sur supera en poco los 100. El espectáculo de ver dos gigantes puntiagudos como aquellos separados de su templo debió de resultar desconcertante en la época. Pero en 1194 ese paisaje cambió. La insuficiente iglesia románica ardió —algunos sostienen que incendiada a propósito—, quedando en pie sólo los dos campanarios y dejando despejado el solar sagrado que albergarla uno de los templos más misteriosos de Occidente.

La nueva puerta que se levantó entre las torres anunció toda una revolución para la cristiandad. Aquel lugar iba a estar destinado a la Virgen. Era la primera catedral consagrada a Nuestra Señora. *Notre Dame*. Y allí mismo se representó a la Virgen en majestad y se bautizó el nuevo y solemne acceso como Pórtico Real. Ésa iba a ser mi entrada. De hecho, nada más cruzarla, recordé una oscura frase de Oscar Wilde que, sin saberlo, iba a marcar para siempre el recuerdo de aquella visita: «El verdadero misterio del mundo es lo visible, no lo invisible».

«Lo visible», me repetí. Desde luego, era un buen principio.

¿Y si el británico Wilde tuviera razón?.

¿Y si la clave para demostrar de una vez por todas que Chartres fue diseñada como una metáfora cósmica estuviera allí, delante de mis ojos, esperando a que me detuviera sobre ella?. ¿Habría grabado el obispo Fulberto alguna estrella, alguna constelación que confirmara la vocación celestial del templo?. ¿Fue por eso, para orientarlas adecuadamente a algún punto del firmamento, por lo que

construyó sus dos torres separadas del cuerpo de la antigua iglesia?.

Sin yo sospecharlo, aquella tarde el destino iba a darme respuestas a todos esos interrogantes.

Cuaderno en mano, paseé mi vista por los oscuros recovecos de la catedral, esperando tropezarme con algo. No tenía prisa. Desde mi situación, husmeé en sus bóvedas; me fijé en los vitrales, en los arcos ojivales que definen el coro y hasta en las piedras de sus paredes. Ni siquiera las viejas marcas de cantería me sirvieron de gran ayuda. Pero no me importó. Durante más de cuarenta minutos no fui capaz de encontrar ningún elemento que llamara mi atención. Ningún indicador que dijera «aquí reproducimos en sillería la región estelar equis». Ninguna imagen del dios Hermes, como la grabada sobre el suelo de la catedral de Siena. Nada, en definitiva, que recordara la máxima *cielo arriba, cielo abajo*.

En Chartres todo parecía afín a la ortodoxia. Jesús, la Virgen y los santos, los profetas del Antiguo Testamento y los reyes bíblicos vigilaban el lugar desde sus vidrieras, como venían haciéndolo desde hacía ocho siglos. Incluso al acercarme a aquella célebre losa fuera de lugar en el pavimento, a aquel «marcador astronómico» que sólo se ilumina en el solsticio de verano, no sentí sino confusión.

Ya había aprendido que ése no era el legado astronómico de los misteriosos maestros de obras del siglo XIII que andaba buscando. Pero ¿lo encontraría?. ¿Hallarla alguna conexión en aquel templo que casara con los versos de la Tabula smaragdina?. ¿Descubriría algún otro «milagro de la luz» que hubiera pasado desapercibido al inefable Louis Charpentier?.

Al cabo de un rato, empecé a desesperarme.

¿Estaba ciego?.

¿Acaso un hombre de la Edad Media podía entender mejor aquel recinto sagrado que alguien con la formación y los medios técnicos del siglo XXI?.

¿De qué don perdido gozaron aquellas gentes?. ¿Qué tuvieron ellos que otros como yo habíamos perdido?.

La respuesta a esa última pregunta era, en realidad, bastante simple: fe. Y no sólo ella. Los antiguos también fueron dueños de una visión mágica de la vida que los hacía sensibles a los pequeños milagros diarios de la naturaleza. Una puesta de sol, una noche estrellada o la cosecha del verano eran todo un prodigio

a sus ojos.

¿Y dónde podrían verse esa clase de fenómenos en un lugar como aquél?.

Una señal pagana

Un niño de unos diez u once años iba a resolverme, sin querer, el enigma. Se había distanciado de sus padres y vagabundeaba por el corredor central de la catedral ajeno a mis dudas. El pequeño daba graciosos saltitos de una piedra a otra, como si tratara de evitar poner sus pies sobre alguna cosa. Al fijarme mejor, lo vi: bajo las sillas de madera destinadas a la misa, a uno y otro lado del pasillo central, estaba la primera «señal» que iba a encontrar aquella tarde. Era tan grande y estaba tan expuesta que no me había fijado en ella. ¡Oscar Wilde tenia razón!. Lo que aquel niño intentaba como podía era recorrer la calle serpenteante de un colosal laberinto circular de 13 metros de diámetro grabado sobre el pavimento. Su imagen es más que célebre en todo el mundo: ha adornado portadas de novelas, servido para fundir joyas y hasta se ha reproducido en camisetas o alfombrillas de ratón. De hecho, no existe otro como él. No sólo es el mayor dédalo jamás trazado en una iglesia gótica, sino el ejemplar más conocido de cuantos se grabaron en el suelo de las principales catedrales francesas.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?.

Ese laberinto era el único símbolo que estaba fuera de lugar allí. En su obra *El enigma de la catedral de Chartres*, Charpentier apenas le dedica unas páginas. Pero ahí estaba. Era un diseño adoptado del mundo pagano, inspirado por la leyenda minoica de Teseo, Ariadna y el Minotauro. Y ésta, a su vez, probablemente importada del complejo sagrado de Hawara, en Egipto, que albergó el primer dédalo del mundo antiguo.[46] En definitiva, una marca precristiana que Fulberto o sus seguidores introdujeron en la nave principal de la catedral por una buena razón. Pero, ¿cuál?.


Camino grabado sobre el pavimento de la catedral de Chartres.

—¡Ah!. Mira usted el laberinto… —La madre del chiquillo se colocó a mi lado y murmuró algo en inglés. Éramos los dos únicos que contemplábamos el suelo en lugar de admirar las espectaculares bóvedas de Chartres. ¿Sabe?. He leído en algún lugar que los antiguos lo llamaban «la legua de Jerusalén». Es curioso, ¿verdad?.

Asentí. En París a nadie se le hubiera ocurrido dirigirse a un desconocido en una iglesia. Allí, en cambio, la ausencia de turistas o curiosos invitaba a la charla.

—El nombre se lo pusieron aquellos que en la Edad Media no podían permitirse el lujo de peregrinar a Tierra Santa —le expliqué—. En lugar de emprender un camino de diez mil horas de marcha, recorrían de rodillas esta «legua corta» y creian obtener la misma satisfacción espiritual que si hubieran alcanzado Jerusalén.

—Jerusalén, no —replicó mi anónima amiga con una gran sonrisa. Era una mujer de rasgos blancos y mirada azul, casi como la famosa Madonna del vitral de Notre Dame de la Belle Verriére, situado a pocos pasos de nosotros—. Lo que alcanzaban aquí era el cielo mismo. La Jerusalén celestial. ¿0 es que usted no sabe que en la Edad Media el cielo se representaba con un círculo?.

Por un momento tuve la sensación de que aquella mujer me estaba examinando. ¿había mencionado la «Jerusalén celestial»?. ¿La ciudad de la que habla el *Apocalipsis* y que descenderá sobre la Tierra al final de los tiempos?.

—Ahora, por desgracia, ya casi nadie lo recorre —se lamentó—. Sólo despejan el laberinto de sillas algunos viernes después de Cuaresma… Pero no es suficiente. Viene gente de todo el mundo para recorrerlo y muchos se van sin poder hacerlo.

Qué torpe fui. Ignoraba que aquélla no iba a ser la última vez que alguien me

regalaba la pista necesaria para salir de algún aprieto dentro de una catedral francesa. En Amiens, tiempo después, volvería a sucederme.[47]

—Ha mencionado usted el símbolo del cielo, ¿verdad? —la interrogué—. ¿Quiere usted decir que este laberinto representa al…?.

No pude continuar. Y bien que me sorprendió. La madre había tomado a su hijo del brazo y se alejaba hacia la salida sin despedirse siquiera.

Durante unos instantes, me quedé embobado viéndoles marchar mientras decidía si quedarme o no un rato más examinando aquel laberinto «oculto» bajo las sillas. Miré el reloj. Las tres. Y de repente recordé algo que había leído sobre el lugar. Que cada día del año, alrededor de las tres de la tarde (hora GMT), el Sol pasaba puntual frente a las vidrieras del Pórtico Real inundando su nave principal de vivos colores. En un día despejado como aquél, el espectáculo podía llegar a ser soberbio. A fin de cuentas, Chartres es la única catedral del mundo que conserva intactos sus vitrales originales. Son 176 ventanas policromadas, con más de 2.600 metros cuadrados de imágenes ensambladas en plomo y tintadas con su peculiar —y alquímico— azul cobalto. Un tesoro único, de un valor incalculable, testimonio de una época perdida para siempre.

Lo pensé un segundo. Si Louis Charpentier hubiera estado allí, esperaría allí sentado la llegada de ese momento. ¿Se produciría acaso algún otro «milagro de la luz»?. ¿Qué podía perder si aguardaba unos minutos más junto a la «legua de Jerusalén»?.

Mi espera, además, pronto dio otros frutos. Chartres se encuentra a algo más de un grado al este del meridiano Greenwich, por lo que las tres GMT (*Greenwich Meridian Time*) Negarían a las cuatro de mi reloj (GMT+1). Mientras miraba correr las manecillas de mi cronómetro, pude imaginar cómo debió de ser la hoy desaparecida placa de cobre que adornó el corazón del laberinto y que debió de refulgir como el oro bajo los benéficos rayos de cada mediodía. Las efigies del rey, del obispo y de los hoy olvidados arquitectos de la catedral estuvieron un día inscritos allí. Como si el laberinto fuese la firma, el trazo final, de aquella magna obra, y el sol bendijera a diario a sus nobles impulsores.

Milagro a las tres

Durante casi una hora radiografié de principio a fin el laberinto de Chartres. Estaba ante el mayor de su especie —para completarlo, aquel niño hubiera tenido que caminar unos trescientos pasos, y también frente al ejemplar más antiguo de su especie que se conserva. De hecho, sólo tuvo dos precedentes: los dédalos creados en las catedrales de Auxerre y Sens a principios del siglo XII, pero destruidos en 1690 y 1798 respectivamente. El de Chartres file el más fuerte: sobrevivió incluso a los avatares de la Revolución francesa y a las dos guerras mundiales.

Como me sobraba tiempo, y llevado por un impulso irracional parecido al que arrastró al pequeño guía que me «enseñó» el laberinto, traté de recorrerlo sorteando todos los obstáculos. Fue toda una proeza. Su camino único me hizo vagar en circulo tropezando con cada silla. Sabía que me vigilaban, pero nadie me llamó la atención. Evidentemente, no era el primer loco que lo intentaba.

Fue así como me percaté de que el dédalo estaba dividido en cuadrantes, y que el sendero que cabía seguir giraba siete veces en cada uno de ellos. «Siete», anoté. «Como las siete artes liberales que se enseñaban en esta misma ciudad y que valieron un lugar de honor a Chartres en la Edad Media: gramática, dialéctica, retórica, música, aritmética, geometría y astronomía. El Trivium y el Quadrivium».

También contabilicé los peculiares dientes o muescas que sobresalían del perfil exterior del laberinto. Ciento cuarenta y cuatro. Un número bíblico que, por segunda vez en aquella jornada, me llevaba a las páginas del *Apocalipsis*. A los 144.000 justos que, según la visión de Juan (Ap. 7, 3-4), se salvarán el día del Juicio Final.

Durante un tiempo más conté, calculé y dibujé croquis del laberinto. Así llegó, al fin, el ansiado momento.

Las tres de la tarde GMT.

De cuando en cuando echaba un vistazo al corazón vacío de aquel diseño geométrico. Su centro estaba justo en el eje del templo, como olvidado en medio del pasillo principal. A merced de las pisadas de los turistas recién llegados.

En ese momento, un familiar cosquilleo en el estómago me puso en guardia.

Al principio me pareció extraño. Afuera, el Sol declinaba ya frente a la fachada oeste de la catedral iluminando el Pórtico Real. Pero dentro, el grupo de tres ventanas que se encuentran bajo el rosetón, proyectaba la imagen de sus vidrieras contra el suelo. Lenta pero inexorable, la escena que coronaba la ventana del centro avanzaba hacia el corazón del laberinto. Milímetro a milímetro. En silencio.

La sensación era turbadora.

Lo que la piedra reflejaba era la imagen de un vitral que narraba la vida de Cristo. Más tarde supe que se trataba de uno de los más antiguos del templo. Uno diseñado antes incluso del incendio de 1194 y emplazado por los seguidores del obispo Fulberto en cuanto alzaron la nueva puerta de la catedral. Esa ventana tiene 11 metros de altura y alberga 29 escenas de la vida de Jesús: desde la anunciación del arcángel Gabriel a la Virgen, a la persecución de Herodes, la huida a Egipto o el bautismo de Jesús en el Jordán.

Todas ellas, escenas del Nuevo Testamento. Pero era la representación más grande y alta del vitral, de unos 2 metros de envergadura —el doble que el resto —, la que más llamaba la atención.

Poco a poco, inexorable, avanzaba por el pasillo central de la seo, encabezando a todas las demás. Se trataba de una magnífica imagen de la Virgen enmarcada en una mandorla (u óvalo o marco almendrado) azul, que sostenla dos cetros amarillos en las manos, con el niño en el regazo y coronada. De hecho, como si el artista que sopló aquel vidrio hubiera querido subrayar su valor astronómico, la imagen de la Señora aparecía flanqueada por un Sol y una Luna. Y todo ello aparecía meticulosamente reflejado sobre los lisos adoquines de piedra de la catedral.

¿Qué era aquello?.



La Virgen del Pórtico Real de Chartres que se refleja contra el pavimento cada mediodía.

¿Diseñaron los constructores de Chartres ese vitral para que, cada jornada, a las tres, la Virgen recorriera el pasillo y se aproximara al Paraíso representado por su laberinto?.

Fuera de la iglesia, bajo esas mismas ventanas, se tostaba una escena en piedra que, significativamente, tenía mucho que ver con lo que yo empezaba a interpretar. Era como si el programa simbólico que iba desgranando gracias a la interacción del Sol, el vidrio y la piedra, obtuviera su refrendo en las estatuas del exterior. Y en efecto: en los portales izquierdo y derecho del Pórtico Real de Chartres pueden admirarse la dormición y la asunción de la Virgen a los cielos. Si el laberinto (¡oh, Hermes!) era, como sospechaba, una metáfora del firmamento, ¿no aludiría ese efecto óptico de las tres de la tarde a la asunción de la Virgen y su viaje al reino celestial?.

¿Acaso no fue Chartres el primer gran templo cristiano dedicado a Nuestra Señora?. ¿Y por ventura no fue orientado el Pórtico Real hacia la misma dirección geográfica que las torres que Fulberto mandó construir mucho antes que la propia catedral de Chartres?. ¿No obedecía todo eso al colosal ingenio de algún astrónomo olvidado de la Edad Media?.

El corazón se me aceleró. Faltaban sólo unos días para el 15 de agosto. Fiesta de la Asunción. El día en el que los cristianos celebran la llegada de la Virgen a los cielos. Y se me planteó una duda que me electrizó. La Virgen de la mandorla

no alcanzaba por poco el corazón del laberinto, pero ¿lo haría precisamente ese señaladísimo día del año?.

El secreto de Chartres

Tuvo que pasar un tiempo hasta que pude comprobar mis sospechas. Me llevé los datos de esas observaciones a casa, y tras calcular que el 15 de agosto el reflejo de la vidriera tampoco alcanzaría el centro del laberinto, me olvidé del asunto. Sólo la confirmación de que los dos cetros en las manos de la Señora significaban que había sido representada como reina del cielo y la Tierra, consolaron en parte mis desvelos. Esa imagen era, sin lugar a dudas, tina verdadera metáfora cósmica.

Pero es que, además, tuve suerte.

Aunque tardé en conocerlo, un estudio realizado doce años antes por dos expertos en arte había recogido parcialmente este asunto. Y no sólo eso: también había dado con una respuesta muy ingeniosa al «milagro lumínico» que acababa de presenciar. Su trabajo cayó en mis manos de un modo peculiar, en una vieja librería de Londres, casi dos años después de mi visita.

El estudio en cuestión era obra de John y Odette KetleyLaporte y había sido publicado en 1992 por un pequeño editor de Chartres.[48] Basándose en sus observaciones del «prodigio de mediodía», descubrieron que el reflejo de la magnífica Señora de la mandorla azul alcanza el centro del laberinto cada 22 de agosto hacia las tres GMT. En esa fecha y hora, la imagen de la Virgen suspendida en su vidriera a 31 metros de altura, recorre inexorable la distancia idéntica que le separa del laberinto. Es un milagro… geométrico.

22 de agosto.

Anoté la fecha con cuidado.

Si hubiera sido 15 de agosto, todo habría encajado a la perfección. Pero era 22. Y aunque el calendario litúrgico católico conmemora en ese día la festividad de santa María Reina de los Cielos —¡advocación más que oportuna para una señora con dos cetros!—, esa celebración no fue instaurada hasta después del siglo XV. Por tanto, hacia el año 1220, cuando Chartres fue terminada, el 22 de agosto tan sólo era el día de San Fabricio.

¿Tenía alguna explicación semejante desfase de una semana en la que yo suponía era la *alineación perfecta* de reflejo de la vidriera y laberinto?.

Los KetleyLaporte la encontraron. Y otra vez, como diría Wilde, en «lo

visible».

El error no estaba en la alineación en sí, sino en el calendario. El asunto merece una explicación: más de trescientos años después de terminarse las obras de la catedral de Chartres, el papa Gregorio XIII decidió modificar el sistema de cómputo de tiempo que regía a la cristiandad desde la época de julio César. Se dio cuenta de la existencia de un serio desajuste de no menos de diez días en los cálculos astronómicos del año, lo que causaba serios problemas a la hora de establecer el inicio de la Semana Santa, una fiesta móvil que sitúa siempre el domingo de Pascua justo después del primer plenilunio tras el equinoccio de primavera de cada año. Así pues, el papa Gregorio decidió «borrar» diez días de la Historia. De la medianoche del jueves 4 de octubre de 1582 —el calendario juliano— se saltó a la madrugada del 15 de octubre, en el nuevo sistema calendárico.

Diez días, pues, «perdidos».

Pero en Chartres nos sobraban siete, no diez.

Lo curioso es que incluso eso tiene su explicación.

En el siglo XIII el desfase del calendario juliano debió de rondar sólo una semana.[49] Así que, restando al 22 de agosto el equivalente a los siete días corregidos por Gregorio XIII que definen nuestro calendario actual, la fecha en la que en 1220 entraba el reflejo de la Virgen de la Vidriera en el laberinto era… ¡el día de su asunción a los cielos!.

Ahora si, todo encajaba. *Cielo arriba, cielo abajo*. El laberinto cumplió, pues, una función de primer orden en aquel lugar, marcando una vez más su estrecha relación con lo celestial, lo divino. Ese reflejo de la Virgen bendijo durante décadas las efigies en cobre de los artífices del templo, señalando de ese modo que Chartres era, al menos una vez cada trescientos sesenta y cinco días, una auténtica puerta al Reino del Padre. A la Jerusalén celestial.

Desde mi modesto entender, la *Tabula smaragdina* cobra en Chartres plena vigencia: *Todo lo que está encima, debajo se muestra.*

Y tal vez sabiéndolo, haya llegado el momento de desvelar algo más. Que ese culto secreto a la Virgen que utilizó metáforas cósmicas para subrayar la importancia de lo *sagrado femenino*, no se interrumpió ni mucho menos con el fin de la era de las catedrales. De hecho, ha seguido vigente hasta nuestros días, escondido tras algunos de nuestros símbolos más familiares.

Una fenomenal sorpresa, lector, aguarda a vuelta de página.
Feliz aquel que el acertijo resuelva.

CAPÍTULO 10

Corona *Stellarum Duodecim*

La siguiente metáfora cósmica se fraguó en fechas recientes, y demuestra que, de algún modo, la sabiduría de aquellos nuestros antepasados sigue entre nosotros. Todo empezó el 29 de mayo de 1986; de eso hace ya más de dos décadas. Frente a la sede de la Comisión Europea en Bruselas, en el palacio de Berlaymont, se izó por primera vez la bandera azul y con doce estrellas dispuestas en círculo, como insignia común del Viejo Continente.

El día anterior, el entonces secretario general del Consejo de Europa, Marcelino Oreja, declaraba a la prensa su agrado por la decisión de adoptar el diseño que en 1955 pergeñara el Consejo de Europa para convertirlo en la bandera de todos los europeos. Pero Oreja no explicó —tal vez no lo sabia, cuál era el misterioso origen de ese distintivo. De hecho, hasta años más tarde, en concreto hasta el verano de 2004, casi nadie se había preguntado por ello.

Aquel mes de julio, la revista para peregrinos del más famoso santuario mariano de Francia, Lourdes Magazine, recogía unos comentarios de un artista alsaciano llamado Arsène Heitz, que levantarían ampollas en círculos intelectuales. Heitz fue uno de los muchos ciudadanos que se presentaron al concurso del Consejo de Europa de 1955 para diseñar la divisa que los representara. «Inspirado por Dios —confesó—, tuve la idea de hacer una bandera azul sobre la que destacaran las doce estrellas de la Inmaculada Concepción de Rue du Bac. De modo que la bandera europea es la bandera de la

madre de Jesús que apareció en el cielo coronada de doce estrellas».

Heitz destapaba así nada menos que dos orígenes místicos para su diseño de la bandera europea: uno, la visión que la santa francesa Catalina Labouré tuvo en 1876 en la Rue du Bac de París al ver en éxtasis «la corona de la Virgen con doce estrellas»; y dos, una misteriosa cita extraída del capitulo 12 del *Apocalipsis* en la que puede leerse: «Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer vestida del Sol, con la Luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (*Corona Stellarum Duodecim*, en latín).

¿Cómo había pasado esto desapercibido a una Europa empeñada en subrayar su laicidad?.

Cuando meses más tarde, el 28 de octubre de 2004, el semanario *The Economist* se hizo eco de aquellas declaraciones, la polémica sobre la existencia de un símbolo religioso en el corazón de Europa, ya estaba en boca de todos. Una polémica, por cierto, que había comenzado a gestarse meses antes, cuando desde el Vaticano Juan Pablo II criticó la Constitución Europea por no recoger la idea de sus «raíces cristianas» como fuente de inspiración. Sin embargo, en aquellos comentarios el pontífice se cuidó mucho de no referirse a la bandera y a su significado católico. Ni tampoco aludió a los profundos vínculos históricos que unen la historia de Europa con la Virgen. Si lo hubiera hecho, si hubiera mencionado que Europa era un continente consagrado a María desde los tiempos de Clemente V (siglo XIV), y que esa «consagración» continuaba «en secreto» a través de su bandera, sus reclamaciones hubieran perdido fuerza. O, aún peor, hubieran causado un profundo malestar en países de mayoría protestante como Alemania o el Reino Unido.

Pero Wojtyla tal vez soñaba entonces con las palabras de Juan XXIII, impresas en su encíclica *Pacem in Terris*, cuando dijo que una Europa unida «será el mayor superestado católico que el mundo ha conocido jamás». ¿Tenía eso en mente cuando criticó el texto de la Constitución Europea?.

¿Conspiración católica en la Unión Europea?

En varias ocasiones, la ex primera ministra británica Margaret Thatcher definió a Europa como una «conspiración católica». Y visto desde esta nueva perspectiva, *la Dama de Hierro* tuvo sus razones para recelar del proyecto común. Sabía que

muchos de los padres de la moderna Unión Europea (Adenauer, Delors, Schuman…) fueron católicos confesos. Y si hubiera buceado en su historia, y hubiera descubierto que algunas de sus propuestas para crear los símbolos de la moderna Europa estaban sembradas de referencias cristianas, habría elevado aún más el tono de sus protestas.

El diseño de la bandera nunca ha sido ajeno a tales luchas, aunque lo cierto es que rara vez han trascendido a la opinión pública, Así, cuando en 1955 el Consejo de Europa aprobó la tela que hoy ondea en todas las instituciones oficiales de la Unión, dejó atrás otras propuestas ciertamente cristianizantes. La mayoría de aquellos proyectos de bandera mostraban una cruz porque consideraban que esa idea, además, no era ajena al espíritu europeo. Las banderas de Dinamarca, Grecia, Irlanda, Noruega, Suecia y el Reino Unido aún la contienen, De hecho, el espíritu de las cruzadas fue, sin duda, el único gran precedente histórico de *Unión* que pudieron manejar los artistas. Pero en aquel entonces, a sólo unas décadas del Final de la segunda guerra mundial, se optó por la cautela. El Consejo evitó herir susceptibilidades como las de Turquía —país no cristiano—, o las de los entonces países del bloque comunista, a los que un símbolo religioso les habría resultado ofensivo.

El giro del Consejo hacia una presunta bandera laica fue magistral. Tras rechazar los diseños con una «E» prominente sobre el paño, la idea que pronto ganó más votos fue la de jugar con las estrellas. El diplomático y escritor español Salvador de Madariaga propuso una idea que estuvo a punto de llevarse el gato al agua: sobre fondo azul, un grupo de astros marcarla la ubicación de cada capital adscrita al Consejo de Europa. Todas ellas escoltarían a una estrella de mayor tamaño que señalaría el emplazamiento de Bruselas. Por desgracia, su diseño, aunque ocurrente, enseguida sucumbió frente al de su inmediato competidor: Arsène Heitz.

Por alguna misteriosa razón, se decidió entonces que el número de estrellas fuera doce, independientemente del número de Estados miembros. El doce, según el entonces secretario general del Consejo, Ludovico Benvenuti, era un símbolo de perfección y plenitud. «El doce representa a todos los pueblos europeos, exactamente como los doce signos del zodiaco representan al Universo entero», escribió. Pero su idea tuvo que ser explicada hasta la saciedad. Los ciudadanos asimilaban cada estrella a un país, como sucede en la bandera de

Estados Unidos. Y ése no era el caso del diseño de Heitz. ¿Acaso se apostó por la inmutabilidad de la corona de doce estrellas para preservar el significado oculto de ese circulo?.

La bandera de la Inmaculada Concepción

En 1985, con motivo del trigésimo aniversario de la bandera del Consejo de Europa, surgió otra pista para armar este rompecabezas. Robert Bichet, político democristiano y vicepresidente del Consejo de Europa en 1955, reconoció implícitamente el origen mariano de la bandera en un libro de su autoría. En Le drapeau de l’Europe, Bichet justificó el simbolismo de la corona estrellada citando a cierto Gaetano G. di Sales: «Doce es el símbolo de la perfección y de la plenitud —escribió—, como los doce apóstoles, los doce hijos de Jacob, las doce horas del día, los doce meses del año, los doce signos del zodiaco».[50] Lo que Bichet no dijo entonces es que Di Sales fue un conocido autor de obras piadosas, marianas por más señas. Ni tampoco que tres días después de que fuera aprobada la bandera azul por el Consejo de Europa, este organismo inauguró el domingo 11 de diciembre de 1955, un vitral en la catedral de Estrasburgo con la Virgen coronada por la Corona Stellarum Duodecim del Apocalipsis. El vitral muestra, aún hoy, un inequívoco guiño al significado oculto de nuestra enseña común.

Una divisa, debo subrayarlo, aprobada por primera vez el 8 de diciembre de 1955. Fiesta de la Inmaculada Concepción por más señas.

¿Casualidad?.

¿Y por qué se me hace difícil creerlo?.

CAPÍTULO 11

El campo de la estrella

Llegados a este punto, hay algo que, no por breve, quiero dejar de contar. Se trata de otra metáfora cósmica que gravita sobre tierras europeas. Y es tan grande, que antes o después deberé enfrentarme a ella como se merece.

Mientras ese momento llega, vaya por delante este «adelanto».

Son pocos los que recuerdan que Louis Charpentier, el autor de *El enigma de la catedral de Chartres*, sentó hace algo más de treinta años las bases para otro colosal interrogante. Tras haber mostrado al mundo cómo las principales catedrales góticas francesas fueron construidas imitando a la constelación de Virgo, Charpentier se tropezó con una nueva anomalía geológica: alguien había alineado ciudades y pueblos enteros a ambos lados de los Pirineos, en sendos ejes de cientos de kilómetros que transcurren por encima y por debajo del actual paralelo 42 Norte. Esos enclaves, sumados a algunos topónimos considerados sagrados, recibieron nombres emparentados con la palabra estrella. Eran, si estaba en lo cierto, dos «rutas» trazadas con una precisión sorprendente por unos remotísimos ingenieros de caminos. «Es preciso, pues, admitir, que existieron gentes que poseían una ciencia muy superior a todo lo que los prehistoriadores han podido imaginar de nuestros lejanos antepasados»[51] escribió al poco de efectuar su hallazgo.

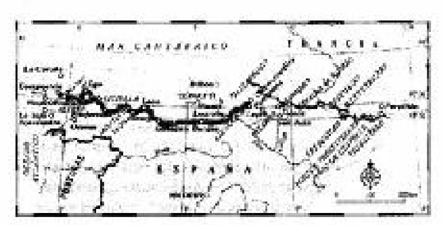
La cuestión no dejaba de tener su importancia. A fin de cuentas el paralelo 42 es el del Camino de Santiago español, la ruta de peregrinación más segura en tiempos de los constructores de catedrales. Una via, por cierto, que según la tradición jamás extraviaban los fieles porque se guiaban siguiendo con los ojos el rumbo de la Vía Láctea. De las estrellas.

Y esa tesis, con razón o sin ella, lleva años obsesionándome.

En su hoy olvidada obra *El misterio de Compostela*, Charpentier aseguró que en las inmediaciones del moderno Camino de Santiago aún quedan trazas de esas dos rectas imaginarias de más de 700 kilómetros de recorrido. La más meridional arranca de un cerro conocido como Pie l'Estelle, en los Pirineos franceses, cerca de Bains du Boulou, a 42º 30' de latitud. Tras esa primera estrella continúa sobre el Puig de l'Estelle, se extiende sobre el Puig de Tres Estelles y atravesando los Pirineos, 400 kilómetros hacia el oeste, llega hasta

Estella o Lizarra, que se ubica a 42º 40' de latitud. Otras poblaciones navarras, como Astráin (que Charpentier insinúa podría derivar del latín *aster*, estrella), se suman a la cadena de lugares «cósmicos» que recorre tan extraño eje. ¿Debemos hablar de casualidad o, por el contrario, Charpentier tropezó con alguna clase de «diseño geográfico» olvidado?.

La segunda línea es tanto o más significativa: es una recta paralela a la primera, situada a unos 40 kilómetros de distancia, que nace en Les Eteilles, cerca de Luzenac, a 42º 46' de latitud. De ahí pasa sobre Estillón y se extiende rumbo a Pamplona, en concreto hacia Lizárraga (cuyo topónimo emparenta Charpentier con izar, estrella en vasco), hasta desembocar en Compostela. Sin embargo, Santiago de Compostela, meca de los peregrinos del Camino, no está en la latitud precisa de 42º 46' Norte, sino a 42º 53', ligeramente desviada del «plan». Aunque ese matiz, lejos de desanimar al autor francés, lo llevó a otro descubrimiento: el único enclave que encaja a la perfección con esa recta es el Pico Sacro, que según la leyenda compostelana fue la primera morada de la tumba del apóstol.



Las dos rutas estelares sobre el Camino de Santiago.

Todas esas pistas muestran su verdadero valor cuando se estudia a fondo el origen mismo del topónimo Compostela. Las versiones hoy más aceptadas no se ponen de acuerdo en vincular ese nombre a *campo-de-la-estrella*, al *compostum* de los antiguos latinos, o incluso al *compositum*, que quiere decir cementerio. Sin embargo, existe una lectura alquímica del término que afirma que Compostela procedería de *compost*, la estrella que se forma en el crisol de los alquimistas cada vez que éstos inician su Gran Obra. Otra estrella, por tanto.

Algún día, como he dicho, me ocuparé de esto. Pero antes, y sin salir de España, subrayaré que la obsesión por esconder estrellas en tierra no fue patrimonio exclusivo de unos geógrafos prodigiosos, hoy olvidados. También ocupó a grandes genios de la historia del arte, como Velázquez.

La suya es otra de esas irresistibles metáforas estelares.

CAPÍTULO 12

Retrato mágico de la infanta Margarita

Diego Velázquez, el genio supremo de los pintores del Siglo de Oro español, debió de llevarse a su tumba un buen puñado de secretos. Al menos eso creyeron los cortesanos que, tras su muerte, entraron en tropel en sus estancias del Alcázar de Madrid para hacer inventario de sus bienes.

Lo que allí encontraron los dejó mudos de asombro: aquel pintor de cámara y aposentador del rey, al que la torpe crítica posterior consideró un hombre inculto, manejó en vida una buena biblioteca de temas astronómicos y astrológicos. Su tesoro incluía obras en latín, italiano y español sobre matemáticas, filosofía o mitología, así como un pequeño arsenal de «anteojos de larga vista» que debieron de proporcionarle horas de silenciosa contemplación de las estrellas. Por un instante, para aquellos mediocres el retratista de Felipe IV se desveló como un ávido lector de obras complejas. Libros como la *Suma astrológica* de Antonio de Nájera (1632) o la *Isagogica astrologiae judiciarae* de Juan Tarnier (1559), descansaban en sus anaqueles.

¿Cómo era posible?.

¿Por qué el sevillano les había ocultado a todos aquellas lecturas?.

Nadie, desde luego, quiso dar al descubrimiento la importancia que tenía. Tal vez temieron que el Santo Oficio desprestigiara a un caballero de la Orden de Santiago enterrado en suelo santo. De hecho, hasta 1925 no se publicó el catálogo completo de sus posesiones[52] y los críticos demoraron siglos en

considerar la enorme influencia que esos libros tuvieron en su hoy famosa obra pictórica.

Todavía hoy muchos de ellos se resisten a concedérsela.

Las Meninas, ¿una obra leve?

Es triste. Pero en el Museo del Prado nadie entra a valorar lo que el genio sevillano ocultó en sus obras. En especial, en la más famosa de todas ellas: *Las Meninas*.

En abril de 2004 traté de recabar los permisos necesarios para filmar esa obra para un programa de Telemadrid que entonces dirigía. Quise obtener allí mismo la opinión de sus conservadores, pero todo fueron trabas. Nadie quiso dar una opinión que contraviniera la visión más extendida del artista, ni hablar ante las cámaras de su evidente afición a las hoy denostadas «ciencias ocultas».

Para ellos, *La familia de Felipe IV* —que es como se conoció a Las Meninas hasta bien entrado el siglo XIX— fue el producto de una simple casualidad, de una «anécdota leve». La mayoría de los libros de arte describen una historia ingenua, casi un cuento para niños, para explicar la génesis del cuadro. Dicen que mientras Diego Velázquez retrataba en una de las salas del Alcázar al rey Felipe y a su esposa Mariana de Austria, la hija de ambos, la infanta Margarita, irrumpió en el estudio seguida de sus damas de compañía. La infanta estaba sofocada y María Sarmiento —la menina de la izquierda—, le acercó un búcaro de barro con agua fresca. Al otro lado, un grupo de personajes contemplaban absortos la reacción de los reyes, a quienes puede verse reflejados en el espejo que cuelga al fondo del salón.

Velázquez, pues, inmortalizó una escena doméstica, íntima, sin trascendencia aparente.

Sin embargo, hoy podemos afirmar que su obra no fue un mero divertimento, ni tampoco fruto del azar. Don Diego eligió para plasmarla un enorme lienzo de 3,18 X 2,76 metros, y cuidó su composición hasta en los más pequeños detalles. Concebida para los aposentos privados de la familia real, la obra, además, contenía un pequeño secreto. Un misterio sólo comprensible atendiendo a la época en la que fue pintada, y que comenzaría a desvelarse en 1973. De eso hace ya más de treinta años.

—Lo descubrí por casualidad en mi casa de veraneo de Terrelodones —me explicó el ingeniero de caminos y miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Ángel de Campo y Francés.

A sus noventa y dos años, lúcido y brillante, don Ángel todavía recordaba, en el verano de 2006, su hallazgo con emoción.

—Había dedicado muchas horas al estudio de la perspectiva en las obras de Velázquez, y estaba obsesionado con *Las Meninas*. Sólo lograba distraerme mi afición a la astronomía. En nuestra casa de la sierra de Madrid tenia un pequeño observatorio, con el que miraba las constelaciones del cielo de verano. Una de aquellas noches, me di cuenta de algo.

Ángel del Campo descubrió que existía cierta relación geométrica entre una de esas constelaciones y la disposición de los personajes principales de *Las Meninas*. Los mejor iluminados —esto es, el autorretrato del pintor, la menina Sarmiento, la infanta Margarita, la menina Isabel de Velasco, y el hombre de la puerta del fondo, el aposentador de la reina, José Nieto—, estaban dispuestos siguiendo el mismo orden que las estrellas de la constelación Corona Borealis. Es éste un semicirculo estelar situado en el hemisferio norte, integrado por cinco grandes estrellas y otras menores.

—Me di cuenta de que había descubierto algo importante cuando supe que la mayor de las estrellas de esa constelación se llamaba *Margarita Coronae*. ¿Lo ve?. ¡Margarita!. ¡Como la protagonista de *Las Meninas*!.

Su hija, Mayte del Campo, profesora de historia del arte, lo recordaba bien:

—Mi padre salió como una exhalación de su estudio. Tenía dibujado en el rostro el *Eureka*! de Arquímedes.

—Velázquez lo hizo a propósito. No fue una casualidad —matiza de inmediato Ángel del Campo—. Disfrazó el trazado de esa constelación en los personajes de su obra, ubicando a la hija de Felipe IV en el lugar exacto que hoy ocupa la estrella Margarita.

El hacedor de talismanes

Pero nuestro pintor sevillano aún ocultó algo más.

Según don Ángel, Velázquez incluyó en *Las Meninas* un segundo perfil astrológico. Y es que, si se cierra el círculo imaginario que apuntan los personajes de Corona Borealis, y se extraen de él dos trazos más que unan, por un lado, las cabezas de los dos personajes del fondo —Marcela de Ulloa, dama de compañía de la infanta, y Diego Ruiz de Anconal que charla con ella y por otro a los enanos Maribárbola y Nicolasito, junto al mastín, el resultado es… ¡el símbolo astrológico de Capricornio!.

Ni Velázquez, ni el rey, ni la infanta Margarita fueron nativos de ese signo. Entonces, ¿a quién aludía el signo?. Según dictaminó Del Campo en su estudio *La magia de las Meninas,* a Mariana de Austria. En 1656, fecha de elaboración de esta obra, toda la corte estaba pendiente de que la reina pariera un hijo varón sobre el que descansar la continuidad dinástica. Antes de nacer Margarita, la esposa del rey había sufrido ya dos abortos. Es más: en 1655 había concebido a una niña epiléptica que murió al poco de nacer y en agosto del año siguiente había perdido a un segundo bebé, que no sobrevivió ni veinticuatro horas al alumbramiento. Así pues, en diciembre, fecha de su vigésimo segundo cumpleaños, la esposa de Felipe IV estaba preparada para intentarlo de nuevo.

Ángel del Campo, en un prodigioso alarde técnico,[53] estudió la luz del cuadro y determinó en qué día exacto fue esbozada la obra. Para él fue sencillo: sabiendo que el salón de Las Meninas estuvo situado en la esquina sudeste de la planta baja del antiguo Alcázar de Madrid, dedujo gracias a la influencia de la luz y a sus suelos cubiertos de esteras —algo propio del invierno castellano—, la fecha y hora en la que Velázquez inmortalizó su escena: el 23 de diciembre de 1656, a las 17 horas. Exactamente, el cumpleaños de la reina.

Su hallazgo dio un nuevo sentido a la presencia oculta de Capricornio en *Las Meninas.* El dibujo del signo zodiacal de la reina era el mejor talismán que el pintor podía ofrecerle para que consumara los planes dinásticos. Era un amuleto para propiciar su fertilidad. Para superar esa lucha entre la vida y la muerte, representadas por la menina de la jarra de agua —en tanto símbolo de Hebe, hija de Zeus y sinónimo de vida y juventud—, y el caballero de la puerta —cuyo

umbral simbolizaría el paso al otro mundo.

Pero por desgracia, como sabe la Historia, aquel talismán le serviría de bien poco. Su hijo Carlos II, heredero al fin de Felipe IV, no sólo marcaría el final de una dinastía, sino que pasaría a la posteridad con el sobrenombre de *el Hechizado.*

Debo repetirlo una vez más: aquí nada es azar.

TERCER DESTINO: LOS ENIGMAS DE LA FE.

El intento de reunir el alma con Dios sólo perpetúa la ilusión de que los dos se encuentran separados.

Ken Wilber, La experiencía mística[54]

CAPÍTULO 13

La médium azul del rey

A Felipe IV lo conocía bien.

Estudié su vida mientras documentaba mi primera novela, *La dama azul*. Y su profundo apego a creencias que hoy consideraríamos irracionales me sorprendió. Tal vez fueron los difíciles momentos que atravesó su reinado a partir de 1640, con la sublevación de territorios antes fieles como Cataluña y Aragón, y la posterior guerra contra Francia, lo que llevó a aquel monarca a confiarse a lo sobrenatural, a la Divina Providencia. Los cuidados astrológicos de Velázquez no eran suficientes para él, así que en aquellos «años de ceniza» entregó sus decisiones a dictados del más allá.

No es una metáfora. Y mucho menos una invención mía. Todo ocurrió gracias a la confianza que el soberano de la nación que gobernaba el mundo puso en una monja de clausura con fama de santidad que vivió en la Castilla profunda y monótona del Siglo de Oro español.

Milagros en la corte de Felipe IV

Y, por increíble que parezca, allí sigue. Imperturbable desde que el domingo de Pentecostés de 1665 expirara tras decir «ven, ven, ven» y extendiera sus brazos a la muerte.

No deja de sorprenderme que todavía hoy su cuerpo duerma incorrupto, a la

vista de todos, en su urna de cristal junto al altar mayor del monasterio de la Concepción de Ágreda. En esa fría iglesia, sola Y casi olvidada, sor María Jesús de Ágreda, de nombre secular María Coronel, aguarda a que la Historia valore su verdadera influencia en la España de Felipe IV y a que el Vaticano la declare santa un día de éstos.

Antes de su primer encuentro con Felipe IV, a esa monja se la conocía con el sobrenombre de la Dama Azul. Se lo ganó después de los hechos que protagonizó hacia 1623, «viajando» en más de quinientas ocasiones a Nuevo México, Arizona y Texas. Varios documentos del Siglo de Oro atestiguan que predicó la «fe verdadera» a los indígenas de Norteamérica tiempo antes de que fueran bautizados por los primeros misioneros españoles, sin que su cuerpo hubiera dejado jamás la clausura. De hecho, las mismas fuentes afirman que sor Maria Jesús, en éxtasis, recorrió los 10.000 kilómetros que separaban su convento de las riberas del río Grande, en el *Far West* americano, gracias al don de la bilocación. Esto es, a su capacidad mística para poder estar en dos o más lugares a la vez.

Felipe IV quedó rendido ante semejantes prodigios.

En 1998, seducido por las crónicas de biógrafos como el padre Samaniego o la admiración que le profesaron Quevedo o Emilia Pardo Bazán, recorrí buena parte del sudoeste de Estados Unidos para reconstruir sus «vuelos». Incluso armé mi primera novela sobre los textos de aquellos evangelizadores que, atónitos, se encontraron con tribus enteras de indios que habían sido catequizadas por la misteriosa *Dama azul*.

Lo que entonces no hice fue documentar la intensa relación epistolar que mantuvieron la monja azul de Ágreda y el rey Felipe IV. Ésta se inició en plena crisis del rey. En julio de 1643, mientras el rey acudía con sus tropas a sofocar el levantamiento de Cataluña, se detuvo en Ágreda a parlamentar con aquella religiosa de la que tantas proezas había oído contar. La religiosa, de carácter fuerte y disciplinado, le impactó iniciándose así una correspondencia a la que tardé en prestar la atención que merecía. Hoy enmendaré ese error.

Si me hubiera tomado la molestia de examinar las 618 cartas que intercambiaron durante los veintidós años siguientes, habría descubierto que la bilocación fue, sin duda, el menor de los dones de sor Maria Jesús.

Primeros viajes al purgatorio

Por suerte, nunca es tarde para revisar una historia. Tras esa correspondencia con el rey de Velázquez se escondía una mujer que también poseyó un extraño don profético. Sin salir jamás de su convento, ajena a intrigas palaciegas o conspiraciones de la corte, sor María de Ágreda se anticipó a la victoria de los ejércitos de Felipe IV en la sublevación catalana o a la toma de Lérida, en marzo de 1644; también predijo la conquista de Barcelona y su restauración a la Corona tras los disturbios del año anterior; o el sitio de Tortosa y la toma de Balaguer durante la guerra contra Francia. Pero, sobre todo, supo ganarse, carta a carta, la confianza del rey en asuntos sobrenaturales.

El encuentro con aquella religiosa con fama de santidad lo reconfortaba, y sus cartas muestran una sinceridad inédita en otros textos reales. En la más pura tradición inaugurada por su padre, Felipe IV encontró en ella alguien en quien confiar sus secretos. Su progenitor, Felipe III, lo había hecho antes con otra mística de su tiempo, sor Maria Luisa de la Ascensión, palentina de Carrión de los Condes, que incluso convenció al monarca para que se enterrase con los hábitos franciscanos. Como la de Ágreda, la monja de Carrión fue vidente, profeta y dueña del don de la bilocación.

En el otoño de 1644, Felipe IV supo que había elegido bien a su consejera espiritual. La muerte prematura de su esposa Isabel de Borbón el jueves 6 de octubre precipitó los acontecimientos. Y es que, días antes de que la noticia llegara a la clausura, la monja tuvo una extraña visión. «Vi como si la tierra se dividiera» —escribió—. Se me manifestó una profunda caverna y muy dilatada, llena de fuego». Según su testimonio, esa especie de cueva era el purgatorio. Sor María estaba segura. Lo había visto varias veces, cuando creyó haber descendido a él para consolar a sor Atilana de la Madre de Dios, una hermana de su congregación, o a algunos vecinos fallecidos de Ágreda. Pero su sorpresa fue mayor cuando de aquel recinto vio emerger el alma de la reina, que le pidió limosna y ayuda. ¿Había muerto la esposa de Felipe IV?.

Aún no se habían apagado los ecos de aquella visión cuando al día siguiente, domingo 9 de octubre, el correo de Madrid le entregó una carta en la que la informaban de que la reina se recuperaba favorablemente de sus dolencias.

Turbada, se creyó engañada por el diablo. Pero no. La verdad era más simple: aquellos días el correo se había retrasado más de la cuenta. Una semana más tarde, la visión de sor María se confirmó… Y tras ello, se sucedieron otras nuevas. El 19 de octubre, entre las diez y las once de la noche, sor María volvió a tropezarse con la reina. «Se me apareció vestida con las galas y guardainfantes que traen las damas; pero todo era de una llama de fuego», escribió.[55] La difunta Isabel de Borbón le confió entonces un mensaje para su marido: «Y dirás al rey, cuando le vieres, que procure con toda su potestad impedir el uso de estos trajes tan profanos que en el mundo se usan; porque Dios está muy ofendido e indignado por ellos y son causa de condenación de muchas almas».

La protectora del príncipe Baltasar Carlos

La obsesión de Isabel por la decencia en el vestir fue compartida siempre por la madre Ágreda, Ambas mujeres tuvieron mucho más en común, como su particular cruzada contra el conde-duque de Olivares, a quien consideraron responsable de la vida disoluta del monarca y al que lograrían, incluso, hacer caer en desgracia.

Fuera por eso o por otras causas, lo cierto es que Felipe IV creyó a pies juntillas en su relato y pidió a la monja que lo mantuviera informado de la estancia de su esposa en el purgatorio. Finalmente, el día de Difuntos del año siguiente, 2 de noviembre de 1645, sor María Jesús «sorprendió», a dos ángeles camino de ese limbo. Le dijeron que iban a sacar a la reina de sus padecimientos y llevarla ante Dios.

Esta situación volvería a repetirse en el otoño de 1646. En aquellas fechas, las cartas cruzadas entre el rey y la religiosa eran dos y hasta tres por semana. Felipe IV trabajaba duro en la formación del príncipe Baltasar Carlos como su sucesor. Unos meses antes, el 19 de abril, el rey se detuvo por segunda vez en Ágreda para entrevistarse con la monja. Iba de camino a Pamplona, donde su heredero juraría lealtad ante las Cortes de Navarra. Sor Maria Jesús conoció allí a aquel jovencito de dieciséis años, tímido y risueño, al que el destino le tenía reservado un desenlace fatal.

En efecto: el 9 de octubre de 1646, tras contraer unas fiebres en Pamplona,

murió en Zaragoza el único hijo varón del rey. Y menos de un mes después Felipe IV, abatido, regresó por tercera y última vez al convento de sor María para pedirle un nuevo informe sobre el paradero de su hijo. La monja, que vio en aquella pérdida otro castigo a los pecados del monarca, prometió hacer lo imposible por regresar al purgatorio y buscar allí al príncipe heredero.

En un informe de varias páginas redactado en enero de 1647, *la Dama Azul* refirió a Su Majestad que fueron varias las veces que pudo parlamentar con Baltasar Carlos. «Se me apareció el alma de Su Alteza en la forma humana que tenía, pero con las penas del purgatorio que padecía», escribió. Y éste, como ya ocurriera con su difunta esposa, confió a la monja un nuevo mensaje de ultratumba: «Manifestarás a mi padre el peligro en que vive, porque está rodeado de tantos engaños, falsedades, mentiras y tinieblas de los más allegados y de otros que le sirven en diferentes ministerios».[56]

Felipe IV superó aquel trance. Logró, como ya expliqué en el capítulo precedente, incluso engendrar a un nuevo heredero, Carlos II, al que el pueblo llamó *el Hechizado*. Pero su hijo no sólo heredó la Corona, sino su obsesión por *la Dama Azul*. Así, el 5 de junio de 1677, siendo ya rey, Carlos 11 visitó Ágreda y solicitó a las monjas del monasterio de la Concepción ver el cuerpo incorrupto de la *confidente*. Allí hizo lo que yo nunca he podido: besar su mano inerte y susurrarle al oído un «por ti vivo yo, madre mía».[57]

Mi fascinación por el mundo de la mística no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO 14

¿Se puede estar en dos lugares a la vez?

California, 21 de julio de 1973

Apenas pasaban ocho minutos de las cinco de la tarde. En una habitación sin ventanas de Menlo Park, cerca de la bahía de San Francisco, dos personas se disponen a llevar a cabo un curioso experimento. Uno de ellos es el doctor Harold Puthoff, un joven fisico norteamericano con un trabajo de posdoctorado en la Universidad de Stanford y célebre por haber desarrollado un eficaz láser de infrarrojos; el otro, Ingo Swann, se hace llamar artista y es médium. Dice que desde pequeño ha vivido toda clase de experiencias extrañas. Aunque es lo más parecido a un místico de otra época, la todopoderosa central de inteligencia norteamericana, la CIA, se ha interesado por sus presuntas habilidades sobrenaturales. En Langley creen que, de ser ciertas, tendrían en sus manos las técnicas perfectas para adiestrar a los espías del futuro.

Minutos antes de sentarse uno frente al otro, el doctor Puthoff recibió unas coordenadas geográficas dentro de un sobre cerrado. Habían sido elegidas al azar por alguien de la CIA que trabajaba en una operación secreta conocida como SCANATE (siglas de *SCANning CoordinATE*, o «rastreo coordinado»), y que pretendía utilizar a personas dotadas de facultades psíquicas para «husmear» objetivos militares a los que no llegaban sus aviones espía. Aquellas

coordenadas —49º 20' Sur, 70º 14' Este— se correspondían con uno de esos *targets*.

Swann escucha con atención las indicaciones geográficas que le da el doctor Puthoff. Deduce que deben de corresponderse con algún lugar en el Atlántico sur y trata de relajarse. Su respiración se acompasa poco a poco, al tiempo que cierra los ojos… «De repente, la habitación en la que estoy desaparece —recordaría Swann tiempo más tarde—. Me encuentro en una zona nublada que creí estaba en mi mente. Pero al instante me di cuenta de que aquello no estaba en mi cabeza. Era un banco de niebla en el área del objetivo. Estaba sobre una gran extensión oscura surcada por grandes olas. Y entonces lo vi».

Acto seguido, ante la atenta mirada de Puthoff, el sensitivo describe una isla de suelo rocoso provista de varios edificios idénticos. Uno de ellos —dice— es de color naranja y se encuentra junto a dos grandes tanques blancos. ¿Qué puede ser?.

Días después la CIA revelaría al doctor Puthoff —especialmente contratado por la *Compañía* para ese trabajo, al frente del cual estuvo hasta 1985— que la prueba había sido todo un éxito: Swann había descrito con bastante exactitud una estación de investigación climatológica franco-soviética en la isla de Kergueleo, cerca del Circulo Polar Antártico, en el océano índico (y no en el Atlántico como había deducido).

Alentados por el éxito, la CIA decidiria llevar a cabo nuevos experimentos.

Bilocaciones controladas

Nada en este relato es fruto de mi imaginación. La prueba a la que se sometió Ingo Swann en 1973 fue una de las primeras de su especie. Desde que los Servicios de Inteligencia norteamericanos pusieran en marcha el proyecto SCANATE, varias personas se sometieron a pruebas similares. En ellas participó incluso Richard Bach, célebre autor de Juan Salvador Gaviota y ex piloto de la Fuerza Aérea, cuyos «vuelos» controlados por la CIA bien pudieron haber inspirado su libro Nada es azar. En él invitaba a sus lectores a visualizar desde arriba su propio país, tal y como Swann había hecho antes con la isla de Kerguelen. Pero ¿es eso posible?. ¿Se puede estar a la vez tumbado en un sofá de casa y espiando un lugar remoto?.

Antes de que Puthoff se implicara en estos experimentos en compañía del también físico Russell Targ, del Instituto de Investigaciones de la Universidad de Stanford (SRI), al fenómeno vivido por Swann se le llamaba, simple y llanamente, clarividencia. Esto es, la capacidad mental que permite a un sujeto ver cosas a distancia. Sin embargo, pronto Puthoff y Targ cambiaron ese término por el de bilocación de visión remota para evitar cualquier connotación peyorativa. Ambos creian que los cerebros de hombres como Swann o Bach —que incluso llegaría a donar 40.000 dólares para sus experimentos[58]— eran capaces de estar en dos lugares a la vez. A fin de cuentas, los antiguos místicos llevaban siglos haciéndolo espontáneamente.

En la mayoría de casos clásicos de bilocación, los protagonistas permanecen ajenos a las actividades de su «doble». Lo que hace éste casi nunca es percibido por el sujeto «original». Lejos de los incidentes recogidos en libros religiosos, la literatura nos ofrece algunos ejemplos notables de «bilocados». Sin ir más lejos, el controvertido poeta británico lord Byron, durante su reclusión en Patrás (Grecia) en 1811, fue informado de que había sido visto en Londres junto al mismísimo rey Jorge III. Le dijeron incluso que su álter ego llegó a estampar su firma en el registro de visitas de Palacio. «Lo único que deseo es que mi doble se comporte como un caballero», dijo al enterarse.

En Alemania bautizaron como doppelgängers a esta clase de desdoblados. Otro escritor, Guy de Maupassant, tuvo la rara fortuna de encontrarse con su

propio doble en 1888 mientras trabajaba en su estudio de Paris. Pese a las instrucciones dadas a su asistenta para que nadie le interrumpiera, alguien entró en su habitación; alguien que era su réplica exacta. Se sentó junto a él y comenzó a dictarte la continuación de su relato. ¿Alucinación?. ¿Un síntoma de la locura en la que terminaría sus días por culpa de la sífilis?. ¿Y cómo entender entonces lo que le sucedió al sano poeta alemán Johann Wolfgang von Goethe en 1771, y que el mismo narró en su autobiografía?.

Sucedió mientras cabalgaba hacia Drusenheim, justo después de dejar la casa de Frederika Brion, su amante. En medio de su ruta se tropezó con un extraño individuo que iba en dirección contraria a la suya, vestido con un abrigo gris salpicado de ribetes dorados. Sin saber por qué, aquel sujeto le recordó a sí mismo. Lo curioso fue que ocho años más tarde, el poeta retornó por aquel mismo camino vestido con un abrigo idéntico al de su «gemelo»… como si en aquella tarde de 1771 se hubiera visto a si mismo en el futuro.

Otra vez, *la Dama Azul*

Entre los relatos de esta clase que obran en mis archivos, uno brilla con luz propia: el de mi estimada sor María Jesús de Ágreda. A diferencia de Lord Byron, De Maupassant o Goethe, ella sí guardó memoria de *casi todo* lo que hizo su «doble».

Sor María Jesús nació con el siglo XVII y protagonizó, entre 1620 y 1623, un abundante número de bilocaciones. Se dejó ver a más de 10.000 kilómetros de distancia de su monasterio de clausura, en las entonces muy remotas regiones de Nuevo México, Arizona y Texas. De hecho, si hemos de creer en lo que diferentes cabecillas indígenas relataron en 1629 al Padre Custodio de aquellas tierras, una mujer cubierta por un manto celeste fue vista por varias tribus en un área dos veces mayor que España. Tal fue el efecto de las visitas de aquella *Dama Azul*, que en un tiempo récord los españoles bautizaron a más de ochenta mil indios. Todos admitieron haber sido advertidos de la llegada del hombre blanco por una mujer de piel clara que les hablaba en su propia lengua.

Cuando sor María Jesús fue identificada como la responsable de aquellas visiones, fue interrogada dos veces por la Santa Inquisición. Ocurrió en 1635 y 1650. En las actas de esas conversaciones, la buena monja dio todo lujo de

detalles sobre las tierras de ultramar que «visitó», aunque fue incapaz de describir ni cómo ni por qué voló hasta allá. En su autobiografía inacabada, sor María Jesús da una clave interesante al clasificar sus bilocaciones en tres categorías. La primera corresponde a las «visiones intelectuales», referidas, según ella, a aquellas cosas que la Virgen quiso que supiese; la segunda, las «visiones imaginarias» en las que la religiosa accedía a imágenes de lugares y gentes lejanos, y la tercera, las,visiones corporales» en las que, según dejó escrito, «el ángel o santo toma corporal figura o cuerpo aéreo»[59] usurpando su aspecto y visitando América en su nombre. Ese «ángel» capaz de mutar su apariencia a voluntad es lo que, según la madre Ágreda, justificaría que el Sujeto «original» no tenga conocimiento de las actividades del doppelgänger.

Pero el caso de la Dama Azul es mucho más complejo. No en vano la religiosa reconoció ante el tribunal inquisitorial que la interrogó que dejó en América algunos objetos que se llevó de su monasterio: «En una ocasión —escribió— di a aquellos indios unos rosarios; yo los tenía conmigo y se los repartí, y los rosarios no los vi más».[60]

De esos rosarios y de los cálices que repartió *la Dama Azul* en Estados Unidos, no se sabe hoy nada. Pese a mis esfuerzos por ubicar alguna de esas pruebas físicas en lugares como la misión de San Antonio de Padua en Isleta Pueblo (Nuevo México), visitada varias veces por *la Dama* en 1629, no se ha encontrado objeto alguno que perteneciera a la monja de Ágreda. Las pruebas, de existir, quizá fueron barridas durante la revuelta indígena de 1680 contra los españoles, que arrasó con todo lo que los misioneros llevaron al lugar.

¿Viajó entonces al Nuevo Mundo sor María Jesús?. Y en ese caso, ¿cómo es que nadie la echó a faltar en su monasterio castellano?. Para añadir más intriga al asunto, ella misma, en otro pasaje de sus memorias, explicó cómo unos ángeles hermosísimos «traían una nube y asiento en que me pusieron (…) Lleváronme, a mi parecer, a la región del aire cerca del cielo, donde me dijeron tantas cosas, amonestándome, reprendiéndome por mis faltas y dándome a entender cuan injusta cosa es ofender a Dios.[61]

Será difícil que sepamos nunca en qué clase de objeto voló sor María Jesús. pero al menos sí disponemos de escritos de su puño y letra —como los manuscritos conservados en la Biblioteca Nacional de Madrid titulados *De la*

redondez de la Tierra y *Tratado de la redondez de la Tierra*— en los que describió lo que vio desde esas alturas con el mismo realismo con el que un niño nos relataría hoy su primer vuelo a bordo de un avión.

Sensación de volar

Ese tipo de visiones desde lo alto son idénticas a las descritas por quienes han tenido «desdoblamientos astrales». El termino induce a engaño: por lo general se trata de un tipo de visión bastante común, que generalmente se produce en situaciones límite como un accidente o un paro cardiaco, «Algo» parece salirse del cuerpo del sujeto. «Algo» que contiene su esencia, su yo, y que es capaz de observar su propio cuerpo y el entorno desde una posición elevada. Un ingeniero de sonido norteamericano llamado Robert Monroe llegó especialmente lejos al tratar de determinar la naturaleza de tos extraños *vuelos* que comenzó a experimentar en 1958.

Todo empezó para él con sus severas dificultades para conciliar el sueño. Pronto, éstas se verían acompañadas de una clase de sensaciones que nunca antes había experimentado: «Me elevaba unos palmos por encima de mi cuerpo antes de tornar conciencia de lo que estaba pasando —escribió,—. Aterrorizado, me esforzaba por volver a mi cuerpo físico. Estaba convencido de que me moría. Por mucho que lo intentara no conseguía evitar que la experiencia se repitiera».[62]

Tras rechazar los primeros diagnósticos médicos que achacaban aquellas experiencias a «problemas nerviosos», Monroe comenzó a experimentar consigo mismo para hallar una respuesta a sus visiones. Descubrió que ciertos sonidos favorecían o bloqueaban esa clase de vuelos involuntarios, y pronto se percató de que todo estaba en su cerebro. Dependiendo de la frecuencia de sus ondas cerebrales, su conciencia parecía despegarse del cuerpo.

Sus avances progresaron hasta el punto de que a comienzos de los años setenta patentó un sistema que podía provocar «salidas astrales» con bastante eficacia (según su estimación, con éxito en un 25 por ciento de los sujetos), y llamó a su tecnología *Hemy Sync*, una abreviatura de *sincronización de hemisferios*, ya que entendía que los sonidos que había sintetizado en su estudio de grabación podían sincronizar las ondas de los dos hemisferios cerebrales humanos antes de provocar un desdoblamiento.

Como era de esperar, los servicios de inteligencia norteamericanos se enteraron de los avances de Monroe, y decidieron aprovecharse de ellos para estimular a sus «espías psíquicos» y sus «bilocaciones de visión remota». En 1977 uno de aquellos oficiales de inteligencia, Skip Atwater, se acercó a Monroe para probar la tecnología *Hemy Sync*. Atwater ya había tenido sus propias salidas astrales espontáneas y había participado en experiencias controladas de visión remota, aunque pronto comprobó que los sonidos sintetizados por Monroe facilitaban los resultados. Tras Atwater llegaron a Monroe hombres como el coronel John Alexander o el general Albert Stubbelbine —responsables del *Intelligence and Security Command*, o INSCOM— dispuestos a aplicar esa tecnología a todos sus «espías psíquicos». Tenía sentido. A fin de cuentas, poder enviar a un soldado «desdoblado» hasta un objetivo militar para obtener información era el arma perfecta para la guerra fría: limpia, barata e imposible de detectar…

Fin del secreto militar

Nada de esto se supo hasta la pasada década de los noventa. De hecho, fue el entonces presidente de Estados Unidos Bill Clinton quien en julio de 1995 permitió que vieran la luz las primeras 270 páginas de información vinculadas a los esfuerzos por crear una división de hombres capaces de «bilocarse» psíquicamente. En ese documento se pasaba revista a los diferentes proyectos coordinados por la Universidad de Sranford desde las pruebas SCANATE. Nombres clave como GrillFrame (parrilla), Center Lane (carril central), Sunstreak (rayo de Sol) o Stargate (puerta estelar) enmascararon durante décadas las investigaciones paranormales del Gobierno de Estados Unidos con resultados de lo más dispar.

Sólo dos meses después de aquella liberalización informativa, el ex presidente Jimmy Carter, durante una conferencia que impartió en Atlanta, hizo pública una reveladora anécdota: durante su mandato presidencial, un avión norteamericano se estrelló en Zaite sin que sus satélites fueran capaces de dar con él. A espaldas suyas —o eso contó— el entonces director de la CLA, el almirante Stansfield Turner, utilizó un psíquico de su programa secreto, un ex comisario de policía llamado Pat Price, para ubicar las coordenadas del accidente. ¡Y dio en el blanco!. La «bilocación de visión rernota», admitió, no era efectiva en un cien por cien de ocasiones, pero justificó la multimillonaria inversión que se destinó a su investigación.

En 1996, sólo dos años antes de que publicara mi novela *La Dama Azul* y recogiera esta información, el volumen de información desclasificada alcanzaba ya las 90.000 páginas.[63] Fruto de esa liberalización se publicaron en Estados Unidos varios libros escritos por oficiales y personal militar cercanos a aquellos experimentos. Una de estas obras, *Psychic Warrior*, escrita por el capitán David Morehouse adscrito al proyecto *Stargate*, no sólo describía las tareas de estos «bilocados militares» sino que daba cuenta de cómo eran las salas donde tenían lugar estos desdoblamientos.[64] Lugares donde las luces se amortiguaban y en los que se aplicaban sonidos repetitivos a los viajeros para facilitar sus vuelos. Yo los imaginé como cubículos parecidos a las celdas de clausura de muchos conventos, en los que la entrada a estados alterados de conciencia estaba

garantizada a los religiosos más sensibles.

¿Sensible quería decir «loco»?. ¿Acaso «enfermo mental?.

Esa cuestión también terminaría llevándome muy lejos.

CAPÍTULO 15

La extraña epilepsia de santa Teresa

La seguridad con la que me habló el doctor Esteban García-Albea en su despacho del Hospital Universitario Príncipe de Asturias de Alcalá de Henares, a las afueras de Madrid, me impresionó. Había acudido allí atraído por los titulares de prensa de aquellos días en los que se sugería que se había localizado, al fin, la enfermedad mental que padecieron algunos de los grandes místicos de la Historia. Se trataba de una dolencia extraña, poco común, que según los expertos producía sentimientos de bienestar, placer —sin connotación sexual alguna—, paz y belleza, en el transcurso de un éxtasis durante el cual el místico sentía que su cuerpo se elevaba hacia Dios.

En ese tiempo, todo lo relacionado con los *vuelos místicos* me obsesionaba.

—Muy probablemente —me dijo muy seguro de si el doctor, al colocarle delante mi grabadora—, santa Teresa de Jesús padeció una clase especial de epilepsia en la que se dieron todos esos síntomas. Hoy la llamamos «epilepsia extática» o «de Dostoievski».

Ante mi gesto de sorpresa («¿Una enfermedad?», susurré), añadió algo más:

—Muchos personajes históricos la padecieron. Dostoievski, por ejemplo, sufría ataques que le sumían en un estado afectivo positivo que luego utilizó para construir uno de sus personajes de ficción, el príncipe Miskkin de El idiota. Gracias a sus minuciosas descripciones literarias, recientemente la medecina ha enmpezado a comprender los mecanismos de esa dolencia. Sin enbargo, si nos

hubiésemos acercado antes a la autobiografía de santa Teresa, habríamos encontrado la misma información mucho antes.

Las afirmaciones del que hoy es jefe del Servicio de Neurología del referido hospital, me hicieron recapacitar. El suyo no parecía el enésimo intento por explicar los prodigios vividos en el siglo XVI por la mística española más célebre de todos los tiempos. Sus conclusiones eran serias, bien documentadas, alejadas de aquellas que habían sugerido mucho antes interpretaciones de la vida de la santa en clave de histeria, e incluso de infección tuberculosa. Su hipótesis, hecha pública a finales de enero de 1996, coincidiendo con la presentación de su ensayo *Teresa de Jesús: una ilustre epiléptica*,[65] se apoyaba en más de dos años de minuciosos exámenes de los textos que nos dejó la mística, y en su comparación con modernos casos de pacientes que sufren esa nada común epilepsia extática.

—¿A qué clase de epilepsia se refiere exactamente cuando hablamos de santa Teresa? —le cuestioné, intrigado, mientras hojeaba su estudio. A fin de cuentas, estábamos abordando a un personaje fundamental de la historia de España. Desde su nacimiento en 1515, hasta su muerte en 1582, la vida de esta abulense siempre estuvo rodeada de prodigios. Sus visiones místicas le llegaron pronto, pero las que terminarían haciéndola famosa y consagrándola como doctora de la Iglesia las sufrió pasados los cuarenta. Aquellos accesos extáticos terminarían consumiendo su salud, estimulando un estilo narrativo único que la convirtió en una de las impulsoras de la lengua española de su tiempo, pero desatando también las modernas especulaciones de médicos como García-Albea.

—Verá: conocemos dos grandes tipos de epilepsias —me dijo el doctor al fin —. La más conocida es la «generalizada», que suele ir acompañada de caídas y convulsiones más o menos violentas. La segunda categoría la forman las epilepsias «parciales», que afectan sólo a una zona del cerebro, que es la que se comporta anormalmente, Y no suele ofrecer los inconfundibles signos externos de la generalizada, salvo que afecte a alguna región motora del cerebro.

—¿En qué categoría clasifica entonces la epilepsia extática, la que según usted sufrió santa Teresa?.

—Ésa es de tipo parcial y se presenta siempre de forma inesperada. Con frecuencia se inicia con la visión de una luz, a la que le sigue una sensación de parálisis y episodios alucinatorios. Todo ello revestido de una especial situación

receptiva, que es de signo positivo.

—¿Se ajusta entonces esa descripción a lo que narró Teresa de Ávila en sus escritos?.

—Así es. La santa solía decir que sus episodios místicos duraban «lo que un avemaría», y a veces «lo que una salve», quedándose después en un estado de confusión que duraba algún tiempo. Eso es exactamente lo que sucede con los pocos pacientes que hoy padecen esta clase de epilepsia extática y que han podido estudiarse a fondo.

García-Albea hace esfuerzos por hacerse entender. Me brinda un ejemplar de las obras completas de Dostoievski que tenía señalado, y me hace leer un párrafo de El idiota:

De pronto, en medio de la tristeza, la oscuridad espiritual y la depresión, su cerebro parecía incendiarse por breves instantes… Aquellos instantes deslumbraban como descargas eléctricas. Su mente y su corazón se hallaban inundados de una luz cegadora…[66]

Y a continuación, me muestra un ejemplar de la Vida de santa Teresa, con varias frases subrayadas, leo:

Estando en esto, súbitamente me vino un recogimiento con una luz tan grande interior… En fin, no alcanza la imaginación, por sutil que sea, a pintar ni tratar cómo será esa luz…

—¿Lo ve? —sonríe—. Todo está en los textos. Pero le diré algo mas: si acude a la Biblia, al Corán o a ciertos textos medievales, comprobará cómo san Pablo, Mahoma y Juana de Arco también vieron esa clase de luz tuvieron accesos místicos. Probablemente sufrieron la misma enfermedad que Teresa o Dostoievski.

Guardé silencio. Si García-Albea tenía razón, aquello era pura «dinamita».

La levitación es inexplicable

El doctor me reconoció, no obstante, que su revolucionaria teoría tenia ciertos limites. La «epilepsia extática» no era aplicable a todos los fenómenos místicos ni a todos los visionarios de la Historia. Las experiencias de otro visionario contemporáneo y amigo de santa Teresa, san Juan de la Cruz, quedaban fuera de su diagnóstico. Sus experiencias fueron siempre más intelectuales, y se vertieron

en un rico poemario en el que no se detectaron nunca indicios patológicos sino de una extraordinaria sensibilidad. Además, la epilepsia extática dejaba también sin explicar los llamados «fenómenos físicos del misticismo». Esto es, aquellos sucesos que implicaban la elevación espontánea, real, de personas sobre el suelo (levitación), la aparición de estigmas, la supervivencia sin ingestión de alimentos sólidos y todo un amplio abanico de fenómenos «externos», físicos, no sujetos a la interpretación subjetiva del místico.

Incluso santa Teresa vivió algunas de esas «exterioridades». Entre la abundante documentación recogida por la Iglesia para respaldar su proceso de beatificación, se encuentran los relatos de personas que la vieron levitar, Muy significativo es el testimonio de la hermana Ana de la Encarnación, de Segovia, que presenció cómo la mística de Ávila se elevó durante sus oraciones a algunos palmos del suelo, y cómo, al recuperarse, ordenó a la atónita testigo que guardara silencio absoluto sobre lo visto.

El doctor García-Albea no quiso valorar esos relatos y zanjó la cuestión de su levitación, afirmando que «la santa dice que sintió como si levitara». Pero añadió:

—Teresa lo explicó muy claro cuando hablaba de que era su espíritu, Y no su cuerpo, el que volaba.

Contra este argumento. Herbert Thurston, jesuita británico autor de un voluminoso estudio sobre esta clase de fenómenos,[67] no sólo sostuvo que santa Teresa voló en alma y cuerpo, sino que otros religiosos posteriores repitieron esa hazaña ante decenas de testigos, asombrando tanto a creyentes como a escépticos. Hombres como san Francisco de Asís o san Ignacio de Loyola —que fue visto levitar en 1524, en varias ocasiones, en plena Barcelona, formaron parte de la extraña élite de los santos levitadores. Sin embargo, el mejor levitador fue san José de Copertino, un místico italiano que vivió en el siglo XVII y que se elevó en más de cien ocasiones ante testigos. Uno de sus *vuelos* más sonados tuvo lugar en 1645, cuando el embajador español ante la Santa Sede se detuvo en el pueblo de Copertino y lo vio despegarse del suelo y planear hasta los pies de una estatua de la Virgen.

El ser humano, pues, vuela —en cuerpo o con la mente— desde mucho antes de inventarse la aviación. *La Dama Azul* lo sabía. Su admirada santa Teresa también. ¿Por qué entonces siguen resistiéndose ciencia e historia a admitirlo?.

CAPÍTULO 16

El último escondite de Maria Magdalena

En 1888 el pequeño pueblo marinero francés de Les Saintes Maries de la Mer entró en las crónicas por la puerta grande. Hacia sólo medio siglo que había cambiado su antiguo nombre de Notre Dame de la Mer por el de «las Santas Marías», cuando un joven pintor holandés de 35 años lo eligió para pasar una temporada en él. Se llamaba Vincent van Gogh, y lo que vio en sus playas lo marcó para siempre. El batir del Mediterráneo contra la desembocadura del Ródano, la luz y su bullicio terminaron por hechizarle. E inspirado por todo aquello, en tiempo récord, pintó más de doscientos cuadros, muchos de ellos con su arena y velámenes marineros como protagonistas.

Hoy sabemos que fue el periodo creativo más fértil de Van Gogh y que allí escribió uno de los capítulos más brillantes de la reciente historia del arte. Sin embargo, jamás tendremos la certeza de si aquella estancia le sirvió para adentrarse en el gran secreto que desde hacia siglos escondía aquel rincón de Francia. Ni tampoco si se cuestionó alguna vez por qué aquel lugar había cambiado tantas veces de nombre antes de su llegada.

Es curioso: la última vez que visité Les Saintes Maries, sus casi dos mil quinientos habitantes todavía presumían orgullosos del curioso nombre de su villa. Sabían que sus antepasados honraron así una vieja y controvertida leyenda del lugar, según la cual María Magdalena, María Salomé y María la madre del apóstol Santiago desembarcaron en aquellas mismas playas hacia el año 40 de

nuestra era. Huían de las primeras persecuciones cristianas, y en su barca —una suerte de patera sin velas ni remoslas acompañaban Lázaro, el resucitado, su hermana Marta, Máximo, futuro obispo de Aix-en-Provence y cierta Sara, a la que algunos creyeron hija y otros sirvienta de la Magdalena.

Según la misma leyenda, cuando aquella expedición puso pie en tierra, sólo hallaron un campamento romano con nombre de dios egipcio: Ra. El geógrafo y poeta romano Rufo Festo Avieno, en su *Descriptio Orbis Terrae* escrita cuatrocientos años más tarde, contó que Ra mudó por primera vez de nombre tras esa ilustre visita. El fuerte dio paso a un pueblo que se llamó Ratis, que significa «barco». Y aunque no mencionó si aquello estaba directamente relacionado con la leyenda de la barca de las Marías, es más que probable que fuera así.

¿Hija de Jesús?

Hoy Les Saintes Maries de la Mer es un lugar bastante popular para los amantes del misterio. Nadie pregunta ya por Van Gogh. En cambio, las dudas sobre la filiación de Sara crecen por doquier. ¿Era, en efecto, hija de María Magdalena?. ¿Y quién fue su padre?. Todos especulan, pero nadie tiene pruebas para demostrar sus teorías. De momento, Sara «la Kali» es allí la patrona de los gitanos. Cada 25 de mayo, miles de ellos acuden a sacarla en procesión y honrarla. *Kali* significa «negra», y aunque de ese color es la efigie que sumergen una vez al año en el Mediterráneo, su simbolismo procede de otro lugar. «Negro» o *Kemet* era el nombre antiguo de Egipto. Como egipcios o *egipcianos* era el apelativo ancestral de la raza gitana. Pero esa negrura también es, a decir de la experta en María Magdalena, Margaret Starbird, «un símbolo de su estado oculto; era la reina desconocida, postergada, repudiada y vilipendiada por la Iglesia a lo largo de los siglos, en un intento por negar la descendencia legitima y por mantener las propias doctrinas sobre la divinidad y celibato de Jesús».[68]

Con Starbird me reuní en abril de 2006 en Seattle. Sus libros, hasta hace poco de difusión minoritaria, son ahora muy populares en Estados Unidos. Dan Brown la consultó varias veces mientras escribía *El código Da Vinci*, y el éxito de esa novela la arrastró a una fama que no esperaba. Durante nuestro encuentro

repasamos todas sus tesis, pero especialmente una: que María Magdalena, como dice la leyenda, llegó a Francia acompañada de un vástago de unos 9 años de edad, fruto de su *hieros gamos* —o matrimonio sagrado— con Jesús. Y que de esa descendencia, surgirían después los reyes merovingios franceses.

—¿Se ha dado usted cuenta de lo que esconde la palabra *merovingio*? —me preguntó Starbird frente a un plato de comida oriental, aguardando mi reacción —. Sus dos sílabas fundamentales, *mer* y *vin*, son referencias en francés antiguo a *María* y *vino*. El vino de María es una metáfora al producto de su vientre.

Sé que tal vez nunca sepamos si esa leyenda tuvo un poso real o no. Pero de lo que no cabe ninguna duda es de su tremenda influencia. Diez años antes de publicarse *El código Da Vinci*, el escritor Peter Berling ya noveló esa supuesta descendencia sagrada en *Los hijos del Grial*. Incluso Anne Rice, célebre gracias a su obra *Entrevista con el vampiro* y a sus sagas de terror gótico, decidió en 2005 saltar a las novelas de intriga religiosa para reconstruir los años olvidados de Jesús en *El niño judío*. El libro de su vida marital está, seguro, por llegar.

Lo curioso es que toda esta «ficción» empezó en la Edad Media.

Fue en 1448 cuando se descubrieron en Les Saintes Maries las reliquias de dos de las tres Marías del mito, la jacobita —o progenitora de Santiago— y María Salomé. Y con ellas se disparó la imaginación de toda la región. En aquella remota época de fabricación de objetos de culto, sus huesos pronto se convirtieron en un irresistible foco de atracción piadosa. Los peregrinos eran el motor turístico del tiempo, y muchos desviaron sus pasos para venerarlos. Los huesos de la Magdalena, sin embargo, no estaban allí. Hacía tiempo que se guardaban en otro lugar: en la iglesia de San Máximo en Sainte Baume, «santo bálsamo», como el frasco de alabastro con el que tradicionalmente se representa siempre a María Magdalena.

En Sainte Baume desenterraron el cráneo de la santa y algunos restos más. Fue el 9 de septiembre de 1279 cuando Carlos II de Anjou, futuro rey de Nápoles, se atribuyó su hallazgo. Más tarde, el papa Bonifacio VIII aprobó su culto, ignorando que otra remota pero importante ciudad, esta vez de la Borgoña, había reclamado hacia tiempo la posesión de esos mismos huesos: Vézclay.

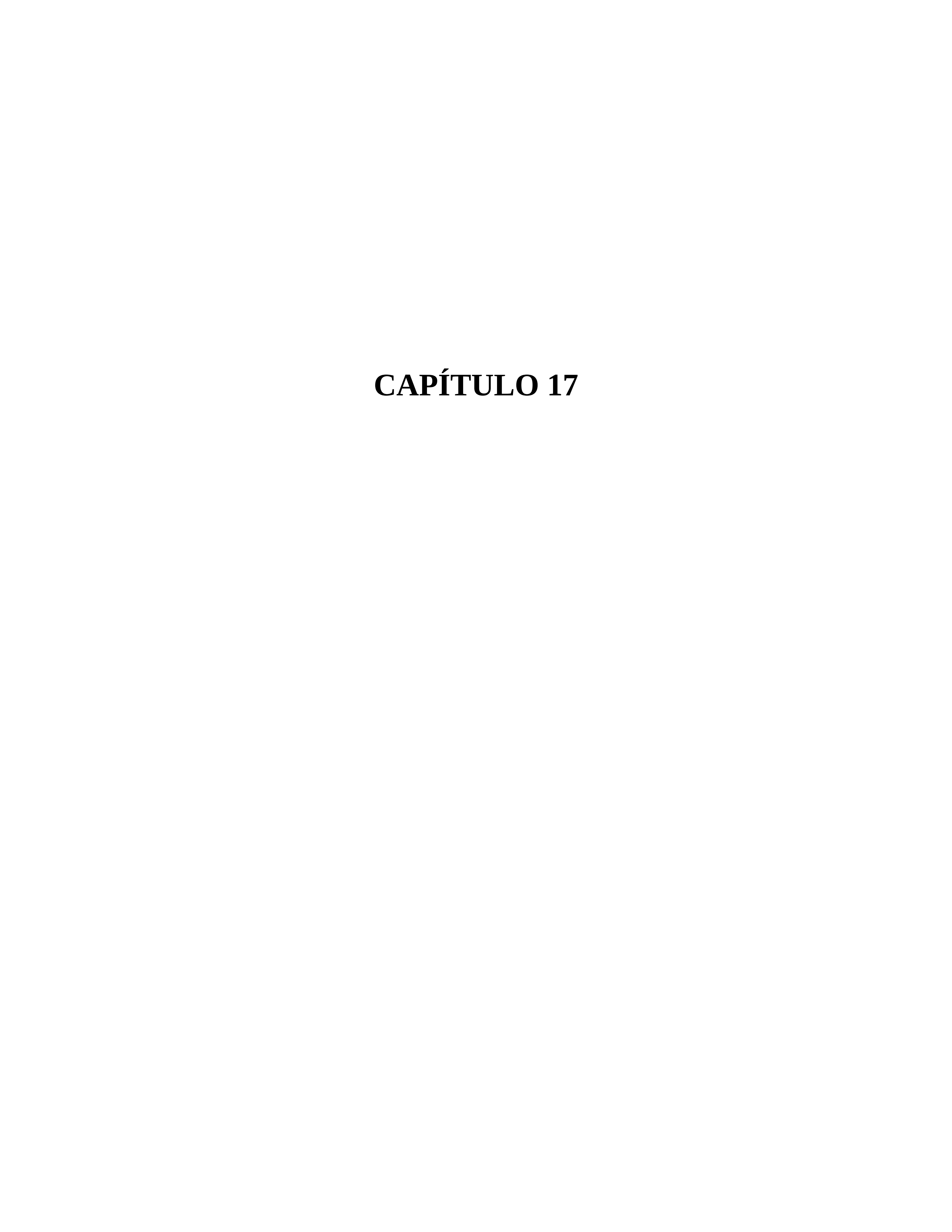
También viajé hasta allí, Quería ver con mis ojos qué quedaba de esa tradición que arrancó hacia el año 1030. Y lo que hallé me dejó perplejo. Las supuestas reliquias de María Magdalena se exhiben aún, tal y como esperaba, en

un arca de cristal en la cripta de la basílica que lleva el nombre de la santa. Lo hacen en una especie de hornacina decorada con flores de lis —la planta de la realeza gala—, y frente a un altar con una custodia dorada con forma de *ankh*, la cruz ansata egipcia. ¿Era eso un acertijo?. ¿Acaso un guiño a otra antigua leyenda francesa, que situaba el parto de la Magdalena en Egipto?.

En efecto: en el siglo VI, san Gregorio de Tours, obispo de esa ciudad gala, recogió otra leyenda sobre Maria Magdalena en su obra *De miraculis*. En ella se afirmaba que la santa huyó a Alejandría de las persecuciones a los cristianos, y que allí dio a luz a Sara. La misma Sara «la Kali», la *egipciana*, que encontré en Les Saintes Maries. Sin embargo, san Gregorio no menciona Francia en el periplo vital de ambas mujeres, sino que las relega a Éfeso, donde según él pasarán el resto de sus días, Y del padre de Sara no dice ni palabra. ¿Supo algo Gregorio que nosotros ignoramos?.

Dejé Vézclay y los ecos de santa María Magdalena con las mil y una leyendas que aún se cuecen a fuego lento en sus empinadas calles. Necesitaba husmear en otros templos franceses, buscando más huesos bíblicos.

En realidad, hacía tiempo que los había encontrado.



CAPÍTULO 17

La misteriosa cabeza del Bautista

Cuando crucé el umbral de la catedral de Amiens y me introduje por primera vez en su fresco interior, dudé por un minuto. ¿Por qué me había dejado llevar hasta allí?. El norte de Francia estaba aún conmovido por el impresionante eclipse total de Sol del 11 de agosto de 1999. En aquellos días, la prensa seguía hablando de las profecías de Nostradamus, del augurio de la llegada de un «rey del terror» para esa fecha y del peregrino anuncio del diseñador Paco Rabanne de que la estación espacial MIR se desplomaría sobre Paris. ¿Por qué, entonces, me había refugiado en la catedral más grande de Francia si allá afuera, en el mundo real, Occidente se enfrentaba a algunas de sus supersticiones más interesantes?. ¿Acaso necesitaba descansar de tanto misterio?.

No tardaría en descubrir lo equivocado que estaba. Un anciano de buen porte, solitario, me vigilaba desde la última hilada de bancos. Al verme sacar el cuaderno de notas y echar un vistazo alrededor con cara despistada, se acercó.

—¿Es usted español?.

Asenti. «¿Cómo lo había averiguado?».

—¿Y es su primera visita a Amiens?.

Volví a darle la razón.

—En ese caso, señor, no puede irse sin admirar el alma del templo.

Aquel hombre de aspecto pulcro, tez clara y mirada franca, del que no anoté ni su nombre ni sus referencias, me condujo entonces hasta una pared cercana al crucero y me empujó a asomarme por una pequeña puerta. Estaba intrigado. Alguien había practicado un ventanuco en la madera por la que pude ver algo que no esperaba: un cráneo humano enfundado en una suerte de casco de oro y piedras preciosas, descansaba bocarriba con los ojos cubiertos por algo parecido a piel humana. ¡Era una cabeza momificada!.

—Una cabeza, no —susurró el anciano a mis espaldas, en español, con fuerte acento picardo—. La verdadera cabeza de san Juan Bautista.

Me quedé un rato más contemplándola. Nadie parecía interesado en asomarse a aquella habitación practicada en el transepto norte de la catedral.

—¿Y por qué dice usted que esto es el alma del templo? —pregunté sin quitarle ojo de encima. Nadie me respondió. Cuando me di la vuelta, el anciano

ya no estaba. Jamás volvería a verlo.

La cabeza momificada de Amiens

Comenzó así una extraña obsesión. ¿Qué hacía un cráneo humano a disposición de cualquiera que entrara en el templo cristiano más grande de Francia?. ¿Acaso no era macabro, siniestro, mostrar algo así a niños o a fieles desprevenidos?. De no haber sido por aquel oportuno cicerone, probablemente nunca me habría fijado en él. Pero ahora, atónito, necesitaba que alguien me diera algunas respuestas.

Pronto supe que la historia de aquel despojo humano comenzó hace ya ocho siglos, en 1204, cuando un canónigo de la catedral de Amiens, Wallon de Sarton, se tropezó en Constantinopla con las cabezas momificadas de san Juan Bautista y san Jorge. Era época de reliquias. Valían todas, incluso las de santos inexistentes como el que la tradición dice que mató al dragón. La mayoría de las grandes iglesias europeas habían descubierto la influencia que esa clase de restos ejercían sobre sus fieles, y sabían las riquezas que podrían atraer a sus diócesis. A fin de cuentas, los peregrinos eran el *turismo de masas* de la Edad Media.

Cuando en 1206 la cabeza de san Juan llegó a Amiens, todavía no existía la catedral. Pasarían catorce años hasta que las obras se pusieran en marcha pero, tal y como el misterioso anciano me insinuó, tras todo aquello estaba el deseo de honrar al Bautista. Él era, en efecto, el alma del templo. Un alma que desde el siglo XIII en adelante atrajo la veneración de reyes y reinas, como san Luis, que se postró frente al cráneo en 1264, o sus hijos Felipe, Carlos VI y Carlos VII. Siglos más tarde, en 1604, el papa Clemente VIII se obsesionó tanto con esta reliquia que incluso reclamó una parte del rostro para la iglesia romana de San Juan de Letrán, donde aún se encuentra. Esa preocupación llegó a tal extremo que condicionó incluso la orientación astronómica de la catedral. En efecto: sólo en fechas recientes ha podido comprobarse que el eje del templo está dirigido al primer rayo de luz de la mañana que marca el acimut 292º 30' y la longitud 49º 53', y que se corresponde con el amanecer del 6 de noviembre del entonces vigente calendario juliano.[69] Y en esa fecha se celebraba la llamada fiesta de las «santas reliquias», entre las cuales la del cráneo de Juan el bautista fue la precursora. Anterior, por tanto, a las que generarían Jesús, sus discípulos o los

mártires.

Michel Lamy, autor de *La otra historia de los templarios*, sonrió nada más oírme contar esta historia. Habíamos coincidido en Jerez de los Caballeros, en Extremadura, para atender un congreso sobre la polémica orden de los monjes-guerreros dos años después de mi visita a Amiens.

—En realidad es imposible saber si ésa es la verdadera cabeza de san Juan Bautista —me dijo—. La Biblia cuenta que fue decapitado por culpa de Salomé, que pidió al rey Herodes que lo degollaran. Éste aceptó pero, supersticioso como era, mandó enterrar su testa antes de que le trajera mal fario. Hasta mediados del siglo V d. J.C. no recuperaríamos su pista. Un monje soñó que el mismísimo san Juan le indicaba dónde estaba su cabeza; la desenterró y fue llevada a Constantinopla. Si crees en esa clase de revelaciones, la cabeza de Amiens es la del Bautista. Pero si no tienes fe, entonces estás perdido.

Lamy tenía razón. Aquello no era cuestión de ciencia, sino de fe. Los médicos ya habían tenido su ocasión de sacarnos de dudas en abril de 1959, cuando el supuesto cráneo de san Juan fue examinado por el director del Museo del Hombre de París, el profesor H. V. Vallois. En aquella ocasión, a Vallois se le pidió que determinara la antigüedad y procedencia de la cabeza, situándola cercana al periodo mesolítico, «lo que permite estimar su edad en más de mil años y menos de dos mil quinientos». Dijo también que era un cráneo de varón, de entre veinticinco y cuarenta años, y de «tipo racial mediterráneo, como los beduinos actuales». Pero no se atrevió a ir más lejos.

Aquellos días en Jerez de los Caballeros, Lamy y yo tuvimos ocasión de seguir hablando del tema. No dejaba de ser una extraña casualidad que san Juan Bautista apareciera una y otra vez en nuestras sobremesas. Los templarios profesaban auténtica veneración al Bautista, decía. Le dedicaron infinidad de iglesias y capillas en toda Europa y se beneficiaron del símbolo que lo relacionaba con Cristo: el cordero. El *Agnus Dei* que porta Juan en la iconografía cristiana aparece a menudo en las claves de bóveda de sus construcciones o en su imaginaría.

—Y los templarios, te recuerdo, terminaron acusados de herejía por venerar, entre otras cosas, a una misteriosa cabeza momificada de largas barbas —dijo Lamy enigmático—. La llamaban Baphomet. Y según el Acta de Acusación a los miembros del Temple de 1307, la adoraban en sus Capítulos como si fuera el

Salvador.

¿Baphomet?. ¿Qué clase de nombre era ése?.

—Baphomet es una palabra extraña —admitió—. Algunos creen que deriva de las palabras griegas *baphé* (bautismo) y *meteos* (iniciación), dado que la mostraban sólo a caballeros de cierto grado, en ceremonias de ascenso o de iniciación; otros, en cambio creen que se refiere al profeta Mahoma, ya que los templarios fueron acusados de mantener buenas relaciones con los infieles. Pero, en realidad, nadie lo sabe.

¿Podía ser ese Baphomet la cabeza de san Juan Bautista?. Ninguno de los documentos que se conservan del polémico juicio contra los templarios, que se consumó en 1314 con la quema de su último Gran Maestre en París, aclara esa cuestión. Al parecer, existían varias de esas cabezas en su posesión, pero no se les incautó ninguna. Tan sólo un busto de mujer, con la inscripción Caput LVIII m sugería la existencia de una larga serie de testas venerables en sus manos. ¿Por qué?.

Cráneos con extraños poderes

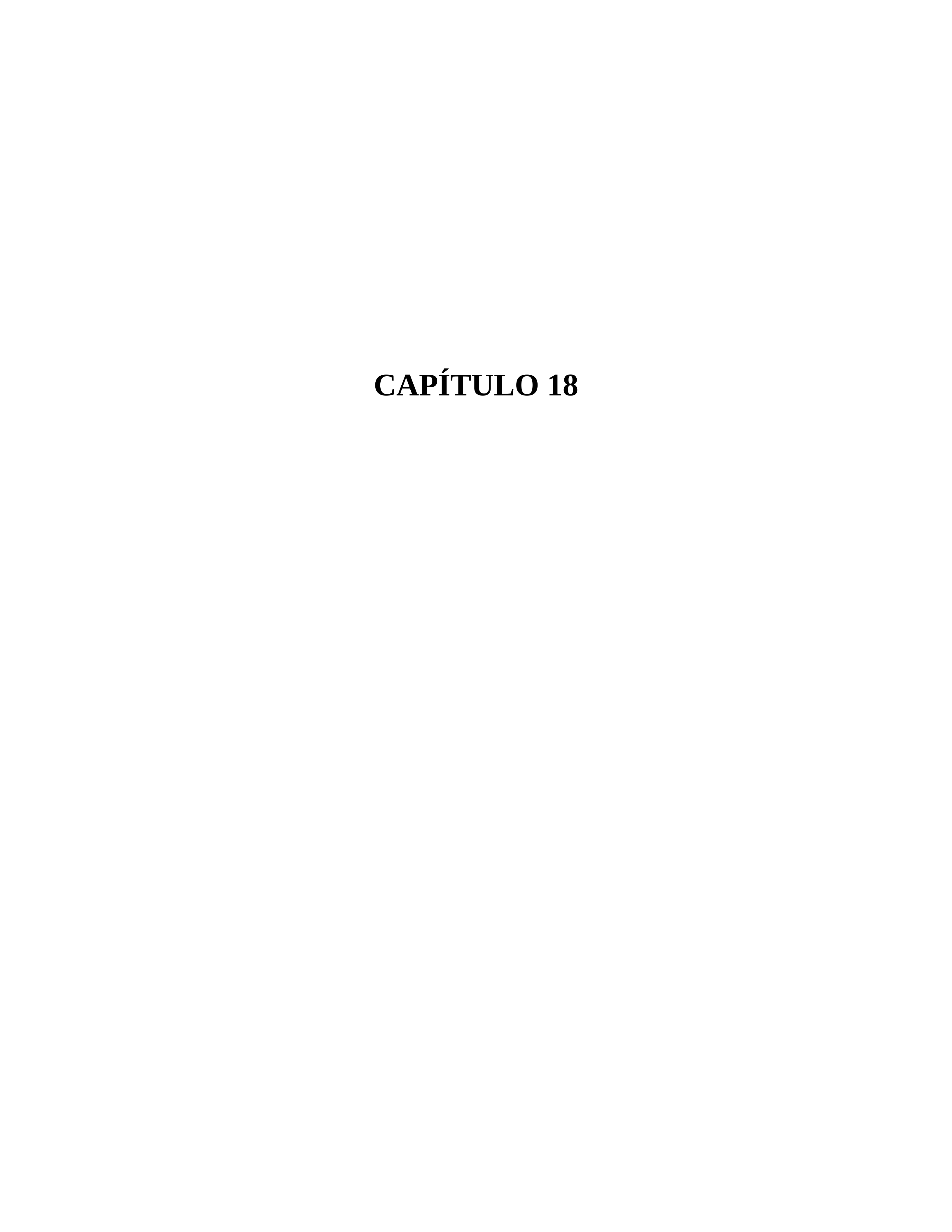
La idea de que las cabezas de hombres santos emanan fuerzas sobrenaturales es tan ancestral como la civilización misma. En el antiguo Egipto se veneraba la de Osiris y sobre ella dicen que se levantó el templo de Seti I en Abydos. La propia Biblia menciona otras cabezas célebres, como la de Goliat, que David separa del cuerpo nada más vencerlo. Incluso ciertas sectas judías contemporáneas al bautista veneraban los llamados *teraphim*, cabezas embalsamadas de hombres ilustres o místicos que usaban con propósitos de adivinación (Génesis 31, 19 y 30) y cuyo uso parece que estuvo extendido en comunidades como la de los nazaritas.

A ese respecto, el doctor en antropología británico Keith Laidler, formulaba hace unos años la más osada de las teorías que conozco. Según explica en *The Head of God*,[70] Jesús fue un miembro destacado de la secta nazarita. De ahí, en realidad, derivaría el apelativo «de Nazaret» y no de la ciudad del mismo nombre, ya que Jesús, como es sabido, nació en Belén. Pero Laidler añade algo más: sus correligionarios, fieles a los *teraphim* y deseosos de hacerse con un nuevo ídolo al que consultar su futuro, cortaron y embalsamaron la cabeza de

Jesús e hicieron desaparecer su cuerpo. La resurrección seria, según este escritor protestante, un mito. Y según él, esa cabeza seria la que caería en manos de los templarios en 1118, durante su estancia en Jerusalén, y la que convertirían en el centro de su culto secreto al Baphomet.

Todas esas teorías y algunas más, me han acompañado en cada regreso a Amiens para contemplar la cabeza del Bautista. Sé que en Nemours, Saint Jean d'Angely, san Silvestre in Capite (Roma), e incluso en algunos relicarios de la península Ibérica se conservan otros cráneos del mismo hombre. Mis censos contabilizan ya una decena de ellos. No importa. El verdadero misterio no es su número, ni su dudosa filiación. El enigma es cómo hemos llegado a adorar algo así.

Ojalá aquel anciano de Amiens reaparezca algún día y responda a mis preguntas.



CAPÍTULO 18

La caza del Grial nazi

La imagen no se me quitaba de la cabeza. Volvía una y otra vez, nítida, como si la hubiera visto con mis propios ojos. Si dejaba volar mi imaginación, hasta podía escuchar el ruido de su hélice.

Pero eso era imposible.

Las primeras luces de aquel día de marzo de 2006 bañaban ya el impresionante perfil de los Pirineos franceses y yo, exhausto, tomaba aire en un recodo del camino. Debla alcanzar la cima de Montségur antes de que el calor apretara más, y obtener las primeras tomas de la fortaleza cátara que domina ese *Pog* de 1.200 metros de altura para un documental británico de *Discovery Channel*. Lisa Harney, una mujer menuda, nerviosa e inteligente, productora de aquel reportaje sobre las herejías que inspiraron novelas como *El código Da Vinci* o *La cena secreta*, se detuvo a mi lado.

—¿En qué piensas, Javier? —preguntó. Dudé.

—Imagino lo que ocurrió en este lugar hace sesenta y dos años; un día de marzo como hoy.

—¿Sesenta y dos años? —Lisa se encogió de hombros—. Pero ¿lo de los cátaros no ocurrió en el siglo XIII?.

Y apoyados en la roca, le conté mi visión.

Había leído tantas veces acerca de aquella historia, que podía recrearla casi como si hubiera estado allí. Tuvo lugar el 16 de marzo de 1944, justo cuando Francia estaba ocupada por los nazis y la temible división SS Das Reich reponía fuerzas en la vecina Toulouse tras su desgaste en el frente ruso. Aquella mañana, más o menos a aquella misma hora, un grupo de excursionistas «ilegales» se habían adentrado montaña arriba para celebrar un sangriento aniversario histórico. Otro 16 de marzo, setecientos años atrás, en 1244, los últimos herejes que habitaban aquella impresionante fortaleza prefirieron inmolarse antes que caer en manos de sus enemigos. Las tropas del papa Inocencio IV llevaban nueve meses de asedio a Morirségur, y los bonhommes calaros resistían gracias a la escarpada orografía del lugar. Los sitiadores querrán obligarles a abjurar de una fe que defendía el contacto directo con Dios, que no reconocía al papa y que practicaba un ascetismo lleno de costumbres paganas.

Una conocida leyenda occitana asegura que la noche anterior a su caída, cuatro de aquellos héroes se descolgaron en medio de las tinieblas por la pared más abrupta del *Pog*. Llevaban consigo el tesoro que había mantenido viva la moral de la comunidad. Y una vez cruzadas las Filas enemigas, habían encendido un fuego en una montaña cercana, indicando a los asediados que aquel objeto estaba ya a salvo.

Al amanecer, los herejes, con el espíritu tranquilo, se arrojaron a una gran pira dejando su inexpugnable fortaleza desierta para siempre.

Lisa Harney me miró. Conocía bien aquella historia. Incluso había perseguido por su cuenta el paradero de aquel tesoro que ella creía era el Santo Grial.

—Entonces, ¿qué pasó en 1944? —preguntó.

Los excursionistas, jóvenes occitanos interesados en recuperar la tradición cátara, habían pedido permiso a los nazis para pernoctar en Montségur y celebrar el aniversario de aquella tragedia, pero se lo negaron. Consideraron que la montaña era «tierra alemana» y que el III Reich tenía derechos históricos sobre ella. Así pues, jugándose la vida, aquellos jóvenes ascendieron hasta las ruinas aprovechando los primeros destellos del alba. Lo que vieron al encumbrarlas los dejó sin habla: un avión de hélice Fieseler Storch Cigüeña, con matrícula alemana, se acercó a la cumbre. Dio un par de pasadas cerca de sus cabezas y ascendió en vertical para iniciar una extraña exhibición aérea. Aquel aparato zigzagueó dejando en el aire el dibujo de una enorme cruz cátara antes de desaparecer hacia Toulouse.

¿Qué había sido aquello?. ¿Honraban también los nazis a los herejes mártires?. ¿Y por qué?.

El caballero negro

El extraño vuelo del Fieseler Storch dio mucho que hablar. Se dijo que a bordo viajaba Alfred Rosenberg, ideólogo del partido nazi y experto en cuestiones esotéricas que años atrás había fundado cierta Sociedad de Buscadores del Grial. Por si fuera poco, sólo veinticuatro horas antes, otro alto oficial alemán, Otto Skorzeny, estuvo en la zona buscando algo en sus alrededores. Es probable que nunca sepamos qué órdenes llevaba Skorzeny, el héroe del Führer que rescató a Mussolini un año antes en una misión que lo haría famoso, pero no pocos creyeron que anduvo tras el Grial.

Skorzeny, sin embargo, no fue el primer nazi en hacerlo. Le había precedido un joven con su mismo nombre de Pila, conocido como Otto Rahn. Llegó a Montségur en el verano de 1931, pasó tres meses explorando toda el área circundante, incluyendo su intrincado dédalo de cuevas cársticas, y regresó a Alemania para redactar un libro que encontraría el afecto de los pensadores nazis del momento: *La cruzada contra el Grial* (1933).[71] En ella concluyó que Montségur era el Montsalvat que el escritor Wolfram von Eschembach marcó como el refugio del Grial en el siglo XIII. Además, aseguró que esa reliquia era más un *gradal* (o *libro*, en lengua occitana) que un *grasale* (vaso). Según él, los cátaros lo custodiaron hasta la caída de Montségur y dijo que estaba formado por tablillas de piedra o de madera inscritas con antiguas letras túnicas, importadas por los visigodos a la zona tras el saqueo de Roma, adonde el «gradal» había llegado tras el expolio que el general Tito hizo del Templo de Salomón en el año 70 de nuestra era.

—¿Y por qué se interesarían los nazis por un tesoro de origen judío, —preguntó Lisa.

Su cuestión sigue sin tener una respuesta sencilla. Algunos expertos creen que Hitler envidiaba la solidez de una religión que había conservado sus tradiciones intactas durante más de tres mil años. Para los historiadores Michel Bertrand y Jean Angelini, que en 1971 publicaron bajo el pseudónimo de Jean-Michel Angebert el libro *Hitler y la tradición cátara*, el Führer preparaba «una nueva religión nazi»[72] y necesitaba objetos de poder sobre los que levantarla.

Por eso contrató los servicios de Otto Rahn: para que buscara el Grial por toda la Occitania.

En 1937, siete años antes del misterioso vuelo del Cigüeña, Rahn regresó a la zona para proseguir sus investigaciones. Su libro sobre el Grial, y un segundo ensayo titulado *La corte de Lucifer en Europa* (1936)[73] fueron obras que pasarían de mano en mano en los círculos cercanos al Tercer Reich. En ellos se plantó la semilla de un viejo anhelo profético. De algún modo, la Sociedad de Buscadores del Grial de Rosenberg creyó que ellos serían los llamados a hacer cumplir un viejo vaticinio occitano formulado tras la caída de Montségur: «*Al cap de set cents anys verdegea el laurel*» (Al cabo de setecientos años reverdecerá el laurel). Una alusión simbólica al retorno de los *bonhommes* a la región y a la recuperación del Grial escondido.

¿Fue por eso que un avión nazi dibujó una cruz sobre Montségur el día del setecientos aniversario de la masacre?.

La sospechosa muerte de Otto Rahn

En 1937 Otto Rahn permaneció en la zona varios meses más sin obtener resultados apreciables de su búsqueda. A Lisa Harney la acompañé hasta el santuario cátaro de Bethelem, escondido en unas peñas cercanas al pueblecito de Ornolac, y le mostré la hornacina excavada en la roca en la que Rahn creyó que se veneró el «gradal».

—¿Y qué pasó cuando Rahn tuvo que admitir su fracaso ante el Führer? —me pregunta frente al hueco en la piedra.

—En realidad, nadie lo sabe —le explico.

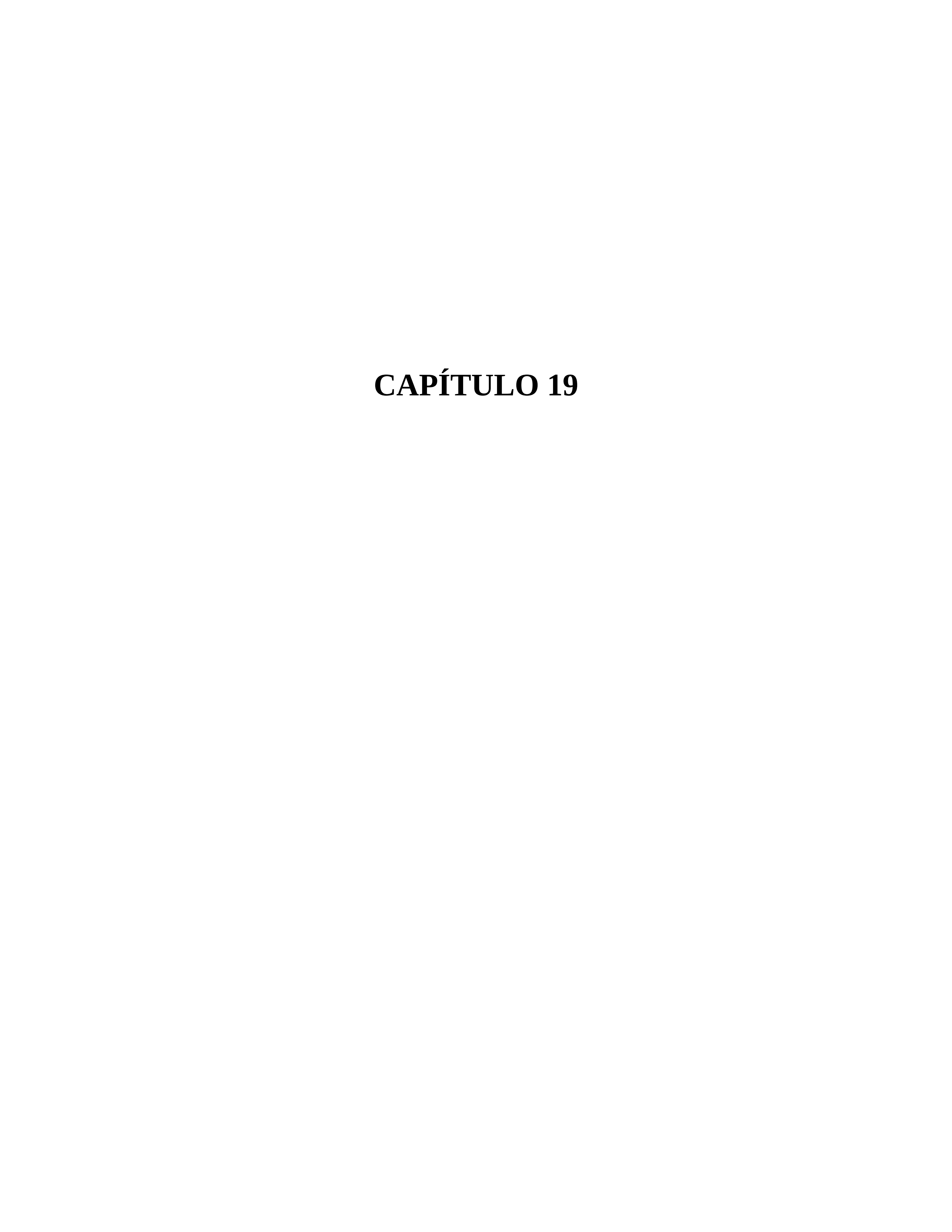
Una esquela publicada en el diario del partido nazi en mayo de 1939 informó que Rahn murió en una tempestad de nieve en los Alpes suizos. Pero su muerte, fechada otro 16 de marzo, y el hecho de que no se recuperara su cadáver abrió toda suerte de especulaciones. Incluso, la de que cambió su nombre de pila por el de Rudolf y terminó como embajador alemán en Roma al final de la guerra, protegido por su amigo el general Karl Wolf. Un hombre, por cierto, que fue visto en el santuario de Montserrat, en Barcelona, en compañía de Heinrich Himmler, preguntando por el Grial. Ocurrió el 23 de octubre de 1940. Los nazis

quisieron saber si esa montaña era —como creyeron de Montségur— el Montsalvat de los cuentos griálicos, pero los monjes monterratinos no supieron qué responder.

Rahn desapareció del mapa. Skorzeny falleció en Madrid en 1975 sin revelar qué buscó en los Pirineos franceses en 1944. Y Rosenberg, el mayor expoliador de obras de arte durante el III Reich, fue juzgado y fusilado en Nüremberg al final de la guerra. Ninguno de ellos habló más del Grial.

—Seguramente jamás se hicieron con él —añadió Lisa con gesto de alivio.

—Por suerte.



CAPÍTULO 19

El ajuar perdido de Dios

Faltaban sólo cinco días para Navidad, pero una *filtración* me hizo olvidar todos mis preparativos de fiesta. Sabía que el 20 de diciembre de 2005 Shimon Shetreet, antiguo ministro de Asuntos Religiosos de Israel, dejaría Barcelona tras una visita relámpago. El político había acudido a la Ciudad Condal durante veinticuatro horas para atender una conferencia en el Instituto Mediterráneo de la Cultura y ese día, sin falta, regresarla a Tel Aviv. A las siete de la mañana, en la puerta de su hotel, lo sorprendí subiéndose a un taxi.

¡Necesitaba hablar con aquel hombre!.

Una audiencia vaticana entre Shetreet y Juan Pablo II el 17 de enero de 1996 era la causa de mi determinación. Habían pasado casi diez años, cierto, pero a duras penas podía quitarme de la cabeza lo ocurrido. En aquel encuentro, mi «objetivo» y el entonces embajador israelí ante la Santa Sede Samuel Hadas formularon una singular petición al papa. «Sabemos que el Vaticano conserva en sus sótanos un símbolo que es de gran importancia para Israel —dijeron—. Es la Menorah, el candelabro de siete brazos que estuvo en el Templo de Jerusalén».

¿Cómo no iba a querer conversar con Shetrect a toda costa?.

—Está bien —aceptó sorprendido—. Puede acompañarme al aeropuerto. Responderé a sus preguntas en el tiempo que tardemos en llegar.

Era cuanto necesitaba. Acomodados en un confortable Mercedes, el ex ministro comenzó a desgranarme su historia.

—Nuestro gobierno supo que en 1995 tuvo lugar en la Ciudad del Vaticano una reunión de expertos sobre la Menorah. Creímos que hablaban de nuestra reliquia con tanta naturalidad porque debían conservarla en algún lugar, tal y como afirman algunas leyendas romanas.

¿Eso era todo?. Shimon Shetreet se encogió de hombros.

—Todo fue cuestión de oportunidad. Cuando nos enteramos de aquello, ya teníamos una audiencia fijada. Así que decidimos incluirlo en el orden del día junto a otros temas. Ya sabe, hablamos de los amigos judíos de Wojtyla que murieron en el holocausto, de temas diplomáticos, y entre asunto y asunto, mencionamos lo de la Menorah.

—¿Y cómo reaccionó Su Santidad?.

—¡Oh! —sonrió—. No reaccionó. Ni él, ni el secretario de Estado. Pero nuestra demanda se incluyó en los protocolos de la audiencia y trascendió a la opinión pública. Nos dijeron que averiguarían si tenían la Menorah por algún lado. Pero, después de una década, seguimos sin recibir noticias.

El candelabro robado

El encuentro entre el ministro Shetreet, el embajador Hadas y el papa tuvo una consecuencia inmediata: un programa de RAI-2, Sorgente di Vita, auspiciado por la comunidad hebrea de Roma, se empeñó en demostrar que la Menorah seguía oculta en algún lugar de la ciudad. Así, en su emisión del 21 de enero, Fausto Zevi, profesor de arqueología clásica de la Universidad de la Sapienza, recurrió al historiador judío Flavio Josefo (37-103 d. J.C.) para confirmar sus teorías. Según explicó Josefo en De bello iudaico, el Templo de Salomón y su ajuar fueron saqueados por última vez en el año 70 de nuestra era. El responsable fue el general Tito, que arrasó la colina artificial construida sobre el monte Moriah y se llevó los tesoros de Yahvé. «Probablemente en el templo no había solo una lámpara, sino al menos dos, quizá tres, de varias épocas: la asmonea del Primer Templo restaurado de los macabcos, Y la herodiana del Segundo Templo construido por Herodes el Grande durante la primera ocupación romana», declaró Zevi a RAI-2.

¿Era alguna de ellas la Menorah original?.

El valor del candelabro de los siete brazos es similar al de la célebre Arca de la Alianza. En el capitulo 25 del libro del Éxodo se lo describe como «un portalámparas de oro puro (…), batido, con su base, su tallo, sus cálices, sus globos y sus lirios saliendo de él». Según la misma fuente, Moisés vio por primera vez los planos de este objeto durante su encuentro con Yahvé en el monte Sinaí. Allí, de hecho, aprendió cómo fabricar el Arca, el candelabro y otra misteriosa reliquia conocida como «mesa de Salomón». Pero ¿cómo había resistido la Menorah los saqueos de Jerusalén anteriores a Tito?. ¿Y cómo logró esconderse de la voracidad de Nabucodonosor, que saqueó e incendió el Templo de Yahvé en el 587 a. J.C.?.

Paradójicamente, la respuesta a estas dudas llevaba casi dos mil años a la vista de todo el mundo. ¡En Roma!.

Las pistas de Tito

A su regreso de su triunfal expedición a Tierra Santa, Tito ordenó levantar dos arcos de triunfo que conmemoraran su gesta. Uno se alzó en una de las curvas del Circo Máximo, pero desapareció en la Edad Media. El otro, conocido como *Arcus ad Septem Lucernas*, puede admirarse todavía en el antiguo Foro de Roma, al inicio de la Vía Sacra. El nombre ya anuncia su secreto: el Arco de las Siete Luminarias.

Justo allí, en una de sus paredes interiores, pueden distinguirse los altorrelieves que narran la campaña militar de Tito y su regreso a Roma. Una procesión de soldados de piedra entra en la Ciudad Eterna llevando a hombros su cuantioso botín de guerra; las trompetas de plata del Templo —las *Hazozeroth* —, la *mensa aurea*… ¡y el candelabro de los siete brazos!. No hay duda: la Menorah había sido trasladada a Roma en tiempos de los césares.

Pero, de ser ciertas las sospechas de Shetreet, ¿cómo llegó siglos después a manos del Vaticano?.

—¿Sabe? —sonrió otra vez el ex ministro dentro del taxi que nos llevaba al aeropuerto de El Prat—. Todavía hoy me encuentro con periodistas como usted que me hacen esa pregunta. Y siempre les respondo lo mismo: ¿por qué no buscan en la historia de los papas?. ¿No sabe que algunos se esforzaron mucho por hacerse con el candelabro?.

Esta vez, Shetreet no me sorprendió. Conocía bien la historia a la que se refería. En 1750 el papa Benedicto XIV rastreó el paradero de la codiciada reliquia en las inmediaciones de la basílica de San Pedro. Envió a un grupo de hombres al Puente Fabricio, junto a la isla Tiberina, para que dragaran el río en busca de un candelabro de 1,5 metros de altura, hecho de oro puro. El pontífice conocía bien la leyenda que aseguraba que durante uno de los transportes de la Menorah desde el Templo de Júpiter Capitolino, ésta se desequilibró y cayó al Tíber. Otra leyenda afirma que esa caída no fue tan azarosa como pudiera parecer. Ante la llegada de los bárbaros en el siglo VI, el papa Gregorio Magno decidió arrojarla al río y evitar así su profanación. Y allá debe de seguir. De hecho, Procopio de Cesarea en su obra *De bello gotico* es el único que confirmó de algún modo ese extremo al asegurar que Gregorio sacrificó muchas riquezas

arrojándolas a las aguas.

—Como supondrá, los intentos por dragar el Tíber han sido numerosos —me explica Shetreet—. Pero ninguno ha logrado dar con un gramo de oro, ni con uno solo de los brazos del sagrado candelabro.

El ex ministro tenía razón. En los años cincuenta, la comunidad hebrea de Roma con la ayuda de ricos judíos americanos, trató de dragar el río. Pero su proyecto no prosperó. Más cerca se estuvo unos años antes, en 1938, cuando Michele de Benedetti presentó al Consejo Superior de Bellas Artes de la ciudad su particular idea de búsqueda y la Sociedad Italiana para Trabajos Marítimos se ofreció a llevar a término el difícil filtrado del Tíber… Entonces estalló la segunda guerra mundial y el beneplácito de Mussolini no bastó para que se iniciara el rastreo.

—Juan Pablo II fue un papa amigo del pueblo judío —dijo Shetreet al descender del taxi—. Si hubiera encontrado la Menorah. en sus almacenes, nos la hubiera devuelto. De eso estoy bastante seguro. Tal vez aún esté en el Tíber, junto a la Mesa de Salomón. ¿Por qué no la busca usted?.

Apreté su mano agradecido. Seguramente la Menorah siga en Roma, le dije, pero la Mesa de Salomón anda por España. El político, sorprendido, me miró de hito en hito.

—¿Está usted seguro?.

—La próxima vez que nos veamos, le contaré esa historia —prometí.

Pienso cumplir con mi palabra en las páginas que siguen.

CAPÍTULO 20

La escurridiza Mesa del rey Salomón

—¿Lleva usted una Biblia encima?.

El guardia de seguridad no bromeaba. ¿Me estaba preguntando si llevaba un ejemplar de las Sagradas Escrituras en lugar de cachearme en busca de armas?. ¿Era eso normal?. Le seguí el juego algo desconcertado y mientras abría mi mochila y la inspeccionaba con cuidado, negué con la cabeza.

—¿No se pueden introducir Biblias en la explanada de las mezquitas?.

El vigilante, hombre adusto acostumbrado a tratar con turistas despistados, me dio entonces una larga explicación. No me la esperaba.

—Señor, esto es Jerusalén —dijo—. Y la explanada a la que quiere entrar fue antiguamente la colina del Templo de Salomón. Si lleva una Biblia con usted, un libro que cuenta en detalle cómo fue aquel lugar, nosotros, los musulmanes, lo entendemos como un intento de proselitismo en un suelo que es sagrado.

Y añadió:

—Hace ya seis años que está prohibido introducir cualquier tipo de material religioso ajeno al Islam. Debe cumplir las normas o dar media vuelta y regresar por donde ha venido.

Sonreí. Por suerte, aquella mañana de mayo no llevaba un ejemplar encima, pero juré buscarlo nada más abandonar el recinto. A fin de cuentas, pocos lugares cuentan con el privilegio de haber sido descritos con tanto detalle en un

texto de más de tres mil años de antigüedad. La Biblia allí es un mapa. Y de ningún recinto tenemos tanta información sobre su mobiliario y objetos de culto como del Templo de Salomón. El segundo libro de Crónicas da sus medidas y suntuosas características, mientras que en el Éxodo encontramos todos los detalles de su ajuar. Gracias a ellos sabemos que Yahvé pidió a Moisés que hiciera todos sus «muebles santos» de oro y piedras preciosas. Sus descripciones —a las que hay que sumar las del libro de Reyes, el Deuteronomio o el de Jeremías— coinciden a la perfección con las que Flavio Josefo, el historiador judío del siglo I, da para el Tabernáculo que reconstruyó Herodes nueve siglos después de Salomón. Ningún historiador moderno lo pone en duda: aquellas piezas sagradas, entre las que estaba la Menorah o candelabro de siete brazos y el Arca de la Alianza, existieron. Y eran un tesoro de un valor incalculable.

El propio Josefo fue pieza clave para que el Estado de Israel reclamara recientemente al Vaticano la devolución de parte de los tesoros saqueados del Templo. Ocurrió en 1996, tal y como expliqué en el capitulo anterior. En mi mente, pues, retumbaban aún los argumentos que me diera en Barcelona el ex ministro de Asuntos Religiosos Shimon Shetreet.

—Lee a los historiadores. Ellos son los que dicen que el tesoro de Salomón se escondió en Roma —me dijo.

Y así lo hice.

Un tesoro disperso

En su obra *La guerra de los judíos*, Josefo describió el botín que las legiones de Tito se llevaron tras su incursión en Israel. «Entre la gran cantidad de despojos, los más notables eran los del Templo de Jerusalén, la mesa de oro, que pesaba varios talentos, y el candelabro de oro…», escribió.

Poco podía imaginar que su crónica marcaría el inicio de una «caza del tesoro» que lleva veinte siglos seduciendo a caudillos militares, escritores, políticos y científicos. Gentes que han seguido las pistas de ese ajuar hasta la península Ibérica.

Y lo curioso es que siempre les sobraron razones para venir aquí a buscarlo.

Veamos: la última vez que se vio reunido el ajuar de Salomón fue en Roma, justo antes de que Alarico, rey de los godos, saqueara la ciudad eterna en el 410 d. J.C. El historiador bizantino Procopio de Cesarea lo explicó en su *Historia de las guerras*. Según él, el caudillo bárbaro «escapó con los tesoros de Salomón, el rey de los hebreos, espectáculo muy digno de verse» e instaló aquel botín en Tolosa, su capital en Francia. Pero en el año 507 su sucesor Alarico II tuvo que huir del avance de los francos y se trajo consigo aquellas riquezas a España. Al parecer, a Toledo.

Allí, en la margen derecha del Tajo, se gestaron las leyendas que terminarían convirtiéndose en un imán irresistible para otros cazadores de tesoros: los musulmanes. Fueron éstos los que entraron en la península Ibérica en el 711 en busca de las riquezas de Salomón, atraídos por fábulas que hablaban de un «Palacio de los Cerrojos» en el que se habían depositado aquellos objetos. Al parecer los godos habían escondido su botín en un recinto al que cada nuevo monarca añadía una nueva cerradura que lo blindara. Dentro descansaba la llamada Mesa de los Panes de la Proposición o Mesa de Salomón. Y Muza, el primer caudillo árabe que entró en la península Ibérica, dio con ella. «Cuando vio estos objetos —explica el cronista árabe pseudo Ben Qutaiba— los puso inmediatamente bajo la custodia de personas de confianza, elegidas por él, y los ocultó a ojos de los suyos, pues tal era el valor de estos y otros preciosos objetos encontrados al tiempo de la invasión de España por los Musulmanes, que no hubo un solo hombre en el ejército que pudiera (ni aún aproximadamente)

apreciar su valor».[74]

Tariq, el lugarteniente de Muza, ciego de codicia, consiguió arrebatarle su caza al caudillo, e incluso llegó a arrancar uno de los pies de oro a la Mesa en un arrebato jamás explicado. Lo cierto es que, de creer a los cronistas, en el transcurso de sus intentos por ocultar su tesoro de la ferocidad de su señor, éste terminaría por perderse de vista… hasta hoy.

¿Qué era en verdad la Mesa?

Los documentos medievales árabes y cristianos que citan este asunto entran en tantas contradicciones, que con frecuencia parecen referirse a diferentes tipos de mesas. La Biblia también es confusa al respecto. Hubo una mesa para los panes que se ofrecían a Yahvé, pero otra, conocida como Mar de Bronce, era una especie de semiesfera de unos 5 metros de diámetro, pulida como un espejo, que descansaba sobre las figuras de doce bueyes.

Para complicar más las cosas, autores como el bereber Ajbar Machmua, describieron en el siglo VIII que la Mesa que llegó a España era de esmeralda verde y tenia 365 patas. Su descripción, alejada de los detalles bíblicos, bien puede referirse a otro objeto. Un «artefacto» que Washington Irving describió en sus *Crónicas moriscas* (1829) como «tallada sobre una sola y enorme esmeralda» y que «tenía poderes maravillosos», Tal vez esos poderes remiten a la idea árabe de que la Mesa era una suerte de «espejo mágico» en el que podía verse «la imagen de los siete climas del Universo» (sic).

Ese televisor *avant-la-lettre* fue, probablemente, lo que despertó la codicia de los árabes, tan deseosos de hacerse con un arma secreta» de la antigüedad como los nazis durante la segunda guerra mundial cuando buscaron el Grial o la lanza del centurión que atravesó el costado de Cristo. En uno de sus relatos, Jorge Luis Borges situó su escondite citando tres posibles lugares: Toledo, Ceuta o Jaén.[75] Mientras que Washington Irving apostó por Medinaceli, al norte de Guadalajara, por razones toponímicas. Según Irving fue allí donde Tariq se hizo con el precioso objeto escondido por Alarico, lo que valió al lugar el nombre de Medinaceli (o ciudad del cielo). Tras el hallazgo, escribe Irving, «en conmemoración de ello, los árabes llamaron a la ciudad Medina Almeyda, es decir, “la ciudad de la Mesa”.[76]

Las disputas entre Tariq y Muza por aquel tesoro obligaron al sultán de Damasco a mediar en el conflicto, y los obligó a que le rindieran cuentas en persona. Nunca regresarían a la Península, pero según algunos escritores, su botín jamás saldría de Al Andalus. Una buena pista está en Sierra Morena, en topónimos como Montizón (monte Sión), que indicarla el paso por tierras de Jaén de un objeto sagrado judío de gran importancia, cuyo destino final sería muy probablemente Arjona. ¿Nuestra Mesa?.

—Oiga, ¿no será usted uno de esos chalados que aún busca aquí el tesoro de Salomón, verdad?.

Al segundo día de verme por allí, el guardia del control que da acceso a la explanada de las mezquitas de Jerusalén se había tomado ya una extraña confianza conmigo.

—No sea loco —dijo palmeándome la espalda. Aqui no queda nada. Busque en Roma. O más allá. ¡Y vuelva para contármelo!.

Un día de éstos lo haré.

Palabra.

CUARTO DESTINO: DE EGIPCIOS Y MASONES.

Cuando la tradición constituye el corazón de una civilización, ésta levanta templos. Pero cuando se refugia en sociedades secretas o discretas, debido a las circunstancias, las colectividades humanas construyen fábricas, estaciones, centros culturales que actúan sobre el cuerpo y la mente del hombre, pero no sobre el hombre entero.

Christian Jacq, El misterio de las catedrales.[77]

CAPÍTULO 21

¿Cuál es la edad de las pirámides?

Aquella nueva aventura en realidad no era mía. Comenzó poco después de la segunda guerra mundial, a finales de 1945 o principios de 1946, y tuvo como protagonista al director técnico de la London Fumigation Compally para Oriente Medio, Herbert Cole. Aquel caballero de aspecto enjuto y gruesas gafas de concha trabajaba por aquel entonces en la desinfección de los barcos de guerra británicos que atracaban en el puerto de Alejandría. Antes había desempeñado tareas similares en Damasco, aunque finalmente se estableció en Egipto, en busca de un puerto tranquilo alejado de los fragores de la guerra.

Uno de aquellos remotos días alguien requirió sus servicios desde El Cairo para un trabajo muy particular. Era un encargo oficial. Las autoridades del país querían que fumigara la pirámide de Kefrén, la segunda mayor de la meseta de Giza, que había sido cerrada durante la guerra y tomada al asalto por cucarachas, murciélagos y toda clase de incómodos insectos.

Cole, naturalmente, accedió.

El encargo no iba a ser fácil. Emplearía gas cianhídrico, idéntico al que los nazis usaron en sus campos de exterminio, para eliminar a los parásitos. Su plan era bombearlo a presión en el interior del monumento al tiempo que unos potentes extractores lo harían circular por sus corredores. Después, invirtiendo el sentido de los ventiladores, aventaría la pirámide dejándola limpia de cualquier rastro de vida.

Fue durante la instalación de sus equipos cuando Cole hizo un hallazgo inesperado. Al anclar uno de los extractores entre las juntas de dos bloques del monumento, una tirilla de madera y un hueso saltaron de una de aquellas ranuras. La madera se fragmentó en cuatro, había perdido su coloración original y presentaba un aspecto grisáceo y reseco. El hueso, la falange de un pulgar humano, mostraba un agujero en el centro y era de un color marrón claro. Parecía muy antiguo.

Cole pensó que había dado con un magnífico *souvenir*. Conservó tres de los cuatro fragmentos de madera y el hueso, y al final de su estancia en Egipto se los llevó a su casa de High Wycombe, cerca de Londres, donde los conservó como recuerdo hasta su muerte en 1993.

Orión tiene la culpa

Nunca sabremos si Herbert Cole fue consciente de la importancia que podrían llegar a tener aquellas reliquias. Desde hace décadas, los arqueólogos utilizan restos de material orgánico como aquéllos para datar los monumentos en los que fueron desenterrados. De hecho, como ya vimos con el caso del mapa de Vinlandia, no existe otro método más preciso que el carbono-14 para lograrlo. Hoy, a falta de mecanismos que permitan fechar la antigüedad del tallado de una piedra, hay que recurrir a ese procedimiento si se quiere determinar la edad de ciertos vestigios arqueológicos.

La teoría es simple: se parte de la certeza de que el carbono es un isótopo radiactivo que se encuentra en todos los seres vivos en una proporción Fija. Al morir, ese isótopo se va disipando de forma progresiva, de manera que basta con calcular el carbono 14 perdido por un cuerpo o sustancia orgánica para determinar con cierta precisión la fecha de su muerte. La técnica es aplicable a tejidos vegetales, semillas, maderas y, naturalmente, a huesos.

Por descontado, ninguno de los anteriores hallazgos de restos óseos en las pirámides había resuelto el enigma de su antigüedad.

Cuando en 1818 el saltimbanqui y explorador italiano Giovanni Battista Belzoni entró por primera vez en la pirámide de Kefrén, encontró partes de un

toro dentro del sarcófago real.[78] Nunca fueron datadas. En la campaña de investigación que en 1836-1837 condujo el coronel inglés Howard Vyse en Giza, encontró en la pirámide de Micerinos algunos restos humanos y una tapa de madera con el nombre de ese faraón. Sin embargo, tras aplicárseles el carbono-14, fueron fechados en los albores de la era cristiana; en el periodo salta.[79]

Los vestigios descubiertos por Cole tenían, a diferencia de éstos, una particularidad que los hacía fascinantes: estaban encajados entre dos bloques del monumento, tal vez desde la época de su construcción. «Su teoría —explicaba Michael Cole, recordando las ideas de su difunto padre— es que el hueso perteneció a la mano de uno de los obreros (que construyó la pirámide) y que se quedó atrapado cuando el bloque fue encajado en su sitio».

Michael escribió en esos términos al ingeniero Robert Bauval, autor del célebre ensayo *El misterio de Orión*,[80] en octubre de 1998. De hecho, acababa de leer en ese libro cómo en 1872 un ingeniero británico llamado Wayman Dixon descubrió algo parecido a lo que halló su progenitor. Dixon fue el hombre que destapó los dos «canales de ventilación» que hoy pueden admirarse en la Cámara de la Reina de la Gran Pirámide, y quien recuperó del corazón de uno de ellos tres reliquias insólitas: una bola de dolerita, un pequeño garfio de bronce y una pieza de madera de cedro de casi 3 centímetros de largo. Al encontrarse con la narración de estos hechos en *El misterio de Orión*, Michael recordó el legado de su padre, lo empaquetó cuidadosamente, y se lo envió a Robert Bauval con una condición: «Me complace donarle estas piezas —escribiría—. Entiendo que usted tratará de radiodatarlas mediante el carbono-14, y si se prueban como auténticas, deberán ser enviadas entonces al Consejo Superior de Antigüedades de Egipto».

Bauval, naturalmente, aceptó la invitación.

¿Qué podía perder?. La madera hallada por Dixon en la Gran Pirámide no se dató jamás porque se perdió. Bauval sabía bien de lo que hablaba: había seguido su pista, primero a través de John Dixon, el hermano mayor de Wayman, y más tarde en los archivos de Piazzi Smith, Astrónomo Real de Escocia. Finalmente, las halló en el Museo Británico, donde habían sido depositadas por la bisnieta de John Dixon, aunque incompletas: faltaba, precisamente, la pieza de madera.

Las reliquias de Cole abrieron, pues, nuevas esperanzas al ingeniero.

El hueso de Kefrén viaja a España

Bauval comenzó a trabajar con aquellas nuevas reliquias de inmediato. Debla garantizarse una rápida y fidedigna datación de las mismas. Para ello, aquel mismo mes de octubre de 1998 el autor de *El misterio de Orión* visitó al doctor Vivian Davis, del Museo Británico, para ver si su institución se hacia cargo de las pruebas de carbono-14. Davis, tras examinar las piezas en sus fundas de plástico, declinó. Invitó a Bauval a mostrar aquellos restos a Zahi Hawass, entonces flamante director del Servicio Egipcio de Antigüedades en Giza, y éste, al verlas, expresó sus dudas sobre su autenticidad, rechazando implicarse en el asunto. Después de algunas gestiones más, las reliquias viajaron a la Universidad de Boston, donde el geólogo Robert Schoch rehusó financiar de su bolsillo los tests de carbono-14. El tema, en casi dos años, había llegado a un callejón sin salida.

Fue en marzo de 2000 cuando Bauval, en un hotel cerca de las pirámides, me habló de las reliquias de Cole por primera vez.

—¿Y si las analizara —algún organismo científico independiente en España? —me dijo.

Poco tiempo después, en Madrid, Robert vino a visitarme con aquellas reliquias cuidadosamente empaquetadas en una caja de madera. En las siguientes semanas, tendría la ocasión de verlas por mí mismo en detalle y de dar los primeros pasos para obtener un análisis de las mismas, Las pruebas las financiaría la revista *Más Allá de la Ciencia*, de la que yo era director en aquel entonces.

De las gestiones científicas se ocupó desde el primer momento el doctor Fernán Alonso, del Laboratorio de Geocronología del Instituto de Química Física Rocasolano. Esta institución dependiente del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) posee uno de los mejores laboratorios del país, y sería precisamente allí donde se procesarían las muestras necesarias para su posterior radiodatación: unos 500 miligramos de hueso y sólo 28 de madera, que Alonso decidió remitir al mejor laboratorio del mundo para estos menesteres: la National Science Foundation de Tucson, en Arizona. Sólo esa

institución dispone de un acelerador de partículas que destinan a este tipo de trabajos arqueológicos.

Las muestras extraídas de las reliquias de Herbert Cole viajaron a Estados Unidos el 16 de mayo de 2000, tras la firma de los protocolos necesarios. Pocos días más tarde, en Arizona, extraían ya el colágeno necesario del hueso para su datación. Lo llamaron A-38550.

—Como el colágeno no intercambia carbono con el medio no es susceptible de no estar contaminado y producir un error en la datación —me explicó el doctor Alonso, cuando le pregunté por enésima vez por la marcha de las pruebas. Estaba impaciente—. Aun así, en Arizona se han descontaminado ya las muestras antes de proceder a su análisis.

Mis prisas sirvieron de poco. Los resultados de aquellos tests se hicieron esperar casi un año. Trabajos prioritarios de la National Science Foundation relegaron nuestras muestras a un segundo plano, obligándome a armarme de paciencia durante varios meses.

—Todo llegará, Javier —me tranquilizaba Robert Bailval en los correos electrónicos de aquellos días—. Lo importante es que se haga bien, ¿Te imaginas qué sucedería si el carbono-14 nos diera una fecha anterior a la construcción «oficial» de las pirámides, en el siglo XXV a. C.?.

Bauval tenía razón. La espera merecía la pena.

Madera de Cleopatra

El 30 de enero de 2001, la «tortura» terminó. La doctora Mitzi de Martino, responsable del laboratorio de Arizona, nos comunicaba a Robert Bauval y a mi que la muestra de la madera estaba ya casi lista para entrar en el acelerador de partículas. Así, mes y medio después, el 12 de marzo, llegaban a nuestras manos los primeros y desconcertantes resultados.

Un oportuno mensaje del doctor Alonso me puso en guardia: «Ya hemos recibido como adelanto la fecha de la madera A-38549 —escribió. Su edad es de 2.215 + 55 años B.P».

Al principio, la fecha nos desconcertó. Robert y yo pensamos que el 2215 a. J.C. coincidía bastante con la fecha «oficial» de la construcción de la pirámide de Kefrén: aproximadamente entre el 2520 y el 2494 a. J.C. No era un mal resultado, después de todo. Aunque no confirmaba las sospechas de Bauval de que las pirámides podrían tener una antigüedad muy superior a esa fecha —tal y como me explicó cuando escribí *En busca de la Edad de Oro*—, al menos subrayaba la extraordinaria longevidad de aquel monumento.

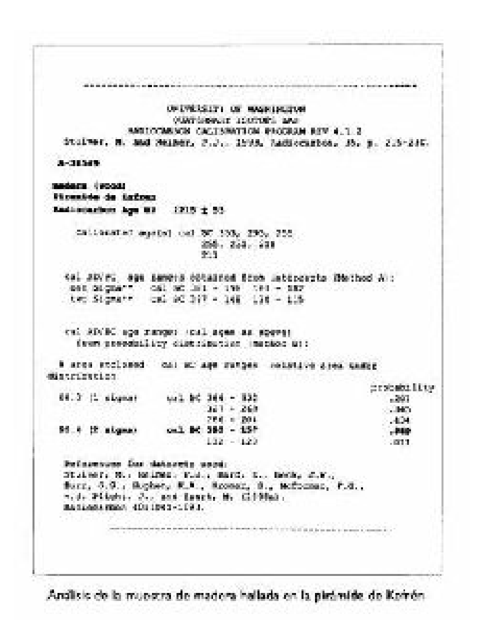
Pero ése fue un error de aprendices. La fecha dada por Arizona era, literalmente, 2.215 años BP, *Before Present*. Es decir, ¡tenía que leerse como que la madera era *de hace* 2.215 años, y no como 2215 a. J.C.!.

El problema, pues, estaba servido. La época propuesta por aquella datación situaba a la madera en época ptolemaica. Esto es, al menos veintiún siglos después de Kefrén. Y las pirámides —de eso no hay duda alguna— no son tan recientes en el tiempo.

Tras calibrar los resultados de la pieza de madera, la radiodatación estableció que la muestra A-38549 tenía una edad que oscilaba entre el 395 y el 157 a. J.C. Aunque, evidentemente, el resultado no desvelaba la edad de la pirámide, sí iba a arrojar luz sobre otro misterio.

Me explicaré, Para los egiptólogos, la pirámide de Kefrén fue sellada en la antigüedad. Ocurrió poco después de su primer saqueo, que debió de producirse no mucho después de la muerte del faraón. El historiador griego Heródoto, que visitó Giza en el siglo V a. J.C., no describió entrada alguna al monumento asegurando erróneamente que «en su subsuelo no hay cámaras funerarias».[81]

Tampoco lo hizo Diodoro de Sicilia cuatrocientos años más tarde, ni Plinio el Viejo en el siglo I de nuestra era. A la vista de esas referencias, allí había un misterio: si la pieza de madera que habíamos conseguido fechar fue introducida en la pirámide entre los siglos III y II a. J.C., ¿por qué Diodoro no se refirió a las entradas que usaron los que la depositaron en su interior?. ¿Pudieron éstas haber sido selladas por los últimos «iniciados» que usaron el monumento?.



Análisis de la muestra de madera hallada en la pirámide de Kefrén

El hallazgo de Belzoni en 1818 de los huesos de un toro, animal sagrado para los faraones ptolemaicos, ¿no demostraba acaso que la pirámide de Kefrén estuvo abierta al menos hasta la época de Cleopatra?. ¿No demostraba que la pirámide, más que tumba, pudo haber sido usada como un recinto ritual de alguna clase?.

Los toros —según el profesor Mark Lehner del Oriental Institute y la Universidad de Chicago «en un período tardío eran enterrados como símbolos del faraón mismo o de Osiris».[82] Si alguien introdujo aquellos huesos, ¿no pudo dejar también entonces *nuestro* trozo de madera?.

Pero antes de resolver este asunto, aún quedaba pendiente otro más importante: determinar la edad del hueso.

¿Qué diría Arizona de la muestra A-38550?.

Una sorpresa inesperada

Robert Bauval y yo aguardamos impacientes los resultados de ese último análisis. Se hizo esperar algo más de una semana, pero finalmente llegó. Su conclusión fue aún más desconcertante que la primera. Según el informe elaborado por la doctora De Martino, A-38550 tenía una edad de unos 128 años + 36 años BE Una vez calibrada, y con un índice de seguridad del 95,4 %, las fechas asignadas al hueso se situaban ¡entre 1801 y 1943!.

¿Qué significaba aquello?.

En el CSIC, el doctor Alonso, sorprendido también por la enorme diferencia de edad de las dos muestras, me advirtió algo:

La edad del hueso está justo en el umbral de datación del carbono-14. En la práctica, para aplicar hoy la calibración el límite está entre 1825 y 1850.

¿A quién, entonces podía pertenecer el pulgar encontrado por Cole?. ¿Y por qué estaba allí?.

Tenemos dos pistas posibles para resolver esos interrogantes: la primera apunta a alguno de los operarios del citado Belzoni, que desenterró la entrada superior original al monumento en 1818. No es demasiado especular sostener que uno de sus obreros hubiera podido advertir la presencia de un trozo de madera en la junta de dos bloques y que al tratar de rescatarla se quedara atrapado allí, viéndose obligado a mutilarse el dedo. La segunda, en cambio, apunta a Howard Vyse. Este coronel británico despejó en 1837 la que hoy se conoce como «entrada inferior» a la pirámide. Vyse empleó explosivos en su tarea, y tampoco sería de extrañar que alguno de sus empleados perdiera un dedo manejándolos.

Ambas sospechas son, hoy por hoy, igualmente válidas y requieren de la búsqueda de otras informaciones colaterales antes de decantarse por cualquiera de ellas.

¡Más madera!

Pero ¿acabaron aquí las esperanzas de datar las pirámides a partir de restos orgánicos hallados en su interior?.

Sin duda, no. Que sepamos, aún queda al menos otro fragmento de origen vegetal dentro de la Gran Pirámide que es susceptible de ser datado. Fue descubierto en marzo de 1993 por el pequeño robot Upuaut II en el canal norte de la Cámara de la Reina, a unos 24 metros de profundidad. Ese canal, de unos 20 X 20 centímetros de lado, fue explorado por ese ingenio diseñado por el ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink, y cobija aún una pieza de madera similar a la que los Dixon recuperaron del canal sur y más tarde perdieron. Junto a ella, el robot desveló la existencia de una larga vara metálica, pero ni ésta ni la madera han podido ser recuperadas aún. Y eso que en septiembre de 2002 un nuevo robot financiado por National Geographic volvió a explorar esos conductos y confirmó la presencia de la madera, sin extraerla. Quién sabe. Tal vez un día podamos datar las pirámides recuperando esa última reliquia orgánica.

CAPÍTULO 22

La máquina de la resurrección

No me alejaré demasiado de las pirámides de Giza.

El 12 de agosto de 1799, en medio de uno de los veranos más rigurosos del siglo XVIII, sucedió algo en el interior de la Gran Pirámide que me ha obsesionado durante años. Y es que sólo tres días antes de celebrar su trigésimo cumpleaños, el entonces joven e impaciente general Napoleón Bonaparte pernoctó a solas en la más enigmática de sus estancias: la Cámara del Rey.

La Gran Pirámide es un lugar que parece fuera de toda lógica. La visité por primera vez en el verano de 1995, y desde entonces no ha habido ni un solo año que no haya sentido la tentación de regresar a sus pies. Es el misterio en estado puro. Fue levantada con el concurso de dos millones trescientos mil bloques de piedra,[83] de una media de 2 toneladas cada uno. Tiene sus cuatro caras orientadas con precisión a los puntos cardinales. Entre los cálculos más extravagantes que se han hecho de ella, está el de que se levanta exactamente en el punto más céntrico de toda la tierra firme del planeta. Sus líneas de latitud y longitud (30º Norte y 31º Este) atraviesan más terreno seco que ninguna otra. E incluso si se extendieran imaginariamente hacia el mar las diagonales que parten de las esquinas nordeste y noroeste de la Gran Pirámide, el triángulo resultante abarcaría toda la zona del delta del Nilo.

No es de extrañar, pues, que tan sugerente construcción, la única de las siete maravillas del mundo antiguo que aún se tiene en pie, atrajera de inmediato la

atención de Bonaparte. El general fue guiado hasta allí por el imán de El Cairo, pero una vez dentro de su estancia más noble pidió que lo dejaran solo.

Fue en ese lugar de paredes de granito rojo, a oscuras, en medio de un silencio aterrador, donde el máximo responsable de las tropas invasoras francesas se enfrentó a una de las experiencias más extrañas de su vida.

¿Cuál?.

¡Misterio!.

Es probable que nunca sepamos qué fue lo que le atrajo hasta esa habitación de 10 X 5 metros, techada por nueve losas de piedra pulida de 50 toneladas de peso cada una.[84] Desde un punto de vista militar, no había razón alguna para semejante extravagancia. Pero ocurrió. Todas sus biografías lo mencionan, aunque no conceden al hecho demasiada importancia. A mi, en cambio, aquella actitud, impropia de un hombre tan cerebral como él, me escamó.

Dediqué a este misterio varios años de trabajo. Deseaba convertirlo en el eje de mi novela *El secreto egipcio de Napoleón*,[85] y en ese proceso llegué a algunas certezas curiosas.

La primera, que la culpa de tan singular decisión la tuvieron, sin duda, sus lecturas. En la cabina del barco que lo había llevado a Egipto, *L'Orient*, viajaba una nutrida biblioteca con textos religiosos cristianos, musulmanes e hindúes; traducciones de Tucídides, Plutarco o Tácito, y una colección de novelas populares entre las que figuraba un bestseller del siglo XVIII, *Seti ou Vie tirée des monuments et anecdotes de l'ancienne Egypte*. Esa obra, publicada en 1731 pero reeditada una y otra vez desde entonces, era la fantasía de un abate llamado Terrasson sobre los ritos iniciáticos celebrados para el faraón Seti en aquella precisa cámara de granito. En El Cairo, Bonaparte enriqueció su lectura con leyendas locales que hablaban de las pernoctaciones que César y Alejandro hicieron en la Gran Pirámide antes que él. Y así, cuando ese 12 de agosto Napoleón expulsó al imán Mohammed y a su séquito fuera de la pirámide, su mente estaba llena de imágenes mágicas y de anhelos ocultos.



Una de las pocas recreaciones de la visita de Napoleón al interior de la Cámara del Rey. (© Archivo Peter Tompkins.)

Un capricho de Napoleón

La aventura de Bonaparte terminó oficialmente al amanecer del dia siguiente cuando el general, pálido y con gesto ido, decidió recorrer los angostos corredores de la pirámide para volver a ver la luz. Ya en ese momento, el futuro emperador de Francia se negó a responder a las preguntas de sus hombres. «¿Qué ha pasado?», lo interrogaron.

Él titubeó.

«Aunque os lo contara, jamás me creeríais», dijo al fin.

Y, de hecho, jamás lo contó. Ni siquiera a Enunanuel Les Cases, su biógrafo, en su postrer exilio en la isla de Santa Elena.

Lo que casi nadie supo entonces es que para Napoleón aquella aventura había empezado un año antes.

Todo tuvo su lógica.

Al poco de desembarcar en Alejandría en julio de 1798, Bonaparte fundó el Instituto de Egipto, una organización que en adelante exploraría, catalogaría y descifraría los enigmas de la civilización faraónica. Para ello reclutó en Francia a 167 sabios expertos en las más variadas disciplinas y se los llevó con sus tropas a Egipto. Uno de ellos, un joven geógrafo llamado François Jomard, fue el primero en explorar las angostas galerías que daban acceso al corazón de la Gran Pirámide. Las describió como pequeños pasillos, empinados y casi impracticables por culpa de los excrementos de murciélago. Su visión debió de

ser aún más horrorosa que la que Herbert Cole se encontrarla a principios de 1946. Allá dentro apestaba, era difícil respirar y para colmo no parecía existir nada de valor que justificara una visita.

Pero ni siquiera aquel diagnóstico desanimó a Napoleón.

En los días de más calor del verano de 1798, justo un año antes de la excursión de Bonaparte, los franceses despejaron también parte de la plataforma sobre la que hoy se levanta la Gran Pirámide, calcularon sus dimensiones originales y la escalaron. Jomard se quedó lívido al comprobar que los egipcios emplearon en su construcción medidas como el estadio, el codo o el pie, que eran fracciones exactas del tamaño de la Tierra. «Nos han transmitido el patrón exacto de la dimensión del globo terráqueo y la inapreciable noción de la invariabilidad del Polo», escribió. Sus conclusiones levantaron agrias polémicas entre los sabios del grupo, sobre todo cuando Jomard planteó que la Cámara del Rey tal vez no fue nunca una tumba, sino un «Patrón de medida» destinado a conservar algún remoto conocimiento…

Napoleón, hombre de mentalidad matemática, se fascinó. Calculó que sólo con las piedras de la Gran Pirámide podría construir un muro de 3 metros de altura por casi 1 de grosor, que rodeara toda Francia. Además, se maravilló ante la precisa orientación de sus caras a los cuatro puntos cardinales. Los egipcios, pensó, parecían conocerlo todo.

Experiencias místicas en la Gran Pirámide

Pese al gran número de sabios franceses que merodearon entonces por Giza, apenas existen datos fiables sobre qué hizo el general Bonaparte durante su visita. Los expertos entran en frecuentes contradicciones y aportan fechas equívocas para un hecho que —desde mi punto de vista tuvo consecuencias trascendentales para la vida de Napoleón. Quizá, quien más se acercó a la solución del enigma fue el conocido egiptólogo norteamericano Bob Brier. Para él, la clave para entender el interés de Napoleón por la Gran Pirámide estaba en que él creía en sus «propiedades mágicas».

¿Y qué propiedades eran ésas?.

Según los llamados *Textos de las Pirámides*, que son inscripciones religiosas encontradas en criptas de la V Dinastía faraónica (2465-2323 a. J.C.), esos

monumentos eran una suerte de «máquinas de resurrección» para los reyes. Para lograr semejante prodigio los antiguos sacerdotes seguían tres etapas: la primera, despertar al difunto dentro de la pirámide; la segunda, provocar su ascensión al más allá, atravesando los cielos, y la tercera, facilitarle mediante sortilegios mágicos su ingreso en la cofradía de los dioses.

¿Buscaron César, Alejandro y más tarde Napoleón esa peculiar iniciación faraónica?.

Tuve que buscar la respuesta en las experiencias de otros ilustres huéspedes de esa Cámara del Rey.

Por ejemplo, la de Paul Brunton.

Este escritor y viajero británico de principios del siglo XX, obtuvo un permiso de pernocta de las autoridades egipcias en 1935. Al año siguiente, recogió todas sus impresiones en un libro titulado El Egipto secreto.[86] Y aunque no mencionó ni una sola vez la extraña vigilia de Napoleón, si nos ofreció un relato pormenorizado de las doce horas que permaneció encerrado en la Gran Pirámide. Según él, tras quedarse a oscuras su percepción de la realidad fue cambiando poco a poco. Pronto pesaron sobre Brunton sus lecturas, los cuentos árabes que hablaban de los fantasmas que señoreaban la meseta de Giza, y el silencio. «Los minutos transcurrían lentamente mientras yo iba sintiendo que la Cámara del Rey poseía una atmósfera propia, muy poderosa; una atmósfera que sólo podía llamar psíquica»,[87] escribió.

Aquella noche, Paul Brunton creyó ver de todo, Desde «malignos espantos del averno» al espíritu de dos antiguos sacerdotes que lo invitaron a acostarse en el sarcófago vacío de la sala y que lo «trasladaron» a cierta «habitación del saber» oculta en algún rincón del monumento.

¿Experimentó visiones parecidas Bonaparte?.

Para tratar de comprenderlo, yo mismo pasé mi propia noche encerrado en la Gran Pirámide. Fue en el verano de 1997. Si ya a Brunton le costó obtener los permisos necesarios, seis décadas más tarde esa gestión se había convertido en un empeño casi inviable. Pero lo conseguí. Allá dentro experimenté el mismo frío, la misma sensación de soledad y la terrible certeza de fundirme con la negrura de uno de los recintos sagrados más antiguos construidos por el hombre. En la única de las siete maravillas del mundo antiguo que aún están en pie, me sentí enterrado en vida. Y tras una resignación que tardó horas en llegar, me creí

muerto. ¡Muerto!. Absorbido por aquella oscuridad impenetrable, y tumbado en ese sarcófago roto y vacío que parecía tener mis medidas, la vida se me antojó por unas interminables horas una experiencia lejana y vacía.

Pero lo más importante estaba por venir.

Cuando al salir del recinto volví a ver la luz del sol, a sentir el tibio calor del amanecer en mis mejillas, me sentí resucitar.

Jamás sabré qué (o a quién) vio Bonaparte allá dentro, pero ahora sí comprendo a la perfección lo que sintió al dejar la pirámide: que había vencido a la parca. A las tinieblas. Y esa euforia debió de acompañarlo toda su vida. De hecho, quien «muere» una vez le pierde el miedo para siempre a la Dama de la Guadaña.

¿O no?.

CAPÍTULO 23

La religión de la razón

Al falso conde de Cagliostro, un pícaro italiano que supo ganarse el favor de la nobleza europea del siglo XVIII, se le atribuye una extraña profecía. A finales de 1786, Cagliostro se había refugiado en Londres después de que un intento de estafa al obispo Rohan, capellán del rey Luis XVI de Francia, hubiera manchado su reputación. Y desde su refugio a orillas del Támesis, lejos del escándalo y con el corazón resentido, redactó un texto titulado *Lettre au peuple français*. En él urgía a los ciudadanos de Paris a una revolución pacifica, los invitaba a convocar los Estados Generales, a destruir la prisión de la Bastilla y a que la reemplazaran por un templo consagrado a la diosa Isis[88].

Todo, a excepción del pacifismo, se cumplió sólo tres años más tarde. Y digo bien: todo. Incluso su extraña solicitud para que se levantara un lugar dedicado a una divinidad pagana, se llevó a término con una extraña precisión.

El plan oculto de la Revolución francesa

Ésta es una de mis «historias secretas» favoritas.

Como todo buen estudiante sabe, el asalto a la Bastilla del 14 de julio de 1789 marcó el inicio de la Revolución francesa. Casi un millar de ciudadanos descontentos se abalanzaron sobre los muros que retuvieron a Voltaire o al «hombre de la máscara de hierro», conquistándola. Hasta ahí la historia es

conocida. Lo que ya no lo es tanto es que, al día siguiente, un contratista local llamado Pierre François Palloy empezó la demolición del penal, dejando sus cimientos al aire en sólo un mes.

¿Qué iban a hacer con aquellas piedras?.

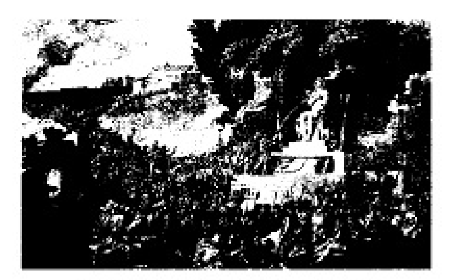
La primera idea que manejó Palloy fue, curiosamente, la de construir una pirámide a imitación de las egipcias. Pero el promotor no asumió el proyecto y éste terminó arrinconándose por falta de fondos. Tendrían que pasar cuatro años más hasta que la máxima autoridad de la ciudad retomara la idea, dándole algunos retoques.

Corría 1793. Robespierre era ya el señor de París, la Revolución se había consumado y una de las mayores preocupaciones de su gobierno era la de dotar a la ciudadania de nuevos símbolos en los que confiar. La corona y la cruz eran recuerdos de otro tiempo. Había que inventar otras referencias para el pueblo. Otros iconos. Y Robespierre puso esa tarea en manos de su nuevo ministro de Propaganda, el pintor Jacques-Louis David.

Como era de esperar, su primer objetivo fue la Bastilla. Allí se había prendido la mecha del «nuevo orden», sentenciando al ostracismo toda una forma de entender el mundo.

A toda prisa, David diseñó una fuente de 6 metros de alto en la que la figura principal era una enorme diosa lsis, sentada sobre un trono custodiado por dos leones. Cagliostro jamás la vio. Probablemente, ni siquiera supo de su existencia ni tampoco del preciso cumplimiento de su profecía. Un golpe de mala fortuna hizo caer a nuestro pícaro en manos del Santo Oficio italiano, que lo encerró en el remoto castillo de San Leo, al norte de Italia, acusándolo de herejía. De hecho, si hubiera podido, el papa hubiera arrestado también al ministro David. Sabía de su intención de crear sobre los cimientos de la Bastilla una especie de gigantesca «pila bautismal» en la que la ciudadanía parisina podría beber de los pechos de su enorme Isis y descristianizarse.

¿Podía imaginarse una herejía mayor?.



Fuente de la Regeneración, según un diseño de 1793.
(© Foto Bulloz)

Hoy casi ningún libro de historia menciona aquella ¿tiente de la regeneración», y mucho menos los planes que se urdieron para un monumento ya desaparecido. junto a Robespierre, David sembró al lado de su obra la semilla de una nueva fe llamada a sustituir a la cristiana: la llamaron la *religión de la razón*. Ese mismo invierno, las calles de París se llenaron de extrañas manifestaciones públicas. Conocidas actrices de la época, como las damiselas Aubry, Maillard o Lacombe, se vistieron de blanco, túnica azul y gorro frigio rojo, y fueron entronizadas como diosas del nuevo culto. El 7 de noviembre, una de aquellas hordas obligó incluso al obispo de Paris a retractarse de su fe, y el día 10 asaltaron la catedral de Notre Dame para reinstaurar, decían, los ritos originales de aquel lugar: los de la diosa Isis, divinidad que ellos creían fuente de toda razón.

Isis —Egipto, en suma— estaba en el corazón de los franceses. No era, pues, de extrañar que años más tarde Napoleón Bonaparte se lanzara a la conquista de la «patria madre» y se abocara a sus cultos.

Diosa de París

Pero no me desviaré de mis explicaciones.

A aquellos revolucionarios de 1793 les asistía, curiosamente, un buen puñado de viejas tradiciones para «regresar» a los brazos de la diosa egipcia. Algunas procedían de principios del siglo XIV, como un manuscrito conservado en la Biblioteque Nationale de Paris en el que se ve a una dama llegando en barca a la ciudad, siendo recibida por clérigos y nobles. La inscripción que acompaña al dibujo no dejaba lugar a dudas: «La muy antigua Isis, diosa y reina

de los egipcios».

Su imagen arribando a donde hoy se asienta la catedral de París fue tan evocadora que ya los primeros escudos de armas de la ciudad incluyeron la barca de Isis en sus diseños. Jacóbus Magnus, un fraile agustino del siglo XV, incluso ofreció a los intelectuales revolucionarios una pista más. Habló de un templo a *Iseos* (Isis) construido a orillas del Sena, donde hoy se alza la iglesia de Saint Germain des Prés. «Paris debe su nombre a la siguiente circunstancia —escribió—: *Parisius* quiere decir igual que Iseos (*quasi par Iseos*)».[89]

Sin embargo, fue Court de Gebelin, un famoso «egiptólogo» y escritor del siglo XVIII, diseñador de todo un Tarot egipcio por más señas, quien poco antes de estallar la Revolución desveló que la embarcación con la que Isis llegó a la ciudad se llamaba *Barís*. Según su entender, fue el fuerte acento del norte lo que hizo el resto, convirtiendo su nombre en París.

Piramidomania revolucionaria

A partir de aquel momento toda la obsesión de los nuevos poderes públicos franceses fue sembrar la capital de imágenes egipcias. Robespierre no perdió la ocasión de celebrar multitudinarias reuniones populares en las que alzaba «pirámides de honor» en recuerdo de los mártires de la Revolución. La primera se levantó el 14 de julio de 1792 en el Campo de Marte. Después vendrían otras en las Tullerías, e incluso algunas terminaron adornando jardines donde aún siguen hoy. Como la del Parque Monceau, encargada por el Gran Maestre masón del Gran Oriente de Francia Felipe de Orleáns al arquitecto Poyet. Aún permanece en pie. Esa rara obsesión por convertir París en una ciudad «egipcia» en el corazón de Europa no se extinguió con la caída del directorio revolucionario. Napoleón, entonces un joven y prometedor general, había estado un año entero en Egipto, e incluso había pasado una noche a solas dentro de la Gran Pirámide. Y bajo su gobierno, París siguió embelleciéndose con esfinges, cuadros de inspiración faraónica y reproducciones de obeliscos. Él mismo eligió la silueta de una abeja como símbolo de su realeza, idéntico al icono que usaron los faraones miles de años antes. Incluso dio por ciertas las leyendas que vinculaban su capital con Isis y las estableció como verdad histórica incuestionable. A nadie extrañó que la inconfundible efigie de la diosa no tardara en aparecer en uno de los patios del palacio del Louvre.

Pero semejante programa iconográfico no se detuvo ni siquiera con la caída de Bonaparte. De hecho, cuando en 1814 el hermano menor de Luis XVI, Louis-Stanislas Xavier, fue investido rey de Francia bajo las buenas artes de Tayllerand, el programa de *egipcianización* de París continuó con más fuerza que nunca. El nuevo Luis XVIII fue masón. Como los impulsores de la Revolución francesa. Y heredó de ellos un gusto por los símbolos ancestrales que traspasó a Carlos X, su sucesor.

En 1827, Carlos X encargó a Jean-François Champollion, el hombre que había descifrado los jeroglíficos egipcios, la tarea de traerse un obelisco de 3.500 años de antigüedad para emplazarlo en el lugar en el que una vez estuvo la guillotina. Pareciera que los gobernantes franceses tuvieran la imperiosa necesidad de decorar con motivos egipcios ese sector de París, pues en 1889, con

motivo del primer centenario de la Revolución francesa, se hizo público el proyecto del arquitecto Louis-François Leheureux de levantar una pirámide coronada por una estatua de Napoleón. Jamás se ejecutó. Pero no por casualidad, ése fue el mismo lugar elegido por la administración Mitterand para inaugurar en 1989, con motivo del bicentenario de la Revolución, la famosa pirámide de cristal del Louvre. ¿No es una increíble casualidad que esa pirámide sirva de entrada a una de las colecciones arqueológicas del antiguo Egipto más ricas del mundo?.

Para mí, desde luego, no.

CAPÍTULO 24

El talismán egipcio de sir John Soane

Marzo de 1825. Otra aventura egipcia en suelos de Europa nos espera.

Durante tres noches consecutivas, el número 13 de Lincoln's Inn Fields, en el corazón de Londres, celebra una extraña fiesta. El anfitrión no es otro que sir John Soane, el arquitecto que levantó el Banco de Inglaterra, devoto admirador de Napoleón, coleccionista de sus monedas, y diseñador de los grandes proyectos del Imperio Británico. Media ciudad rumorea que ha pedido a sus huéspedes que crucen con cuidado la cancela de su nueva casa y se dejen llevar por la luz del más de un centenar de portavelas, candelabros y lamparillas de aceite que ha dispuesto en el suelo. La sensación es fantasmagórica. La luz produce extrañas sombras en la recargada decoración de la casa. En cada uno de sus rincones asoma un tesoro: un vaso etrusco aquí, una estatua de Isis allá, cuadros con escenas míticas por doquier, bustos de Bonaparte, medallas, bajorrelieves… Todo ha sido ubicado con extremo cuidado. Nada es azar.

Soane deja que sus invitados descubran sin ayuda la sorpresa que les ha preparado. Está en la cripta, escaleras abajo. El lugar es un pequeño patio orientado a los cuatro puntos cardinales, en cuyo corazón brilla un objeto extraordinario. Parece un ataúd que irradia luz propia. ¡Y lo es!. Se trata de un cofre de más de tres mil años de antigüedad, tallado en fino alabastro, en cuyo interior los sirvientes del arquitecto han dispuesto unas lámparas.

El efecto es sobrecogedor. Sobre la piedra pulida han sido añadidas figuritas fundidas en sulfato de cobre que, al recibir la luz desde atrás, proyectan sus siluetas contra las paredes vecinas. Parece cosa de magia. Y Soane, satisfecho, se siente como un poderoso hechicero del mundo antiguo. Esa noche está dispuesto a demostrar a todo Londres que Lincoln's Inn Fields es, en efecto, la casa de un mago.

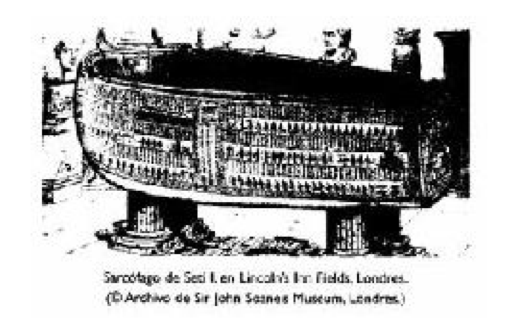
Una vieja caja egipcia

Tan maravilloso sarcófago todavía sigue allí. En la cripta de Soane. En el mismo lugar en el que irradió su luz durante aquellas tres intensas noches.

Los mil invitados que entonces se postraron ante él, hoy ya se cuentan por decenas de miles. El número 13 de Lincoln's Inn Fields es, probablemente, uno de los museos más extraños del mundo. Y su exótico sarcófago, una de las piezas egipcias más valiosas que se conservan en manos privadas. Se trata, nada menos, que del lugar del último reposo del faraón Seti I, padre del célebre Ramsés II, y uno de los gobernantes más importantes que jamás tuvo el país del Nilo.

Siempre que visito Londres, busco unas horas para volver a admirarlo. Y siempre acabo por formularme las mismas preguntas: ¿por qué los conservadores del Museo Británico se negaron a pagar las 2.000 libras esterlinas que les pidió su descubridor?. Ese cajón de alabastro de 3 metros de largo por 1 de ancho valía mucho, muchísimo más. ¿Por qué lo rechazaron?.

Aquella maravilla fue descubierta en octubre de 1817 por el aventurero e ingeniero italiano Giovanni Battista Belzoni. El mismo que un año después descubrirla restos de un toro sagrado en el interior de la pirámide de Kefrén. En esta ocasión, la tumba que albergaba el sarcófago de alabastro era una enorme galería subterránea en el corazón del Valle de los Reyes tebano. Como todas a su alrededor, ésta también había sido saqueada en la antigüedad y en su interior no quedaba ni rastro de la momia del faraón. Sin embargo, para fortuna de Belzoni, la «cápsula» para el viaje al más allá de su perdido ocupante seguía intacta. El italiano, pues, jamás supo a quién perteneció aquel suntuoso sarcófago. En 1817 aún no se habían descifrado los jeroglíficos, y al dueño de aquella «morada de eternidad» terminaron llamándolo Psamis primero, y Ousirei más tarde.[90] Dios sabe por qué.



Sarcófago de Seti I en Lincoln's Inn Fields, Londres.
(© Archivo de Sir John Soanes Museum, Londres.)

Hoy, casi doscientos años después de aquellos hechos, todavía son muchos los historiadores que no se explican qué llevó a sir John Soane a querer hacerse a toda costa con aquella pieza, y adornar con ella el rincón más lúgubre de su mansión. Tal vez si se hubieran tomado la molestia de indagar en su vida, habrían visto que su empeño no era, en el fondo, tan raro.

Un templo para las musas

Soane, en la tradición que aún preservan algunos arquitectos modernos, estaba fascinado con el ocultismo. En él buscó razones simbólicas para dotar de sentido a sus edificios, y vencer —en palabras suyas— «la moderna falta de intensidad espiritual»[91]. Y así, guiado por su compulsivo interés por coleccionar piezas de la antigüedad, creó un museo a imagen de los célebres Gabinetes de Curiosidades o Wunderkabinetts propios de los siglos XV y XVI. Inmuebles llenos de rarezas que buscaban la admiración de lo extraño, lo maravilloso, y la invitación a meditar sobre ello. Para él un museo era, literalmente, un «templo para las musas», un lugar de recogimiento e inspiración, Y necesitaba una pieza maestra que santificara el lugar.

De algún modo, Soane había ordenado el resto de su colección buscando impactar al visitante. Y consciente del valor de su «orden», cuatro años antes de morir, en 1833, consiguió que un Acta del Parlamento garantizase que su casa y su colección se conservarían sin alteraciones de cara al futuro. Eso incluía al féretro de alabastro.

Fue en una de mis últimas visitas a su casa-museo cuando descubrí algo inquietante. Una carta enviada por su amigo James Christie el 21 de marzo de 1825, dándole las gracias por la misteriosa «fiesta del sarcófago» me dio la clave para entender su empecinamiento por hacerse con él. «Su exhibición —escribió al calor del impacto visual de la tumba iluminada— fue de particular interés para mí, ya que podría coincidir muy de cerca con mis especulaciones sobre el uso de luces en Eleusis».

Christie, naturalmente, se refería a los llamados Misterios de Eleusis, una milenaria tradición iniciática nacida en Grecia y vinculada al mito de muerte y resurrección de Perséfone. Según ese mito, Plutón, Señor de los Muertos, secuestró a la bella Perséfone y se la llevó a su oscuro reino. Pero fue la incansable búsqueda de su madre, Démeter, la que obligó a Plutón a devolver su presa al mundo de los mortales. El mito, repetido una y mil veces bajo infinitas variantes —Cibeles y Atis, Astarté y Adonis, Isis y Osiris, inspiró todas las grandes ceremonias de iniciación del mundo antiguo… y moderno. Como la masonería.

Y sir John Soane fue masón.

Lo demuestran tanto su dedicación al New Masonic Hall, el edificio que levantó entre 1828 y 1830 a escasos cientos de metros de Lincoln's Inn Fields, como un retrato al óleo que cuelga en su museo. El cuadro, pintado tres años después de su fiesta, lo muestra vestido con atributos propios de esa sociedad iniciática.

Curiosamente, la ceremonia masónica en la que un adepto se convierte en Maestro escenifica el tránsito de la vida a la muerte y de regreso a la vida. En ella, el cuerpo simbólico de Hiram Abiff —el arquitecto de Tiro que levantó el Templo de Salomón— es sacado de su féretro. ¿Y que mejor féretro para un rito así que uno que llevara incluidas las «instrucciones» para navegar en el «más allá»?.

Me explico: cuando los jeroglíficos del sarcófago de Seti se tradujeron, se descubrió que formaban parte del *Libro de las puertas*, un texto mágico con el que el faraón podía vencer cualquier prueba que se encontrara en el país de los muertos. Los masones ya lo intuían desde hacia tiempo. No en vano, en esa misma ceremonia de acceso al grado de Maestro pronunciaban una letanía que no sabían lo que quería decir. Una frase repetida desde hacía siglos y que rezaba:

Ma'at neb-men-aa, Ma'at at-ba-aa[92]

Cuando en 1822 Champollion empezó a leer las letras egipcias, no tardó en descubrirse que esa misteriosa letanía era una antigua frase egipcia. Un himno a la diosa Maat y a un maestro que la servía. ¿Hiram?.

¿Se sintió John Soane heredero de ese mitico arquitecto?.

¿Y por qué no?.

CAPÍTULO 25

EL SECRETO MASÓNICO DE GEORGE WASHINGTON

Pero Soane no fue el único hombre notable de tiempos recientes que se dejó fascinar por lo oculto. Naciones enteras lo han hecho. Incluso delante de nuestras propias narices.

«Hay misterios conectados con el nacimiento de esta República»[93].

Esta escueta frase, escrita en 1897 por el oficial del ejército de Estados Unidos e historiador aficionado Charles A. L. Totten, refleja algo en lo que pocos se han fijado aún: que los símbolos que rodean a la nación más poderosa del mundo también tienen una fuerte raigambre esotérica.

El capitán Totten llegó a esa conclusión hace más de un siglo mientras escrutaba el Gran Sello que hoy adorna los billetes de un dólar. Dicho sello fue diseñado tiempo antes por Thomas Jefferson, John Adam y Benjamin Franklin, e incorporado al billete verde más famoso de la historia en 1935 por Franklin D. Roosevelt. En el anverso de esa medalla —pues en realidad de eso se trata— puede verse el águila americana coronada por un conjunto de estrellas que, unidas entre sí, forman una figura de cinco puntas; y en su reverso, una pirámide truncada con un gran ojo inscrito en un triángulo. Todos ellos son símbolos masónicos, porque masones fueron Franklin, Adam, Jefferson y por supuesto el propio Roosevelt. Fue, pues, ése el misterio que cautivó la atención de Totten y que no se atrevió o a revelar de forma más explícita?.

Una oportuna visita a Washington D.C. en abril de 2006 me ayudaría a despejar esa duda.

Mi objetivo se encontraba a 11 kilómetros de la Casa Blanca, sobre la colina llamada «de los Tiradores», que domina el río Potomac y los verdes paisajes de Maryland. Allí, en el centro geográfico de la ciudad de Alexandria, sobre un terreno de 14 hectáreas adquirido en 1922, una torre de poco más de cien metros de alto alberga un monumento excepcional: The George Washington Masonic Mernorial.

Nada más enfilar la King Street comprendí al instante el «sentido oculto» de aquel inmueble. Era un modelo a escala del celebre Faro de Alejandría, la última de las siete maravillas del mundo antiguo. Y, por supuesto, no era casualidad alguna que el lugar elegido para levantar la réplica fuera el montículo más alto del centro urbano de Alexandria.

—En realidad, aquí los masones vivimos obsesionados con la simbología egipcia —se apresura a aclararme el guía que me asignan nada más cruzar el pórtico de estilo griego del Memorial—. ¿O es que no se ha fijado en el obelisco de 152 metros de alto que hay frente al Capitolio, y que también es un monumento al primer presidente americano?.

—¡Ah! ¿Se interesó Washington por Egipto? —acierto a preguntar.

Mi cicerone, un voluntario bien entrado en los sesenta, que cumple su misión con gran entusiasmo, sonríe de oreja a oreja:

—Como todos los masones, señor.

Aquel hombre tenía razón. Husmeando en la historia del edificio, pronto descubrí que quienes lo erigieron fueron arquitectos de la empresa Helmle and Corbett en los años veinte, justo cuando en Manhattan comenzaban a levantarse rascacielos imitando a obeliscos egipcios, con fuerte simbología faraónica, como el edificio Chrysler. La mayoría de aquellos arquitectos fueron «hermanos masones» impresionados por el resplandor del oro de la tumba de Tutankamon descubierta en 1922, y adornaron sus torres con símbolos que recordaban a Isis o al «muy masónico» rey Salomón. De hecho, fueron colegas de estos mismos arquitectos los que en octubre de 1880 lograron traerse un auténtico obelisco egipcio a Nueva York y plantarlo en Central Park, junto al Metropolitan Museum, en medio de una ceremonia que reunió a nueve mil «iniciados»[94].

Definitivamente, aquella gente si estaba obsesionada con el país del Nilo.

—En realidad —insiste mi guía, ésta es una nación de masones. Masón viene de la palabra francesa «albañil», y nuestra organización surge entre las cofiradías de constructores de catedrales que tenían que guardar los secretos de su oficio, apoyándose en ritos y enseñanzas que sólo se transmitían de maestros a aprendices.

—¿Y qué hay de esos secretos? —pregunto. El hombre se encoge de hombros y me invita a echar un vistazo a mi alrededor.

En el hall de aquel Faro de Alexandria descubro un enorme mural en el que George Washington, ataviado con el clásico mandil y paleta de masón en mano, aparece en el centro de una importante reunión de iniciados de alto grado al aire libre.

—¿Sabe lo que representa esa escena?.

La pregunta del gula no obtiene respuesta. Me encojo de hombros.

—Es la ceremonia de colocación de la primera piedra del Capitolio, el 18 de septiembre de 1793, en la colina Jenkins de Washington. Como vera, nuestra democracia es, literalmente, obra de los maestros masones… y de los franceses que importaron sus ideales desde la Revolución de 1789.

Junto al mural, una estatua de bronce de 5 metros de alto y 8 toneladas de peso del general Washington, vestido con idéntica indumentaria ritual, observa mis pasos. Mi guía murmura algo más: que la zona del capitolio y la Casa Blanca fue diseñada por Washington en persona. Por eso, sus calles y avenidas forman octógonos y «compases» perfectos, todos ellos símbolos geométricos afines a templarios y masones. Y eso por no hablar del diseño de caminos con aspecto de diamante que une el Capitolio con el Memorial a Lincoln, y que tiene la forma de un «árbol de la vida» sefirótico, de origen cabalista.

—Tome un mapa de la ciudad y compruébelo usted mismo. Todo está allí. En la geometría oculta del plano urbano de la capital —añade.

Poco a poco, la advertencia del oficial Totten comienza a cobrar sentido: hay, en efecto, demasiados misterios (masónicos) conectados con el nacimiento de la República americana.

Presidentes con mandil

George Washington fue sólo el primer presidente masón de Estados Unidos. Entre él y Gerald Ford, un número nada despreciable de ellos han militado en obediencias secretas y han dejado sus huellas en ese extraño edificio de Alexandria. En la tercera planta del Faro, en la llamada Grotto Room, tropiezo con recuerdos de algunos de esos líderes. Roosevelt, el diseñador del dólar, sonríe desde su marco de plata. Resoplo. Cuando posó para esa foto ignoraba que la «estrella secreta» que escondió en la constelación que corona el águila del Gran Sello, se convertiría en un secreto a voces a principios del siglo XXI.

—La estrella de cinco puntas es llamada Estrella de David y también Sello de Salomón. El Rey Sabio de la Biblia fue el constructor del Templo que lleva su nombre, fue la obsesión de los templarios cuando llegaron a Jerusalén y es uno de los lugares míticos para los masones —me explica el guía. Por eso hemos reconstruido el interior del Templo de Salomón en la novena planta de este edificio. Y por eso, señor, la residencia de verano de los presidentes de este país se llama Camp David. No había caído en eso, ¿verdad?.

Mi guía espera a ver mi cara de asombro, y prosigue:

—Fíjese bien en las estrellas que hay sobre el águila del Gran Sello. Si las une con una línea imaginaria, obtendrá una estrella de cinco puntas, ¡la estrella de David!.

La Grotto Room en la que me hace esas confidencias alberga otras sorpresas: un retrato con mandil del severo presidente de la posguerra, Harry S, Truman; monedas y postales de los seis astronautas del programa Apolo que faeron masones, entre ellos Edwin Aldrin de la misión Apolo XI; y recuerdos de todos los presidentes que han pasado por allí: desde Calvin Coolidge, que colocó la primera piedra del Memorial en 1922, a Herbert Hoover que lo inauguró una década más tarde.

—Por cierto —interrumpe pícaro mi guía: ¿a que no sabe qué paleta utilizó el presidente Coolidge para colocar la primera piedra de este edificio?.

Esta vez fui yo quien lo sorprendió:

—Déjeme imaginarlo. La misma que George Washington empleó en la ceremonia fundacional del Capitolio.

—Tiene usted razón. Lo que nadie le habrá dicho, señor, es que también la guardamos aquí como una verdadera reliquia.

CAPÍTULO 26

Blasco Ibáñez, el hijo de la luz

No sólo hubo prohombres iniciados en sociedades ocultistas en América. Ni mucho menos.

Por ejemplo, ¿quién podría imaginarse que el verdadero creador del bestseller moderno fue un masón, y además español?. Dan Brown, Ken Follet, John Grisham, Stephen King o Michael Crichton tuvieron un antecesor español hace casi cien años que se llamó Vicente Blasco Ibáñez. En el bachillerato apenas me hablaron de él. Mis libros de literatura lo citaban de pasada como el creador de la «novela costumbrista» valenciana. Y poco más. Nadie me enseñó que en 1919, cuando publicó en Estados Unidos su novela Los *cuatro jinetes del Apocalipsis*, se convirtió en el autor del momento. *The New York Times* dijo de él que «es sin lugar a dudas la Figura dominante en el campo de la Ficción de este año»[95]. Y es que, aquella obra que describía los horrores de la primera guerra mundial, que él conoció de primera mano como corresponsal en las trincheras francesas, logró vender sólo en América más de diez millones de copias. Desbancó a todos los libros de la contienda publicados en su tiempo y don Vicente se convirtió así en nuestro escritor más internacional.

Sus jinetes, además, inventaron el merchandising literario, saltando a las etiquetas de pastillas de jabón o a las cajas de cigarrillos. Fue nombrado doctor honoris causa en letras por la Universidad George Washington. El propio Times lo entrevistó en el camarote del crucero que lo llevó a América, el Lorraine, y

durante seis meses fue invitado a dar conferencias en iglesias, sinagogas… y hasta en logias masónicas.

Allá todavía lo recuerdan.

Cuando en la primavera de 2006 se lanzó en inglés mi novela *La cena secreta* y entró en las listas de superventas estadounidenses, el recuerdo de ese español intrépido aún perduraba. «¿Conoce usted la obra de Vicente Blasco *Ibáñez?*», me preguntaban sin pronunciar la eñe. Asentía sin convencimiento. ¿Cómo iba a decirles que en España hoy es un autor casi olvidado?. ¿Me creerían si les explicaba que ni siquiera leí un solo fragmento de su obra en mis años de escuela?. ¿O que en su país es más conocido por las versiones cinematográficas de sus libros, que por sus escritos?.

Al regreso de aquella gira, me prometí averiguar más del español que inventó el bestseller. Aquel del que la prensa de la Costa Este dijo que los suyos eran los libros más vendidos de la historia después de la Biblia.

Lo que no esperaba era encontrarme con sus misterios.

Don Vicente, masón

Blasco Ibáñez nació en Valencia en *1867,* y desde muy temprano sintió la necesidad de escribir. Terminó su primera novela a los 14 años, y antes de cumplir la mayoría de edad ya había fundado su propio periódico. Novelas como *Los talismanes (1884)* o *La espada del templario (1887),* escritas en su temprana adolescencia, me pusieron en guardia. Don Vicente fue un apasionado de la historia y sus intrigas, y no estaba sólo obsesionado por la pobre y reprimida sociedad valenciana que le tocó vivir. Debía, pues, indagar más allá del tópico.

Pronto supe que su fascinación por lo inexplicable lo acompañó hasta sus últimos días. El año de su muerte en la Costa Azul francesa, vio la publicación de En busca del Gran Khan (1928), una novela inspirada en los viajes de Colón a la que añadió un texto sobre los misterios que rodearon la personalidad del almirante. El propio Blasco Ibáñez llegó a decir que había dedicado dieciocho años a su enigma, e incluso sugirió su probable filiación judía para explicar por qué el descubridor de América siempre ocultó su cuna.

Pero su biografía me deparaba una sorpresa aún mayor: don Vicente, célebre en la España de su tiempo por sus ideas revolucionarias y antimonárquicas, era

masón. Y, con seguridad, no uino cualquiera. A diferencia de Manuel Azaña, que se inició en la masonería en 1932 pero que jamás regresó a una de sus *tenidas* o reuniones, Blasco Ibáñez mantuvo una estrecha relación con ese movimiento.

Ingresó en la Logia Unión número 14 de Valencia el 28 de febrero de 1887. Hacia sólo un mes que había cumplido los veintiuno, la edad preceptiva para ser iniciado. La misma edad, por cierto, en la que escribió *La espada del templario*, probablemente inspirada en el filo utilizado en su ceremonia de ingreso o en los muchos mitos del Temple asociados a la masonería.

Una vez dentro, y a la hora de adoptar su nombre de masón, apostó por el de Danton, dejando al descubierto otra de sus pasiones: la Revolución francesa. En ella no sólo vio la coincidencia de sus ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad con los de la masonería, sino el reflejo de su propia personalidad política. Georges-Jacques Danton, insigne masón,[96] fue uno de los que votó a favor del guillotinamiento de Luis XVI, aunque él mismo moriría bajo la cuchilla revolucionaria en 1794.

Gracias a las gestiones de Juan Antonio Sánchez, orador de la Logia Blasco Ibáñez de Valencia, pude acceder no sólo a su diploma de ingreso, firmado de su puño y letra en una de sus esquinas, sino a copias de los libros de cuotas de la Logia Acacia número 25 (hoy extinta), que pagó religiosamente durante años, Entre 1877 y 1888 se mudó de Unión a Acacia.

—Y en ella —me explicó Sánchez— Blasco Ibáñez ocupó mi mismo rango, el de orador. El fue quien vigilaba que todo lo que se hacia en su logia se ejecutaba con arreglo a los reglamentos. También fue el encargado de redactar o expresar los términos finales de las decisiones de la logia.

Era lógico. En 1887, Blasco Ibáñez era ya un conocido periodista. Y aún siendo muy joven, la logia valoró su capacidad para hablar en público y le pidió que pronunciara encendidos discursos a favor del papel activo de la mujer en el tejido social de la época. El 3 de diciembre de aquel año, en una ceremonia que aceptó a mujeres y niños, dijo:

Los hijos de la luz trabajamos completamente solos, y la mujer, ese ser cuyas cadenas hemos roto y a la cual elevaremos a la caregoría que le corresponde, nos

maldice llena de horror (…). ¿En qué consiste esto?. En que la mujer y el niño están aún en poder del cura y del jesuita, en que todavía se acogen a la fría sombra de la Iglesia católica y se santiguan con horror a cada progreso que verifica la humanidad.

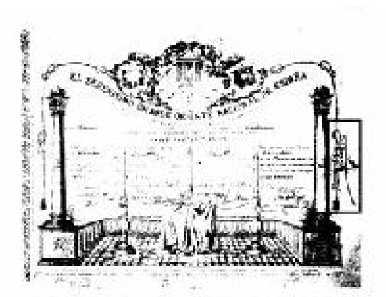
Sin duda, fueron su anticlericalismo y sus ideas revolucionarias las que marginaron sus obras de la escena cultural española tras la guerra civil. Se lo tildó de agnóstico, pero esa etiqueta estaba en franca contradicción con sus creencias más profundas.

Una breve nota en uno de sus cuadernos, nos ofrece la verdadera dimensión de sus convencimientos íntimos. Fue redactada siete meses antes de su ingreso en la masonería, en julio de 1886, tras un accidente que sufrió mientras iba a visitar a su novia Maria Blasco del Cacho. «He sido atropellado por dos tranvías frente a la alquería de Maria —escribió—. He creído morir, pero afortunadamente sólo he sufrido algunas contusiones. Parece que una mano sobrenatural me ha sacado de las ruedas. ¡Ser inmenso y desconocido!. ¿Me reservas, cuando así velas por mi, para algo grande?».

Su fe en la predestinación y en la «fuerza de lo inefable» lo condujo a desarrollar su gusto por Wagner. Las obras del compositor alemán estaban de moda en Europa, y a Blasco Ibáñez no debieron de pasarle desapercibidas sus alusiones esotéricas al Grial o los templarios. De hecho, bautizó a uno de sus hijos Sigfrido, en honor a la ópera del mismo nombre.

Blasco Ibáñez cometió varios errores que lo enemistaron con la critica y lo alejaron de su consideración como escritor. El primero fue el de ser visto más como político que como novelista. Pero también el de navegar entre el periodismo y la literatura. El de ganar mucho dinero con sus obras —eso era «inmoral» para muchos—, logrando que sus contemporáneos de la Generación del 98 lo marginasen. Y, sobre todo, el de haber sido masón.

¿Por qué nunca nos explicaron esto en el colegio?.



Diploma de ingreso en la masonería de Vicente Blasco Ibáñez. Aunque figure su nombre de masón (Danton), él mismo lo firmó de su puño y letra a la derecha (véase debajo detalle ampliado de la firma). Fotos © Cortesía del Archivo Logia Blasco Ibáñez, Valencia.



QUINTO DESTINO: CIVILIZACIONES PERDIDAS.

¿Qué me importa que lance Platón desde la historia
mi nombre coronado por un nimbo estelar
si de mí habéis perdido, ingratas, la memoria
y en mi existencia pesa la inmensidad del mar?
Jacinto Verdaguer, La Atlántida[97]

CAPITULO 27

La mica de los dioses mexicanos

Hace sólo cien años no había pirámides en San Juan de Teotihuacán. Los cuatro kilómetros de la avenida de los Muertos y las hoy conocidísimas pirámides del Sol y la Luna sencillamente no existían. En su lugar se levantaban unas extrañas montañas de suaves laderas, equidistantes las unas de las otras, que hacían suponer la presencia de construcciones humanas bajo ellas. Llevaban allí Siglos, cubiertas de vegetación y tierra, olvidadas. De hecho, cuando Hernán Cortés pasó a su lado camino de la antigua Tenochtitlán, apenas les prestó atención, y lo mismo les sucedió a los modernos mexicanos hasta principios del siglo XX.

Fue Leopoldo Batres, un miliciano del general Porfirio Díaz, presidente de México hasta 1911, quien se ocuparía de devolver a aquel lugar su antiguo esplendor. Batres convenció al general para que le entregase una cuantiosa suma de dinero (más de medio millón de pesos de la época; unos 45.000 euros) y armar todo un ejército de zapadores que desbrozaran esas colinas y descubriesen su corazón de piedra. Por 25 céntimos al día para cada operario, don Leopoldo pensaba ganarse la gloria eterna.

Aquel señorito de bigote engominado y mirada astuta jugaba, además, con un buen as en la manga: si, como creía, descubría una pirámide bajo la mayor de las colinas del lugar, Porfirio Díaz tendría un icono fabuloso con el que celebrar en 1910 su ochenta cumpleaños, presentarse reforzado a las nuevas elecciones Y conmemorar el centenario de la independencia de México. El bravo general

estaba, pues, a sus pies.

La historia de aquella peculiar misión arqueológica me llevó a Teotihuacán en noviembre de 2004. Aunque Batres era recordado como un torpe excavador que redujo en casi 7 metros el perímetro de la hoy impresionante pirámide del Sol, se le reconoce aún el mérito de haber adecentado un recinto que atrae a más de un millón de visitantes al año.

—Aquí le profesamos una relación de amor-odio —me explicó una de las inspectoras del lugar, que prefirió guardar su anonimato al hablar de Batres—. Él fundó el primer museo de Teotihuacán, que estuvo abierto hasta 1964, pero también aprovechó sus privilegios con don Porfirio para saquear y vender muchas de las antigüedades que sacó de estas zanjas. ¡Sólo Dios sabe lo que se llevó de acá!.

Un robo sin aclarar

Precisamente era uno de esos robos lo que me interesaba documentar. Sabía que lo que motivó a don Leopoldo para excavar entre los túmulos de Teotihuacán fue un informe de 1864 redactado por el ingeniero Ramón Almaraz, en el que concluía que todos aquellos túmulos contenían tesoros y polvo de oro en grandes cantidades. Sabía también que Batres se asoció con Antonio García Cubas, veterano expoliador del lugar que desde 1890 excavaba en la cara sur del túmulo de la pirámide de la Luna, convencido de que encontraría pasadizos y cámaras en los mismos lugares que los hallados en la Gran Pirámide de Egipto.

Sin embargo, yo necesitaba saber más.

La primera década del siglo pasado fue una época de soñadores, de aventureros a lo Indiana Jones, de hombres de mucha voluntad y escasos recursos. Pero eso iba a cambiar gracias al entusiasmo de Porfirio Díaz. No en vano, Batres era hijo ilegítimo del hombre de confianza del general, a quien don Porfirio casó con su hija Carmen. Y sus lazos de sangre iban a convertir aquella excavación en un asunto de familia.

El 20 de marzo de 1905 comenzaron sus trabajos. Su primer objetivo fue comprobar si existía o no una pirámide debajo de la colina mayor, de casi 70 metros de altura. Había que «pelar» la montaña en busca del revestimiento del edificio y mover cientos de miles de toneladas de arena para liberar al «gigante». De hecho, habría de pasar más de un año para que emergieran los primeros descubrimientos. Pero llegaron.

En octubre de 1906 el equipo de Batres sacó a la luz algo inesperado: en las cuatro esquinas de cada una de las terrazas superiores de la pirámide hallaron una especie de cámaras en las que se escondían esqueletos humanos. No eran unos cuerpos cualesquiera. En cada habitáculo, encogidos en posición fetal, dormían los restos de doce niños de 6 años de edad cada uno. Habían sido enterrados vivos, tal vez como sacrificio al dios Quetzalcóatl, del que también hallaron unas pocas figurillas de obsidiana.

Ese hallazgo amenazó la imagen idealizada que tenía Batres de la civilización que levantó Teotihuacán: un lugar espiritual, diseñado por los toltecas, a los que creía refinados artistas y hombres de fe, pacíficos, incapaces

de otras ofrendas que las florales o de pequeños pájaros.

Pero aquel otoño su suerte continuó, y a los cuerpos de los niños pronto se les unió algo más.

En la quinta terraza, la más alta del conjunto de la hoy llamada Pirámide del Sol, un operario descubrió una gruesa capa de mica laminada que cubría una superficie enorme. Era un material raro para el lugar. Además, en 1906 aquella mica tenia un valor incalculable en el mercado. Se utilizaba para la construcción de condensadores, y se la consideraba un apreciado aislante eléctrico y térmico que sólo fundía a temperaturas superiores a los 1.100 grados centígrados. Por alguna oscura razón, los arquitectos de Teotihuacán la colocaron allá hacia el siglo II a. J.C., en el momento de mayor expansión de su civilización.

La cuestión era ¿para qué?.

Barres jamás consignó aquel descubrimiento por escrito. Se limitó a saquearlo durante su arbitraria restauración de la pirámide y, sin importarle las preguntas que suscitaba su presencia, vendió aquel material para su uso industrial.

El enigma de la mica

La existencia de mica en la Pirámide del Sol sigue desafiando aún hoy a los arqueólogos. La misma inspectora de las ruinas que me habló de Batres, me empujó pirámide abajo hasta un recinto emplazado a unos 300 metros al sur de su vertiente occidental. Era un lugar que pasaba completamente desapercibido. Se trataba de un sencillo cobertizo de techo de uralita, asentado sobre un muro supuestamente antiguo, levantado en piedra volcánica y cemento. Tan humilde cobertizo protegía una puerta de metal clavada en el suelo y ésta… un inesperado tesoro.

—Unos años después de caer Batres en desgracia y terminar exiliado en Paris, un equipo de arqueólogos volvió a encontrar mica en Teotihuacán.

Mi discreta inspectora sacó una llave de su guerrera verde y abrió el candado que bloqueaba la puerta.

—Por suerte todavía está aquí. Intacta. Puede verla usted mismo.

Eché un vistazo, intrigado.

—Llamamos a este lugar el Templo de la Mica —me dijo.

La suya era una definición muy generosa. Allí no quedaba nada de un templo, y la mica, según explicó, fue dispuesta en el Suelo, a modo de «aislante,›, por los constructores de aquel recinto. Por qué lo hicieron seguía siendo un misterio.

—En total, aquí hay casi veintiocho metros cuadrados de suelo de mica. Están divididos en varias planchas de unos seis centímetros de grosor. Con lo frágiles que son, nadie se explica cómo las transportaron hasta aquí sin romperlas.

Una de las esquinas de aquel pavimento translúcido se había desgajado de la losa original. La inspectora la puso en mis manos.

—Corren toda clase de leyendas sobre esto en Teotihuacán, ¿sabe?.

La invité a proseguir.

—La mica es resistente al calor y a la electricidad, se usa como aislamiento en máquinas de alta tensión y hasta se sabe que es un elemento opaco a las radiaciones nucleares. Algunos creen que formaba parte de un tipo desconocido

de «tecnología» primitiva, de un «mecanismo» olvidado. Nadie sabe ya qué pensar.

Mi guía tenía razón. Pero ignoraba un hecho, si cabe más sorprendente: según los análisis efectuados por la Fundación Viking, descubridora de aquel recinto, la mica tenía un ADN inconfundible que decía de dónde había sido extraída. Al estar formada por oligoelementos específicos, se supo que había salido de una veta rocosa situada a más de 3.200 kilómetros de distancia. En Brasil. Y ése si era un enigma en toda regla: ¿cómo hicieron, hace veintidós siglos, para cortar casi 30 metros cuadrados de mica y trasladarlos intactos, sin carreteras ni transportes avanzados, hasta aquel lugar?.

La inspectora se encogió de hombros y sin mostrar demasiada sorpresa, rió.

—Los que levantaron esto eran genios, señor. ¿O acaso no sabe lo que significa Teotihuacán?… «El lugar en el que los hombres se convierten en dioses». Ellos lo podían todo.

CAPÍTULO 28

El horóscopo más antiguo del mundo

El *dolmus*, el típico taxi-furgoneta de la región, renqueó antes de enfilar la última pendiente. Habíamos recorrido 50 kilómetros desde nuestra base en Kahta, en la Mesopotamia septentrional turca, y nuestro destino estaba ya a la vista: una impresionante pirámide de guijarros de caliza, plantada en el siglo I antes de nuestra era, nos esperaba muda sobre la montaña más alta de la cordillera Antitaurus.

—Bienvenido a Nernrud. La octava maravilla del mundo antiguo.

Mahmud Arslan, el hombre que iba a abrirme las puertas de aquel remoto santuario, observó mi reacción. Lleva años inspeccionando la zona. Él es uno de los directivos de un proyecto internacional integrado por cuarenta científicos y arqueólogos de seis países, y desde 1998 trabaja para arrancarle sus secretos a esa colina artificial.

—¿Así que investiga misterios? —sonríe—. Está de suerte. Hoy verá unos cuantos.

Nemrud fue descubierta en 1881 por Karl Sester, el ingeniero de caminos que trazó la carretera que acababa de dejar atrás. Sólo un año más tarde, los estudios de su compatriota Otto Puchstein determinaron el origen de tan singular hallazgo: aquella pirámide de gravilla de 50 metros de alzada —«originalmente fueron sesenta», me aclararía Arslan después— era un túmulo funerario. Perteneció al rey más poderoso de Comagene, un pequeño Estado del Alto

Éufrates contemporáneo a Cleopatra, que a duras penas resistió los envites de asirios, partos y romanos. Antíoco I, remoto descendiente de Alejandro Magno y de Darío I, había ubicado su tumba en un lugar tan inhóspito que llevaba veinte siglos intacta y olvidada.

30.000 metros cúbicos de gravilla dispuestos en una pirámide de 50 metros de altura y 150 de diámetro, protegen aún su cámara sepulcral. La colina está flanqueada por dos plataformas rituales dispuestas frente a las caras este y oeste del monumento. Y para llegar a ellas hay que dejar atrás dos corredores decorados con elaborados relieves de los antepasados del rey. El conjunto que se despliega ante mí parece un viejo «álbum de fotos» familiar.

—Es imposible imaginar el esfuerzo humano que tuvieron que hacer para levantar un monumento así a 2.150 metros de altitud —admite Arslan tan exhausto como yo tras nuestro ascenso a pie a la cumbre.

Esculturas gigantes del propio Antíoco, la diosa Fortuna de Comagene, Zeus-Aura Mazda, Apolo-Mitra y Heracles-Hércules, nos contemplan desafiantes.

—Aunque tan misterioso como eso —añade— son las motivaciones que llevaron a Antíoco a esculpir estas estatuas y no otras.

Un remoto 6 de julio

En efecto. Los colosos de Nemrud son otro enigma del lugar. Son la prueba del extraño sincretismo religioso que se dio entre la religión local de Mitra y la griega, pero a decir de los expertos, forman parte también de un culto estelar hoy olvidado.

En 1996, el escritor británico Adrian Gilbert hizo pública la última hipótesis al respecto: tras observar cómo las terrazas oriental y occidental del monumento fueron decoradas con los mismos dioses pero dispuestos en órdenes distintos, supuso que su colocación encerraba algún tipo de mensaje. Tras examinarlos al detalle, concluyó que la clave para descifrar el enigma era astrológica.

Según él, aquellos colosos representaban diferentes alineaciones planetarias, como si formaran parte de un colosal horóscopo.

Sabemos que los sacerdotes de Comagene eran grandes astrólogos. En la terraza occidental, por ejemplo, esculpieron un mapa del cielo de 1,75 metros de

alto por 2,40 de largo —hoy conocido como «horóscopo del león»—, dedicado a Antíoco, Y dejaron abundantes referencias a sus observaciones estelares en otras estatuas y tablillas. Pues bien, Gilbert cree que el «del león» es un horóscopo en miniatura comparado con el que forman las estatuas de las terrazas. En la oriental, el rey encarna al Sol, la diosa de Comagene a la Luna, mientras que Zeus, Apolo y Hércules ocupan el lugar de Júpiter, Mercurio y Marte. «Éstos, vistos desde su espalda, es decir desde la perspectiva que ofrece el túmulo bajo el que está enterrado Antíoco, reflejan el orden del Sol, la Luna y los planetas el 6 de julio del año 62 a. J.C». Una fecha, según Gilbert, que debió de ser importante en la vida política de aquel rey.

Esta idea no escapó a los arqueoastrónomos Otto Neugenbauer y H. B. van Hoesen que, años antes, creyeron haber encontrado una fecha idéntica en el «horóscopo del león». Según ellos, la estela es la carta astral personalizada más antigua que se conserva. Muestra a un poderoso felino rodeado de diecinueve estrellas y una Luna creciente sobre el pecho. Sólo tres astros aparecen identificados con sus nombres en griego —precisamente Júpiter, Mercurio y Marte—, mientras que el resto perfilan la figura del león. Hasta la llegada de Neugenbauer, muchos vieron en esa estela el horóscopo del nacimiento de Antíoco. Pero él no. Júpiter es un planeta que sólo cruza por delante de Leo una vez cada doce años, Marte lo hace cada dos, mientras que la cita de Mercurio con ese grupo de estrellas es anual. Para acotar aún más las posibilidades, Neugenbauer tuvo en cuenta que la Luna tarda únicamente 29,5 días en completar un ciclo completo alrededor del Zodiaco, permaneciendo en Leo sólo dos días y medio. Tras aplicar todas estas variables al periodo de Comagene, obtuvo cinco fechas probables para aquel horóscopo, pero Neugenbauer y Hoesen las redujeron sólo a una: 6 o 7 de julio del año 62 a. J.C., el día que Antipoco fue coronado por el invasor romano Pompeyo.

—Durante muchos años se admitió esa fecha —comenta Arslan mientras deja que fotografíe desde todos los ángulos ese horóscopo de caliza, pero nos extrañó que Antíoco quisiera recordar la humillación de ser confirmado en su trono por un extranjero, así que revisamos sus estudios, y nos quedamos con otra datación más coherente: 14 de julio de 109 a. J.C., a las siete y media de la tarde.

Justo la fecha de nacimiento del rey.

¿Tres momias reales?

Tanta sutileza escondida en un recinto funerario despertó mi curiosidad. Estábamos en un lugar sagrado, caminando dentro de una especie de supercalendario abandonado hacia el año 72 de nuestra era, en los tiempos de Antíoco IV. Desde entonces y hasta finales del siglo X-XI nadie lo ha saqueado o destruido, preservándose todos sus misterios para la posteridad. ¿Cómo era posible que nadie —romanos y otomanos incluidos— estuviera interesado en lo que el rey Antíoco se llevó a su tumba?.

—Esto me recuerda mucho a Egipto —murmuré a Arslan, rendido de admiración, mientras medía una de las cabezas del lugar.

—¡Claro!. —respondió—. Es que te encuentras caminando sobre una copia exacta de las pirámides de ese país.

Mahmud no dejaba de sorprenderme. Allí, de pie, junto a la florida testa de la diosa Comagene del lado occidental, dijo algo más:

—Antíoco construyó su túmulo de forma muy peculiar. Primero excavó su tumba en la roca viva, luego colocó una serie de plataformas a modo de escalera sobre ella y cubrió todo con miles de metros cúbicos de gravilla. Y gracias a las últimas investigaciones geofísicas de nuestra fundación, hemos localizado ya su tumba.

Esa fórmula era, sin duda, inequívocamente egipcia: el faraón Zoser la había aplicado a su célebre pirámide escalonada casi veinticinco siglos antes que Antíoco. Mi guía, complacido por el modo con el que tomaba nota de sus comentarios, prosiguió:

—La cámara contiene tres cuerpos; el del rey, el de su padre Mitrídates y un tercero desconocido, y es casi seguro que están momificados. Nemrud es un regalo que, antes o después, hará historia. De lo que encontremos en esa cámara aprenderemos muchas cosas. Tal vez, incluso, un poco más de astrología antigua.

Así sea. Y pronto.

CAPÍTULO 29

Laberintos subterráneos en Turquía

Antes de abandonar Turquía, aún me aguardaba otro misterio arqueológico de tremendas implicaciones. No iba a encontrarlo precisamente cerca de Nemrud, sino mucho más al sur, a más de mil quinientos kilómetros de los colosos de Antíoco.

Siglos antes de que Osama bin Laden pusiera de moda los refugios subterráneos en Afganistán, otra civilización casi desconocida excavó recintos similares con un propósito que todavía se nos escapa. Esos túneles, que atraviesan decenas de kilómetros en la roca volcánica, forman parte de un auténtico hormiguero a escala humana sembrado de habitaciones, conductos de ventilación, rudimentarias megafonías, lagares, molinos y almacenes.

Hacia ellos encaminé mis pasos en octubre de 2002. Abbas Ataman, gerente de mi hotel en Göreme, en el corazón de Turquía, sonrió de oreja a oreja en cuanto le expuse nuestro plan de trabajo:

—¿Quiere visitar *todas* las ciudades subterráneas de la Capadocia? —sonrió socarrón—. Entonces, quédese a vivir con nosotros. Se han abierto treinta y seis al público, pero por aqui debe de haber unas doscientas.

Por suerte, Ataman se compadeció de mi y arregló lo necesario para mostrarme algunas de ellas. Le pedí que concertara una reunión con Ömer Demir, un veterano arqueólogo de la zona que lleva adentrándose en esa especie de queso gruyere de la Capadocia, desde que se descubriera la primera ciudad en

1963.

—Fue por casualidad —me explicó Demir bajo la sombra de un chamizo de cañas, en la plaza de Derinkuyu—. Ahí enfrente había una vieja casa, y al derruirla apareció la entrada a una galería subterránea. Cuando se exploró, se dieron cuenta de que tenía al menos ocho plantas de profundidad, y que se extendía bajo todo el pueblo.

Las negras pupilas de Demir se dilataban al recordarlo:

—¿Y sabe lo más increíble?. Allá abajo había sitio por lo menos para diez mil personas. En la superficie, entonces, no vivían más de tres mil. Pero algo sabían: ya llamaban a su pueblo Derinkuyu, que en turco significa «pozo profundo».

Un teléfono bajo tierra

Cuando Ömer Demir debe responder a las preguntas de quién y para qué se construyeron aquellas galerías, se encoge de hombros. Él ha sido gula de casi todos los escritores, arqueólogos e historiadores que han llegado hasta allí con abierta curiosidad científica, y se ha acostumbrado a escuchar toda clase de teorías.

—He bajado tres veces a estas ciudades con Erich von Däniken —me explica —. Él cree que estos túneles se perforaron hace miles de años para refugiarse de alguna clase de guerra extraterrestre. Yo no lo creo. Pero he de decirle algo: después de que Däniken publicara lo que vio en *La respuesta de los dioses*, miles de personas visitan este lugar cada año…

Como sucedió con las pistas de Nazca, en Perú, o con la isla de Pascua, en Chile, las obras de ese suizo que cree que seres de otros mundos nos visitaron en el pasado han hecho famoso a Derinkuyu. Hoy, una magra industria turística da de comer allí a algunas familias locales, aunque sin demasiadas alegrías. Pocos se interesan de verdad por quién o para qué lo construyó.

—Gracias a Dios hoy sabemos mucho más de este lugar que en 1977, cuando Däniken publicó su libro. Entonces sólo conocíamos catorce ciudades.[98] Hoy son treinta y seis —me aclara Demir—. Sus pisos más superficiales fueron tallados por los hititas, hacia el 1850 antes de Cristo. Y es seguro que fueron

reutilizados por frigios, seguidores de Alejandro Magno, romanos, e incluso cristianos que huían de las persecuciones seleúcidas del siglo séptimo. ¿Quiere usted echar un vistazo?.

Aquella primera visita al reino subterráneo de Derinkuyu me impactó. Ömer Demir y Abbas Ataman me mostraron un dédalo de galerías interconectadas que parecía sacado de algún remoto planeta de *La guerra de las* galaxias. Disculpé a Däniken sus aventuradas teorías. Allá abajo podía creerse lo que fuera. De hecho, cuando Demir encendió un cigarrillo en la planta «menos ocho» y vi el humo caracolear hacia uno de los 52 conductos de ventilación del lugar, supe que aquello había sido desarrollado por unos ingenieros de gran talento.

—Y también tenían teléfono —sonríe otra vez pícaro Demir—. ¿Lo ve?. Es ese agujero que tiene sobre su cabeza.

A pocos centímetros de mi, un conducto del diámetro de una manzana, se adentraba pisos arriba.

—Por ahí cualquiera puede darle instrucciones desde la superficie. Y usted las oiría aquí abajo, a treinta metros bajo tierra, con total nitidez.

Un refugio para el cambio climático

—Está bien —lo interrumpo mientras me explica los prodigios tecnológicos del lugar—. Dejemos a un lado las ideas extraterrestres de Däniken. Entonces, dígame, ¿para qué cree usted que se construyeron estas galerías?.

Mi guía apaga su linterna, y bajo la luz macilenta de las bombillas instaladas para los turistas, me clava su poderosa mirada.

—Eso no tiene respuesta, señor —dice—. Aunque nosotros no podamos bajar más allá de este octavo nivel, debajo de nuestros pies hay otros diez pisos por lo menos. Los arqueólogos no dan abasto para explorarlos. También existe un río subterráneo, y un túnel que conectaba esta ciudad con la vecina Kaymakli, a ocho kilómetros de aquí. ¿Cómo quiere que le explique eso?.

Antes de entrevistarme con él, sabia que Ömer Demir había guiado a varios escritores más al fondo de aquellas galerías. Nos encontrábamos en la mayor sala del complejo: una habitación de planta cruciforme de 20 X 9 metros, con un techo de más de 3 metros de alzada, que muchos creen que fue una iglesia. A

Andrew Collins, un experto en misterios de civilizaciones desaparecidas, Demir le había hecho ver algo: que algunas de las zonas más antiguas de ese entramado eran más altas que las «modernas». Como si hubiesen sido acondicionadas para personas de mayor estatura. Él creía que podía remontar su antigüedad al Paleolítico.

—Collins me propuso una explicación —recuerda Demir—. Cree que hacia el noveno milenio antes de Cristo, Turquía sufrió una mini era glacial que duró quinientos años. Y que los habitantes de estas regiones, más altos que nosotros, decidieron refugiarse del frío y la nieve del exterior, excavando ciudades en las que la temperatura era constante. Como aquí, que nunca baja de los diez o doce grados.

Andrew Collins, junto a autores bien conocidos en los países anglosajones como Graham Hancock, Rand Flem-Ath o Colin Wilson, defiende que existieron civilizaciones desarrolladas mucho antes de Mesopotamia o Egipto, que se esfumaron tras la llegada de la última glaciación. Para todos ellos, aquel cambio climático de hace once o doce mil años colapsó el curso de la Historia y dio pie a leyendas como las del Diluvio —extendida entre todas las culturas del planeta— o la del hundimiento de la Atlántida. ¿Era, pues, Derinkuyu, un vestigio de alguna de esas civilizaciones prehistóricas?. ¿Era casualidad que en la región del planeta en la que nos encontrábamos hubiera florecido el mito de Shambalah, un imaginario reino subterráneo cuyos tentáculos se extienden supuestamente bajo toda Asia?.

Con el sentimiento de estar tras las huellas de un gran sueño, abandoné Derinkuyu. rumbo a otros hormigueros de la Capadocia. Ömer Demir me deseó suerte.

Más de un millón de almas

Mi siguiente parada fue Meziköy, una mísera aldea rodeada de campos de patatas, alejada de los circuitos turísticos. Parecía un pueblo fantasma.

—Ni te imaginas dónde está aquí la entrada a la ciudad subterránea —me dice Abbas Ataman divertido.

Sacudo la cabeza, atónito. Cuando nos internamos entre sus casas de adobe y techo de paja, y entramos en una de ellas, la sorpresa me petrifica. Allá dentro,

en la parte posterior de un salón con suelo de barro, una rueda de piedra corta el paso a un pasillo que se interna tierra adentro. Es una «ciudad» de un solo nivel. Pero apta para que vivan no menos de trescientas personas. En Kaymakli, Tatlarin, Aksar o Kirsehir, se repiten escenas similares. Todas ellas son enormes laberintos excavados con un propósito que sigue siendo incierto para arqueólogos e historiadores.

—¿Sabe cuántas personas se calcula que pudieron acoger las ciudades subterráneas de la Capadocia, cuando funcionaban a pleno rendimiento?.

Abbas Ataman aguarda a que tome mi cuaderno de notas.

—Un millón doscientas mil. ¿No es eso un misterio en toda regla?.

Asiento. Y me prometo regresar cuando alguien encuentre una solución a este enigma.

CAPÍTULO 30

La cultura «X»

De los 510 millones de kilómetros cuadrados de superficie que tiene nuestro planeta, 361 están cubiertos por agua. Eso significa, en términos más fáciles de entender, que el 71% de la piel de la Tierra pertenece a un mundo en el que apenas hemos podido adentrarnos, y del que desconocemos buena parte de sus secretos.

Hace ya muchos años que Antonio Ribera me interesó por los misterios del mar. Por aquel entonces, quien fuera uno de los pioneros de la exploración submarina en España, amigo personal de Jacques Cousteau, buen escritor y un apasionado de los enigmas, me lo dejó bien claro:

—Ni Marte, ni egipcios, ni extraterrestres terminarán intrigándonos tanto como los tesoros que nos aguardan en el fondo marino —decía.

Y tenía razón.

Pero Antonio, que fue como un abuelo para mí, nos dejó en septiembre de 2001, sólo unos meses antes de que se publicara la investigación a la que quiero referirme en este capítulo.

En su despacho de Sant Feliu de Codines, a pocos kilómetros de Barcelona, Ribera y yo conversamos varias veces sobre esta curiosa paradoja: en tiempos de Ulises, el Mediterráneo no tenía exactamente las mismas costas que hoy, insistía. Aunque tampoco el resto de océanos del planeta. Cambios bruscos, enormes, en el perfil de las costas se han producido hasta épocas tan «recientes» como el

8000 a. J.C., causados por el progresivo derretimiento de los hielos polares. El calentamiento de nuestra atmósfera ha reducido esa inmensidad helada a sólo 27 millones de kilómetros cuadrados de superficie. Y desde el 8000 a. J.C. en adelante, los cambios, aunque menores, no han dejado de producirse.

—Piensa —decía— que todas las civilizaciones antiguas hablaron en un momento u otro de grandes islas o masas continentales que desaparecieron bajo las aguas. El mito platónico de la Atlántida, la leyenda de Lemuria y tantas otras tradiciones pudieron estar refiriéndose a un hecho cierto. Una catástrofe geológica real que modificó el perfil de las playas del mundo hace miles de años.

¿Y si tuviera razón?.

Sin duda, una de sus historias favoritas era la de la desaparición de la isla Krakatoa en 1883, en el estrecho de Sundra, entre Java y Sumatra.

—Una sola erupción volcánica la destruyó en mil pedazos. Provocó tsunamis con olas de cuarenta metros de altura, y la explosión se oyó hasta en Madagascar. Pero, ¿sabes lo más curioso? —Antonio sabia cómo mantener la atención de quien le escuchaba, acariciándose su perilla nevada. En 1928, en el mismo lugar en el que se hundió Krakatoa, volvió a emerger una isla. Hoy la llaman Anak Krakatoa, «hija de Krakatoa», y en unas décadas será tan grande como su madre. Créetelo, Javier: el mundo muta.

¡Yo le creí!.

Y hoy los expertos en paleoclimatología tampoco niegan ya esos cambios. Es más, sostienen que las alteraciones en la masa helada del planeta comenzaron a notarse por primera vez hace sesenta mil años y que no se han detenido aún.[99] El brusco ascenso de las aguas durante el último cambio climático global, hace ocho milenios, sepultó islas, antiguas bahías y, quizá, ciudades y hasta civilizaciones enteras. Tal vez incluso nos empujó a *nuestra* Edad de Piedra, sumergiendo para siempre esa mítica Edad de Oro de la que hablan todas las tradiciones.

¿Y por qué no?.

¿Acaso esa hipótesis no explicaría de un modo convincente por qué existen más de un centenar de leyendas que hablan de un Diluvio Universal en los cuatro rincones del planeta?. ¿No serán esos mitos los últimos recuerdos de un tiempo anterior al origen oficial de nuestra civilización?.

El caso del Mediterráneo es aún más excepcional si cabe. Glenn Milne, profesor del Departamento de Geología de la Universidad de Durham, trabaja desde 1970 en un programa informático capaz de recrear el modo en el que han ido cambiando las costas de la Tierra desde hace veintidós mil años. Él llama a su trabajo «mapas de inundación», y al aplicarlos al *Mare Nostrum* se ha llevado una verdadera sorpresa: este pequeño mar fue protagonista de grandes alteraciones en sus costas que comenzaron a sucederse hace unos dieciocho mil trescientos años. El estrecho de Gibraltar era aún más sucinto que hoy; Córcega y Cerdeña formaban una sola isla, y Malta tenía entre 8 y 12 kilómetros más de anchura. Al iniciarse el deshielo de Europa, una enorme masa de agua se derramó sobre el Mediterráneo. Gibraltar fue incapaz de drenarla al Atlántico, y el *Mare Nostrum* subió ¡hasta 60 metros de nivel!.

¿En qué afectó esa catástrofe a la humanidad?.

Para la mayoría de historiadores, en casi nada. Sin embargo, una cada vez más creciente comunidad de investigadores cree que antes del 10000 a. J.C. existieron una o varias civilizaciones avanzadas en las costas mediterráneas, que se perdieron para siempre bajo las aguas.

Según esos especialistas, a los que entrevisté antes de escribir *En busca de la Edad de Oro*, al subir bruscamente el nivel del mar decenas de núcleos urbanos desaparecieron, devolviendo a la humanidad a la época de las cavernas. De repente, las descripciones de Hesíodo en *Los trabajos y los días*, y las de Ovidio en sus *Metamorfosis*, cobraban un realismo inesperado: esa Edad de Oro de la humanidad que los dioses del Olimpo decidieron barrer de la Historia con una gran inundación no fue un simple mito.

Ahora bien, ¿sabemos dónde están hoy esas ciudades sumergidas?. ¿Podríamos, con el concurso de la moderna tecnología, descubrir ese fabuloso legado olvidado y rescatar una parte fundamental de nuestro pasado?.

Un romántico en Malta

En el año 2002 un escritor capitaneó en solitario la titánica aventura de encontrar los hipotéticos restos sumergidos de esa Edad de Oro. Como si fuera un moderno Schilemann detrás de su particular Troya, ese hombre decidió peinar los océanos allá donde las leyendas hablaban de ciudades sumergidas. Sus cálculos de que al

menos un cinco por ciento de la superficie terrestre de hace diez milenios se encuentra hoy bajo el mar le ofrecían casi 25 millones de kilómetros cuadrados que explorar en todo el planeta[100]. Fue así como Graham Hancock se propuso rastrear una porción de los mares del globo equivalente a China y Europa juntas…

A Graham lo conocí en la isla canaria de Tenerife. Llevaba meses rodando una serie para Channel 4 en el Reino Unido en la que expondría los resultados de su romántica búsqueda de ruinas submarinas. Antes de calzarse las bombonas de oxígeno no sabia mucho de ellas, aunque aquel escocés de mirada transparente e ideas fijas estaba seguro de algo: los pueblos de la Edad de Oro estuvieron obsesionados con las estrellas y transmitieron parte de su saber a las civilizaciones que surgieron tras su desaparición. Según él, eso fue lo que ocurrió en la India, Egipto, Centroamérica, las islas megalíticas mediterráneas y China. Y en sus costas se proponía encontrar las ruinas de esos ancestros olvidados.

Tras Tenerife, Hancock puso rumbo a Cádiz siguiendo los «mapas de inundación» de Milne. Gracias a ellos supo que en el Mediterráneo las áreas más afectadas por la crecida de las aguas se redujeron al estrecho de Gibraltar, las costas de Málaga y Almería, el mar Adriático, Malta, Cerdeña y Sicilia. Él y su esposa Santha Faiia terminaron buceando en todas, pero sólo uno de esos puntos les llamó la atención más que el resto: el pequeño archipiélago de Malta. Curiosamente, esas islas —sobre todo la mayor, que da nombre al conjunto— acogen los monumentos megalíticos más antiguos del mundo, El templo de Tarxien y su hipogeo de Hal Saflieni han sido datados entre el 3100 y el 2500 a. J.C. A las ruinas de Gigantija, que conservan bloques de hasta 5 metros de alzada y 15 toneladas de peso o más, se las sitúa entre el 5600 y el 3,600 a. J.C. Y los expertos más cautos admiten que los primeros asentamientos humanos en Malta se produjeron hace la friolera de siete mil doscientos años.

Ahora sabemos que tal vez se quedaron cortos en sus cálculos.

Malta es, de hecho, todo un misterio, y esas dataciones son hoy más que discutibles. Todas descansan sobre el ya descrito método del carbono-14 que se ha aplicado a los pocos vestigios orgánicos hallados junto a las piedras. Sin embargo, seguimos sin tener pruebas definitivas de que los monumentos no estuvieran allí mucho antes que los huesos y cerámicas datados. Es como si hoy

quisiéramos fechar San Pedro del Vaticano aplicando el método del carbono-14 a los restos mortales de, por ejemplo, la tumba de Pío IX.

—Lo único que podría convencer a los científicos de su error de datación en Malta —me explicaba Hancock en uno de nuestros encuentros en San Marino, al norte de Milán— es que localizáramos un templo megalítico similar a los conocidos, pero bajo el agua, construido antes de que la última glaciación hiciera subir el nivel del Mediterráneo. ¡Eso no dejaría lugar a dudas!.

Pero Hancock se equivocaba.

En enero de 1994 un buceador llamado Scicluna había dado ya con un lugar así.[101] Su hallazgo, sin embargo, fue ignorado tanto por la comunidad científica como por la prensa, y hasta julio de 1999 nadie volvió a hablar de él. Un súbdito alemán, Hubert Zeitlmair, lo reubicó con la ayuda de dos buceadores locales, marcó sus coordenadas exactas con su GPS e hizo públicas imágenes de ese recinto muy poco después. Mostraban grandes bloques de piedra, incisiones rectilíneas en el suelo a modo de «raíles» y hasta agujeros que asemejaban bocas de pozo, de indudable manufactura humana.

El problema de Zeitlmair fue presentarse como un apasionado de las civilizaciones desaparecidas, un «cazador de la Atlántida», y sin las credenciales académicas adecuadas. Este economista aficionado a la arqueología cometió, además, el error de declararse seguidor de las ideas de Zecharia Sitchin, un escritor neoyorquino que desde hace años defiende que seres extraterrestres visitaron la Tierra en la más remota antigüedad. Y con esa carta de presentación el desinterés de los arqueólogos malteses estuvo asegurado.

Yo no tuve tantos prejuicios como ellos. Por eso, en diciembre de 1999 busqué la oportunidad para entrevistarme con Zeitlmair en Cerdeña. Lo encontré sumido en la desesperación. Tenia imágenes submarinas de un templo en las aguas de Malta, ¡y nadie le hacía caso!.

—He descubierto que los veintitrés templos megalíticos que existen en la costa de Malta imitan posiciones de cuerpos del sistema solar —me dijo—. Y he averiguado la posición de un nuevo recinto sumergido gracias a que sus constructores lo ajustaron también a esa regla. ¿Por qué las autoridades no me escuchan?.[102]

Intrigado por esos comentarios, Graham Hancock visitó Malta aquel mismo año y más tarde, en junio de 2000. Tras numerosas inmersiones infructuosas,

Santha y él terminaron por localizar gradas, arcos y hasta unas escaleras que no conducían a ninguna parte, y que eran, indudablemente, partes de una antigua construcción.

De regreso al Reino Unido, y de nuevo gracias a los «mapas de inundación» de Glenn Milne, Hancock pudo incluso fechar esas estructuras entre quince y dieciocho mil años de antigüedad,[103] y se sumó a la menos extravagante de las ideas de su gula Zeitlmair:

—Este templo sumergido —nos dijo— nos está diciendo que la Era de los Megalitos debe ser datada de nuevo, retrasada hasta hace trece mil años por lo menos.

Pero ¿qué cultura habitaba el Mediterráneo hace tanto tiempo?. ¿Quién fue capaz de levantar templos prodigiosos como los de Malta?. Y aún más, ¿qué les llevó a orientarlos a posiciones estelares tan remotas?.

Es curioso: si estas preguntas se hubieran realizado en el siglo XIX, el arqueólogo maltés G. G. de Vase hubiera respondido, sin dudar, que tras esos enigmas se escondía el recuerdo de la Atlántida. Zeitlmair era, Pues, un hombre con ideas de otro tiempo. Para él, así como para autores como Joseph Bosco en 1922 o Anton Mifsud en 2000, Malta era lo que aún quedaba emergido de la mítica isla hundida a la que se refirió Platón en su *Timeo*[104].

¿Demasiada imaginación?.

Cerdeña, isla olvidada

Lo que argumentan los escépticos ante tales sueños es que de ser cierta esa suposición, deberían quedar más restos de esa cultura «X» en otras importantes islas del Mediterráneo.

Y quedan.

Además de Malta, otra isla cercana está preñada de misterios ancestrales: Cerdeña. Los historiadores han fechado los primeros asentamientos humanos en el lugar en más de medio millón de años, y hoy admiten que hacia el 10000 a. J.C. aparecieron las primeras manufacturas importantes de piedra de la isla.

Tanto me hablaron de sus maravillas arqueológicas «por descubrir», que terminé visitando el museo de Cagliari tras las huellas de esa presunta

protocivilización. Para mi sorpresa, en sus vitrinas di con algo que no esperaba: entre el 3500 y el 2700 a. J.C., Cerdeña estuvo dominada por una cultura local poderosa llamada Ozieri. Fue un pueblo culto, que decoró con acierto y delicadeza sus cerámicas, y cuyos restos aún desprenden un extraño tufillo oriental a través de las vitrinas herméticas que los protegen.

A estos Ozieri se les ha atribuido la construcción del monumento más misterioso de toda la isla: se trata de una pirámide escalonada, de unos nueve metros de altura, con lados de 37 y 30 metros respectivamente y dividida en tres grandes escalones o gradas, llamada Monte d'Accoddi. En ninguna guía sarda es descrita como una pirámide, pero eso es, definitivamente, de lo que se trata.

—Anótelo bien —me dijo la atenta secretaria del museo al ver mi cuaderno de viaje—: debe viajar al norte de la isla, cerca de Sassari. Si lo que busca es un buen misterio, ahí tiene uno gigantesco.

Después me entregó unas fotocopias en las que se decía que aquello era lo más parecido «a lo que en el ámbito mesopotámico se define como zigurat»,[105] y me hizo prometerle que echarla un vistazo.

Ciertamente lo haría.

El pozo astronómico

Pero Monte d’Accoddi no era el único vestigio «sumerio» que iba a encontrarme en Cerdeña. De hecho, con el mapa de esa prometedora pirámide en el salpicadero de mi vehículo de alquiler, tropecé con otro lugar de difícil clasificación. Hoy es conocido como Pozo de Santa Cristina y se encuentra en el centro geográfico de la isla. Aunque se trata de un yacimiento claramente precristiano, toma su nombre de una popular ermita situada en las inmediaciones, y no son pocos los que creen que tiene un aire… extranjero.

El pozo, una estructura cilíndrica tallada en piedra basáltica pulida con esmero, no se asemeja a ninguna construcción vecina. Aunque está rodeada de *nuraghis*, una especie de toscas torres megalíticas levantadas entre los años 1700 y el 900 a. J.C., su diseño no tiene nada en común con ellas.

Santa Cristina parece una «máquina» de piedra. Un objeto de precisión.

Accedí a su interior descendiendo la escalera de 25 peldaños que arranca tras una extraña puerta trapezoidal tallada en el suelo. Al verla me pareció estar

frente al decorado de una película de ciencia ficción. Aquella rampa descendía poco más de 3 metros bajo tierra y desembocaba en una especie de chimenea cónica armoniosa que ascendía hasta un pequeño orificio por el que se colaba la luz del día. Todo el recinto emana todavía una poderosa atmósfera sacra.

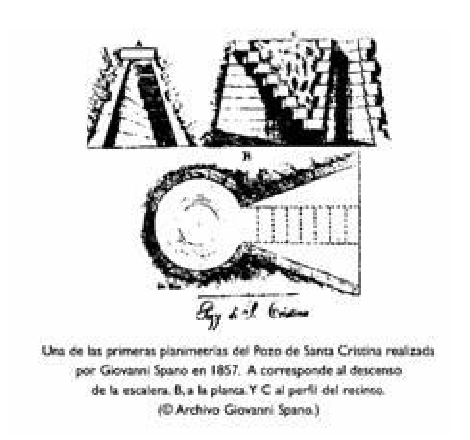
¿Estaba ante el «eco» de un remoto contacto entre una olvidada expedición sumeria y los habitantes de la isla, como sugieren algunos historiadores locales?.

Pronto descubriría que la peculiaridad más destacada del Pozo de Santa Cristina fue su función astronómica. Estudiado durante años por el profesor Enrico Atzeni, de la Universidad de Cagliari, esa estructura fue fechada en torno al primer milenio antes de Cristo. Hoy se cree que sirvió para cultos que unían la veneración de las aguas y el culto a la Luna. Y es que, en efecto, si se observa la «chimenea» del pozo desde abajo, éste termina en una especie de óculo que deja ver la Luna llena entre los meses de diciembre y enero. Se trata, pues, de un monumento levantado por cuidadosos astrónomos.

A semejante conclusión han llegado también los profesores Carlo Maxia y Eduardo Proverbio, de la Facultad de Antropología y el Instituto de Astronomía de la Universidad de Cagliari, respectivamente. Según ellos el misterio de la apertura superior del pozo está resuelto:

… Para un observador situado en el lado norte del fondo del pozo, la distancia cenital máxima de su campo de visión será de 11,5º, exactamente igual a la distancia cenital mínima de la Luna en la latitud del Pozo de Santa Cristina (+40º), En esas circunstancias, en su época de máxima declinación, la Luna se refleja por un breve periodo en el fondo del pozo, durante el solsticio invernal. [106]

Existen una treintena de pozos sagrados más distribuidos por todo el territorio sardo, y aunque algunos tengan también una clara función astronómica, lo cierto es que ninguno presenta el acabado del de Santa Cristina. Cualquiera que haya visitado construcciones sagradas incas, al otro lado del planeta, en Perú, verá en los muros mediterráneos un inexplicable parentesco.



Una de las primeras planimetrías del Pozo de Santa Cristina realizada por Giovanni Spano en 1857. A corresponde al descenso de la escalera. B, a la planta. Y C al perfil del recinto. (© Archivo Giovanni Spano.)

Es sólo una intuición pero ¿por qué no pensar que los constructores de este pozo y los promotores de las culturas del altiplano peruano bebieron de fuentes similares?. ¿Por qué no aceptar, siquiera como hipótesis de trabajo, la existencia de una cultura madre en el Mediterráneo, de la que perdimos todo rastro al desencadenarse el Final de la última Edad del Hielo?.

Tal vez las respuestas me aguardaban en la pirámide de Monte d'Accodi. Hacia allí apreté mis pasos.

CAPITULO 31

La odisea sumeria jamás contada

Desde hace décadas, Giovanni Semerano no quiere ni oír hablar del indoeuropeo, la supuesta lengua madre de la que, según los expertos, derivan buena parte de los idiomas que hoy se hablan en el planeta. Este lingüista de noventa y cinco años, que fue profesor de la Universidad de Nápoles y es autor de un monumental y respetado *Dizionario etimológico,* tiene una sorprendente teoría: nuestras lenguas nacieron en Sumeria, en tierras del moderno Irak. El indoeuropeo, asegura, es un invento de los expertos; jamás existió. La verdadera «fuente» del idioma estuvo en Sumer. Aquel pueblo decía *erebu* para referirse al Occidente, y de ahí derivó la palabra *Europa. Asu* equivalía al lugar donde nace el Sol, y dio nombre a Asia, Hasta Arabia, según Semerano, tiene un origen mesopotámico: procede de la palabra *arbu*, desierto. Ésa fue pues, según él, la verdadera lengua de Adán y de Eva.

Había oído hablar de las ideas de este filólogo años atrás. Curiosamente, su búsqueda de la lengua primordial le había llevado hasta el lugar donde los antiguos creyeron que estuvo el jardín del Edén. Y la «coincidencia» me resultó algo más que simpática, Pero confieso que no empecé a tomármelo en serio hasta que supe que esos sumerios —tal vez un minúsculo grupo de ellos, unos náufragos o unos colonos muy adelantados—, llegaron a construir uno de sus zigurats o torres escalonadas… ¡en el corazón del Mediterráneo!.

El zigurat perdido

Aproveché mi visita a la isla de Cerdeña para comprobar con mis propios ojos que allí, en la isla de veraneo preferida de los italianos, se escondía un edificio sumerio.

¿Por qué nadie hablaba de ello?.

¿Tan grave era admitir que aquel pueblo dominó rutas de navegación hace cuatro o cinco mil años?.

La abrupta carretera 131 «Carlo Felice» me llevó desde el Pozo de Santa Cristina hasta un páramo situado a 800 metros de la principal autopista sarda, en el que se alzaba el extraño promontorio del que tanto había oído hablar. Me encontraba a sólo 11 kilómetros de Sassari, la segunda ciudad de la isla, y a unas dos horas en coche de Cagliari, la capital.

Cuando puse el pie en la llanura, ésta estaba vacía y ninguna señal impedía el paso de los curiosos. Fue al situarme en el lado sur de la única colina de los alrededores cuando comprendí a qué me estaba enfrentando: aquella atalaya, de unos 9 metros de alto y con una superficie de 40 X 30 metros, era una pirámide perfecta. Nadie en la isla la llamaba así —por alguna razón todavía prefieren definirla como «altar» o «lugar ceremonial», pero bastaba mirarla para saber que se trataba de una especie de mastaba escalonada, de tres niveles. Además, por su grado de erosión, diríase que de manufactura muy antigua.

—Los expertos no se ponen de acuerdo respecto a su antigüedad. La llaman Monte d'Accoddi, y tampoco se sabe muy bien lo que significa ese nombre —me explicará a mi regreso Stefano Salvatici, presidente de la asociación cultural Nonsoloterra de Cagliari—. Se manejan cronologías que van del cuarto al segundo milenio antes de Cristo. Y sí: fue una pirámide. Probablemente, un templo astronómico de primer orden.

Cuando me puse manos a la obra para averiguar más de aquel lugar, enseguida me llamó la atención lo pronto que los primeros arqueólogos establecieron conexiones entre el yacimiento de Monte d'Accoddi y los zigurats mesopotámicos.

Y lo rápido que se olvidaron sus ideas. Ercole Contu, uno de los padres de la

arqueología sarda, excavó la zona entre 1952 y 1958, y desenterró del corazón de aquella plataforma unos seis mil objetos que fechó entre el 4000 y el 3200 a. J.C. Es decir, mucho más antiguos que las primeras pirámides egipcias y contemporáneos al recinto megalítico de Stonehenge. «A lo que más se parece», escribió, «es al zigurat de Anu, en la antigua Uruk. Incluso la época de construcción podría corresponderse más o menos».[107]

¿Llegaron entonces los sumerios a Cerdeña?. ¿Era ésa la prueba física que el profesor Semerano estaba esperando para demostrar sus teorías lingüísticas?.

En 1984 un nuevo descubrimiento apuntaló aún más tan extraña idea: bajo el túmulo que corona la cima del supuesto zigurat, a unos 5,5 metros del suelo, se halló una cámara alargada, casi un pasillo, de 30 metros cuadrados, pintada de rojo, tal y como se decoraban los templetes que remataban las pirámides mesopotámicas. Fue el profesor Emilio Spedicato, del Departamento de Matemáticas de la Universidad de Bérgamo y un apasionado de la historia antigua, quien me puso tras la pista de la «teoría de los náufragos» que explicaba aquello.

—Tal vez hace cuatro mil años, una embarcación sumeria o acadia, de la época del rey Sargón el Grande, pudo haber encallado en el norte de la isla y haberse visto obligada a establecerse allí por alguna oscura razón. Eso explicaría por qué el sardo, la lengua local, tiene aún tantas palabras de origen sumerio.

Spedicato conocía, por supuesto, las tesis del profesor Semerano, y como él, estimaba que los «fósiles lingüísticos» incrustados en topónimos, nombres propios y frases antiguas de la zona podarían darnos la clave de lo ocurrido. Nadie sabe a ciencia cierta, por ejemplo, por qué el zigurat de Cerdeña se llama Monte d'Accoddi. Aunque la palabra recuerda a Akkad, el reino de Sargón, otros creen que *accoddi* remite a la palabra sarda *recogida* e incluso a la expresión local «hacer el amor». Aunque otro profesor, Virgilio Tetti, ha sugerido que ese topónimo procede del término «Monte de Code», donde *Code* significa «piedra».

Curiosamente, en la época de dominio español de la isla (siglo XVII), a aquel recinto lo llamaban «el montón de piedras».[108]

Los reyes navegantes

—Busque usted en las leyendas del rey Sargón, y descubrirá por qué algunos creen que fue en su época cuando los sumerios pudieron llegar a nuestras costas —me susurra el profesor Spedicato, antes de dar por terminada nuestra conversación—. Y pregúntese si todo lo que ha visto en el Monte d'Accoddi coincide con lo que averigüe de él.

Aquellas palabras sonaron a desafío, un reto que acepté durante algún tiempo. Gracias a los escritos del arqueólogo Ercole Contu supe que Monte d'Accoddi era sólo uno de los 287 emplazamientos arqueológicos de la zona. Y como el zigurar era, sin duda, el más antiguo de todos ellos, era lógico pensar que su presencia había «sacralizado» el norte de la isla hasta el punto de convertirlo en un santuario que estuvo activo durante más de dos mil años.

Raffaele Sardela, autor de un libro académico sobre las lenguas primitivas de Cerdeña, sugiere que tras la desaparición de los constructores de Monte d'Accodi otro pueblo, los nuraghi, tomó el control del viejo zigurat y lo amplió. «La religión nurágica —escribió— logró seguramente sobrevivir al dominio cartaginés y romano basándose en la magia, los horóscopos y los augurios a los que los extranjeros invasores eran tan aficionados».[109]

Lo cierto es que Monte d'Accoddi debió de ejercer una atracción casi magnética sobre los distintos colonizadores de la isla. Probablemente, vieron en aquella colina lo mismo que Sargón el Grande en sus zigurats: un punto de unión entre el cielo y la Tierra, un lugar donde los hombres podían comunicarse con los dioses. Sargón levantó varios de ellos, todos mayores que el olvidado «altar» de Cerdeña. Pero también sabemos que un territorio tan remoto para sus dominios como ése no le hubiera resultado indiferente. En textos de su tiempo (2370-2285 a. J.C.), a Sargón se le otorgaba el control de dos «tierras de] otro lado del mar superior», que era como los sumerios se referían al Mediterráneo. Una era Kaptar («tierra cretense») y la otra Anaku («tierra del estaño»). Y se da la circunstancia de que Cerdeña tenia Yacimientos de ese apreciado metal. ¿Fue Anaku el nombre sumerio de la isla?.

James Bailey, autor del clásico *Los dioses reyes y los titanes,*[110] especulaba en 1973 con la posibilidad de que esas tierras «del otro lado» fueran América.

Pero allá no se ha encontrado zigurat alguno, ni pruebas lingüísticas tan poderosas como las sardas. Y eso por no hablar del tipo de embarcaciones de junco que se trenzaban en la antigua Cerdeña, idénticas a las de sus «colegas» sumerios o egipcios.

Si alguna vez la vecina Cerdeña fue, como parece, una colonia de Sumer… habrá que escribir la crónica olvidada de aquellos exploradores. La Historia ha sido injusta con ellos.

¿Debemos serlo nosotros?.

CAPÍTULO 32

La tumba perdida de Alejandro Magno

Arafat Saad, un hombre rudo enfundado en una maltrecha camiseta de tirantes y con cara de pocos amigos, nos miró de hito en hito. Seguramente no se explicaba qué hacían dos extranjeros allí, frente a la puerta de «su» cementerio, tan lejos de las rutas de los turistas, en un rincón tan poco amable de Alejandría. Pero Robert Bauval, mi acompañante, célebre egiptólogo nacido en aquella ciudad mediterránea, sabia bien qué se traía entre manos.

—Venimos a ver la tumba de Iskander —susurró.

—¿Iskander?.

Las morenas arrugas del guardián del cementerio latino de *Terra Sancta* dieron paso a una rápida sonrisa cómplice:

—Síganme, por favor.

Iskander era el nombre que los árabes daban a Alejandro Magno y, por lo visto, era también un excelente *ábrete sésamo* en aquella parte de Egipto. Mientras nos adentrábamos en aquel descuidado camposanto cristiano, Bauval me explicó que los musulmanes todavía consideran al macedonio un profeta, y que debia de ser un honor para aquel hombre que unos desconocidos le preguntaran por su tumba.

—¡Un momento! —lo detuve—. ¿Quieres decir que aquí está la famosa tumba de Alejandro, la que media humanidad lleva buscando desde el siglo cuarto de nuestra era?. ¿Aquí?.

Robert Bauval echó un vistazo a nuestro alrededor: aquel lugar, en efecto, parecía más una huerta que un cementerio.

No había nada solemne en él. Ninguna de sus lápidas se tenía en pie, y el camino que transitábamos discurría bajo las sombras de unos árboles de mal aspecto.

—Qué mejor lugar para una tumba que un viejo cementerio, ¿no es cierto? —sonrió.

Cuando llegamos al final del sendero, Arafat Saad nos brindó el paso hasta unas escaleras ocultas por la maleza. Once peldaños más abajo descansaba una especie de cubo de alabastro primorosamente pulido por dentro, y basto e irregular por fuera.

—Iskander —dijo.

La larga caza del Soma

El lugar me impactó. Lo hubiera hecho a cualquiera. Aquella estructura sobria, casi vanguardista, tenía el tamaño adecuado para guardar un coche grande, pero irradiaba un extraño hieratismo. No presentaba una sola inscripción, ni tampoco figuras o bajorrelieve alguno que dieran una pista de su procedencia. Bauval, satisfecho por haber sorprendido, me contó allí mismo su historia. Según él, la tumba de alabastro fue descubierta en 1907 por el arqueólogo italiano y director del Museo Grecorromano de la Alejandría Evaristo Breccia,[111] aunque al principio creyó que había dado con el Nemeseion, el templo construido por César para guardar la cabeza de Pompeyo. En aquel tiempo tan sólo eran unas enormes piedras de alabastro desmontadas, y apiladas las unas sobre las otras sin orden aparente. Fue su sucesor al frente del museo, Achille Adriani, quien corregiría las impresiones de Breccia algunos años más tarde. Esas losas, dijo, debían de ser la antecámara de un gran monumento. De hecho, en 1966 sugirió que podrian compararse con algunos mausoleos reales de Macedonia. Y más tarde, durante la década siguiente, poco antes de morir, las identificó ya con la tumba de Alejandro.

Pero ¿era eso posible?. ¿Estaba ante el último vestigio del enterramiento más famoso del mundo clásico?.

Agradecí a Robert Bauval su explicación, a la que aún quiso añadir algo más:

—La búsqueda de esa tumba es como la del Santo Grial. Perseguimos un arquetipo. Un sueño.

Bauval tenía razón. Aquél era un sueño alimentado desde hace casi dos mil años, y que empezó a fraguarse en Babilonia, cuando el gobernante macedonio más famoso de la Historia dejó este mundo con sólo treinta y tres años, en el 323 a. J.C.

Desde el principio, sus generales se disputaron la posesión del cadáver. Para colmo, Aristandro, oráculo de la corte, anunció gloria y prosperidad para la tierra que alojara su cuerpo. ¿Respetarían los militares su voluntad de ser inhumado en el remoto oasis egipcio de Siwa, en la frontera con la moderna Libia, donde el gran Alejandro recibió la bendición de Amón para proclamarse faraón?.

Los deseos de Alejandro no se cumplieron. Sus «fieles» embalsamaron su cuerpo a la manera egipcia y según Diodoro de Sicilia lo envolvieron en un sudario de láminas de oro que reproducía fielmente sus rasgos. Durante dos años prepararon su ajuar para el viaje eterno, lo colocaron sobre un carro tirado por sesenta y cuatro bueyes, y lo abocaron a un viaje de 3.000 kilómetros.

Fue una argucia de Ptolomeo I Soter la que le valió su llegada a Egipto. Las crónicas del Pseudo-Calístenes, contemporáneas a los hechos, nos dicen que fue trasladado primero a Menfis y luego a Alejandría. Y allí su lugar de descanso pronto se conoció como «Soma», que en griego quiere decir «cuerpo».

—Entonces, esa tumba todavía debe de estar aquí, en Alejandría —concluyo mientras Bauval termina de examinar la tumba de alabastro—: ¿No es cierto?.

—Si —asiente—. La cuestión es si en este cementerio o en algún otro enclave.

Alejandro necesita una esposa

Robert y yo recorrimos entre enero y septiembre de 2000 varios de los lugares en los que se cree que puede estar su dichosa última morada. Nos maravillaban los relatos de Estrabón, del aludido Diodoro o de Zenobio que referían las visitas que en la antigüedad recibió su cuerpo. Julio César, Caracalla o Augusto se postraron admirados ante los restos del hombre que dominó el mundo en el siglo IV a. J.C. Incluso, si hemos de creer al senador e historiador romano Dión Casio, este último lastimó la nariz de su momia al depositar una corona de flores sobre él. En ese tiempo, el sarcófago de oro original ya había desaparecido; algunos creen que Ptolomeo IV y otros que Cleopatra VII lo fundieron para cubrir sus crisis económicas. Pero Estrabón dejó escrito que fue sustituido por uno de cristal, transparente, que dejaba ver el cuerpo del macedonio en toda su majestad.

Antes del descubrimiento de la tumba de alabastro, la leyenda más persistente situaba el Soma entre las calles Fuad y Nebi Daniel, en el corazón urbano de Alejandría. León el Africano, escritor árabe del siglo XVI, dijo que los musulmanes visitaban la tumba de Iskander cerca de la iglesia copta de San Marcos. Y a sólo 300 metros de ella se levanta aún la mezquita del profeta Daniel. El lugar, inexplicablemente desprovisto de minarete, es hoy una nave de piedra cubierta de uralita, que alberga una escuela religiosa justo a la entrada. ¿Estaría bajo sus cimientos el cuerpo del macedonio?.

Hacia allí dirigimos nuestros pasos. Sabíamos que Heinrich Schliemann, el descubridor de Troya, había pedido permiso a las autoridades egipcias para excavar Ali en 1888. Se lo denegaron, Sin embargo, otros tuvieron más suerte. En 1960 un equipo polaco abrió una zanja de hasta 15 metros de profundidad, en la que no hallaron nada. Y otras obras ejecutadas entre 1991 y 1996 dieron idénticos resultados. Incluso Achille Adriani rebuscó en el subsuelo, pero se convenció de que debía mirar en otra dirección. Todos estos esfuerzos partieron de una impresionante rotonda rodeada de columnas de granito de época romana que se encuentra justo bajo la sala de oración de la mezquita.

—¿Iskander?.

El *ábrete sésamo* volvió a funcionar. Gamal, nuestro guía en Nebi Daniel,

nos acercó hasta el agujero abierto en el salón de rezos.

—Sin duda está aquí. Sólo hay que seguir excavando. Pero, naturalmente, no vamos a dejar que nadie se lleve a nuestro profeta —dijo orgulloso.

El mismo Gamal nos susurró otra historia, «que toda Alejandría conoce». Nos contó cómo hacía unos quince años, una mujer que hacía cola en un cine de esa misma calle, fue engullida por un socavón que se abrió de repente bajo sus pies.

—Todos los intentos de dar con ella fracasaron —dijo.

Según la policía, su cuerpo debió de caer en alguno de los muchos torrentes subterráneos que cruzan la ciudad, y arrastrado lejos de allí.

—Pero caí sabemos la verdad —sonrió Gamal—, Alejandro necesitaba una esposa, y se llevó a aquella mujer.

Las falsas moradas

Jean-Yves Empereur, arqueólogo francés responsable *de* varios proyectos de excavación e investigación submarina en la ciudad, cree que la idea de buscar el Soma en Nebi Daniel es bastante peregrina. Como Abdel Halim Nuredin, antiguo jefe del Consejo Supremo de Antigüedades, Empereur sugiere que su mausoleo está en el cementerio en el que empezó mi búsqueda.

—Por supuesto, la idea de que la tumba de Alejandro pudiera encontrarse en el oasis de Siwa también debería descartarse —dijo.

En 1995 una curiosa arqueóloga griega llamada Liana Souvaltzi dio la voz de alarma al desenterrar en ese remoto palmeral emplazado junto a la frontera de Libia, un corredor que creía desembocaría en la tumba del macedonio.[112] Sin embargo, otro equipo terminaría certificando aquellos restos como simples ruinas romanas. Aunque ningún autor clásico mencionara jamás a Siwa como el destino final del Soma, para Souvaltzi no había duda. Según The New York Times, la griega creía que esa información ¡se la habían dado las serpientes!.[113] Sus extravagancias pronto le hicieron perder toda credibilidad; las autoridades egipcias le retiraron los permisos de excavación en 1996 y sus teorías quedarían en entredicho para siempre.

Entonces, «¿dónde está la tumba de Alejandro?», se preguntaba, y con razón, san Juan Crisóstomo ya en el siglo IV, queriendo adoctrinar con esa incógnita a sus fieles. La desolación de Alejandría era tal en aquel tiempo, que al buen obispo de Constantinopla el extravío del Soma le parecía la mejor demostración de que hasta los hombres más grandes de la Historia terminan desvaneciéndose sin dejar huella. Sólo Dios, según él, sobrevive al tiempo.

¿Era eso lo que debla aprender de mi búsqueda?.

CAPÍTULO 33

El enigma de la sangre azul

Esta vez encontré mi objetivo casi por azar.

Estaba tan cerca del sanctasanctórum del Templo de Luxor, en el Alto Egipto, que de no haberme dejado llevar por la intuición, aquel relieve me habría pasado desapercibido. Y hubiera sido una pena.

A sólo unos pasos del pasillo principal del complejo tebano, en una sala que los egiptólogos llaman *mammisi* —o *del nacimiento*—, sobre su pared oeste y un poco por encima de la altura de mis ojos, un anónimo artista cinceló hace tres mil cuatrocientos años una escena fuera de lo común. No está coloreada. Sus perfiles apenas penetran en la piedra caliza, y sin una luz adecuada resulta muy difícil verla. De hecho, todavía hoy pasa inadvertido a los cientos de turistas que visitan el lugar a diario.

Sin embargo, no es la estética lo que confiere un valor inestimable a esa pared. Erosionadas por el tiempo, las bellas imágenes de tres dioses y una reina ocupan el centro de la escena. Su disposición es extraña, casi sin par: en la parte superior del relieve Amón, sentado sobre un banco, toma las manos de la reina Mutemiua, madre del faraón Amenhotep III. Bajo la pareja, las diosas Selkit y Neith, inconfundibles gracias al escorpión y las flechas cruzadas que adornan sus tocados, parecen sostener ese encuentro entre sus delicados brazos. Lo cierto es que de no ser por los textos jeroglíficos que flanquean la escena, no sabríamos qué trató de representar allí su escultor.

La columna de la derecha es la más reveladora. Recoge ciertas «palabras pronunciadas por el dios Amón» en lo que parece ser un encuentro íntimo con la reina de Egipto.

Él la encontró descansando en las profundidades de palacio. Ella se despertó por el perfume del dios. Él le sonrió mientras iba hacia ella. La poseyó y le hizo ver su forma divina.[114]

Aquel relato me resultó familiar. ¡Y a quién no!. El dios egipcio insemina a la reina empleando el poder de su Verbo —exactamente igual a como Yahvé dio forma a todas las cosas creadas en la mitología hebrea—, y le anuncia allí mismo cuál será el nombre del hijo que nacerá de su relación. De hecho, algo parecido se repetirá casi quince siglos más tarde en una remota aldea palestina, cuando un enviado de Dios anunció a una joven virgen que tendría un hijo llamado a cambiar la Historia.

¿Eran aquellos paralelismos algo casual?.

El resto de paredes de la sala en la que me encontraba, con sus relieves tan o más desgastados que éste, recogían otros pasos de aquel peculiar proceso de creación. El dios Khnum, con cabeza de carnero, moldeaba a dos niños en una esquina. Uno era el futuro Amenhotep, fruto del encuentro entre Amón y Mutemuia, y el otro su *ka*, doble espiritual o alma, que atendía con la mirada el gesto protector de Isis. En una tercera escena, Khnum rinde cuentas a Amón de su obra, e incluso pude admirar a Toth e Isis asistiendo a la reina en el parto. El Final del proceso llega cuando el niño faraón bebe al fin de los pechos de diferentes diosas y es presentado por Horus y Hekau —el protector de la magia en el antiguo Egipto—, ante su padre, Amón.

Los expertos llaman a esta clase de relatos teogonías. Así definen a las uniones carnales entre dioses y hombres que dan como resultado el nacimiento de «híbridos» destinados a grandes empresas. Casi todos los textos sagrados del mundo recogen esa clase de episodios. En China, por ejemplo, se creía que los emperadores nacían de esos encuentros; por eso recibían el nombre de Tien-tse o «Hijos del Cielo». pero en nuestro Génesis también se da cuenta de una de esas teogonías cuando explica cómo el mestizaje «de los hijos de Dios con las hijas

de los hombres» dio paso a una raza de titanes.

¿Dónde surgió semejante idea?. ¿Y qué hecho —si es que hubo un episodio concreto detrás del nacimiento de estos mitos— originó las teogonías del mundo antiguo?.

El descubrimiento del relieve de Luxor me dio mucho que pensar. Decidí incluirlo como pieza clave de mi novela *El secreto egipcio de Napoleón* al darme cuenta de que en aquella precisa pared podría estar el origen de un término tan enigmático como común en nuestro vocabulario: el de la «sangre azul». Esto es, el de la ancestral creencia de que por las venas de ciertos gobernantes corre una sangre diferente a la del resto de los mortales.



Teogonia de Amenhotep III en Luxor, Egipto.
(© Archvo R. Schwaller de Lubicz.)

El fluido de Amón

El filósofo alsaciano René Schwaller de Lubicz, sin duda el autor que más en profundidad ha estudiado las ruinas de Luxor, terminó su monumental tratado *The temple of man* refiriéndose a esta particular escena teogónica. Como él, otros comprendieron que ésta sintetizaba una de las creencias más profundas del antiguo Egipto: la relativa al origen divino de sus reyes. Leyendo sus escritos se deduce que es incluso más que probable que el mito de la «sangre azul» de los muy posteriores monarcas europeos naciera allí mismo, pues al dios Amón se lo

representaba siempre con la piel del color del cielo y su descendencia heredaba, en sentido simbólico, un fluido vital de ese tono.

¿Nació en los templos de Egipto, al calor de los ritos secretos de los sacerdotes, la expresión «sangre azul»?.

Para mi sorpresa, el caso de Amenhotep III no fue una excepción en Egipto. De hecho, a los tres primeros reyes de la V Dinastía menfita —Userkaf, Sahuré y Neferirkare (2498-2467 a. J.C.)— también se les atribuyó haber sido engendrados por Ra[115] en el vientre de sus madres. Según Gaston Maspero, uno de los padres de la egiptología moderna y un estudioso menos soñador que Schwaller, este tipo de relatos deben entenderse como una mera estrategia política para legitimar a faraones de procedencia familiar dudosa[116].

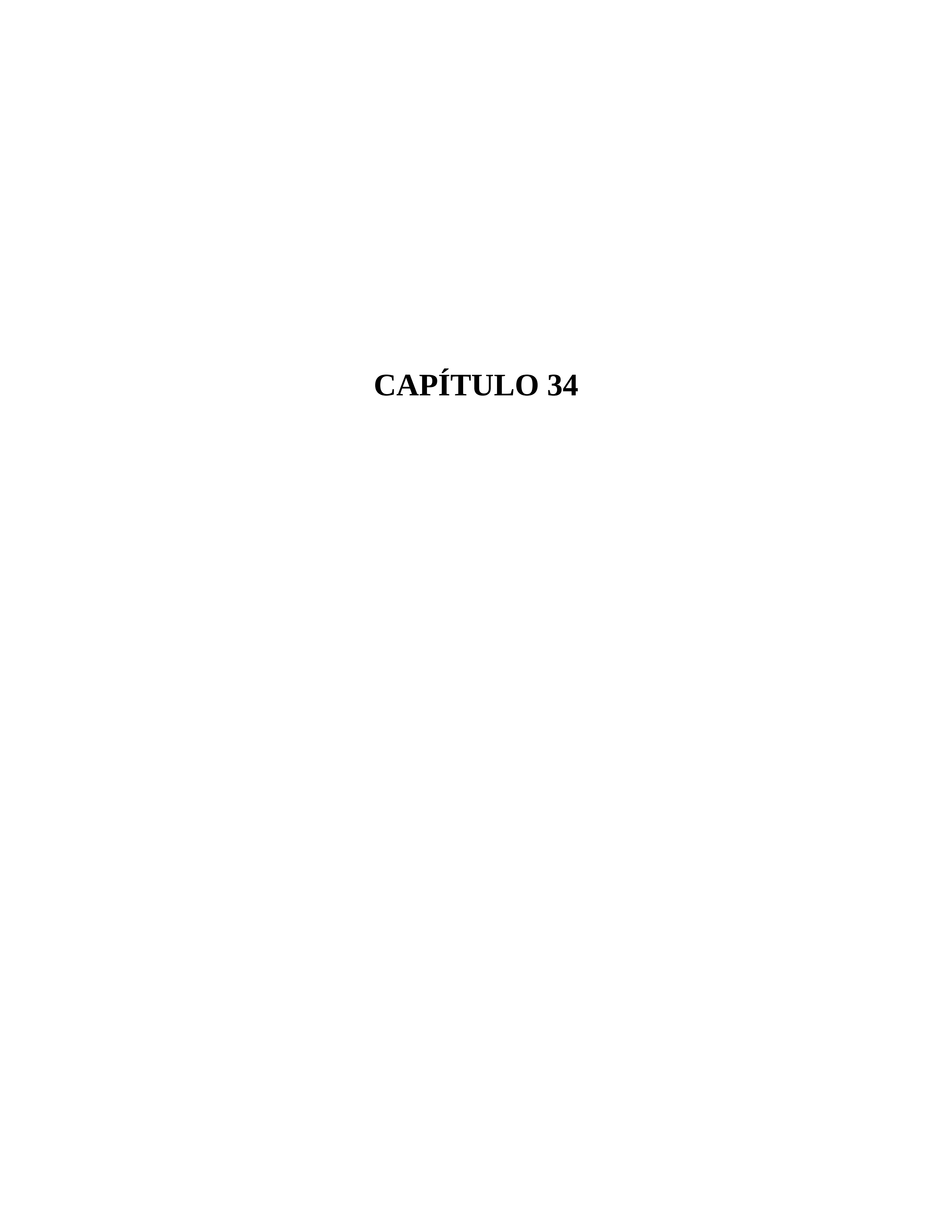
Mutemiua, la mujer del relieve de Luxor, no era de sangre real y la ascendencia al trono de su hijo podría no estar legitimada. Hatsepsut tuvo idénticos problemas, por lo que terminó representándose en su templo de Deir el Bahari como hija de Amón, acallando así al clero más suspicaz. A fin de cuentas, y desde la perspectiva mágica de los egipcios, ¿qué importaba ser de sangre real o no, si se descendía directamente de los dioses?.

Ahora sabemos que el «mito» de la sangre celestial no murió en Egipto, sino que fue recuperado por la tradición cristiana: por un lado, Jesús nació de madre virgen después de ser fecundada por Dios mismo; y por otro, la propia Virgen María también fue concebida durante una teogonía similar si atendemos a las descripciones de evangelios apócrifos como el de Mateo o el de Santiago.

¿Adaptaron los primeros cristianos esos mitos?. ¿Los «copiaron» de tradiciones milenarias nacidas a la sombra de las pirámides?.

La respuesta a esas dudas era afirmativa.

Pronto iba a averiguarlo.



CAPÍTULO 34

Osiris de Nazaret

—¿Sabía que Jesús de Nazaret no fue el único personaje histórico que murió y resucitó «al tercer día»?. ¿O que hubo muchos otros que, como él, caminaron sobre las aguas?. ¿Alguna vez oyó hablar de otros hombres que multiplicaran panes y peces para alimentar a sus seguidores?. ¿Y que Jesús no fue el único niño de la Historia adorado en su cuna por tres misteriosos magos venidos de Oriente?.

La vehemencia con la que me hablaba Llogari Pujol en su despacho de Taradell, a las afueras de Barcelona, me desarmó. En 1987 Pujol publicó junto a su esposa Claude-Brigitte Carcenac un libro[117] en el que dio respuesta a esas preguntas, apuntando a una sorprendente conclusión: todos los hechos milagrosos de la vida de Jesús fueron copiados de las hazañas de los dioses egipcios.

Naturalmente, me apresuré a escuchar su versión.

Llogari es un hombre afable, de una amplisima cultura. De mediana estatura, pelo blanco y gran sonrisa, derrocha energía por los poros. Este ex sacerdote católico, teólogo y psiquiatra, conoció a su esposa investigando las conexiones que él intuía que existían entre la fe cristiana y la de los antiguos constructores de pirámides. Pocos se habían tomado el tiempo de escuchar sus conclusiones.

Según él, siglos antes de que naciera el mesías de los cristianos, dioses y reyes egipcios protagonizaron episodios idénticos a los que el Nuevo Testamento nos cuenta de Jesús. El historiador griego Plutarco, que vivió entre el año 50 y el 125 a. J.C., ya dio cuenta de cómo al dios Osiris lo mataron un viernes y resucitó al tercer día. Murió, según los cálculos más aceptados, un 17 del mes de Aryr (entre finales de agosto y comienzos de septiembre) y reapareció vivo el 19. Incluso en los célebres Textos de las Pirámides, escritos sobre los muros de varios de estos monumentos de la V Dinastía (2465-2323 a. J.C.), se cita específicamente el «tercer día» como el momento en que el cuerpo del faraón, transformado en Osiris, revive antes de emprender su viaje a las estrellas.

Pero Pujol aún guardaba más coincidencias sorprendentes para mí: en aquella entrevista me explicó que tanto Osiris como Jesús fueron asesinados por personas muy cercanas que les traicionaron. En el caso de Osiris, el verdugo fue

Set, su hermano. A Jesús, en cambio, lo traicionaría uno de sus discípulos favoritos, Judas Iscariote. Y también fueron sendas mujeres —Isis y Maria Magdalena, respectivamente— las primeras en certificar sus respectivos regresos a la vida.

—Deberías saber, además, que el apelativo *chrestos* (del griego «bondadoso» o «amable») fue aplicado tanto a Jesús como a Osiris.

La mirada del teólogo relampaguea antes de proseguir:

—Además, ambos compartieron también el símbolo de la cruz. Para el dios egipcio, el *ankh* o cruz ansada fue sinónimo de vida, mientras que para los seguidores de Jesús su instrumento de tortura se convirtió, paradójicamente, en señal de resistencia a la muerte.

¿Son estos paralelismos meras «casualidades», simples coincidencias sin otro valor que el anecdótico?.

Llogari no era, desde luego, el primer teólogo que se planteaba esta diatriba. Otros, como el filósofo renacentista Marsilio Ficino, cuya vida estudié durante la redacción de La cena secreta, trataron de explicar de un modo «religiosamente razonable» esa increíble coincidencia. En el capítulo XVIII de su tratado De vita coelitus comparanda argumentó que el uso en Egipto del símbolo de la cruz no podía ser mas que una señal, una profecía, del futuro advenimiento de Cristo.[118] Paradójicamente, en 1600 otro célebre teólogo, el dominico Giordano Bruno, sería quemado en Roma por defender que el origen verdadero de la cruz era faraónico.

¿Se inició Jesús en Egipto?

Desde el Renacimiento hasta ahora ese tipo de paralelismos vienen siendo interpretados desde dos ángulos bien distintos. Uno sugiere que dado que el Jesús histórico se formó en Egipto, exportó a Palestina aquello que aprendió en las riberas del Nilo. El otro, en cambio, toma partido por la hipótesis extrema de que Jesús nunca existió; que su vida, su pensamiento y sus enseñanzas se copiaron textualmente de fuentes egipcias.

Para los primeros, los evangelios y hasta el *Talmud*, una serie de escritos hebreos de gran importancia histórica y religiosa compilados a partir del siglo tercero de nuestra era, *demuestran* que Jesús pasó parte de su infancia a la

sombra de las pirámides. Eso ocurrió en los años transcurridos desde su fuga de Palestina hasta su reaparición en el Templo de Jerusalén a los 12 años de edad. El segundo capítulo del evangelio de Mateo narra, en efecto, la huida de sus padres tras desatarse la feroz persecución de Herodes contra el futuro mesías, y el *Talmud* insiste en ello y en el hecho de que los romanos lo prendieron acusándolo de practicar la hechicería egipcia. De hecho, milagros tales como caminar sobre las aguas o convertir el agua en vino, como hizo en Caná, eran prácticas propias de los magos egipcios. Ésa es, al menos, la idea que Morton Smith esbozó en 1978 en su libro *Jesús el mago,*[119] y que apoya en detalles sutiles tales como la acusación a jesús ante Pilatos de «malhechor»; esto es, en el argot jurídico romano, aquel que «echa maleficios».

Es el propio Talmud el que confirma esta idea cuando compara a Jesús con un cierto Ben Stada, que tiempo antes del nazareno quiso introducir entre los hebreos el culto a otras divinidades distintas de Yahvé, todas ellas de carácter egipcio. También el apologeta cristiano Justino Mártir, en el año 160 d. J.C., llega a mencionar una discusión con el judío Trifón en la que éste calificó al rabí de «mago galileo».

Pero ¿se trata tan sólo de difamaciones contra el nazareno?. ¿O por el contrario encierran una pista acerca de los orígenes del poder de Jesús?. Para los defensores de un punto de vista más radical, esa interpretación se queda incluso corta. Para ellos, no es que Jesús fuera un mago adoctrinado en Egipto, sino que toda su vida fue calcada de cuentos y enseñanzas acuñadas junto al Nilo.

Aún adoramos a dioses paganos

Llogari Pujol me sorprende adscribiéndose a esta tesis.

—Al principio me resistí a admitirlo —se sincera, pero al descubrir tantas coincidencias entre la figura de Jesús y la teología egipcia opté por buscar qué había de sólido en el cristianismo que me permitiera mantener mis creencias. No quería comulgar con ruedas de molino.

Fue así como inició una aventura personal que todavía no ha concluido. Sus hallazgos le obligaron a dejar los hábitos y le pusieron en el camino de la historiadora alsaciana Claude-Brigitte Carcenac, con la que compartiría desde entonces amor e investigación.

Cuando Claude-Brigitte publicó parte de sus averiguaciones en una «versión *light*» de su tesis doctoral, que tituló *Jesús, 3. 000 años antes de Cristo,* ya no tuvo marcha atrás.

—Lo que propusimos entonces fue que el cristianismo nació como tal en Alejandría, influido por los muchos judíos que antes del siglo primero se habían adscrito al culto al dios Serapis, una forma helenizada de Osiris, y que mezclaba creencias griegas con egipcias.

Y añade:

—El nacimiento del cristianismo yo lo sitúo, pues, en el momento en que los judíos egipcios se dan cuenta de que les han destruido el Templo de Jerusalén y deciden constituir un nuevo culto.

—Pero ¡eso fue hacia el año 70 *después* de Cristo! —protesté.

—Sí, en efecto —Pujol responde tranquilo a mi sorpresa. De hecho, no existe ningún documento anterior a esa fecha que hable de Jesús o de los cristianos. Antes del 125 d. J.C., fecha en la que está datado un papiro egipcio con el primer fragmento conocido de la pasión de Jesús según el evangelio de Juan, no hay ningún documento, auténtico claro, que demuestre la existencia de cristianos.

Para este polémico teólogo el «escenario» es bien fácil de comprender. El culto a Serapis —que nació en Egipto en el siglo IV a. J.C. bajo el dominio de los faraones ptolemaicos, de origen griego— fue copiado por judíos que «fabricaron» el cristianismo a medida de aquellas exóticas creencias que tanto les habían cautivado. Por eso la adoración a Serapis presenta tantos paralelismos con las enseñanzas cristianas. Los fieles de Serapis abogaban, por ejemplo, por una salvación personal que requería del arrepentimiento de los pecados. En el templo del Serapeum de Alejandría los sacerdotes confesaban pecados y los perdonaban mediante un rito de inmersión en el agua. Veneraban a su propia «sagrada familia» compuesta por Isis, Osiris y Horus; recomendaban la monogamia y, lo más sorprendente de todo, celebraban su fiesta principal cada 25 de diciembre, festejando la natividad de Horus.

—Es más —añade Pujol—: la popularidad de Serapis e Isis entre los primeros cristianos se puede rastrear hasta en los nombres propios de aquella época. En la España romana, por ejemplo, fueron muchas las mujeres llamadas Serapina; por no hablar de los Isidoros o Isidros, cuyo nombre procede de la

expresión *Isis doro,* o «portaestandarte de Isis».

Cuando creo que las ideas de Pujol no pueden ser más extremas, me sorprende con otra revelación: tanto él como su esposa sostienen que los libros del Nuevo Testamento se escribieron íntegramente en Egipto, copiando a discreción fuentes egipcias.

—Cuando en los *Hechos de los Apóstoles* se describe el viaje de Pablo y sus penalidades, el autor está repitiendo el esquema del célebre cuento egipcio del náufrago, que antes ya había plagiado Virgilio en su *Eneida*…

Más adelante, cuando sacamos a relucir las alusiones del Nuevo Testamento al paso de san Pedro por Roma, Pujol puntualiza:

—Ése es otro enorme equivoco histórico. De Pedro no se dice nunca que esté en Roma sino en Babilonia. Lo que ocurre es que los intérpretes de las escrituras afirman desde hace siglos que esa Babilonia no podía ser más que la ciudad de los césares. Y es falso. Cerca del viejo Cairo existió una Babilonia, fundada por los persas cuando tomaron Egipto en recuerdo de su capital, del mismo modo que Alejandro fundó muchas Alejandrías…

Hasta la fecha, la investigación de Llogari Pujol se ha centrado en la comparación de fragmentos de papiros y relieves egipcios con fragmentos textuales de los evangelios. El suyo es un trabajo arduo, que precisa de la ayuda de expertos en lenguas antiguas que estén dispuestos a enfrentarse a la verdad, sin dejarse afectar por sus creencias religiosas.

—Sé que lo que sostengo es grave —admite—, y que no es fácil aceptar que los evangelios son copias literales de papiros egipcios, puesto que coinciden entre ambas fuentes más de un ochenta por ciento de palabras.

Mientras dice esto, Llogari Pujol extiende ante mi un apretado listado en el que se establece algunos de esos paralelismos… La fuente es un libro de 1911, *Les contes populaires de l'Egipte ancienne,* en el que el notable egiptólogo francés Gaston Maspero recoge algunos relatos de tiempos de los faraones. Uno de ellos es la historia del nacimiento de un tal Senosiris (literalmente «Hijo del dios Osiris»). Su madre, Mahituaskhit («Llena de larguezas». ¿«Llena de Gracia»?.) recibió una noche la visita de un espíritu que le anunció el nacimiento de su hijo. La tabla comparativa que me tiende Pujol muestra el paralelismo de acción, e incluso de texto, entre el relato egipcio y el Evangelio de Mateo. El

problema es que a ambos los separan más de mil años de historia.

—Si te fijas bien —dice Pujol, se aprecia que Mateo utilizó la técnica literaria de la transposición, llevando a su evangelio el mismo orden de los acontecimientos, y casi la misma estructura fraseológica, que se aprecia en el cuento de Satmi, Incrédulo, echo un vistazo:

Tabla Claude-Brigitte Carcenac.

Aquella tabla, y lo que hablamos durante horas Llogari Pujol y yo, me obsesionó durante meses. ¿Había descubierto aquel inquieto teólogo catalán una impostura que llevaba burlando a los historiadores dos milenios?.

Pronto descubrí que mi anfitrión y su esposa no habían sido, como creía, los primeros en reparar en semejantes paralelismos. El mismo año que en España publicaban sus tesis, en el Reino Unido arrasaba en las librerías un ensayo bien peculiar, titulado *Extranjero en el Valle de los Reyes.*[120] En sus páginas, el abogado y periodista egipcio Ahmed Osman proponía una reinterpretación radical de la Biblia. Según él, el patriarca José descrito en el *Génesis*, aquel que fue vendido por sus hermanos cuando apenas tenía diecisiete años, terminaría sus días bajo una nueva identidad. Su nombre egipcio fue Yuya, y llegó a ocupar la dignidad de visir del faraón Tutmosis IV.

A partir de aquel hallazgo, Osman comenzó a interpretar la historia bíblica en función de las dinastías reales egipcias. En 1992 publicó un segundo trabajo, *La casa del Mesías,*[121] en el que concluía que Tutmosis III fue el rey David, Amenofis III el verdadero Salomón, Akenatón un trasunto de Moisés, Nefertiti la Virgen María y Tutankamón… ¡Jesús de Nazaret!.

Según Osman la explicación a los paralelismos entre la Biblia y la religión egipcia se reducían a que los cronistas hebreos contaron en sus escritos una versión deformada de parte de la historia faraónica. Para él, en lo que respectaba a los evangelios, éstos fueron sencillamente armados por seguidores de Juan el Bautista. Fueron ellos —asegura— los que «inventaron» a Jesús para que se cumplieran las profecías relativas al Bautista y a lo que vendría tras él.

Como era de esperar, de inmediato se alzaron voces críticas contra Osman. Un erudito de las Sagradas Escrituras, A. N. Wilson, llegó a proponer que tales paralelismos entre evangelios y religión egipcia debieron de añadirse a los textos originales mucho más tarde del siglo I, para ayudar a convertir a los paganos con

historias que les resultaran «familiares».

En España, consulté al catedrático de filología neotestamentaria de la Universidad Complutense de Madrid, Antonio Piñero, sobre este particular. Incluso lo llegué a enfrentar en un programa de televisión para Telemadrid, en el año 2004, con Llogari Pujol.

—Lo máximo que puede admitir un historiador es que esos paralelismos existen, pero se dan porque pertenecen al acervo común de la mitología, o mejor aún de la mitopoiesis o fabricación… Pero no me parece científico decir que los evangelios están copiados estrictamente de textos de, pongamos, dos mil años antes que ellos.

Sólo en algo están dispuestos a transigir todas las partes en conflicto en esta particular polémica histórica: en que Jesús —bien en persona, bien su doctrina— encarnó conceptos que sólo podían encontrarse en aquella época en el país de las pirámides.

Para mi, al menos, aquello no era una conclusión menor. Equivalía casi a admitir que la religión de Occidente es, de un modo u otro, una extensión de los antiguos cultos a Osiris.

Ahí es nada.

SEXTO DESTINO: LA CULTURA SECRETA.

En materia que desconoces, haces mal si alabas, y todavía peor si desapruebas.

Leonardo Da Vinci, Cuaderno de notas[122]

CAPÍTULO 35

El papa que no creía en Dios

Aquel encargo debió de extrañarle, y no poco, al bueno de Pinturicchio. De no haber sido por la insistencia del nuevo papa y de su fiel maestre del Santo Palacio, a Bernardino di Betto —ése era el verdadero nombre del artista— jamás se le hubiera ocurrido llevar a buen término un programa pictórico tan… arriesgado.

Lo que el flamante Alejandro VI le había pedido nada más acceder al trono de Pedro en 1492 fue que decorara sus apartamentos privados con unas extrañas escenas inspiradas en la mitología egipcia. Isis, reina de Egipto, enseñando las ciencias y las leyes a Moisés y Hermes Trismegisto. Un poco más allá, en otro requiebro del techo, la gran diosa egipcia reuniendo los miembros despedazados de su esposo y hermano Osiris. Y a su lado, el féretro del difunto dios, una pirámide cubierta con un manto afiligranado, custodiado por un buey Apis al que Isis escolta durante una suntuosa procesión.

Tan pagana imaginaría es aún visible en los Museos Vaticanos de Roma. Quien entre en la llamada Habitación de los Santos del Papa Alejandro descubrirá en sus techos un universo que sólo se entiende si se estudia con detalle la época de aquel Borgia que llegó a sumo pontífice casi al tiempo que Cristóbal Colón zarpaba hacia América.

Alejandro VI, el hermético

Estudié ese periodo durante la preparación de *La cena secreta*, y husmeando en los motivos que llevaron a ese papa a impulsar tan peculiar encargo, encontré algo sensacional: Alejandro VI estaba convencido de que su familia descendía del mismísimo Osiris. Su creencia, alimentada cuando aún era cardenal por un fraile dominico llamado Giovanni Annio de Viterbo, pronto se transformó en certeza gracias a las astutas maniobras de quien la Historia terminaría bautizando como «el príncipe de los falsarios».

Annio de Viterbo, el entonces orgulloso nuevo maestre del Santo Palacio, persuadió al papa de que no era casual que en su escudo de armas figurase un toro, y que el toro (o el buey) fuera una de las representaciones clásicas de Osiris. Un dios que, según él, estuvo en Italia para enseñar a sus antiguos pobladores las artes de pesca y la agricultura.

Antes de conocer a Alejandro VI, De Viterbo se había ganado una inmerecida fama de erudito. Fue él quien recuperó unos más que sospechosos textos del sacerdote caldeo Beroso en los que se referían las aventuras de Osiris en Europa. Según él, Osiris-Apis reinó en Italia, dio nombre a los montes Apeninos e incluso dejó su huella en topónimos transalpinos como el del pueblo de Osiricella.

Creíbles o no, todas esas cábalas forzaron a Annio a inventar nuevas pruebas con las que sostener sus cada vez más exóticas afirmaciones. Desenterró piezas arqueológicas, frisos, estelas y columnas con inscripciones jeroglíficas que él mismo había falsificado y sepultado con anterioridad. Y hacia grandes alharacas ante el papa con cada nuevo «hallazgo».

Pero ni siquiera los rumores de fraude persuadieron a Alejandro VI. Para el santo padre, su maestre de palacio era un sabio. Y, por supuesto, nadie en la corte se atrevió a criticarlo en presencia del papa.

Quizá ayudó el hecho de que durante sus once años de pontificado Alejandro VI demostrara ser el pastor más atípico, singular y herético de la historia de Roma. Más allá de su agitada vida sentimental y de las correrías de sus hijos César y Lucrecia, Alejandro fue el único pontífice que estuvo a punto de reconducir el destino de la Iglesia hacia aguas pseudoegipcias. Un buen paso fue que, mientras su predecesor Inocencio VIII condenó y persiguió a intelectuales como Pico della Mirándola por defender la magia de inspiración egipcia y la

cábala hebrea como instrumentos óptimos del creyente, el papa Borgia lo absolvió de todas esas acusaciones en junio de 1493, lo trató como «hijo fiel» de la Iglesia, y se sumó gustoso a sus estudios heterodoxos.


Escudo de Alejandro VI con el toro «osiriano».

Della Mirandola, junto a De Viterbo, impulsaron como nadie la «faraonización» del papado. Nació así el hermetismo. Un vocablo que tiene su origen en Hermes Trismegisto, de nombre griego pero origen egipcio, y que enmascaraba al dios de la sabiduría Toth. De hecho, pocos años antes de la llegada a Roma de Alejandro VI, en el Concilio de Florencia de 1439, Cosme el Viejo encargó la primera traducción al latín de un manual de magia presumiblemente dictado por esa divinidad, conocido como *Corpus Hermeticum*, y cuya influencia salpicó el arte y la cultura de los siglos siguientes.

Francés Yates, una de las mayores expertas mundiales en hermetismo, al estudiar el periodo de Alejandro VI, cuando la popularidad del *Corpus Hermeticum* estaba en su apogeo, concluyó que «el papa deseaba proclamar abiertamente su rechazo a la política de su predecesor y hacer suyos los puntos de vista de Pico della Mirándola acerca del uso de la magia y de la cábala como ayudas complementarias a la religión».[123]

La idea no es tan rara como pueda parecer. A fin de cuentas, a ojos de aquel sabio renacentista, los sistemas de magia egipcia —o hermética— y cabalística, pretendían unir el cielo y la Tierra. Una *filosofía* que Pico creyó también muy «cristiana».

Papas que quieren ser faraones

El gusto por lo antiguo, por la sabiduría perdida de los antepasados, enseguida se convirtió en una de las marcas fundamentales de ese periodo histórico. Sixto V, coronado papa en 1585 y llamado «el último pontífice del Renacimiento»[124] también se empeñó en dominar ese saber y diseñó un programa de obras públicas que tuvo como uno de sus objetivos fundamentales el rescate de obeliscos egipcios. Él no quería impregnarse de lo egipcio, sino dominarlo. Y fue así como se consagró a buscar, limpiar e izar algunos de los 42 obeliscos[125] que desde tiempos de Augusto habían sido exportados a la Roma imperial.

Sin ir más lejos, fue este pontífice quien ordenó restaurar y situar en el centro de la plaza de San Pedro una de esas «agujas de piedra», de 27 metros de altura, que los romanos sustrajeron de la ciudad sagrada de Heliópolis durante el dominio de Calígula. Poco antes, aquella pieza estuvo semiolvidada y cubierta de basura en un extremo de la misma plaza. Se da, además, la curiosa paradoja de que Sixto hizo aquello sólo para demostrar la supremacía del cristianismo sobre los cultos paganos, y por ello decidió plantar una cruz sobre el obelisco, lo exorcizó y borró de sus cuatro caras los impúdicos jeroglíficos que mostraba.

—Te exorcizo, criatura de piedra, en el nombre de Dios omnipotente —dijo el obispo Ferratini frente al papa y su séquito, mientras lo humedecía con su hisopo el 27 de septiembre de 1588—, para que te conviertas en piedra exorcizada que sostenga la santa cruz y quedes limpia de toda inmundicia y paganismo y de todo asalto de suciedad espiritual[126].

Y digo «curiosa paradoja» porque lo que en realidad hizo el papa Sixto, sin saberlo y ajeno al lenguaje de los símbolos, fue reactivar un viejo y poderoso signo pagano. Me explico: en el antiguo Egipto, el jeroglífico que representa un obelisco coronado por una cruz servía para dar nombre a la ciudad sagrada de Heliópolis, el «Vaticano» de los faraones.

Graham Hancock y Robert Bauval, en su libro *Talisman* precisan que en 1588 ese «jeroglífico involuntario» estaba aún incompleto. La cruz y la aguja de piedra «deberían haber ido acompañadas por un circulo o elipse dividido en ocho partes, que es el indicador estándar en jeroglífico para decir "ciudad"»[127]. Sin embargo, por otro juego del destino, algo más de siete décadas más tarde, bajo el

reinado de Alejandro VII, Bernini diseñó su célebre columnata alrededor del obelisco: ¡y ésta era una elipse dividida en ocho partes!. ¡El jeroglífico se había completado!.

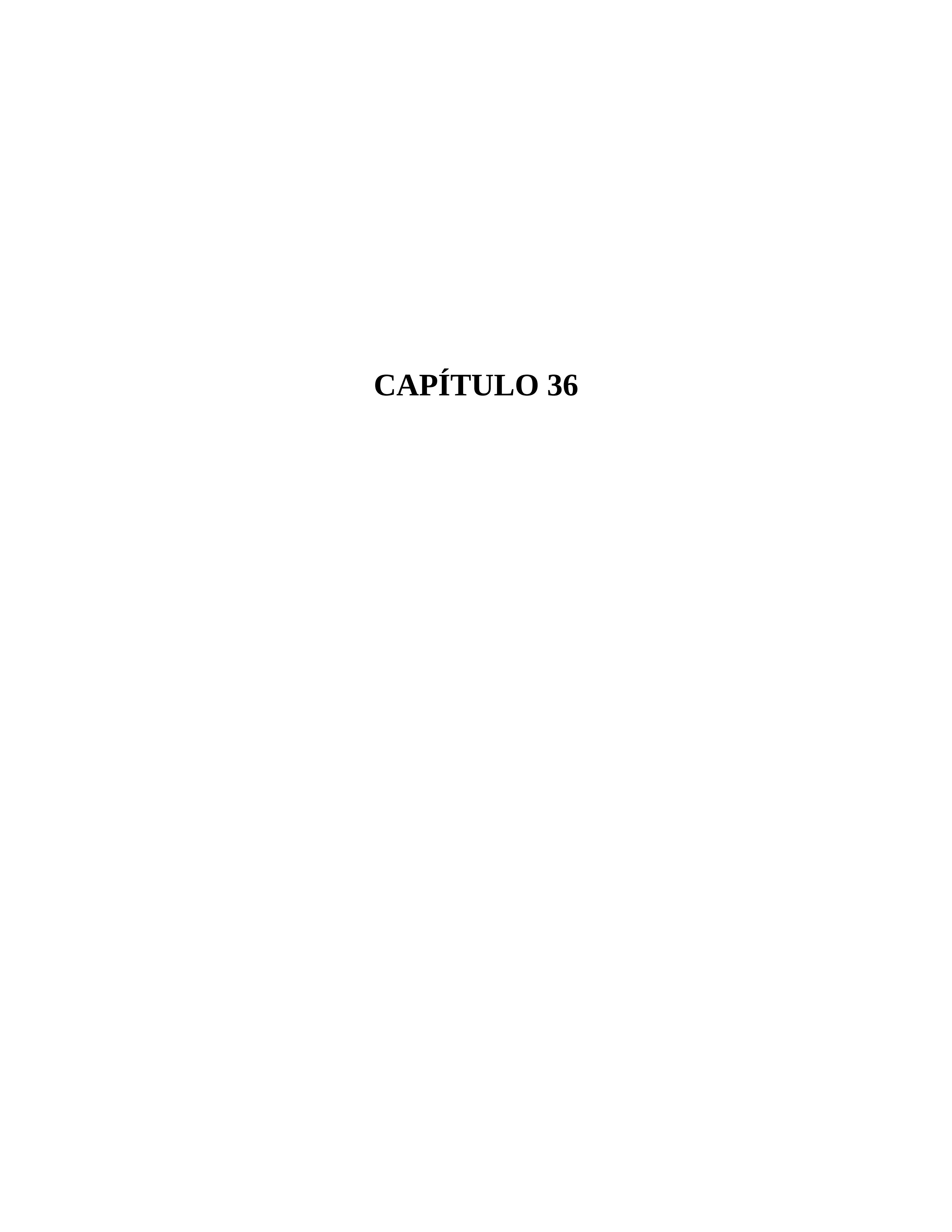
El mapa secreto del Vaticano

«¿Coincidencia? —se preguntan Hancock y Bauval—. ¿0 pudo algún grupo secreto, capaz de influir sobre el papado durante décadas, haber descifrado los jeroglíficos del antiguo Egipto mucho antes de que los estudiosos pudieran leerlos en el siglo XIX?».

Aquélla era una pregunta interesante.

Si hubo un tiempo anterior a Champollion y su desciframiento de la piedra Rosetta en el que se investigó a fondo el enigma de la escritura egipcia, ése fue el Renacimiento. Algún día, entre los muchos genios que alumbró, tal vez encontremos al genio que inspiró los jeroglíficos en piedra que hoy conforman la Ciudad del Vaticano.

Algún día.



CAPÍTULO 36

In persecutione extrema

¡Cuánto me hubiera gustado estar allí para ver in situ las extraordinarias medidas de seguridad desplegadas por la policía francesa!.

Más de diez mil gendarmes, un pequeño ejército de artificieros, tiradores de élite y helicópteros franceses, amén de sus cuatro guardaespaldas de siempre, vigilaron sin pestañear cada uno de los movimientos de Juan Pablo II a su llegada a la ciudad de Lyon. Pero no pudo ser. Yo tenía entonces sólo 15 años, y me conformé con seguir aquella espectacular visita del papa a Francia por televisión.

Eso sí: lo hice sin pestañear.

Aunque muy pocos admitieron que aquella inusual operación de vigilancia obedecía al temor de que se cumpliera una vieja profecía, yo lo tenía muy presente. Por casualidad, escuché el vaticinio de labios de una comentarista. Y aunque lo leyó con una amplia e irónica sonrisa dibujada en el rostro, aquello, lejos de disuadirme, me puso en guardia. Al final era cierto que un oscuro augurio avisaba de que Juan Pablo II podía caer abatido a tiros en esa visita. Y a la vista estaba que las fuerzas del orden se lo habían tomado mucho más en serio que los periodistas.

En efecto. Aquel lejano sábado 4 de octubre de 1986 Karol Wojtyla puso al fin pie en Lyon tras desoír todas las advertencias de sus asesores. Temían que un nuevo atentado, mejor preparado que el que casi le costó la vida en 1981, pudiera acabar con su vida. Lo sugería una de las 975 cuartetas, 141 presagios y 58 sextetas que un médico provenzal del siglo XVI llamado Michel de Notredame dejó por escrito en uno de sus libros. El augurio de Nostradamus —pues con ese nombre pasó a la Historia— no podía ser más inequívoco:

Pontífice de Roma, guárdate de acercarte
a la ciudad regada por dos ríos,
tu sangre será escupida allí,
para ti y los tuyos cuando florezca la rosa[128].

El Vaticano, claro, se temió lo peor. Y aunque era cierto que ola ciudad regada por dos ríos» coincidía con Lyon (atravesada por el Ródano y el Saona), aquello no amedrentó ni un ápice al santo padre. De hecho, Wojtyla fue recibido con honores en su aeropuerto internacional por el presidente socialista François Mitterand (¿«cuando florezca la rosa»?), celebró una misa ante más de trescientos mil fieles bajo la atenta vigilancia de un centenar de francotiradores apostados para su protección, e incluso pidió disculpas a sus seguidores explicándoles que aquel despliegue pretendía evitar la acción de un grupo terrorista… o el cumplimiento del ominoso anuncio de Nostradamus.

Por suerte, nada ocurrió.

Juan Pablo II, el anunciado

O casi.

Lo cierto es que aquel vaticinio espoleó tanto mi imaginación adolescente, que ya no dejaría de ver la sombra del temor profético tras algunos grandes movimientos de la política vaticana, y hoy, en conciencia, creo que no me equivoqué. Juan Pablo II dio abundantes muestras de haber sido un hombre permeable a esa clase de anuncios. Sus veintiséis años de pontificado están sembrados de «pistas» al respecto, aunque ninguna tan obvia como su decisión, en mayo de 2000, de desvelar el llamado Tercer Secreto de Fátima.

¿Quién no lo recuerda?.

Ese secreto nació al calor de las supuestas apariciones de la Virgen en Portugal, en 1917, y de los tres mensajes o visiones que aquella «Señora de Luz» compartió con unos aterrorizados pastorcillos que creyeron ver en ellos el anuncio del fin del mundo. La mayor de ellos, Lucia dos Santos, los puso por escrito casi tres décadas más tarde de sus encuentros en Cova de Iría. El primero fue una visión del infierno, lleno de fuego y dolor. El segundo, el advenimiento de la segunda guerra mundial y una advertencia del papel preponderante que tomaría la Rusia comunista que, por cierto, comenzó a fraguarse en la revolución bolchevique de octubre de 1917. Pero el tercero, redactado en un convento de Tuy, en la frontera entre España y Portugal, se optó por no hacerlo público hasta llegado el momento oportuno.

Naturalmente, el oscurantismo de Roma desató toda clase de especulaciones. ¿Por qué no se revelaba el Tercer Secreto de Fátima, tal y como se había hecho con los dos precedentes?. ¿Acaso anunciaba una nueva guerra mundial?. ¿Un fin del mundo?. ¿La desaparición de la iglesia, tal vez?.

Cuando Juan Pablo II decidió darlo a la luz, pronto quedó claro que lo hizo porque se consideraba predestinado para ello.

El pontífice esgrimió sus razones. No en vano, fue el 13 de mayo de 1981, en el sexagesimocuarto aniversario de la supuesta primera aparición de la Virgen en Portugal, cuando Karol Wojtyla fue tiroteado en la plaza de San Pedro. Años después explicaría que la milagrosa intervención de la Señora de Fátima, «su mano materna», fue la que desvió la trayectoria de la bala e impidió su muerte prematura.

Desde aquel suceso ya nada fue igual para el pontífice: su interés por las apariciones lusitanas creció de forma exponencial. Hoy sabemos que incluso pidió leer el contenido de ese famoso Tercer Secreto mientras se recuperaba de sus heridas de bala en el Policlínico Gemelli de Roma. Su contenido le impactó. Y mucho. únicamente eso explica lo que hizo a continuación: no sólo se entrevistó con su verdugo, el terrorista turco Mehmet Ali Agca, sino que visitó Fátima y ordenó que se engarzara una de las balas del atentado en la corona de la Virgen que allí se venera. La bala elegida fue, por cierto, la única que el Vaticano no entregó a la policía italiana: la que quedó incrustada en el papamóvil de Juan Pablo II tras el frustrado magnicidio. Pero Wojtyla, movido por esa súbita piedad fatimista, terminaría tomando una decisión histórica más. La de hacer público el Tercer Secreto, convencido como estaba de que su texto predecía el atentado al que había sobrevivido.

Todo parecía lógico. Fácil de entender. Incluso simple.

Y, sin embargo, siempre hubo algo en aquella historia que nunca terminó de cuadrarme. Sobre todo después de que ese *mensaje prohibido* de la Virgen se publicara en el año 2000. Y es que entonces Roma dio mucha más importancia a la «interpretación oficial» del vaticinio que al texto profético literal en si.

En ese augurio redactado por Lucia dos Santos, la mayor de las testigos de las apariciones y la única que llegaría a edad adulta, se daba cuenta de la visión de una gran cruz de madera en la cima de una montaña empinada. «El santo padre, antes de llegar a ella —escribió antes de morir en febrero de 2005 en el

convento carmelita de Coimbra—, atravesó una gran ciudad medio en ruinas, y medio tembloroso y con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y de pena, reza por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino». Y añadió: «Llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz, fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones»[129].

¿De verdad era el famoso Tercer Secreto una premonición del atentado contra Juan Pablo II en 1981?.

El entonces cardenal Josef Ratzinger, más tarde elegido papa bajo el nombre de Benedicto XVI, redactó un texto de más de cuarenta folios para justificar esa idea. La presentó a la prensa de medio mundo el 26 de junio de 2000, en medio de un ambiente incrédulo. Y lo hizo convencido de que el atentado contra Wojtyla había sido anunciado por la Virgen a sor Lucia en 1917.

A mi, la verdad, me costaba creerlo. El sentido literal del texto describía la muerte de obispos, religiosos y religiosas, y la alusión a una Roma «medio en ruinas», pero en ningún lado daba a entender que era el atentado contra un solo individuo, un papa.

Ahora podemos comprender el horror con el que los pontífices previos a Juan Pablo II leyeron estos párrafos. Incluso se puede disculpar la reacción que en agosto de 1959 tuvo Juan XXIII al romper el sello que cerraba el último mensaje de Fátima, y que le llevó a no desvelar públicamente su contenido[130]. *El Papa Bueno*, al igual que sus predecesores en el trono de Pedro, se mostró especialmente sensible a esa profecía y prefirió no extender la alarma a la cristiandad. Allí lo que se estaba insinuando no era un atentado, sino una masacre contra Roma y su curia.

Pío XII el papa angélico

Quizá la semilla del miedo de Juan XXIII a ese secreto haya que buscarla en la actitud de su inmediato antecesor, Pío XII. Este pontífice, que protagonizó algunos de los momentos más decisivos de la segunda guerra mundial, creyó a

pies juntillas en las profecías de Lucia, pero también en otro antiguo e influyente vaticinio atribuido a un santo del siglo XII que anunció que Roma sólo dispondría de 111 papas más antes de la llegada del final de los tiempos. Y sabía que él no era el último de esa lista.

La influencia de Fátima en Pío XII también siguió su particular lógica. Como en el caso de Juan Pablo II, en el del papa Pacelli se dieron varias circunstancias personales que abonaron su fe en la profecía. Por ejemplo, Eugenio Pacelli fue nombrado arzobispo de Sardi en la Capilla Sixtina, el 13 de mayo de 1917. *Exactamente* el mismo día en que se produjo la primera de las apariciones portuguesas.

A raíz de aquella oportuna coincidencia, Pacelli seguiría con interés la revelación del Primer Secreto de la Virgen. Cómo no iba a hacerlo. Su texto anunciaba la llegada de una nueva guerra global, peor aún que la de 1914, e incriminaba al comunismo de los peores males de la humanidad. Por desgracia, su vaticinio no sólo se cumplió, sino que le situó a él mismo como protagonista involuntario de los hechos anunciados, marcando su trayectoria y política pontificia tanto como la misteriosa «danza del Sol» que el propio Pío XII contemplaría extasiado desde los jardines del Vaticano el 30 de octubre de 1950[131].

Hoy, algunas decisiones de ese pontificado sólo se entienden si se tiene en cuenta la «permeabilidad» de Pío XII a los supuestos mensajes de la Virgen en Portugal. Y me explico. En 1940, Lucia dos Santos, ya una monja carmelita adulta recluida en Coimbra, le escribió pidiéndole que consagrara a Rusia al Inmaculado Corazón de Maria, tal y como había ordenado la *Senhora* en 1917. Dos años tardó en reaccionar el pontífice, pero el 31 de octubre de 1942 Pio XII radió un mensaje al mundo en el que aludió a la Virgen y a Rusia, rogando para que ese Apis «volviera de nuevo al redil»[132].

Menos de dos meses después, el 8 de diciembre de 1942, el papa consagró no a Rusia sino al mundo entero a la advocación solicitada por la vidente de Fátima. Y fue justo tras ese requisito, en 1944, cuando sor Lucia le participó del terrible Tercer Secreto, rogándole que lo abriera el papa que gobernara en 1960.

Juan XXIII, obediente a aquel mandato de la monja que un día viera a la Virgen, lo abrió en esa fecha… pero lo «enterró» de nuevo.

Los vaticinios de san Malaquías

Pío XII aún tuvo una «obsesión profética» más. Una que compartiría con muchos santos padres.

El día de su coronación un lema, una divisa en latín, estaba en boca de todos: *Pastor angelicus*. Era la frase profética que según un monje irlandés del siglo XII llamado Malaquías, le correspondía en el orden de los sucesores de Pedro.

Si hemos de creer la leyenda, San Malaquías recibió ese y otros ciento diez lemas más durante una insólita revelación divina:

De alguna manera no explicada vio cómo sería el futuro de la Iglesia durante los ocho siglos venideros, intuyendo las divisas que identificarían a todos los pontífices que separaban la época en la que él vivió del «final de los tiempos». Según él, tras el reinado del último papa se desencadenará una ola de persecuciones contra la Iglesia a las que hará frente un hombre llamado Pedro.

Evidentemente, los paralelismos con el Tercer Secreto de Fátima me resultaron abrumadores. San Malaquias dijo:

En la última persecución de la Santa Iglesia ocupará la sede un romano llamado Pedro, que apacentará las ovejas en medio de grandes tribulaciones; pasadas las cuales, la ciudad de las siete colinas será destruida y el juez terrible juzgará al pueblo.

Sabemos que este profeta murió de unas extrañas fiebres en brazos de san Bernardo de Claraval. Y también que este último fue el responsable de redactar la biografía de Malaquías. Sin embargo, resulta muy extraño que no incluyera en su texto ni una sola mención a las dramáticas visiones proféticas de su amigo.

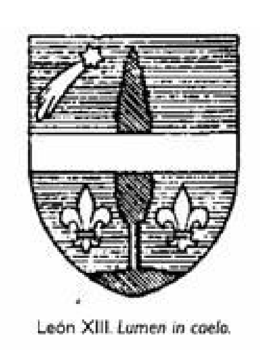
Fue en 1595 cuando aquellas divisas proféticas se publicaron por primera vez en un tratado del religioso belga Arnold de Wion. Aún hoy sorprende que nunca fueran reprobadas ni por la Iglesia ni por su brazo ejecutor, el Santo Oficio. Y aún llama más la atención que muchos papas las dieran por buenas y las asumieran como señas de identidad propias. Lo cierto es que desde el siglo XVI ha consentido su creencia, emergiendo por última vez durante las

retransmisiones del cónclave para la elección del sucesor de Juan Pablo II, el cardenal Josef Ratzinger, en abril de 2005.

Todos los santos padres desde Malaquías hasta hoy han tenido sus razones para no condenar esta profecía: y es que algunas de las sentencias del santo irlandés se les ajustaban como anillo al dedo. Wion, por ejemplo, emparejó el primer lema con Celestino II, papa en 1143. Aquel *Ex castro tiberis* («Del campamento del Tíber») forzosamente aludía a su lugar de nacimiento, la antigua Tiphernum, que contiene el sustantivo Tíber en su raíz.

Sin embargo serían papas posteriores a 1595 los que más llamarían la atención de los profetólogos. Después de esa fecha, y con los lemas ya publicados, no cabía que recayera sobre ellos sombra de fraude o manipulación interesada alguna. Pues bien, también en esos casos, tanto los escudos de los papas, como sus lugares de nacimiento o algunos de los detalles importantes de sus vidas, concuerdan total o parcialmente con las sentencias proféticas de Malaquías. Sin ir más lejos, eso sucedió con León XIII (1878-1903). A él le correspondía la divisa 102, *Lumen in caelo* («Luz en el cielo»), y en su escudo de armas puede verse con claridad un cometa rasgando el cielo. Uno de los últimos intérpretes de Malaquías, Jean-Charles de Fontbrune, fue incluso más lejos al afirmar que ésta, como otras divisas, tiene una lectura simbólica más profunda. Y es que, en lenguaje masónico, «recibir la luz» también significa ser iniciado en los secretos de la francmasonería, y pocos papas se recuerdan tan beligerantes contra ésta como León XIII.

Pío XII, cuyo pontificado se extendió a lo largo de diecinueve años, siete meses y siete días, asumió su lema profético sin complejos desde el primer día. La prensa se hizo rápidamente eco de él, e inauguró una costumbre que ha llegado hasta la actualidad: que junto al nombramiento de un nuevo papa, inmediatamente se divulgue el lema de Malaquías que le corresponde.


León XIII. *Lumen in caelo.*

Eso fue lo que ocurrió con Juan XXIII (*Pastor et nauta*, esto es, «Pastor y navegante»), cuya divisa cobró sentido de inmediato al conocerse que fue patriarca de Venecia, ciudad de marinos donde las haya. O con Pablo VI, cuyo *Flos florum* («Flor de flores») es, como en el caso de León XIII, una clara premonición de su blasón, que exhibe tres flores de lis.

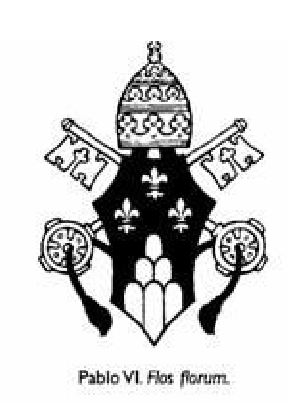
Con Juan Pablo I, el inmediato predecesor de Wojtyla, la precisión *malaquiaca* se disparó. Su lema, el 109, es *De medietate lunae*, y fue considerado premonitorio a varios niveles: Albino Luciani pasó gran parte de su vida pastoral en la diócesis de Belluno, que también puede leerse como Belluno o «bella luna». Además, forzando su propio nombre secular, éste también podría entenderse como una contracción de «luz blanca de luna». Pese a todo, lo que más ha llamado la atención de los intérpretes es el adjetivo *medietate*. Según Fontbrune, éste hace alusión a cierto carácter de duplicado, como si Malaquías hubiera previsto la aparición de dos papas que llevarían el mismo nombre: Juan Pablo. Debe recordarse también que, entre la muerte de Pablo VI y la prematura de Juan Pablo I, se produjo la oleada revolucionaria e integrista más fuerte de la historia de Irán… ¿Una alusión a la «media luna» del lema pontificio?.

Y tras el papa de la Luna y de su brevísimo mandato que duró poco más de una fase lunar, llegó el papa del Sol. *De labore solis*, «De los trabajos del Sol», seria el lema que Malaquías reservaría a Juan Pablo II. Un pontífice brillante, activo como ninguno en la Historia, al que la divisa le sentó a la perfección.

¿Y Benedicto XVI?. ¿Qué podemos esperar del papa número 111, el último de la lista?.

In persecutione extrema

Los lemas de san Malaquías son explícitos en ese punto: después de la muerte de Wojtyla vendría *De gloria olivae,* la «Gloria del Olivo», un pontífice que según algunos, Nostradamus también predijo en sus *Prophéties*.


Pablo VI. *Flos florum.*

Jean-Charles de Fontbrune, verdadero experto en los vaticinios de ese médico renacentista, asegura haber encontrado singulares conexiones entre Malaquías y Nostradamus. Se trata de lazos simbólicos asentados sobre el empleo de palabras y adjetivos idénticos en ambos profetas, que a veces se revelan como complementarios. Ése es el caso de la sexteta 19 de Nostradamus, que cita cierto *olivier* y que Fontbrune asocia a *De gloria olivae*. En esos versos se habla de cólera, odio y envidias que desembocarán en una terrible guerra. Y sin embargo, a decir de la sexteta 49, el mismo *olivier* logrará una gran pacificación, inaugurando un periodo próspero para la humanidad.

Casualmente, el cardenal Josef Ratzinger eligió como *motto* o lema de su pontificado, la *pax* (paz), y como nombre de Santo Padre el de Benedicto XVI. La elección no puede ser más «profética»: la Orden de San Benito es también llamada «olivetaria», y su lema es Pax. Y el símbolo de la paz es la rama de olivo. ¿*De gloria olivae*?.

Lo sorprendente, en cualquier caso, es que tanto Nostradamus como Malaquías coinciden en subrayar lo que vendrá después de Benedicto XVI: calamidad y persecución para la Iglesia.

San Malaquías anuncia la llegada del último papa, Pedro el Romano, y dice:

«Pasadas estas cosas, la ciudad de las siete colinas será destruida y el juez terrible juzgará al pueblo».

Es inevitable no ver en estas líneas la enorme conexión que existe entre la visión de san Malaquías y la profecía del Tercer Secreto de Fátima, que también menciona a un papa y una ciudad en ruinas.

¿Fue, pues, ésta la verdadera razón del ocultamiento del Secreto de Fátima al mundo durante décadas?. ¿Y por qué nadie en el seno de la Iglesia parece hoy dispuesto a reflexionar en voz alta sobre estas cuestiones?.

CAPÍTULO 37

¿Qué ocurrió de verdad en Fátima?

Con razón, los sucesos de Fátima llevan años obsesionándome.

He viajado en varias ocasiones a ese santuario al norte de Portugal, me he entrevistado con testigos e investigadores desde hace más de una década, y cuanta más información recabo, más extraño se me antoja este misterio.

La última vez que visité Fátima fue en febrero de 2005. Lo hice para asistir a los funerales de sor Lucia, la última de las videntes vivas de aquellos episodios, y tantear lo candente que aún seguía entonces la devoción por ese misterio. Ella cerraba un importante capítulo de la Historia. Sus primos Francisco y Jacinta, testigos también de las apariciones, murieron en 1919 y 1920 por culpa de la gripe. Pero Lucia les sobrevivió ochenta y cinco años.

Jamás logré entrevistar a aquella carmelita de gesto amable. Casi nadie lo hizo. Llevaba décadas encerrada en su convento de Coimbra, a salvo de preguntas inoportunas. Me hubiera gustado escuchar de sus labios su descripción de aquella «señora que brillaba más que el sol; preguntarle por sus tres célebres visiones o mensajes, y conversar acerca del «milagro del Sol» que dejó mudos de asombro a miles de fieles en 1917. Pero no fue posible. Su muerte, acaecida un día 13 —el mismo de las apariciones que la hicieron famosa— me robó ese privilegio.

Sin embargo, mi última visita al lugar no fue en vano. Allí fui testigo de los inusitados gestos de dolor por parte de las autoridades políticas y religiosas del

país, pero también de las condolencias que envió a Coimbra un agonizante Juan Pablo II, que fallecería sólo cuarenta y nueve días más tarde. Aquél fue un funeral de Estado. Algo insólito para una monja de escasa representatividad eclesiástica… Aunque no para Roma.

El secuestro de sor Lucia

Por alguna oscura razón al Vaticano siempre le preocupó tener bajo vigilancia a aquella mujer. En fecha tan temprana como 1928, cuando Lucia tenia sólo veintiún años y profesaba en un convento en Tuy (Pontevedra), el doctor en teología Luis Fischer llegó a insinuar que la Iglesia la tenía secuestrada. Hizo esfuerzos ímprobos por entrevistarse con Lucia, «pero a pesar de las recomendaciones que traía conmigo y que no eran despreciables, sobre todo una muy amable del cardenal primado de Toledo, me dijeron que era absolutamente imposible hablar con ella»[133], escribió.

¿A qué se debía ese celo?.

La respuesta, desde mi punto de vista, se encuentra en los hechos que aquella mujer vivió. Algo presenció que requería de una rigurosa censura eclesiástica. Pero ¿qué?.

Aun a riesgo de pecar de reiterativo, resumiré en tres párrafos esta compleja historia.

Hacia el mediodía del 13 de mayo de 1917, tres niños portugueses que cuidaban de un puñado de ovejas en las inmediaciones de Fátima, tuvieron un inesperado encuentro con una extraña «señora luminosa» que flotaba sobre una encina. Poco antes de su visión, varios destellos habían caído sobre Cova d'lria, una especie de anfiteatro natural de medio kilómetro de ancho, como si fueran la señal que anunciara el inminente descenso de la figura radiante. Tras su sorpresa inicial, los niños establecieron un breve diálogo con su visitante, y ésta les emplazó a acudir a aquel lugar el mismo día de cada mes y a la misma hora, durante el siguiente medio año.

El 13 de junio, los tres acudieron puntuales a su cita acompañados por unas pocas decenas de testigos. Todos sin excepción pudieron admirar los extraños «relámpagos»; también oyeron un misterioso zumbido en torno a la encina mientras que los pequeños, en trance, parecían hablar con alguien invisible. Quienes los acompañaron comprobaron atónitos cómo las hojas de la encina se movían sin causa aparente, casi como balanceadas por una fuerza desconocida.

Aquello bastó.

Tras divulgarse la existencia de esos prodigios, los siguientes días 13

atrajeron a miles de personas al lugar. Muchas vieron el paso de esferas luminosas, nubes multicolores, truenos venidos de ninguna parte, y toda una serie de «pruebas inequívocas» de que la Virgen María se estaba apareciendo a unos pastorcillos de diez, nueve y siete años de edad.

Ajenos a la controversia generada, Lucia dos Santos y sus primos Francisco y Jacinta Martos se convirtieron en el eje de una apasionada polémica en un Portugal campesino profundamente religioso, pero reprimido entonces por una política republicana anticatólica. Ese peculiar contexto, así como la posterior exaltación de las apariciones por parte del Vaticano, hizo del relato original de los niños un asunto delicado, tergiversado según los dictados eclesiásticos de la época, y cuyos documentos originales sólo debían ser manejados por manos piadosas.

Seis décadas de silencio

Hasta 1978 pocos fueron los historiadores que tuvieron la oportunidad de consultar los legajos originales del «caso Fátima». Los primeros interrogatorios a los niños, los dibujos de la «señora» que se les apareció en Cova d'lria y los Valinhos, así como los testimonios de destacados sacerdotes y autoridades de la época, estuvieron siempre bajo la férrea custodia de las instituciones eclesiásticas portuguesas, que restringieron desde el principio no sólo el acceso a los mismos, sino cualquier clase de entrevista en profundidad con Lucia.

La mayor de los niños videntes fue ingresada a los catorce años en el convento de las doroteas de Vilar, en Oporto. De ahí pasaría a Pontevedra, y después a Coimbra, donde moriría el 13 de febrero de 2005.

Pero en 1978, como decía, la actitud secretista que desde el principio rodeó las apariciones sufrió un inesperado contratiempo. Ese año se autorizó el acceso a partes significativas del archivo fatimista a la historiadora lusitana Fina d'Armada. En especial, al archivo personal del profesor del seminario de Santarem, José Nunes Formigão, primer investigador de las apariciones. El padre Formigão publicó varias obras sobre las apariciones, pero en aquellos legajos había abundantes notas, declaraciones y, descripciones inéditas. Algunas eran tan sorprendentes, que no dudé en entrevistarme con la doctora d'Armada y

recabar de primera mano su opinión.

Fina resultó ser una mujer afable. Sus gafas de concha apenas podían ocultar unos ojos claros, inquietos, a los que todavía emocionaba recordar aquel contacto con el misterio.

—Justo en esas fechas —me refirió la historiadora durante mi primera entrevista en Oporto con ella, en 1994— el Instituto Nacional de Investigaciones Científicas de Portugal (INIC), me concedió una beca para que analizase el papel social y político de la mujer lusitana durante la Primera República (19101926). Entonces, consideré interesante indagar en el trasfondo histórico de las apariciones de Fátima, que tuvieron lugar en medio del periodo de tiempo que me proponía estudiar. Y así, con mi beca y mi acreditación acudí a Fátima y pedí permiso para leer los archivos originales del caso, dado que Lucia era una mujer, otros testigos también lo fueron y la presunta protagonista de aquellos hechos, la Virgen, lo era asimismo.

—¿Y qué fue lo que halló?.

—Encontré gran cantidad de información inédita acerca de este episodio, sobre todo alrededor de una serie de fenómenos que nunca antes habían sido tenidos en cuenta por los católicos. Por ejemplo, en los papeles de uno de los investigadores «oficiales» contemporáneo a los hechos, el padre Formigão, descubrí documentos cuya divulgación posterior terminaría por perjudicar gravemente mi carrera…

—¿Se refiere a aquellos datos que dieron lugar al «retrato robot» de la entidad que apareció en Fátima?.

Fina me miró con atención. Le sorprendía que hubiera leído algo de su investigación, ya que en la fecha de nuestra entrevista apenas se había publicado nada de ella fuera de Portugal[134].

—Sí —aceptó—. Fue durante mi examen de los documentos parroquiales que contienen las primeras declaraciones de los niños, donde encontré algunas sorpresas. Esas notas fueron tomadas tan sólo quince días después de la primera aparición, y por tanto los videntes no habían sido manipulados aún por nadie. En sus comentarios, los niños hablaron de su encuentro con una persona de un metro y diez centímetros de alto, cubierta por un vestido ajustado que Lucia describió como parecido a una chaqueta, una falda cerrada y rayas transversales doradas. Aquella entidad, además, llevaba en sus manos una bola luminosa que

más tarde sería descrita como una especie de medallón con picos, y finalmente como el corazón de María rodeado de espinas.


Esquema de la primera visión de Fátima, según la recogió Fina d'Armada de la documentación del padre Formigão. (© Archivo Fina d'Armada.)

Aquella tarde, Fina me desveló algo más: la manipulación de lo sucedido en Cova d'Iria llegó a tal extremo en su época que la imagen oficial de la Virgen de Fátima que hoy se venera, lejos de inspirarse en los primeros esbozos de los niños videntes, fue encargada por Gilberto dos Santos en 1920, de forma particular, a un taller de Braga llamado Casa Fânceres. Allí sus operarios dieron forma a la efigie de la Virgen inspirándose en la talla de Nossa Senhora da Lapa, elaborada en ese mismo taller con anterioridad, e ignorando por completo las peculiares características de la «Virgen» aparecida a los tres pequeños pastores.

Los videntes fueron «preparados»

Si Fina D'Armada estaba en lo cierto, en aquel caso, en efecto, había mucho que ocultar.

Los sucesivos encuentros de Lucia, Jacinta y Francisco con aquella extraña «señora de luz» se prolongaron por espacio de seis meses, dando toda clase de quebraderos de cabeza a las autoridades eclesiásticas. Cada día 13 al mediodía, y con la sola excepción del mes de agosto en el que el contacto se retrasó al día 19 al ser retenidos los videntes por el alcalde de Vila Nova de Ourém, los tres pequeños se arrodillaron frente a una encina dispuestos a recibir los mensajes que la «señora» deseaba transmitirles. A este respecto, hay un detalle significativo que merece la pena destacar: en ninguno de los documentos

consultados por D’ Armada, los niños se refieren expresamente a la «Virgen María», ya que la «señora» en cuestión nunca se identificó como tal. Semejante «vacío testimonial», que encontramos asimismo en apariciones como las de La Salette (1846) o las de Lourdes (1858), ha sido una de las normas comunes en esta clase de episodios.

Así pues, según me explicó D'Armada, lo que confirió un sentido religioso a las apariciones de Fátima fue, en primer lugar, el contexto rural y devoto en el que se produjeron y, en segundo término, la utilización política que de las apariciones hizo el régimen ultracatólico del dictador Salazar para contrarrestar el periodo de represión vivido durante la República.

—Incluso —añadió Fina a nuestra charla— es más que probable que el Vaticano aprobara las apariciones en 1930 con el único Fin de apoyar la política conservadora de aquel régimen.

Asuntos políticos al margen, los episodios de 1917 todavía dejaban muchas preguntas sin resolver. Por ejemplo, ¿cómo se explica que los miles de peregrinos que acudieron entonces a Fátima vieran toda clase de fenómenos luminosos en los cielos, oyeran sonidos extraños, pero no fueran capaces de contemplar ni de escuchar a la «señora» que se comunicaba con los niños?.

—Tengo una hipótesis para explicar eso —se apresuró a contestarme Fina: veinte años después de las apariciones, Lucia contó, primero en 1937 y luego en 1941 en sus Memorias, que sus primos y ella vieron un ángel poco antes del encuentro con la «señora». Dijo que fueron tres los encuentros con ese «ángel» a lo largo de 1916, y que les dio cosas para comer y beber. Lucia identificó aquel alimento con una hostia… lo que, como puede suponer, levantó un gran revuelo en la Iglesia. ¿Cómo un ángel del Señor iba a dar la comunión a unos niños que no se habían confesado nunca?. Pues bien, para mí aquel «ángel» les dio algo de comer que les permitió, en lo sucesivo, «ver», Yo creo que algo o alguien los preparó para sus futuros encuentros. Lucia llegó a decir que aquellos alimentos les produjeron a los tres un letargo del que no despertaron hasta la puesta del Sol. Es decir, estuvieron varias horas inanimados.

—¿Cree que pudieron ingerir alguna sustancia alucinógena?.

—No lo sé —se encogió de hombros—, Pero fuera lo que fuese, les pudo haber provocado los cambios físicos que más tarde les permitieron ver cosas

imposibles para los demás.

—¿Y quién pudo administrarles algo así en 1917?

Fina, con una tímida sonrisa en los labios, sacudió la cabeza.

—No lo sé.

¿Quién visitó Fátima?

En 1982 Fina d'Armada y el profesor de historia de la Universidad Fernando Pessoa de Oporto Joaquim Fernandes publicaron parte de sus descubrimientos en una polémica obra que titularon *Intervenção Extraterrestre em Fátima*. En ella hicieron acopio de una ingente cantidad de documentos relativos a otras extrañas apariciones de «seres luminosos» en la zona de Cova d'lria, mucho antes del encuentro de los tres pastorcillos. Fernandes, durante una serie de conversaciones que sostuve con él en Portugal en el otoño de 1994, se mostró convencido de que allí todo ocurrió con arreglo a un plan.

—No cabe duda de que existió una preparación concienzuda antes de la visita de la «señora», como lo demuestra la aparición de una figura acéfala, sin cabeza, muy cerca de Cova d'Iria en 1913. Por no hablar, claro está, de los «ángeles» que parecieron entrenar a Lucia para su encuentro definitivo con lo que se creyó que era la Virgen Maria.

En el transcurso de aquellas investigaciones, el equipo formado por Fernandes y D'Armada realizó otro asombroso descubrimiento: dio con el paradero de una prácticamente olvidada cuarta vidente de Fátima.

—Gracias a una documentación inédita a la que tuve acceso —me aseguró D'Armada—, encontramos el testimonio de otra testigo, una chica de doce años llamada Carolina Carreira. El 28 de julio de 1917, es decir, fuera de las citas fijadas por la «señora» con los otros tres niños, Carolina dijo haber visto a un ser pequeño, que aparentaba unos diez años de edad, y al que identificó con un ángel. Su descripción es idéntica a la que hizo Lucia de la «señora», incluso cuando afirmó que sintió dentro de sí una voz que la pidió que se aproximara a la encina en la que se encontraba el «ángel», Lo que nos resultó inexplicable es que su testimonio fuera ignorado.

Emisiones de microondas en Cova d'Iria

Aquella dama brillante que los niños describieron como una figura sin cabellos, vestida con un traje ajustado, venida de arriba y que no realizaba movimiento facial alguno, ha abierto otras curiosas vías de investigación. La más significativa ha resultado ser, sin duda, la sugerida por los zumbidos escuchados junto a la encina de las apariciones mientras los videntes estaban en trance.

Maria Carreira, madre de la «cuarta vidente» a la que antes me refería y una de las principales promotoras de la construcción de la primera capilla de Fátima, fue una de las que dio mejor cuenta de tan singular fenómeno: «Seguimos a los niños y nos arrodillamos en medio de las matas. Lucia levantó las manos y dijo: “Vuestra merced me mandó venir aquí. ¿Qué quiere de mí?”. Y entonces comenzó a oírse algo como el zumbido de una abeja. Creo que era la señora hablando».

Incluso la propia Lucia, refiriendo este fenómeno al padre João de Marchi[135] aseguraba convencida que al posarse la «señora» sobre la encina «comenzábamos a oír una voz muy fina, pero no se entendía lo que decía. Era como un zumbido de abeja».

Pues bien, en 1980 un grupo de científicos del Instituto Canadiense de Ingenieros Eléctricos y Electrónicos, estudiando los efectos secundarios que producían fuertes emisiones de microondas, determinaron la existencia de un «fenómeno auditivo» virtualmente idéntico a los «zumbidos de abejas» registrados en Fátima, y que se produce sólo en emisiones de entre 200 y 300 megahercios[136].

—Es posible que las microondas fueran utilizadas en Fátima para establecer una comunicación entre la entidad radiante y los pequeños videntes —argumentaba Joaquim Fernandes al hilo de estos datos—. Pero sólo es una especulación. Las propiedades de las microondas han sido estudiadas por los físicos y su comportamiento se ajusta como un guante a otros fenómenos vividos en Fátima, como los calores intensos, el secado rápido de ropas y hasta la provocación de curaciones aparentemente espontáneas.

El milagro del Sol

Con esa enumeración Fernandes se refería al más espectacular de cuantos milagros se vivieron en Fátima: la «danza de] Sol» del 13 de octubre de 1917.

Más de setenta mil testigos presenciaron durante unos doce minutos las evoluciones erráticas de un objeto luminoso sobre Cova d’Iria, al que muchos confundieron con el Sol.

Según los partes meteorológicos de aquella jornada, las nubes cubrieron el lugar durante buena parte del día, empapando a los fieles congregados y transformando aquella planicie en un barrizal intransitable. Las crónicas de la época son bien claras al respecto: tras la «danza del Sol» el suelo se secó, los charcos se evaporaron y las ropas húmedas de los allí congregados se secaron.

¿Fueron microondas?.

Varios años después de estos hechos, John Haffert, alma máter del llamado «Ejército Azul» de Fátima, recogió algunos testimonios que describieron cómo una nube extraña sobrevoló el lugar minutos antes del «baile». Según Mario Godinho, uno de los primeros investigadores de las apariciones, aquellas visiones dieron paso a la aparición de un «disco de vidrio opaco, iluminado por la parte de atrás, y que comenzó a girar sobre si mismo, dándonos la impresión de que bajaba sobre nuestras cabezas».

Los meticulosos análisis de este fenómeno llevados a cabo por Fernandes y D'Armada, auxiliados por un equipo de meteorólogos, geólogos y matemáticos, pudieron determinar que el objeto que dio origen al «milagro del Sol» fue un disco que evolucionó en la baja atmósfera y que fue visible sólo en un área reducida en torno a Fátima. Sus conclusiones forman parte, hoy por hoy, de una de las investigaciones más metódicas realizadas durante este último medio siglo y obligan a reexaminar el contexto en el que se produjeron las apariciones bajo un prisma no exclusivamente religioso.

La conexión espiritista

Por si todo esto no fuera Suficiente, durante nuestras recurrentes conversaciones sobre el «caso Fátima», Joaquim Fernandes y Fina d'Armada pusieron sobre la

mesa nuevas revelaciones relacionadas con las apariciones de Cova d'lria.

Al consultar en hemerotecas varios periódicos de gran difusión del Portugal de 1917, publicados meses antes de la primera de las apariciones, así como algunos boletines de sociedades espiritistas lusitanas, supieron que el 7 de febrero de 1917 un médium de Lisboa recibió mediante escritura automática un curioso mensaje «invertido» que sólo pudieron leer con la ayuda de un espejo. El mensaje en cuestión anunciaba que el 13 de mayo de ese mismo año ocurriría algo de especial relevancia para la guerra europea que entonces se estaba librando.

—Aquel año —me confesó Fina d'Armada— fue especialmente significativo en lo que a perturbaciones magnéticas se refiere. Una singularidad que, según algunos investigadores, pudo favorecer las capacidades psíquicas de personas más sensibles. Lo curioso es que aquel 7 de febrero fue uno de los días de más perturbaciones de todo el año. Y también la fecha exacta en la que un médium recibió un mensaje con una serie de dígitos: «1351917». Es decir, 13 de mayo de 1917.

Al parecer, los espiritistas lisboetas interpretaron aquellas cifras como la fecha del final de la primera guerra mundial o, al menos, del fin de la persecución de la que su colectivo era objeto en Portugal. Publicaron su mensaje en importantes rotativos como el *Diário de Noticias* de Oporto dos meses antes de las apariciones, e incluso ese mismo 13 de mayo lo dieron a conocer en periódicos de cariz espiritista como *La Liberdade* y el *Primeiro de Janeiro.*

En sus notas afirmaron que algo importante iba a tener lugar en aquella jornada, sin especificar nunca de qué se trataba.

Cuando meses después los periódicos comenzaron a hacerse eco de las apariciones en Cova d'lria, recogiendo la fecha del 13 de mayo como el punto de partida de los encuentros entre una «señora luminosa» y tres pastorcillos, el asombro de los espiritistas fue más que evidente. No pudieron evitar, como hicieron muchos católicos, relacionar los mensajes de aquella «señora luminosa» con el desarrollo de la Gran Guerra, interpretándolo todo bajo un prisma espiritual y trascendente.

En febrero de 2005, a la vista de todos estos hechos, con la mirada perdida en el féretro abierto de sor Lucia el día de su multitudinario sepelio, frustrado

por no haber podido conversar jamás con ella, me quedó claro por qué la Iglesia nunca la dejó hablar sin vigilancia: aquella buena religiosa siempre tuvo mucho, muchísimo, que callar.

Ahora descansa en paz.

CAPÍTULO 38

El hombre que profetizó su propia muerte

Ascendí la empinada cuesta que desemboca en la colegiata de San Lorenzo, incrédulo por lo que acababa de ver. El centro histórico de Salon, una de las villas más antiguas de la Provenza francesa, era todo un monumento a Michel de Notredame, un médico del siglo XVI conocido por su sobrenombre mágico: Nostradamus. Su edificio más emblemático, la vieja y barroca «Puerta del Reloj», da paso a la calle del Burgo Nuevo y desemboca ante un colosal grafito con el rostro del célebre profeta renacentista. Unos metros más allá, una estatua cubista del vidente, con algo parecido a una mano apoyada en la sien, indica el camino a la casa que habitó durante sus últimos años. Y en sus alrededores, tiendas de *souvenirs* y hasta pastelerías «especializadas» explotan la efigie de su vecino más ilustre.

Pero a mi, la verdad, aquella mañana sólo me interesaba visitar San Lorenzo. Esa iglesia fortificada era el escenario de su última, más explícita y a la vez más olvidada profecía. Había llegado a ella por culpa de la influencia ejercida por este vidente en reyes y papas, y ahora necesitaba verla por mis propios ojos.

Nostradamus, que murió en 1566 a la edad de sesenta y dos años en la cúspide de su fama, había dictado a su notario Joseph Roche el lugar en el que seria enterrado… al cabo de más doscientos años. Eso es lo que quería comprobar. No me resultaba difícil imaginar por que el notario Roche, escéptico, tachó aquella indicación, dejando un molesto borrón en el testamento de su

cliente.

El funcionario sabía que, por expreso deseo de su viuda, Nostradamus iba a ser inhumado en otro lugar. Su mujer se había encaprichado con el convento de Les Cordeliers, desoyendo lo que figuraba en el testamento del profeta. ¿Por qué ignoró la orden testamentaria de que su tumba estaría «en el sepulcro de la iglesia colegial de San Lorenzo, de la mencionada Salen, y en la capilla de Nuestra Señora en cuya pared se desea hacer un monumento» (sic)?.

Cuando crucé el pequeño arco de medio punto que aún da paso a la fresca iglesia de san Lorenzo, temblé. Si mis cálculos no fallaban, estaba a punto de darme de bruces con el único vaticinio no ambiguo de Nostradamus. El único que no cifró tras su oscuro lenguaje metafórico, sembrado de equívocos. Y eso, en el caso de este controvertido personaje, no era poco decir.

El testamento de Nostradamus

Quien se haya interesado alguna vez por el trabajo de Michel de Notredame, sabrá que pasó a la Historia gracias a sus oscuras cuartetas, presagios y sextetas proféticas. Éstos eran pequeños poemas en los que, al parecer, Nostradamus encriptó el futuro de nuestra civilización hasta el año 3797. En las cuartetas —versos de cuatro líneas, por lo general de estructura decasílaba y rima irregular, también llamados *centurias*— predijo la llegada de Napoleón al poder, el ascenso y caída de Hitler (al que llamó *Hister*), la bomba de Hiroshima y hasta el desembarco del hombre en la Luna. Su estilo, que mezclaba palabras en latín, hebreo o griego con anagramas y apócopes, se hizo tan popular en su tiempo que incluso tras su muerte no dejaron de aparecer versos apócrifos para justificar cualquier evento histórico de importancia.

De hecho, tan extraña costumbre ha llegado incluso a nuestros días. Sólo cuarenta y ocho horas después de los atentados del 11 —S en Estados Unidos, los libros sobre el profeta ya encabezaban las ventas de Amazon.com y entraban en las listas de bestsellers de The New York Times. Al tiempo, corrían por Internet falsas centurias en las que se anunciaba que «la tercera gran guerra comenzará cuando la gran ciudad esté ardiendo». Y su magnetismo logró crecer hasta tal punto, que varias grandes cadenas de televisión en España y en el extranjero abrieron sus telediarios leyendo versos inventados por ocurrentes —Y modernos— imitadores.

A mi, la verdad, no me extrañó. Conocía bien los rumores de que, tras el entierro de Nostradamus en su primera tumba, varios profanadores la saquearon llevándose de ella textos con nuevas centurias. Tras el estallido de la Revolución francesa en 1789, el convento de Les Cordeliers fue, en efecto, destruido. La tumba del vidente se abrió y sus huesos se dispersaron. Sin embargo, dentro de su nicho no se halló ni libro, ni carta ni legajo alguno. Ni entonces, ni después. Sólo en 1791 alguien se acordó de sus restos mortales, los recogió y los llevó a la iglesia de San Lorenzo para su sepelio. Pero, por increíble que pueda parecer, no lo hizo movido por ese testamento tachado que dictara doscientos veinticinco años antes, sino por un extraño juego del destino. A fin de cuentas, la nota profética que señalaba la pared en la que se excavaría el nicho de Nostradamus

no se hallaría hasta 1990, cuando un estudioso del personaje, Robert Benazra, la publicara en su *Repertoire chronologique nostradamique*, hoy libro de cabecera para los historiadores interesados en su figura.

La cortina ocultista

El epitafio grabado en piedra que puede admirarse «en la capilla de Nuestra Señora en cuya pared se desea hacer un monumento», me obligó a tomar aliento. Sabía que aquellas diez líneas escritas en latín eran únicamente la parte visible de un enigma aún mayor: Nostradamus no sólo había anunciado el lugar en el que reposarían sus restos, sino también el día exacto de su muerte.

La historia apenas es conocida, y me obliga a remontarme a 1547, cuando el doctor Michel de Notredame llegó a Salon tras la pérdida de su primera esposa y dos de sus hijos. La peste bubónica se los llevó casi a la vez, sumiéndole en una depresión que sólo venció viajando por media Europa y estudiando disciplinas heréticas como la cábala y la astrología. En realidad, aquello, más que un descubrimiento fue un reencuentro: Michel descendía de familia judía y su abuelo le había enseñado a leer y escribir en hebreo y a maravillarse por los arcanos del Árbol de la Vida y la alquimia cuando era sólo un niño.

Su peregrinaje terminó en Salon. En aquel tranquilo pueblo mediterráneo comenzó a mostrar más interés por lo oculto que por la medicina. Y así, a partir de 1550 emprendió la publicación de un *Almanach* de previsiones astrológicas que enseguida se convirtió en un bestseller. El doctor Notre Dame no dejó jamás de preparar esos almanaques y sin embargo, su gran proyecto, aquel que le harla pasar a la Historia y que tituló las *Propheties*, no se publicaría hasta seis años más tarde.

En su almanaque del año 1566, en la página del mes que correspondería a su muerte, escribió: «*Des grands mourír*» (Los grandes morir). Fue su primera pista.

David Ovason, experto en historia del ocultismo y autor de uno de los mejores ensayos que he leído sobre Nostradamus,[137] se obsesionó con aquel particular detalle, y gracias a su empecinamiento terminó descubriendo algo más: que en medio de aquel *Almanach* lleno de precisas previsiones astrológicas, tránsitos planetarios y fases de la Luna, el vidente cometió un solo «error». Y por azar también estaba en la página que se correspondía a la madrugada de su muerte, la del 1 al 2 de julio de 1566. Se trataba de una pequeña referencia a cierta oposición Sol-Luna que no se produciría hasta el día siguiente. Según

Ovason aquel fallo fue intencionado; el vidente pretendía subrayar algo. «¿Qué conclusión podemos sacar de esto que no sea que Nostradamus estaba disfrazando la fecha en la que moriría?», se pregunta este autor que bautizó semejante maniobra como «cortina ocultista».

Allí, frente a la lápida de Nostradamus en la colegiata de San Lorenzo, leí su inscripción con cuidado una vez más. Decia:

> *(Aquí yacen) los huesos del muy ilustre Michel Nostradamus, considerado digno entre todos los mortales, con cuya pluma casi divina fueron escritos los acontecimientos futuros del mundo entero bajo el influjo de las estrellas. Vivió 62 años, 6 meses y 17 días (y) murió en Salón en 1566. Tu que sigues, no envidies su descanso. Su esposa, Anna Pontia Gemella de Salon, le dice adiós y le desea felicidad.*

El texto, copiado de la inscripción destruida en el convento de Les Cordeliers, había sido redactado por César, hijo de Nostradamus. El mismo al que dedicarla sus inmortales *Prophéties*, y quien, al parecer, estuvo al corriente de algunas de las técnicas que empleó su padre para redactar sus centurias. También fue él quien heredó la biblioteca de su progenitor y el primero que descubrió en un ejemplar de las *Efemérides* de Johannes Stadius para 1566 —el principal competidor de los *Almanaques* de su padre—, otra desconcertante nota de puño y letra del vidente. Se correspondía a aquel mismo mes de julio y decía: *Hic prope mors est* («Aquí la muerte está cerca»).

Nostradamus lo sabia. Conocía la fecha de su muerte y también que sus huesos descansarían tras aquella placa de piedra en Salen que tenía frente a mis ojos.

Sólo Dios sabe cómo.

CAPÍTULO 39

Nuestra Señora de la Controversia

El doctor Leoncio Garza-Valdés no olvidará las noches del 4 y 5 de febrero de 1999 mientras viva. Acompañado por Antonio Macedo, rector de la basílica de Guadalupe de México; monseñor José Luis Guerrero, director del Instituto de Investigaciones Guadalupanas; el doctor Gilberto Aguirre y un fotógrafo de la Universidad de San Antonio de Texas llamado Lester Rosebrock, Garza-Valdés pasó varias horas a escasos centímetros de una de las reliquias más fascinantes de América. Su intención era examinar la tilma o poncho sobre la que, según la tradición, en 1531 quedó grabada milagrosamente la imagen de la Virgen de Guadalupe. Ahora esa pieza se conserva en una cámara acorazada, protegida tras un grueso cristal antibalas, y monitoreada por un complejo mecanismo que la deja ver a los fieles durante el día, pero que la resguarda como un tesoro durante la noche.

El doctor estaba entusiasmado con aquel desafío.

Hacía poco que su libro The DNA of God?, sobre la Sábana Santa de Turín, se había publicado en Estados Unidos. En él, Garza-Valdés había desestimado la datación por carbono-14 que fechó ese polémico lienzo en la Edad Media, argumentando que los laboratorios no habían detectado ciertos microorganismos fabricantes de «bioplástico» que alteraron sus resultados. Así pues, la confianza que el arzobispo de México Norberto Rivera Carrera había puesto en un hombre tan sagaz estaba más que justificada. Garza-Valdés no sólo era un afamado

microbiólogo que se las había visto ya con reliquias importantes sino que, además, era un católico practicante. «Cuente la verdad, y nada más que la verdad», le ordenó.

Armado con un arsenal de cámaras con filtros para radiaciones ultravioleta, disparó una batería completa de imágenes a la tilma. Nadie retiró el cristal blindado. De eso, pensaban, habría tiempo más tarde. En su cartera llevaba un informe de 1982 firmado por un perito en la que se decía que aquella imagen había sido pintada por mano humana[138]. Pronto el doctor Garza-Valdés refutaría o confirmaría aquel resultado. Su opinión era importante.

Primeras sorpresas en Guadalupe

Había mucho en juego. En 1999 estaban ultimándose los preparativos para la canonización del único vidente de las apariciones de Guadalupe. Cualquier peritaje que demostrara que los hechos narrados por la «leyenda guadalupana» eran ciertos, podría ser decisivo. Según la creencia popular, la imagen de la Virgen no había sido hecha por pintor alguno. Se formó milagrosamente el 12 de diciembre de 1531, en un cerro llamado Tepeyac, a las afueras de México.

Aquel día era el cuarto en el que un indio llamado Juan Diego había subido hasta allá para encontrarse con una radiante «señora de luz». La dama le impelía a ponerse en contacto con las autoridades eclesiales y le exigía que levantaran allí un santuario; naturalmente, nadie le hizo caso. Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, tenia cosas más importantes de las que ocuparse. Era lógico: hasta seis años más tarde, gracias a una bula de Pablo III, no se aceptó que los nativos tuvieran alma. ¿Por qué iba entonces a interesarle escuchar a un salvaje?. Pero aquel 12 de diciembre de 1531 la «señora» dio una prueba al indio: un manojo de flores que no eran ni propias del Apis ni de aquella época del año, Juan Diego, obediente, las recogió en su poncho y se las alcanzó a Zumárraga. Y al abrir su tilma ante él, en la tela había quedado plasmada la imagen de la señora.

Garza-Valdés conocía bien aquella historia. Sabía que el primer documento que narraba esos hechos fue el *Nican Mopahua*, un texto escrito en lengua nahuatl publicado por primera vez en 1649. Esto es, ciento dieciocho años después del milagro. Y aunque su compilador, el bachiller Luis Lsso de la Vega, aseguraba que el *Nican Mopohua* era en realidad un informe del juez Antonio Valeriano redactado en 1544, hasta la fecha jamás se ha hallado su original. Los historiadores tuvieron, además, otro problema añadido: el obispo Juan de Zumárraga jamás citó en ninguna de sus cartas o textos, ni siquiera en su extenso testamento de 2 de junio de 1548, ni una sola vez a esa aparición; ni tampoco a Juan Diego, a la tilma con la imagen milagrosa o a la ermita que supuestamente la «señora de luz» ordenó construir en el cerro Tepeyac.

¿Revelarían algún secreto las placas del doctor Garza-Valdés?. ¿Arrojarían

alguna certeza a toda esta confusión?.

Cuando el 10 de febrero de 1999 recibió los resultados, el microbiólogo tenía ya la mosca detrás de la oreja. En la cámara acorazada del santuario de Guadalupe había comprobado que la tela expuesta a veneración no era un poncho. Era demasiado larga para ello. Y además no era de Fibra de maguey o de ixtle, como tradicionalmente se creía, sino de cáñamo. Y, para colmo, había sido preparada para ser pintada.

Las placas rematarían su diagnóstico: el ultravioleta revelaba la existencia de dos imágenes más de la Virgen debajo de la que hoy vemos. ¡Y además firmadas!. En la inferior, la más antigua, Garza-Valdés descubrió las iniciales M. A. y debajo una fecha: 1556. En la intermedia, otras letras, J. A. C. y otra fecha, 1625. La última sólo mostraba el trazo borroso de una tercera datación: 1632.

¿Era eso propio de una imagen milagrosa?.

Una historia polémica

Los resultados de Garza-Valdés no gustaron nada al cardenal Rivera Carrera, que no dejó que el microbiólogo se acercase de nuevo a la tilma, Aquello, definitivamente, no iba a ayudar al proceso de canonización que tenía entre manos. Pero no se desanimó: Garza-Valdés logró identificar 6 siglas con pintores a los que algunos documentos históricos vinculaban la imagen de Guadalupe. M. A. eran las iniciales de Marcos Aquino o Marcos Cipac. Y J. A. C. las de Juan Arrue Calzonzi, conocido pintor mexicano del siglo XVII. El nombre del primero se citaba, además, en un texto sorprendente: Información de 1556 del arzobispo de México fray Alonso de Montúfar.

Se trata de un expediente de diecinueve folios fechado aquel año, pero lacrado y considerado secreto hasta 1888, en el que se daba cuenta de cierta polémica entre el arzobispo y el provincial de los franciscanos de la ciudad, fray Francisco Bustamante. Montúfar fue el sucesor de Zumárraga, y aquel año había decidido apoyar el culto de una imagen pintada por un indio en el Tepeyac. Su vehemencia no gustó al padre Bustamante, que el 8 de septiembre de 1556 predicó contra ese culto «que había sido inventado ayer» (sic), y que convertía en milagrosa una simple imagen que «había sido pintada por un indio, Marcos».

Su adversa reacción dio pie a un expediente que nadie leería hasta trescientos

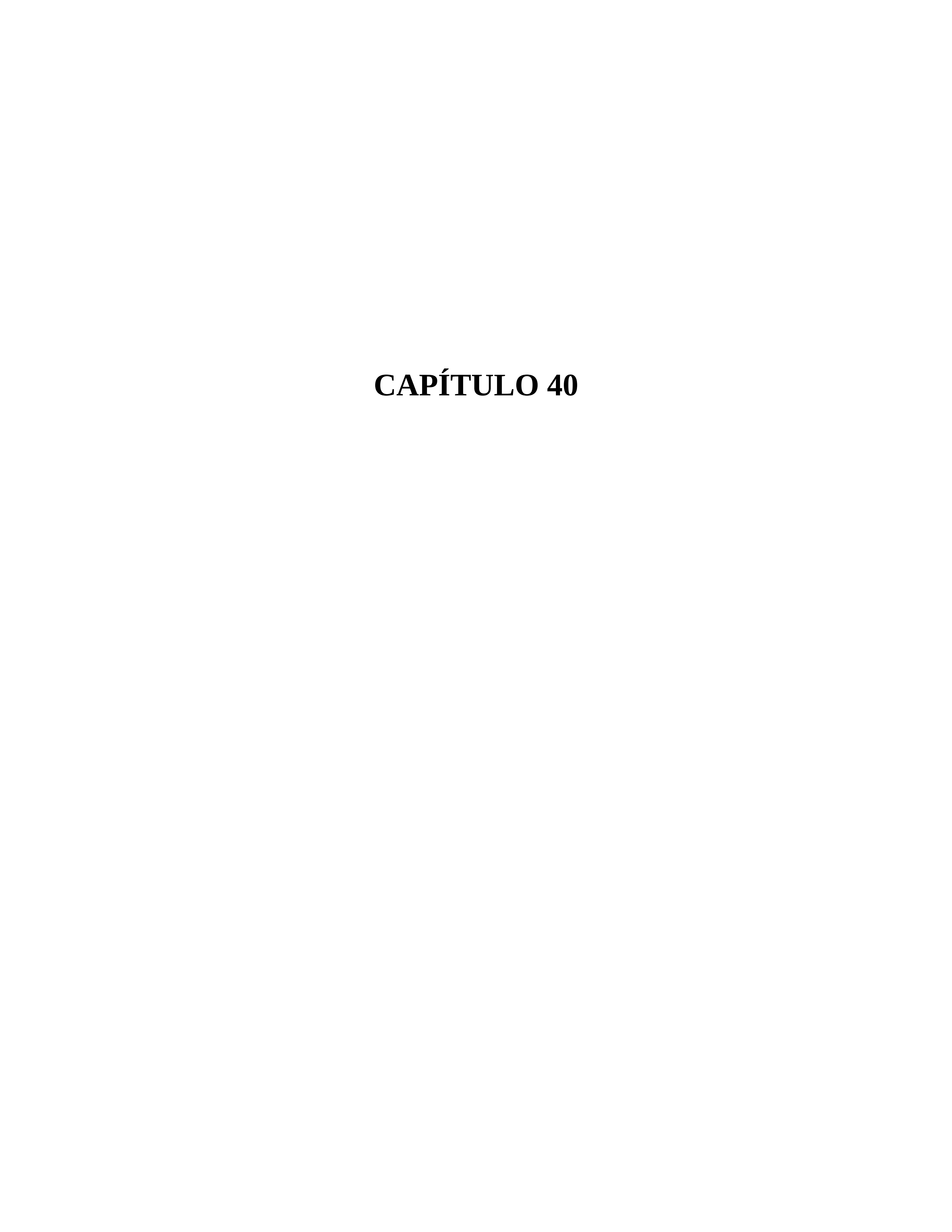
años más tarde. Hoy, gracias a ese documento sabemos que Montúfar fue el verdadero impulsor del culto a la nueva Nuestra Señora de Guadalupe… Pero, además, lo que ahora sugerían los hallazgos de Garza-Valdés era que también fue él quien encargó a Marcos Aquino la «imagen milagrosa».

Ésa debe de ser la pintura fechada en 1556 que encontraron los ultravioletas debajo de la actual imagen. Una efigie que después se tapó con una capa blanca y se repintó dos veces en el siglo XVII.

¿Existió Juan Diego?

En noviembre de 2002, escandalizado por la canonización de Juan Diego celebrada en julio de ese mismo año, Garza-Valdés publicó su obra Tepeyac, cinco siglos de engaño. En ella, además de recoger un buen número de documentos que sugieren que la Iglesia manipuló las creencias de los indígenas, atrayéndolos a su causa al inventar la aparición de una «virgen mestiza», apunta a que Juan Diego ni siquiera existió. Y no es el único. Otros expertos como el sacerdote Staffofd Poole o el ex abad de la basílica de Guadalupe, Guillermo Schulenburg, llegaron por su cuenta a idénticas conclusiones. Pero el Vaticano ha desoído sus advertencias hasta la fecha.

El misterio aquí no está en el milagro de la Virgen o en la historicidad de Juan Diego, sino en determinar quién y con qué intenciones manipuló —y, según algunos, aún sigue haciéndolo— la buena fe de millones de creyentes. Por desgracia, para responder a eso, de momento, sólo hay conjeturas.



CAPÍTULO 40

La tumba del inmortal

¿Puede un hombre con fama de inmortal tener una tumba?. ¿Existe un objeto más contradictorio para alguien con esa reputación que una losa sepulcral en la que figure su nombre?. Me faltó tiempo. En cuanto supe dónde se encontraba la única lápida de un presunto inmortal que existe en Europa, corrí a verla. Necesitaba sentarme frente a una pieza tan paradójica y resolver su enigma: si alguien había pasado a la historia con la reputación de haber vencido a la muerte —y son pocos, poquísimos, los que lo han hecho—, ¿qué sentido tiene que se conserve su epitafio en piedra?.

En esta ocasión, mi curiosidad me llevó a las escaleras que dan acceso a uno de los tapices más famosos de la Edad Media: La dama y el Unicornio. Allí, a pocos pasos de esa colosal obra maestra, en un vulgar rincón del Museo Cluny de Paris, se exhibe la losa fúnebre de Nicolás Flamel. Este escribano público y alquimista medieval, nacido en Pontoise hacia 1330, fue uno de los burgueses más afamados y ricos de su tiempo. Pero también uno de los más misteriosos.

En 1413, poco antes de su muerte oficial, ya había fundado siete iglesias y tres capillas, y provisto a catorce hospitales de la ciudad. También fue dueño de una treintena de casas y fincas, y su fortuna era tan grande como la de un noble de aquel tiempo. Con ese bagaje se ganó fama de ciudadano respetable hasta su óbito acaecido el 22 de marzo de 1418. Y en la iglesia más cercana a su casa, la de los Peregrinos de Santiago, se enterró bajo una piedra que él mismo había tallado con esmero.

Al parecer, Flamel se fue al otro mundo ajeno a la leyenda que estaba a punto de generarse a su alrededor.

Menos de un siglo después de su sepelio, los rumores sobre el origen de su enorme fortuna corrían por todo París. Sus posesiones se exageraron de tal modo, que pronto se extendió la conclusión de que Flamel fue un secreto practicante de la alquimia y que logró sintetizar con éxito la «piedra filosofal». Aquello lo explicaba todo: la fabulosa «piedra» le facilitó convertir cualquier metal innoble en oro, y amasar una riqueza sin límites. Pero también aclaraba el porqué de su vida taciturna, del celo que ponía en mantener la intimidad de su estudio, y las excelentes relaciones que mantuvo con los joyeros del barrio

cercano a su casa.

Pero las sospechas no acabaron ahí. Las mismas leyendas aseguraban que las claves de todo su saber fueron escondidas en los relieves con los que gustaba decorar las fachadas de sus casas. Y no sólo en ellos. También en los pórticos que Flamel diseñó para dos importantes enclaves de la ciudad: la entrada del hoy desaparecido cementerio de los Inocentes y uno de los dinteles de la iglesia en la que fue enterrado: Saint-Jacques de la Bouchrie. El templo de los peregrinos de Santiago.

Hacia 1700, esos rumores eran tan fuertes que saltaron incluso al terreno literario. Ese año, Flamel apareció por primera vez como personaje de novela. Fue en la obra del abate Montfaucon de Villars, *Le Comte de Gabalis*, donde el ilustre escribano apareció retratado como el alquimista furtivo que logró, gracias a un misterioso tratado que cayó en sus manos, sintetizar su «piedra». Tras él, autores como Larguier (1936), Marguerite Yourcenar (1968) o J. K. Rowling en su primer libro de *Harry Potter* (1997), utilizaron su historia para adornar un mito que todavía pervive: Flamel no sólo se hizo rico gracias a sus hallazgos alquímicos; también logró el elixir de la eterna juventud, con el que burló a la muerte.

Turismo alquímico, al nicho de Flamel

Durante décadas, la lápida del «inmortal», expuesta en el extremo de la nave central de la iglesia de Santiago, en París, se convirtió en lugar de peregrinación. A finales del siglo XVII, el historiador Henri Sauval ya describe la ruta turística —al estilo de los modernos *tours* parisinos de *El Código Da Vinci*— que seguían los entonces obsesos de la inmortalidad. Según Sauval, aquellos locos no perdían de vista «las piedras de su casa de la esquina de la calle Masivaux y las de los dos albergues que mandó construir en la calle Montmorency. De ahí van a *Ste.* Geneviève, al Hôpital St. Gervais, a *Ste.* Côme, a St. Martin y a St. Jaeques-de-la-Boucherie, donde ven las puertas que mandó construir». Y, por supuesto, terminaban frente a su lápida, la misma que yo había ido a ver, en la que se descubrían no pocas claves esotéricas.

Pero la lápida pronto dejó de estar en su sitio.

Desapareció en 1797, cuando buena parte de la iglesia de Saint-Jacques —a

excepción de su torre gótica flamígera, se demolió. Aquel año el mito se consolidó para siempre: su tumba se abrió. Y ante los ojos de muchos curiosos, ¡se halló vacía!. ¿Los había engañado el astuto Flamel?. ¿Eran ciertos los rumores que decían que estaba vivo, escondido tal vez en Asia, tal vez en España?.

El epitafio de aquella lápida desaparecida —«De la tierra vengo y a la tierra vuelvo»— inspiró toda clase de especulaciones. Muchas se apoyaban en la revelación que en 1711 hizo un respetable escritor francés, viajero y anticuario de Luis XIV, Paul Lucas, a la vuelta de un largo viaje por Oriente. En su obra Voyage dans la Grèce, l'Asie mineure, la Macédonie et l'Afrique, contó algo que le ocurrió en la ciudad turca de Bursa. Según él, al entrevistarse con un misterioso derviche y hablarle de la leyenda de Flamel y de cómo la creencia en los inmortales era una superchería muy extendida en Europa, éste lo mandó callar. «Flamel no está muerto», sentenció. Fue, dijo, «un verdadero filósofo» y «ni él ni su mujer saben todavía lo que es la muerte. No hace ni tres años que los dejé a ambos en las Indias»[139].

¿Era eso cierto?.

Probablemente no. Sin embargo, el romántico Lucas se lanzó a la persecución de ese inmortal. Descubrió que su secreto procedía de un gran libro de bordes guarnecidos en cobre y cantos dorados, que Flamel adquirió hacia 1357 y que guardó con celo extremo. El libro incluía siete láminas que describían el proceso para transmutar plomo en oro y lo firmaba cierto «Abraham el judío, príncipe, sacerdote, astrólogo y filósofo». Flamel sólo lo mostró a su esposa, Pernelle. Y tras discutir con ella la importancia de aquel críptico texto, decidió peregrinar a España en busca de algún judío que pudiera descifrárselo.

Parece que nuestro hombre halló lo que buscaba en León. Y no en una ciudad cualquiera, sino en el lugar en el que sólo un siglo atrás un rabino llamado Moisés de León redactó el *Zohar* o *Libro del Esplendor*, el primer texto de cábala del que se tiene constancia histórica. ¿Tropezó, pues, Flamel con un texto cabalístico?.

El rabino que conoció Flamel, un tal Canches (¿Sánchez?) lo acompañó de regreso a Francia para interpretar el misterioso libro. Pero el judío era muy anciano, y su cuerpo no resistió más allá de Orleáns. Murió sin llegar a traducir

jamás el libro de Abraham que Flamel había adquirido.

Lo demás es ya historia: Flamel se hizo rico; Paul Lucas se quedó sin conocerle tres siglos después de la muerte oficial del alquimista, aunque él mismo fallecería en España en 1737, quién sabe si siguiendo sus huellas. Y su lápida, que se desvaneció en 1797 reapareció hace sólo cien años durante las obras de remodelación de Les Halles, en París. Había sido utilizada durante décadas como encimera en una carnicería, sin que nadie se agachara a ver lo que ocultaba su reverso.

No creo que Flamel esté aún vivo, riéndose de mi ingenuo viaje a Paris. Pero, por extraño que pueda parecer, me gustaría. ¿Qué puede haber más excitante que perseguir a un inmortal y preguntarle por su secreto?.



Lapida de Flamel en el Museo Cluny de Paris.
(© Museo de Cluny, Paris.)

Por si acaso, de vez en cuando echo un vistazo a las fotos de su lápida. No vaya a ser que así. Sin querer, encuentren alguna pista que me permita dar con él.

CAPÍTULO 41

La Biblioteca de Alejandría

«¿Y dónde están los restos de la biblioteca?».

Aquella inesperada pregunta del presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, en visita oficial a Egipto en 1974, quedó sin responder. Nadie en Alejandría fue capaz de señalarle el lugar donde mil seiscientos años antes se había levantado la institución cultural más importante del mundo antiguo. No quedaba ni rastro del lugar que una vez albergó setecientos mil libros y rollos y acogió, en sus mejores momentos, a más de catorce mil estudiantes interesados en física, ingeniería, astronomía, medicina, matemáticas o biología.

Tres destrucciones sucesivas acabaron con aquel tesoro intelectual y devolvieron a nuestra especie al infierno de la ignorancia. De hecho, en 1450, poco antes de la invención del tipo móvil y del desarrollo de las primeras imprentas, en toda Europa no existía más que una décima parte de los volúmenes que el fuego había consumido en Alejandria[140]. La primera quema tuvo lugar en pleno reinado de Cleopatra, en el 48 a. J.C., cuando las tropas de Julio César prendieron fuego «accidental mente» al edificio principal de la Biblioteca y acabaron con unos cincuenta mil volúmenes. Casi cuatrocientos años más tarde, el llamado «barrio real» de Alejandría desapareció por completo y con él la sede original de aquellos libros, entre los que se cree que se encontraba la primera traducción al griego del Antiguo Testamento. Pero aun así, una «biblioteca hermana» sobrevivió en el anexo al templo del dios Serapis, a las afueras de la

ciudad. Ésta sería destruida por Teófilo, obispo cristiano de la urbe, en nombre de su fe en Cristo, hacia el año 400 de nuestra era.

Tan efectiva fue la demolición de edificios y la eliminación de manuscritos, que en tiempos de Nixon los arqueólogos sólo podían suponer vagamente dónde debió de estar la gran biblioteca. Sin embargo, por azares de la Historia, si hoy volviera a formular su pregunta, todos en la moderna Alejandría señalarían en dirección a la costa mediterránea. Allí, en la *corniche* de la ciudad, en su ajetreado paseo marítimo, se levanta un edificio singular: una mole de acero y cristal, de 170 metros de diámetro, con el perfil de un cono seccionado por la mitad, y de 85.000 metros cuadrados de superficie útil a la que llaman la nueva *Bibliotbeca Alexandrina*.

Su diseño futurista tiene capacidad para ocho millones de volúmenes, se han empleado casi siete años en levantarla y una inversión próxima a los mil quinientos millones de euros, y en sus muros exteriores puede admirarse la mayor pizarra del mundo, con incisiones en forma de letras de todos los alfabetos conocidos. Su construcción estuvo acompañada de polémica desde el principio, tanto por su diseño futurista, tan disonante con el entorno actual de la metrópoli, como por el hecho de que no se efectuaron inspecciones arqueológicas del solar antes de que las excavadoras profanasen un terreno sembrado de restos milenarios.

Hoy todo eso es ya historia. Cemento, acero y granito son los nuevos dueños del lugar. Inaugurada oficialmente en octubre de 2002, tuve ocasión de visitarla aprovechando uno de mis frecuentes viajes al país del Nilo. Hasta el propio ministro egipcio de Turismo, Mamdouh El-Beltagi, había intentado advertirme en El Cairo de lo que iba a encontrarme en aquella especie de moderna Torre de Babel:

—Piense usted que la antigua Bibliotheca Alexandrina no fue simplemente un lugar en el que se almacenaban libros. Fue también un centro de diálogo cultural, Cada cientifico, cada filósofo de la época iba allái exponer sus ideas y a dialogar sobre ellas. Todo eso les hizo desarrollarse. Fue un lugar de mezcla de diversas ciencias e ideas que la nueva Bibliotheca Alexandrina pretende ahora recuperar.

Tras sonreír, cómplice, prosiguió:

—Usted verá, cuando la visite, que queremos revivir el mismo espíritu. No

deseamos un centro sólo para almacenar libros y documentos, sino para lograr el mismo objetivo de la antigüedad: un centro para el diálogo, donde las diferentes culturas puedan encontrarse y dejar que la gente exprese libremente sus ideas.

El eje del saber

Aunque fue la *joya de la corona* del faraón Ptolomeo I, su fundador en el 294 a. J.C., probablemente la antigua Biblioteca de Alejandría jamás dispuso de una zona de lectura tan amplia como dos campos de fútbol. El ministro se había quedado corto al describirme su nueva sede: cuando llegué, decenas de ordenadores se alineaban bajo un techo sustentado por columnas metálicas que recordaban las salas hipóstilas de los templos del Alto Nilo. Kilómetros de estanterías, salas para la restauración de incunables con personal formado en España y otros países europeos, comenzaron a desfilar ante las cámaras. Aquello era una obra titánica. Asombrosa. Incluía tres zonas de exposición y áreas reservadas para textos antiguos que poco a poco van recuperando y clasificando. Pero, ¿hasta qué punto podía afirmarse que aquel edificio futurista era el continuador de la desaparecida biblioteca ptolemaica?. Khaled Azab, relaciones públicas del nuevo complejo, me sacó de dudas:

—Las dos —me dijo— coinciden en lo fundamental, en su vocación por atesorar todo el saber de la Humanidad.

Algunas casas reales, entre ellas la española, instituciones como la UNESCO e incluso asociaciones particulares están contribuyendo a materializar tan ambiciosa pretensión. De hecho, España ha donado ya una colección de cinco mil libros y documentos microfilmados en árabe, recopilados por la Universidad Complutense y el Ministerio de Cultura de los fondos de la biblioteca de El Escorial. justo el lugar en el que Benito Arias Montano, en tiempos de Felipe II, escondió de la voracidad de la Inquisición la infinidad de textos mágicos y alquímicas sustraídos a árabes y judíos durante aquel reinado. Libros árabes sobre física, astronomía, matemáticas, talismanes y religión que ahora regresan así, paradójicamente, al lugar que los inspiró hace siglos.

Imitando la magia antigua

Por supuesto, traté de bucear algo más en aquella relación. A fin de cuentas, cuando Ptolomeo planificó la construcción del *Museion* (literalmente, el templo de las Musas) y su célebre biblioteca, debió de fijarse en los impresionantes templos del país del Nilo. Desde tiempos remotos, cada uno de aquellos recintos sagrados guardaba también su propia biblioteca mágica en la que, según explica el egiptólogo y novelista Christian Jacq «se conservaban las obras necesarias para las prácticas rituales y la enseñanza esotérica de los facultativos»[141]. Aquellos recintos eran de vital importancia para la preservación de las tradiciones, y Ptolomeo intuyó que centralizando sus libros en un solo lugar podría dominarlas, y con ellas a un país que recién había conquistado Alejandro Magno, un extranjero.

Sin embargo, Ptolomeo era también un faraón de sangre y cultura griega, así que al acervo mágico egipcio decidió sumarle los libros que importó del otro lado del Mediterráneo y los que confiscaba a todos los barcos que atracaban en su puerto. Sus órdenes eran claras: cada libro que sus tropas descubriesen a bordo de una embarcación visitante era confiscado, copiado y después reintegrado a su legitimo dueño. Ptolomeo III llegó aún más lejos, al pedir prestados de la biblioteca de Atenas una copia de cada autor griego, que jamás devolvió.

Pero pese a que la mayoría de los historiadores modernos se refieren a la Biblioteca de Ptolomeo como el depósito de las grandes obras clásicas griegas de su tiempo, no es menos cierto que debió de albergar infinidad de tratados mágicos, alquímicos y esotéricos. Hoy conservamos apenas cuarenta y cuatro obras teatrales griegas completas, pero en Alejandría se almacenaban las 123 tragedias de Sófocles, las noventa de Esquilo, las 92 de Eurípides y hasta las 54 comedias de Aristófanes. Casi todas perecieron[142]. Y junto a éstas, las lecturas que inspiraron en el siglo VI d. J.C. a María la judía, la alejandrina que inventó el procedimiento alquímico del «baño Maria», o las que iluminaron al converso padre de la Iglesia, Clemente de Alejandría. De hecho, fue hacia el 208 d. J.C., cuando Clemente utilizó en sus Strómata, y por primera vez en la Historia conocida, la palabra «esotérico» para referirse a aquellas enseñanzas «interiores»

o «secretas» cuyo conocimiento convenía reducir a unos pocos.

Un Leonardo del siglo I

La cercanía de aquellos textos obró maravillas en la ciudad. Hero, un científico del siglo I que vivía junto a la Biblioteca, fue uno de los principales beneficiarios de tanto conocimiento almacenado. Fue inventor, músico, ingeniero y hasta geómetra. Demostró que era capaz de calcular la distancia exacta entre Roma y Alejandría con sólo observar un eclipse, y desarrolló artilugios que el mundo no volvería a ver hasta dieciocho siglos más tarde. Ése fue el caso de un ingenioso sistema de vapor, capaz de mover a distancia las puertas de un templo.

Según su diseño, cuando el sacerdote encendía un fuego en el altar, el calor calentaba el aire de un conducto debidamente oculto que, a su vez, empujaba un recipiente con agua que hacia bascular unas grandes cuerdas al otro extremo del recinto que tiraban del eje de los portones, moviéndolos. Aquella «magia» tecnológica, que habría hecho palidecer a James Watt, el inventor de la máquina de vapor, era sólo la punta de un enorme iceberg de progresos técnicos que incluían dispensadores de agua sagrada a cambio de una moneda de 5 dracmas, prensas para aceite movidas por viento y vapor, y hasta ascensores.

¿Qué fue de toda aquella tecnología?. ¿Adónde fueron a parar los mecanismos que accionaban el «robot» que se cree coronaba el faro de la ciudad, como ayuda a la navegación de los que atracaban en sus faldas?.

Tras la destrucción total de aquel legado y la muerte de genios como Hero, la ciudad cayó en el más severo declive intelectual que se conoce. Fue el símbolo de que la gloria de los egipcios había llegado a su fin. Se acabó el dinero para mantener gratuitamente a los estudiantes que eran admitidos en el *Museion*, y provistos de cama, comida y material de trabajo por los espléndidos Ptolomeos. Y ya nada volvería a parecerse a Alejandría hasta la irrupción de la familia Médici en la historia italiana mil quinientos años después, que impulsó el movimiento renacentista a través de su Academia de sabios y artistas.

La comparación no es baladí.

Aquella Academia fue dirigida por Marsilio Ficino, el sabio que tradujo a Platón al latín y que volcó a la lengua de Dante los escritos atribuidos a Hermes Trismegisto, la versión helénica del dios Toth egipcio, cuya pista se creyó también perdida en Alejandría. Y aunque ésa es otra historia que en su día

contaré, el paralelismo me estremece: el espíritu de Alejandría renació en el siglo XV en Italia… ¿Volverá en el futuro al lugar de donde partió?

Inshallah!

CAPÍTULO 42

El mayor acertijo de la historia del arte

Nunca sabré cuántos lectores de La cena secreta sintieron, como yo, la impetuosa necesidad de viajar a Milán y reservar una entrada para admirar con sus propios ojos La última Cena de Leonardo da Vinci. Tampoco es probable que las autoridades italianas logren calcular jamás qué volumen de visitantes se han rendido a los pies de ese mural por culpa de mi novela. No importa. A estas alturas sé que quien se haya empapado de ese espíritu de búsqueda, de lectura trascendente del arte, ya no volverá a pasar ante una obra del Renacimiento sin buscar en ella una mano fuera de lugar, un gesto extraño, un nudo en una pieza de tela o una mirada equivoca.

Lo cierto es que no hace falta rebuscar demasiado para encontrar un buen puñado de esos misterios en el Cenacolo. Los secretos que esconden sus 4,20 metros de alto por 9, 10 de largo están a la vista de todos.

Da Vinci convirtió su mural en el acertijo más grande de la historia del arte: instó a quien lo contemplara a sumarse a la inquietud de los Doce tras recibir el anuncio de Jesús de que «uno de vosotros me traicionará» (Juan 13, 2 l). De hecho, Leonardo ha empujado a generaciones enteras a buscar a ese traidor, sembrando su obra de curiosas trampas. Por ejemplo, ninguno de sus personajes luce halo de santidad. En otras últimas Cenas, una fórmula sencilla para encontrar al renegado era localizar al único varón sin aureola sentado a la mesa. Pero en la de Leonardo, ese truco no vale. Da Vinci tampoco sentó a judas

Iscariote en un extremo de la mesa, ni lo subrayó pintándolo más feo que a los demás. Los visitantes de su obra maestra deben recurrir a otras estrategias para hallarlo; casi como si tuvieran que superar un «test de inteligencia» antes de hacerse merecedores de esa información.

La última Cena, ¿inexpugnable?

Uno de los primeros en cruzar el claustro de los Muertos de Santa Maria delle Grazie y someterse a semejante prueba fue el escritor y poeta alemán Goethe. En 1810 dedujo que allí se ocultaba algo. En su Teoría de los colores, una obra de más de mil páginas, Goethe utilizó el *Cenacolo* como metáfora para explicar el misterio de la luz. Quería rebatir las tesis de Isaac Newton utilizando a Leonardo como ariete. Y es que, mientras que para el físico inglés los colores no existen como tales, sino que se forman en nuestros ojos dependiendo de la longitud de onda de la luz que recibimos, para Goethe eran algo externo, real, que derivaban nada menos que de la eterna lucha de la luz y las tinieblas. Un fenómeno casi místico, espiritual, que en *La última Cena* estaba admirablemente representado en la división de la escena en una mitad luminosa y otra en penumbras.

¿Tan simple era aquel misterio?.

Muchos, desde luego, hicieron caso omiso a su explicación y siguieron buscando claves ocultas en la obra. Josephin Péladan, escritor y dramaturgo parisino afiliado al movimiento Rosacruz y fundador de cierta Orden del Templo y del Santo Grial, se propuso encontrar respuestas en los propios escritos de Leonardo. Fue él quien tradujo al francés, en 1910, las notas de su Tratado de la pintura. Y en él halló párrafos en los que el pintor argumentaba por qué la suya era la más sublime de las artes: «Escribe el nombre de Dios en un lugar y confróntalo con su imagen», sentenció. «Entonces verá,, cuál de los dos es más venerado». Péladan llegó a la conclusión de que Leonardo manejó cierta «ciencia de las imágenes», un saber capaz de convertir a una mera pintura en un objeto hipnótico, mágico, lleno de sabiduría. Algo, en definitiva, muy superior a cualquier poema o composición musical. Pero por desgracia, ni Péladan ni ninguno de sus discípulos —entre los que se encontraba el compositor Erik Satié —, aclaró jamás qué era exactamente ese «algo».

Los primeros que tal vez rozaron la respuesta fueron el astrólogo Nicola

Sementovski-Kurilo y el profesor de la Academia de Bellas Artes de Roma Franco Berdini. Teniendo en cuenta las obras de Ptolomeo, Igino e Hiparco que Leonardo leyó, llegaron a interesantes conclusiones. Para ambos, la *Cena* fue concebida como un modelo a escala del universo. En él Jesús, como figura central, encarnaba al Sol, y los Doce a cada una de las constelaciones del zodiaco. Visto así, la curiosa distribución de los discípulos en cuatro grupos de a tres, era coherente con la división de los signos astrológicos asociados a los cuatro elementos de la Naturaleza (agua, tierra, aire y fuego). Para Sementovski, «Leonardo terminó por representar así la comunión entre lo divino y lo humano que, por otra parte, constituye la esencia misma del cristianismo»[143].


Copia de La Última Cena de Leonardo, elaborada por Giovanni Pietro Birago a partir de la original. Es uno de los muchos duplicados que, extrañamente, Da Vinci permitió que se hicieran de su obra cumbre. (© Giovanni Pietro Birago. Galería Albertina, Viena.)

Pero el profesor Berdini llevó esa idea aún más lejos. Estaba seguro de que para pintar a cada uno de los Doce, Leonardo se inspiró en la descripción del zodiaco que Hiparco incluyó en el siglo II a. J.C. en su hoy perdido catálogo estelar. Al inventor griego de la trigonometría y director de la Biblioteca de Alejandría se le atribuyen, además, muchos de los detalles gráficos que se asocian a los signos astrológicos. Así, cuando Leonardo pinta en el extremo derecho de la mesa a Simón, lo asemeja al signo de Aries dotándolo de una barba caprina propia del animal que lo representa. Judas Tadeo, a su lado, encarna el signo de Tauro, por eso lo muestra como a un morlaco a punto de embestir. Mateo es Géminis, la comunicación; eso explica su gesto con los brazos, invitando al diálogo, que es el rasgo más distintivo de este signo. El siguiente grupo de tres comienza con Felipe, que se lleva las manos al pecho como si fueran las tenazas de un cangrejo; Cáncer. 0 Santiago el Mayor, que con sus brazos extendidos representa al signo más expansivo del zodiaco, Leo. Tras él se ve la cabeza de Tomás, el incrédulo, que alza su dedo al cielo tal y como el

signo de Virgo lo hace en *Immagini del globo terrestre* del buen amigo de Leonardo, Durero.

El profesor Berdini extiende sus deducciones al resto de discípulos: Juan, el afeminado discípula que cruza sus manos junto al Mesías, inclina su cabeza como el plato de la balanza de Libra. Judas, el traidor, se revuelve sobre sí mismo como lo haría un escorpión, Y Pedro, hombre de temperamento caliente, sanguíneo, extiende un brazo sobre el cuello de Juan como lo haría el jinete de Sagitario con su arco. Más psicológica es la atribución de Andrés a Capricornio; el carácter cerrado, distante, del signo encuentra su reflejo en el modo en el que pone por delante sus manos abiertas. La sociabilidad de Acuario encuentra, según Berdini, su reflejo en Santiago el Menor que trata de apaciguar con su mano la cólera de Pedro. Y finalmente, Bartolomé esconde al signo de Piscis en la capa anudada que lo rodea, y que nos remite a la cuerda que une a los dos peces de ese signo, según la representación de Hiparco.

¿Una partitura gigante?

Aunque la astrología era una disciplina tenida en gran estima en tiempos de Leonardo, la explicación «cósmica» de la Cena siempre me dejó frío. ¿Para qué habría de crear Da Vinci una metáfora así?. Aunque el genio toscano fue un amante de las imágenes con doble sentido, una correspondencia de ese tipo hubiera resultado demasiado obvia. Por eso decidí arrinconarla y no utilizar esa clave estelar en mi novela. Pero al seguir indagando en otras lecturas del *Cenacolo*, hallé una que me sorprendió. Fue formulada hace veinte años por el doctor italiano Renzo Mantero, una autoridad mundial en operaciones de manos. Este cirujano, que ha dado nombre a dieciocho instrumentos quirúrgicos y a quince técnicas de intervención, dedujo que el secreto se escondía en la disposición de las manos de los Doce.

Mantero sabia bien que Leonardo fue muy amigo de Franchino Gafurio, compositor y director del coro de la catedral de Milán en la época en la que pintó su *Cena*. Incluso pudo haberlo usado como modelo para el *Retrato de músico* que hoy se conserva en la Pinacoteca Ambrosiana de Milán. Pues bien, en su *Theorica musicae*, Gafurio describe cómo usar las manos como sistema de notación musical… Y si se aplica esa técnica a las que aparecen en el *Cenacolo*,

el resultado es una composición de valor dodecafónico que podria llegar a interpretarse. ¿Era ése, entonces, el secreto?. ¿Compuso Leonardo una *Última Cena*, además de pintarla?.

Aun a riesgo de pecar de ingenuo, yo no lo creo. El acertijo es otro. Y quienes leyeron *La cena secreta* saben ya cómo resolverlo.

CAPÍTULO 43

El triple enigma de Leonardo da Vinci

¿Por qué la literatura ha hecho famosos los misterios que rodean el mural de *La última Cena* y, sin embargo, ha ignorado las intrigas que rodearon a otra de las grandes obras de Leonardo da Vinci, *La Virgen de las Rocas*?.

No es que pretenda, a estas alturas, dar ideas a nadie para una nueva novela, pero tras esta cuestión se esconde todo un universo de acertijos e intrigas al más puro estilo de Leonardo, que no me resisto a compartir con mis lectores.

Desmenuzaré este enigma por partes.

Da Vinci se vio obligado a pintar su célebre Virgen de las Rocas dos veces. O eso criamos muchos hasta octubre de 2005, cuando se inauguró en la ciudad adriática de Ancona, Italia, una exposición que exhibía una tercera versión, inédita, de la misma escena. Era, no había duda, una nueva tabla leonardiana a sumar a las que hoy penden de las paredes del Louvre en París, y de la National Gallery en Londres. Al parecer, esa composición llegó a una colección privada de París, la Chérarny, a principios del siglo XX, desde donde pasó a un propietario suizo que la cedió para la muestra *Leonardo: Genio e visione in terra marchigiana*.

Carlo Pedretti, profesor de la Universidad de California (UCLA) de setenta y siete años de edad, v Giovanni Morillo, comisarios del evento, no tardaron en hacerse cruces sobre una pieza tan peculiar. ¿Por qué Leonardo da Vinci pintó nada menos que tres veces una misma composición?. Y por que a cada nueva

versión le añadió o borró pequeños detalles, aparentemente sin importancia?. ¿Encierran esas diferencias algún código secreto, real, pendiente de ser descifrado?.

¿Por qué pintó tres veces La Virgen de las Rocas?

Las tres *Vírgenes de las Rocas* recogen, en esencia, una misma escena: en ellas puede verse a una madonna en actitud protectora, extendiendo sus brazos sobre dos niños que representan a san Juan y a Jesús, bajo la atenta mirada del arcángel Uriel. La acción se desarrolla en el interior de una cueva, desde donde el espectador admira el abrupto paisaje que se adivina por las fisuras de la roca. Por extraño que parezca, esta escena no aparece descrita en los Evangelios. En parte alguna del Nuevo Testamento se habla de un encuentro entre san Juan y Jesús durante su infancia, y mucho menos que éste hubiera tenido lugar en una gruta camino de Egipto, como explicó Leonardo en estas tablas.

Entonces, ¿de dónde obtuvo su inspiración el maestro?.

La primera de esas composiciones fue encargada a Leonardo y los hermanos De Predis para decorar el altar mayor de la iglesia milanesa de San Francesco el Grande, en 1483. Pero la ejecución de aquella pieza no satisfizo a sus mecenas, frailes de la Orden de San Francisco. Ninguna de las figuras mostraba halo de santidad, algo extraño, sobre todo si el atributo se escatimaba al mismísimo Niño Dios. Además, el infante que dominaba la composición era san Juan y no el futuro Mesias. Además, si a esto le añadimos que lo que le encargaron a Leonardo bajo contrato fue una Virgen rodeada de profetas (que en su pintura no aparecen por ninguna parte), la polémica estuvo servida desde el principio.

¿Por qué Da Vinci se salió del guión franciscano?. ¿Y por qué se vio obligado a pintarla tres veces?.

Pietro Matani, codirector del equipo de restauradores de *La Última Cena*, estudió con atención el asunto y descubrió la clave hace sólo seis años:

Parece que Leonardo se inspiró en el Apocalipsis Nova, un texto semiherético escrito por el venerable João Mendes da Silva, también conocido como Amadeo de Portugal[144]

El tal Amadeo, según Matani, fue un ceutí de dudosa reputación que defendió en sus escritos que la Virgen y el Bautista fueron los verdaderos protagonistas del Nuevo Testamento y, por tanto, los artífices de la fe cristiana. Y no Jesús. Al tomarlo como fuente de inspiración, Leonardo estaba desafiando a sus patrones. Pero ¿por qué?.

Jesús y su hermano gemelo

Como era de esperar, los frailes de San Francesco el Grande no aceptaron aquella *Virgen de las Rocas* y pusieron el asunto en manos de los tribunales. Tras más de una década de agrias disputas, los jueces obligaron a Leonardo a pintar una nueva tabla para su altar mayor que cumpliera con el contrato. Y el toscano, testarudo, aceptó la condena. Eso si, volvería a repetir su mismo tema herético en la nueva tabla salvo en algunos detalles menores. De ahí surgió la segunda versión, que hoy se exhibe en Londres.

Pero ¿y la tercera?. ¿Cuándo y por qué ejecutó Leonardo esa especie de «versión intermedia» que pudimos contemplar en Ancona?.

Hoy esas tres versiones se encuentran dispersas por Europa, esperando que alguna futura exposición las junte por primera vez. Cuando se haga, los visitantes se Fijarán en los halos. En la del Louvre no figuran; en la de Chéramy sólo lo lleva la Virgen, mientras que en la londinense todos los personajes lo lucen.

¿Una clave?. ¿Y para decir qué?.

Mientras se resuelve el enigma, bueno será que nos centremos en la otra polémica que acompaña a esas tablas. Y es que, observadas con cuidado, en las versiones del Louvre y de Chérarny, los niños san Juan y, Jesús parecen hermanos gemelos. Ambos comparten el mismo pelo, los mismos mofletes y hasta ¡identica sonrisa!. Y algunos autores, entre los que me incluyo, creemos que eso no se hizo por azar.

Por un capricho del destino, la pieza que nos ayudará a comprender esta incógnita se expuso en la misma muestra de Ancona, a pocos metros de la tabla leonardiana. Allí pudo contemplarse hasta enero de 2006 la obra de un imitador de Leonardo llamado Bernardino De’Conti (1450-1525) titulada *Los tres niños santos*. En ella, los protagonistas eran el pequeño san Juan, el infante Jesús y ¡su

hermano gemelo!. Hasta el catálogo de la muestra lo admite: «obra sugestiva que afronta el tema, inusual y de naturaleza gnóstica, de Jesús y de su doble».

Una vez sobrepuestos a la sorpresa, descubrimos otra increíble coincidencia: los gemelos de De’Conti están representados *exactamente* con los mismos gestos que los niños de *La Virgen de las Rocas*.

Para los comisarios de la exposición no hay duda: De’Conti se inspiró en cierta creencia cristiana apócrifa, perseguida, que sostenía que Jesús tuvo un hermano gemelo. Y esa historia, por increíble que parezca, resulta hoy muy familiar a los expertos en los primeros siglos del cristianismo. De hecho, en Egipto, en una de las vitrinas del Museo Copto de El Caim, se muestra aún un fragmento de un viejo texto piadoso que empieza así:

Éstas son las palabras secretas que Jesús vivo pronunció y que el mellizo, Judas Tomás, anotó.

Ese libro, uno de los cincuenta y dos descubiertos en una tinaja desenterrada en la aldea de Nag Hammadi, cerca de Luxor, en 1945, forman parte de la llamada «tradición gnóstica». Fueron éstos una clase peculiar de cristianos, que consideraban su cuerpo una cárcel de la que debían librarse si querían alcanzar la verdadera espiritualidad. Sus textos, perseguidos y destruidos por la Iglesia que se formó a partir del siglo IV, desaparecieron de la faz de la Tierra. Hasta 1945 apenas se conocían algunos fragmentos de ésas porque fueron citados por los Padres de la Iglesia o por los inquisidores que los combatieron en sus escritos.

De hecho, su persecución obedeció a creencias tan exóticas como la de que Jesús tuvo un hermano gemelo. Bajo la óptica gnóstica Tomás, el discípulo incrédulo, no se llamó así, sino Judas. Tomás fue su sobrenombre, que en arameo significa «gemelo». Hasta el Evangelio de Juan abunda en esa identificación al llamarlo Tomás Dídimo. Y *dídimo*, en griego, también significa gemelo.

La duda es, ¿cómo llegó esto a oídos de Bernardino de’Conti o de Leonardo da Vinci si esos libros gnósticos se desconocían en Europa?. ¿Quiso el genial Da Vinci disfrazar la creencia en el gemelo de Jesús en su ya de por si herética primera composición de *La Virgen de las Rocas*?. ¿Fue eso lo que lo mantuvo en

sus trece al ejecutar la versión de Chérarny?.

En realidad, nada puede descartarse en este terreno. Giorgio Vasari, pintor contemporáneo del maestro toscano y también su primer biógrafo, dijo de él en 1550 que «(Leonardo) llegó a tener unas concepciones tan heréticas que no se aproximaba a ninguna religión, pues tenía en mucha más estima el ser filósofo que cristiano»[145].

Y filosofía es lo que hará falta al osado que se arrime a este enigma para descifrarlo.

O, por descontado, a cualquiera de los que se contienen en este libro.

NOTA FINAL

El juramento de Montserrat

Antes de poner el punto final a estas páginas, siento que debo contar algo. Es una confesión íntima, casi una revelación, que justificará a ojos de muchos lectores por qué llevo años sin escatimar esfuerzos ni entusiasmo a la hora de enfrentarme a un enigma.

Es una aclaración, pues, que debo hacer.

Hace ahora veinte años, en una noche estrellada junto a uno de los muchos precipicios que flanquean la carretera que asciende a la montaña de Moraserrat, a las afueras de Barcelona, fui testigo de algo que cambió mi vida para siempre. Algo que, curiosamente, las más viejas crónicas del lugar recogían ya en sus pergaminos y que me enseñaría que los viejos misterios jamás mueren.

Desde 1345, lo que vi tenía un nombre.

Los habitantes de la cercana Manresa lo bautizaron seis siglos atrás como *la misteriosa llum*. La luz misteriosa.

El 21 de febrero de aquel remoto año esa luminaria con nombre propio atravesó los muros de la iglesia del Carmen, se dividió en tres ante los atónitos ojos de los feligreses y del abad fray Bernat Carnicer, prohombre de la ciudad, y tras volverse a fundir en una sola luz desapareció rumbo a los picos de Montserrat. Para mi sorpresa, un notario llamado Pere de Pulcrosolano levantó acta del prodigio[146]. Y no fueron pocos los que a partir de su testimonio vieron en ella una señal enviada al lugar por el mismísimo Espíritu Santo.

Pero ¿señal de qué?.

Casi dos siglos más tarde, en 1523, se instalaría en una celda del cercano convento de los dominicos de Manresa un hombre llamado a cambiar el panorama político y religioso del Renacimiento español: Ignacio de Loyola. Y en otra de aquellas noches despejadas, mientras buscaba la contemplación en las faldas de Montserrat, cerca de la ermita de San Dimas, la *misteriosa llum* regresó para manifestársele. San Ignacio la describió como una «serpiente de muchos ojos», y su visión terminaría siendo vital para su destino como fundador de la Compañía de Jesús y para la redacción de sus Ejercicios espirituales.

Lo cierto es que los relatos que hacen mención a esa escurridiza luminaria nos remiten hasta el siglo IX. También fue ella la que señaló a unos pastores en qué hueco en la roca buscar la imagen de la Virgen de Montserrat que desapareció tras la invasión musulmana del año 711, o la que señaló con su presencia dónde debían levantar sus ermitas los monjes benedictinos.

Pero, torpe de mi, leyendo aquellos textos pensé que ese fenómeno había «muerto» hacia siglos.

Me equivoqué.

Jamás pude imaginar que en 1987, mientras documentaba una de las variantes de esa *llum*, terminaría dándome de bruces con ella.

¿Cómo iba a suponer que aún «habitaba» en aquellas peñas?.

Ahora, dos décadas más tarde, empiezo al fin a calibrar el efecto que aquella bola ígnea causó en mi. Durante unos segundos, al filo de la medianoche, una fenomenal luminaria blanca sobrevoló en silencio el mirador en el que me encontraba junto a otras dos personas. Aquella luz tenía un núcleo de un poderoso color verde, casi esmeralda, e iba seguido de una pequeña cohorte de brillantes chispas anaranjadas. El viento se detuvo. La montaña calló de repente. Y sin avisar, cuando la *llum* estaba a menos de un centenar de metros sobre nuestras cabezas, la noche se la tragó de nuevo devolviéndonos bruscamente a la realidad.

Nunca en mi vida había pasado tanto miedo. Allá arriba, tres hombres solos estábamos a merced de una luz que incluso había llegado a iluminar el suelo que pisábamos.

—¿Y si hacemos una señal para que regrese? —dijo uno de mis

acompañantes, en un alarde de valor.

No hubo respuesta. Mudos, con el impacto de aquella fugaz visión en la retina, decidimos tornar nuestro coche y descender a toda velocidad hacia el centro de Barcelona. Mi perplejidad duraría años.

Ahora, sin embargo, lo sé. Aquel 24 de julio de 1987 una extraña certeza se ganó un hueco en mi corazón para siempre.

Lo que habíamos visto en Montserrat era el *Misterio* en estado puro. Vivo. Real. Cercano. Inmutable desde la noche de los tiempos.

Y desde allá arriba, con el perfil iluminado de Barcelona al fondo y el oscuro horizonte del mar fundiéndose con la noche, me juramenté para perseguirlo hasta donde fuera preciso.

Sé que puede resultar extraño. Ridículo. Pero ninguna de las explicaciones que barajamos para aclarar lo que vimos resultó satisfactoria. No fue un avión —el control aéreo del aeropuerto de El Prat descartó ese extremo tras consultar las rutas aéreas de aquella jornada—, ni la reentrada en la atmósfera de chatarra espacial; ni siquiera un meteoro o un efecto óptico.

Era la *llum*. Punto. No hay por qué buscarle más explicaciones. Y lo cierto es que su recuerdo me ha hecho mantener mi juramento en pie hasta hoy.

A fin de cuentas, ¿qué puede haber más poderoso que dejarse guiar por una memoria así?.

Por una luz.



Agradecimientos

Estas páginas jamás habrían llegado a los lectores sin mi profunda admiración por la Historia, por quienes la han escrito y por aquellos que me la enseñaron en distintas etapas de mí vida. Como es imposible hacer justicia a todos ellos, he decidido aunar mi gratitud en la figura de José Oliver, mi primer maestro de esta asignatura, junto al que aprendí no sólo a estudiarla sino a dudar de ella. En parte, fueron esas dudas y su empeño en que las resolviera cada alumno por sus medios, lo que me lanzó en manos del misterio.

Mi búsqueda de respuestas no ha sido un empeño solitario. Desde hace años, las Oficinas de Turismo de Egipto y Turquía en Madrid me han ayudado a planificar viajes y a sacar el máximo partido a mi interés por aspectos poco convencionales de su legado. Y en especial a Magued Abou Sedera y Teresa Herrero. Pero sin duda, un reconocimiento merecen también mis guías locales, en especial Mohammed Ahmed Wael —impresionante fuente de conocimiento—, Mahmut Arslan, Ömer Demir y Faruk Ögretmen, que se convirtieron en inolvidables compañeros de viaje.

También fueron piezas clave para animarme a escribir este libro Manuel Llorente, Julio Miravalls e Ignacio Gil, del diario El Mundo, en Madrid, sin cuya insistencia no me hubiera decidido nunca a ordenar tantas notas y recuerdos de viaje en medio de la promoción internacional de La cena secreta. Ana D’Atri, mi editora en Planeta, que milagrosamente «heredó» este proyecto. Ahora sé que en algún lugar siempre estuvo escrito que trabajaríamos juntos. Ella supo contagiar nuestro común entusiasmo por La ruta prohibida a todo el equipo «planetario»: desde Puri Plaza en edición, hasta Marcela Serías y Marc Rocamora en

marketing o al dream team de prensa con Laura Franch, Lola Sanz y Laura Verdura al frente.

No es poco el mérito de Carmen S. Fraile, Clara Tahoces y todo el equipo de la revista *Más Allá*, que con tanta paciencia siempre soportaron mis ausencias tras el misterio cuando aún era su director. O el de Paloma Gómez-Borrero e Isabel Pisano, dos amantes de Italia e impagables introductoras de embajadores en ese país fascinante.

A ellos, así como a las bibliotecas y archivos que me abrieron sus puertas —como la del Museo Topkapi de Estambul la Nacional de Madrid, la *Bibliotheca Philosophica Hermetica* de Amsterdam o la Biblioteca del Museo Británico de Londres, a las que debo gratitud y devoción por igual. Sin sus fondos, muchas pistas se hubieran perdido en el inabarcable universo de la letra impresa.

Y por último al exquisito colectivo humano que se esconde tras cada una de mis obras, y que vela por ellas con el mismo celo que yo: A Antonia Kerrigan y su entusiasta equipo de agentes; a Eva Pastor, al comandante Juan Sol y a Gloria Abad, siempre a la vanguardia de mis lectores; a David Gombau y su cada vez me por hacer entre los pliegues del *Archivo Akashico* en que se ha convertido Internet; y, en esta ocasión, muy especialmente a Iker Jiménez y Carmen Porter, por la inolvidable reunión secreta que mantuvimos en el verano de 2006 a orillas del Mediterráneo, en la que renovamos —conscientes, y con una visión global jamás imaginada nuestros votos en pos de esa Luz a la que me refería páginas atrás.

Gracias por creer. A todos.

Notas

[1] Martin Lev, *The travellers key to Jerusalem*, Harrap Columbus, Londres, 1990, p. 168[Volver].

[2] Thor Heyerdahi, *Las expediciones Ra*, Editorial Juventud, Barcelona, 1972, p. 17[Volver].

[3] Ruggero Marino, Cristoforo Colombo e il Papa tradito, RTM Edizioni, Roma, 1997[Volver].

[4] Ruggero Marino, Cistóbal Colón, el último de los templarios, Ediciones Obelisco, Barcelona, 2007[Volver].

[5] Matilde Asensi, *El origen perdido*, Planeta, Barcelona, *2004*.[Volver]

[6] Javier Sierra, *En busca* de *la Edad de* Oro, Plaza & Janés, Barcelona, 2006, pp. 128-140.[Volver]

[7] Javier Sierra, op. cit., p. 129.[Volver]

[8] La última, en la que baso mi relato, se incluye en el libro de Torcuato Luca de Tena, *América y sus enigmas*, Planeta, Barcelona, 1992, pp. 42 y ss. [Volver]

[9] Afet Afetinan, *Life and Works of Piri Reis*, Turkish Historical Society, Ankara, 1987, p. 27.[Volver]

[10] D. J. Donahue, J. S. Olin y G. Harbottle, *Determination of the radiocarbon age of parchment of the Vinland map*, Radiocarbon, vol. 44, núm. 1, agosto de 2002, pp. 45-52[Volver].

[11] R. A. Skeiton, T. E. Marston y G. D. Painter, The Vinland Mao and the Tartar Relation, Yale Universiry Press, New Haven, 1965, pp. 139 y 140[Volver].

[12] Javier Sierra, «Entrevista con el doctor Garman Harbottle», revista Más Allá, núm. 163, septiembre de 2002, pp. 62 y 63[Volver].

[13] Donahue et. al., op. cit., p. 45[Volver].

[14] El anuncio fue precedido por la publicación de un voluminoso informe titulado The Vinland Mao and the Tartar Relation, escrito por R. A., Skelton, Thomas E. Marston y George D. Painter, Yale University Press, New Haven, 1965[Volver].

[15] Torcuato Luca de Tena, América y sus enigmas, Planeta, Barcelona, 1992, p. 28[Volver].

[16] Luca de Tena, op. cit., p. 29[Volver].

[17] Juan Eslava Galán, *Tartesos y otros enigmas de la Historia*, Planeta, Barcelona, 1994, p. 214[Volver].

[18] Pedro Rodríguez, «El mapa de América de Eirik el Rojo», diario *ABC* 14 de febrero de 1996[Volver].

[19] Correo electrónico personal, 1 de agosto de 2002[Volver].

[20] News Release: «Scientist determine age of NewWorld map», Brookhaven Nacional Laboratory (www.bnl.gov), 29 de julio de 2002[Volver].

[21] Quien desee más información sobre mis investigaciones en Tiahuanaco, puede consultar mi referida obra *En busca de la Edad de Oro*, p. 60[Volver].

[22] Se le da ese nombre desde que Thor Heyerdahl hizo pintar el rostro del monolito sobre la vela de una embarcación rudimentaria, al estilo andino, del mismo nombre con la que en 1947 cruzó el Atlántico para demostrar que en la antigüedad tal ruta marítima era practicable[Volver].

[23] Jacques de Mahieu, *Colón llegó después*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1988, p. 59[Volver].

[24] Hernando Castrillo, *Historia y magia natural o ciencia de filosofía oculta, con nuevas noticias de los más profundos misterios y secretos del Universo visible, en que se trata de animales, peces, aves, plantas, flores, yerbas, metales, piedras, aguas, semillas, Paraíso, montes y Valles*, Imprenta de Juan García Infanzón, Madrid, 1692[Volver].

[25] Castrillo, op. cit., p. 127[Volver].

[26] Pierre Honoré, La leyendo de los dioses blancos, Destino, Barcelona, 1965[Volver].

[27] Honoré, op. cit., p. 22[Volver].

[28] En la anotación del Diario de a bordo de Cristóbal Colón, correspondiente al 13 de diciembre de 1492, se especifica el encuentro de los marinos de la Santa María con «hombres que son blancos más que los otros, y que entre los otros vieron dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España»[Volver].

[29] En 1551 se estableció la primera etimología del nombre «Viracocha» que, entonces, se tradujo como «espuma de mar», sin duda en alusión al mito de su desaparición en el mar, hacia el Sol poniente (esto es, hacia el Viejo Mundo), y a su promesa de regreso[Volver].

[30] Garcilaso de la Vega, Comentarios reales de los incas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1960, cap. XXI, pp. 54 y 55[Volver].

[31] María Luisa Rivera, «El mundo andino inmediatamente anterior al descubrimiento», en Leopoldo Zea (compilador), Ideas y presagios del descubrimiento de América, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, p. 23[Volver].

[32] Kutz, Jack, *Mysteries Miracles of New México*, Rhombus Publishing Co., Corrales (Nuevo México, EE. UU.), 1988[Volver].

[33] Giorgio di Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's Mill*, David Godine Publishers, Boston, 1977, p, 345[Volver].

[34] Alexander Pope, prefacio a The Iliad of Homer, Grant Richard, Londres, 1902[Volver].

[35] W.E. Jackson Knight, Many-minded Homer, Allen & Unwin, Londres, 1968[Volver].

[36] Louis Charpentier, Los misterios templarios, Ediciones Apóstrofe, Barcelona, 1995, p. 53[Volver].

[37] Jean Villette y Joseph Lemarié,«Quelques réflexions a propos du livre “Les mystéres de la cathédrale de Chartres”», revista Notre Dame de Chartres, n.º 33, 1977[Volver].

[38] Javier Sierra, En busca de la Edad de Oro, Plaza & Janés, Barcelona, 2006, p. 49[Volver].

[39] Citado por John y Odette Ketley-Laporte, Le laberyinthe déchiffré, Éditions Garnier, Chartres, 1992, p. 50[Volver].

[40] Alain Desgris, profesor de la Universidad de la Sorbona y uno de los máximos expertos en el Temple, lo dejó bien claro: «Bernardo inventó el concepto de “Nuestra Señora”»Véase Misterios y revelaciones templarias, Ed. Belacqva, Barcelona, 2003, p. 122[Volver].

[41] Louis Charpentier, El enigma de la catedral de Chartres, Plaza & Janés, Barcelona, 1969, p. 39[Volver].

[42] Charpentier, op. cit., p. 18[Volver].

[43] Michel Lamy, La otra historia de los templarios, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1999, p. 199[Volver].

[44] Christian Jacq, El misterio de las catedrales, Planeta, Barcelona, 1999, p. 79[Volver].

[45] Citado por Graham Hancock, El espejo del paraíso, Grijalbo, Barcelona, 2001, p. 11[Volver].

[46] Estrabón, en Geografía I, XVII, 1, describió ese primer laberinto egipcio a orillas del lago artificial de Moeris. Era un palacio gigantesco del que no se podía salir sin la ayuda de un guía. Exactamente igual que el laberinto de Creta. Una vez más Egipto se revela como fuente de los símbolos universales[Volver].

[47] Véase el capítulo 17 de esta misma obra[Volver].

[48] John y Odette Ketley-Laporte, Le labyrinthe déchiffré, Éditions Garnier, Chartres, 1992, p. 50 y ss[Volver].

[49] El cálculo es muy sencillo. El calendario de celebración de la Pascua fue adoptado por la Iglesia en el año 325, durante el Concilio de Nicea, aceptando la duración del año establecida por Julio César de 365,25, y que establecía un año bisiesto cada cuatro para evitar desfases mayores, Sin embargo, astronómicamente ese cómputo es impreciso. Un año astronómico dura 365,424. Y aunque mínima, la diferencia introduce un error de once minutos por año. Ese margen, multiplicado por los 895 años que separan el Concilio de Nicea de la inauguración de la catedral de Chartres en 1220, nos da una desviación de 6,8 días. Una semana[Volver].

[50] Citado por Robert Bichet, *Le drapeau & l'Europe*, Jacques et Demontrond, Bruselas, 1985, p. 7, disponible en Internet, en: http://www.ena.lu/mce.cfm[Volver]

[51] Louis Charpentier, *El misterio de Compostela*, Plaza & Janés, 1973, p. 34[Volver].

[52] E J. Sánchez Cantón, La librería de Velázquez, homenaje a Menéndez Pidal, Madrid, 1925, vol. III, pp. 379-406[Volver].

[53] Ángel del Campo, La magia de las Meninas, Colegio de Ingenieros de Caminos, Madrid, 1978[Volver].

[54] Aldoux Huxley et al., *La experiencia mística*, Kairós, Barcelona, 1980, p. 280[Volver].

[55] «Revelaciones del alma de la reina Isabel de Borbón a ser María», transcripción incluida en Carlos Seco Serrano, Cartas de sor María de Jesús de Ágreda y de Felipe IV, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1958, tomo II, p. 257[Volver].

[56] Seco Serrano, op. cit., p. 262[Volver].

[57] Marcos Molinero, «Las profecías de la dama azul», revista Más Allá, núm. 178, diciembre de 2003[Volver].

[58] Paul H. Smith, Reading the Enemy's Mind, Tor Books, Nueva York, 2005, p. 78[Volver].

[59] Sor María Jesús de Ágreda, Mística Ciudad de Dios. Tomo V (Biografla de su autora), Juan Gil Editores, Barcelona, 1914, p. 150[Volver].

[60] Sor Maria Jesús de Ágreda, op. cit., p. 137[Volver].

[61] Sor María Jesús de Ágreda, op. cit., p. 225[Volver].

[62] Robert A. Monroe, El viaje definitivo, Luciérnaga, Barcelona, 1995, pp. 10 y 11[Volver].

[63] Paul H. Smith, op. cit., p. xi[Volver].

[64] David Morehouse, Psychic Warrior: Inside the CIA’s Stargate Program, St. Martin's Press, Nueva York, 1996[Volver].

[65] Esteban García-Albea Ristol, Teresa de Jesús: una ilustre epiléptica, Fundación Wellcome España, Madrid, 1995[Volver].

[66] F. M. Dostoievski, Obras completas, Editorial Aguilar, Madrid, 1957[Volver].

[67] Herbert Thurston, Los fenómenos físicos del misticismo, Ediciones Dinor, San Sebastián, 1953[Volver].

[68] Margaret Starbird, *María Magdalena. ¿Esposa de Jesús?*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1994, p. 86[Volver].

[69] Paul de Saint Hilaire, L’univers secret du Labyrinthe, Robert Laffont, París, 1992, p. 89[Volver].

[70] Keith Laidler, The Head of God, Phoenix, Londres, 2005[Volver].

[71] Otto Rahn, Cruzada contra el Grial, Hiperión, Madrid, 1982[Volver].

[72] Jean-Michel Angebert, Hitler y la tradición cátara, Plaza & Janés, Barcelona, 1972, p. 43[Volver].

[73] Otto Rahn, La corte de Lucifer, Círculo Latino, Barcelona, 2005. Capítulo 20[Volver].

[74] Citado por Jesús Callejo, Secretos medievales, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2006, p.198[Volver].

[75] Jorge Luis Borges, «La cámara de las estatuas», relato incluido en Historia universal de la infamia, Alianza Editorial, Madrid, 2001[Volver].

[76] Citado por Callejo, op. cit., p. 102[Volver].

[77] Christian Jacq, *El misterio de las catedrales*, Planeta, Barcelona, 1999, p.170[Volver].

[78] Mark Lehner, The complete pyramids, Thames & Hudson, Londres, 1997, p. 41[Volver].

[79] I.E. S. Edwards, The pyramids of Egypt, Penguin Books, Londres, 1947 (edición revisada 1993), p. 143[Volver].

[80] Robert Bauval, El misterio de Orión, Emecé Editores, Barcelona, 1995[Volver].

[81] Heródoto, Historia, Biblioteca Básica Gredos, Madrid, 2000, libro II, p. 127[Volver].

[82] Lehner, op. cit., p. 124[Volver].

[83] Mark Lehner, Todo sobre las pirámides, Destino, Barcelona, 2003,p,108[Volver].

[84] Nacho Ares, El enigma de la Gran Pirámide, Oberon, Madrid, 2004, p. 62[Volver].

[85] Javier Sierra, El secreto egipcio de Napoleón, DeBolsilio, Barcelona, 2004[Volver].

[86] Paul Brunton, El Egipto secreto, Kier, Buenos Aires, 1969[Volver].

[87] Brunton, op. cit., p. 68[Volver].

[88] Gérard Galtier, La tradición oculta, Oberón, Madrid, 2001, p, 39[Volver].

[89] Citado por Jurgis Baltrusaitis, En busca de Isis, Siruela, Madrid, 1996, p. 73[Volver].

[90] Nicholas Reeves y Richard H. Wilkinson, Todo sobre el Valle de los Reyes, Destino, Barcelona, 1998, p. 59[Volver].

[91] Citado por el doctor David Watkin, Sir John Soane and Enlightment Thought, conferencia del 7 de marzo de 1996 en el Royal College of Surgeons, Sir John Soane Museum, 1996[Volver].

[92] Christopher Knight y Robert Lomas, La clave masónica, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 2002, p. 223[Volver].

[93] Citada por David Ovason, The secret symbols of the dollar bill, Harper Collins, Nueva York, 2004, pág, vi[Volver].

[94] Martina D'Alton, The New York Obelisk, The Metropolitan Muscum of Art. NuevaYork, 1993, p. 41[Volver].

[95] «The years achievement in books», The New York Times, 7 de diciembre de 1919[Volver].

[96] Michael Baigent y Richard Leigh, Masones y templarios, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 2005, p. 209[Volver].

[97] Jacinto Verdaguer, *La Atlántida*, Planeta, Barcelona, 1992, p.24[Volver].

[98] Erich ven Däniken, *La respuesta de los dioses* (con prólogo y notas de Javier Sierra), Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 2003, p.394[Volver].

[99] Graham Hancock, Las huellas de los dioses, Ediciones B, Barcelona, 1998, p. 248[Volver].

[100] Graham Hancock, Underworld, Penguin Books, Londres, 2002,p. 53[Volver].

[101] Fallecido en junio de 2001[Volver].

[102] Entrevista personal, Cagliari, 12 de diciembre de 1999[Volver].

[103] Hancock, Underworld, op. cit., p. 350[Volver].

[104] David Hatcher-Childress, Lost cities of Atlantis. Ancient Europe & the Mediterranean, Adventures Unlimited Press, Illinois, 1996, p. 191[Volver].

[105] Ercole Contu, L’altare preistorico di Monte d’Accodi, Carlo Delfino Editore, Sassari, 2000, p. 39[Volver].

[106] Citado por Umberto Cordier, Guida ai luoghi misteriosi d'Italia, Piemme. Roma, 1996, p. 465[Volver].

[107] Ercole Contu, L’altare preistorico di Monte d’Accodi, Carlo Delfino Editore, Sassari, 2000, p. 63[Volver].

[108] Contu, op. cit., p. 37[Volver].

[109] Raffaele Sardella, Il sistema lingüístico della civiltà nuragica, Ediservice, Cagliari, 1995, p. 133[Volver].

[110] James Bailey, Los dioses reyes y los titanes, Noguer, Barcelona, 1975[Volver].

[111] Aunque el descubrimiento se produjo en 1907, sin embargo, Breccia no lo publicaría hasta 1914 en su guía de antigüedades de la ciudad, Alexandrea ad Aegiptum[Volver].

[112] Liana Souvaltzi, The Tomb of Alexander the Great at the Siwa Oasis, Editions Georgiadis, Atenas, 2002[Volver].

[113] Nicholas J. Saunders, Alexander's Tumb, Basic Books, Nueva York, 2006, p. 181[Volver].

[114] Traducción de Schwaller de Lubicz, The temple of man (vol. II), Inner Traditions, Vermorit (EE. UU.), 1998, p. 1.010[Volver].

[115] Pierre Saintyves, Las madres vírgenes y los embarazos milagrosos, Ediciones Akal, Torrejón de Ardoz, 1985, p. 106[Volver].

[116] Gaston Maspero, «Comment Alexandre deviene Dieu en Egypte», Annuaire pour 1897 de l’Ecole des Hautes Etudes. París, 1896, pp. 16-20[Volver].

[117] Carcenac Pujol, Claude-Brigitte, Jesús, 3.000 años antes de Cristo, Plaza & Janés, Barcelona, 1987. Reeditado por Grijalbo, Barcelona, 2003[Volver].

[118] Francés A. Yates, Giordano Bruno y la tradición hermética, Ariel, Barcelona, 1983, p. 92[Volver].

[119] Morton Smith, Jesús el mago, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1978[Volver].

[120] Ahmed Osman, Extranjero en el Valle de los Reyes, Planeta, Barcelona, 1998[Volver].

[121] Ahmed Osman, La casa del Mesías, Planeta, Barcelona, 1993[Volver].

[122] Da Vinci, Leonardo, *Cuaderno de notas*, Ediciones Felmar, Madrid, 1975, p. 266[Volver].

[123] Francés A. Yates, Giordano Bruno y la tradición hermética, Ariel, Barcelona, 1983, p. 141[Volver].

[124] Graham Hancock y Robert Bauval, Talisman, Penguin Books, Londres, 1994, p. 304[Volver].

[125] E J. Gómez Espelosín y A. Pérez Lagarcha, Egiptomanía, Alianza Editorial, Madrid, 1997, p. 114[Volver].

[126] Citado por Boris de Rachewiltz y Anna Maria Partini, Roma Egizia, Edizione Mediterrance, Roma, 1999,p. 107[Volver].

[127] Hancock y Bauval, op. cit., p. 305[Volver].

[128] Centuria II, cuarteta 97[Volver].

[129] El texto íntegro del Tercer Secreto, redactado por sor Lucia veintisiete años después de sus visiones, reza: «Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiría y de la Santísima Madre vuestra y mía. Después de las partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora, un Poco más en lo alto, a un ángel con una espada de fuego en la mano izquierda. Centelleando, con las llamas que parecía iban a incendiar el mundo, pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él. El ángel, señalando la tierra con su mano derecha dijo con fuerte voz: "¡Penitencia, penitencia, penitencia!". Y vimos en una inmensa luz que es Dios algo se mejante a cómo se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él: a un obispo vestido de blanco. Hemos tenido el presentimiento de que fuera d Santo Padre. También a otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre habia una gran cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque, El Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino. Llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz fue muerto por un grupo de soldados que te dísparararon varios tiros de arma de fuego y flechas. Y del mismo modo murieron unos tras otros los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la cruz había dos ángeles, cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios». (Tuy, 3 de enero de 1944)[Volver].

[130] Marc Dem, El tercer secreto de Fátima, Tikal, Gerona, 1994, p. 130[Volver].

[131] John Cornwell, El papa de Hitler, Planeta, Barcelona, 2001, p. 80[Volver].

[132] Cornwell, op. cit., p. 304[Volver].

[133] Luis Fischer, Fátima, a Lourdes portuguesa, Lisboa, 1929, p. 23[Volver].

[134] Esa situación ha cambiado hoy. Veáse el libro de Fina d'Armada y Joaquim Fernández, Heavenly Lights, EcceNova Editions, Victoria, Canadá, 2005. Traducido al castellano como El secreto de Fátima, Ediciones Nowtilns, Madrid, 2007[Volver].

[135] João de Marchi, Era uma Senhora mais brilbante que o Sol, Missôes Consolata, Fátima, 1966[Volver].

[136] James C. Lin, Sergio Sales-Cunha, Joseph Banocletti y Anthony Sances, «The Auditory Microwave Phenomenon», Proceedings of the IEEE. vol. 68, núm. 1, Canadá, enero de 1980[Volver].

[137] David Ovason, *Los secretos de Nostradamus*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998[Volver].

[138] El informe había sido redactado por el perito mexicano José Sol Rosales, tal y como el propio Garza-Valdés reconoció a la revista *Proceso*. «La Guadalupana: tres imágenes en una», Rodrigo Vera, *Proceso*, 25 de mayo de 2002[Volver].

[139] Citado por Nigel Wilkins, *Nicolás Flamel. De oro y libros*, José de Olañeta Editor, Palma de Mallorca, 2001, p. 141[Volver].

[140] VV. AA., Feats and wisdom of he ancients, Time-Life Books, Virgina, 1990, p. 8[Volver].

[141] Christian Jacq, El saber mágico del antiguo Egipto, Edaf, Madrid, 1998, p. 34[Volver].

[142] VV. AA., op. cit., p. 7[Volver].

[143] Citado por Umberto Cordier, *Guida ai luoghi misterios d'ltalia*, Piemme, Asti, 1996, p. 104[Volver].

[144] Pietro C. Matani, Leonardo da Vinci: The complete paintings, Harry N. Abrams, Inc., Nueva York, 2000, pp. 138 y 139[Volver].

[145] Giorgio Vasari, Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos, Cátedra, Madrid, 2002, p. 473[Volver].

[146] Para los más curiosos, reproduzco íntegro el texto del acta de Pere de Pulcrosolano que sirve de piedra angular para que hoy Manresa celebre anualmente sus Fiestas mayores en honor, curiosamente, de esa misteriosa llum: «Que estando en la iglesia del Carmen, cerca del altar de la Santísima Trinidad, el día 9 de las calendas de marzo (21 de febrero de 1345) de dicho año, vigilia de la Silla de San Pedro, después de la salida del Sol, vieron en la capilla de dicho altar una llama o signo claro y refulgente que parecía una estrella; que salió de dicha capilla y ascendió suavemente Y sin precipitarse basta el envés de dicha capilla; que fueron deprisa dichas personas a avisar a los monjes: que se tocó la campana mayor de dicha iglesia y los frailes cantaron la Salve Regina; que allí vieron el prodigio y cantaron los versos; que aquella llama o signo claro y luminoso se apareció en dicha iglesia y bajó pausadamente hasta la capilla de la Santísima Trinidad; y después salió de dicha capilla y subió hasta la nave principal de la iglesia; y después salió de allí y subió a la capilla de la Santa Cruz y San Salvador; y desde entonces no vieron más el signo, llama o prodigio». [Volver]